# Simbad

N.º 366

**ANIVERSARIO** 

\$ 20.-



### Betty en el colegio





CAPITULO XII.—HUESOS DE SAURIO

1. Betty y sus amigas Martina y Sofía entraron en el museo del internado para elegir huesos de distintos animales. "—Encontré una cola de cocodrilo —anunció Martina, triunfante—. Crearemos un animal antediluviano, que se llamará tutifrutisaurio." En seguida las tres pilluelas empaquetaron los huesos.





2. Al atardecer, sin que nadie las viera, se dirigieron a las cavernas de Galibar. Llevaban grandes fardos. Un buho abrió con asombro sus grandes ojos al ver pasar aquel extraño desfile. Al día siguiente, la profesora reunió a sus alumnas. "—Iremos a unas grutas muy aburridas", dijo Dotty con voz llorosa.

(Continúa en la penúltima página.)



#### CAPITULO VII.-La linda doncella blanca.

Inquieta Bobbie por la visita que le había hecho Aguila Negra cuando le encontró registrando su maleta, decidió ocultar ese baúl, con sus vestidos de mujer, en alguna cueva del río o de la montaña. Comenzó por arrastrar el baúl fuera de su dormitorio, pero sus fuerzas no le alcanzaban para objeto tan pesado.

Lobito pareció comprender esta dificultad y cogió con sus diente-

cillos una manilla del baúl.

—Has comprendido, Lobito —murmuró Bobbie, acariciando al lobezno—. Voy a colocarte el arnés del perro de San Bernardo, y tú arrastrarás la caja en el trineo. Vamos, Lobito... Ya tienes bastante fuerza para servirme bien.

Lobito se dejó atar con el arnés y arrastró el baúl fuera de la cabaña. El trineo se deslizaba sobre la nieve, con escaso esfuerzo de

parte del lobezno.

Año VIII - 5-IX-1956 - N.º 366
Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).
Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.'
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.
Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.
Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros países: US\$ 5,20.



Después de atravesar el bosque, llegaron a la montaña que bordeaba el río.

Bobbie guió el trineo por entre las breñas que crecían en el faldeo, y, de súbito, cayó en un hoyo y se perdió de vista.

—Solo buscó su escondite —exclamó Bobbie, riendo alegremente. Al apartar los arbustos, la niña quedó suspensa al advertir que el baúl había desaparecido.

—¿Lo creerás, Lobito? —dijo la hija de Joven Búfalo a su regalón—. El baúl ha desaparecido. ¿Habrá caído al fondo?

Bobbie se inclinó hacia el hoyo, y, sin darse cuenta, resbaló a un profundo foso. Lobito la siguió.

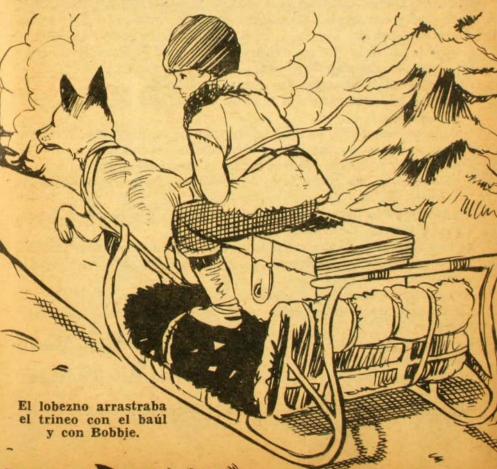
Se encontraron en un túnel subterráneo, tan bajo, que apenas podía mantenerse de pie la jovencita. La caverna recibía luz de algunas hendiduras disimuladas por el césped que crecía en la montaña.

"¡Qué hallazgo tan magnífico! —se dijo Bobbie—. Tal vez algún día pueda servirnos al tío Daniel y a mí para ocultarnos de nuestros enemigos. Por el momento, dejaré aquí mi baúl."

La caverna se extendía hasta un brazo de río. Bobbie salió del subterráneo y trepó a las rocas. Por ese lado tampoco era visible la entrada a la caverna.

Iba ya a penetrar de nuevo a las cuevas, cuando parte de la roca se desmoronó y arrojó a Bobbie de cabeza al río.

No fue cosa fácil para Bobbie nadar con el pesado atavío que llevaba. Sus botas de cuero y la casaca de piel le impedían luchar contra la corriente. Sin embargo, su energía venció al fin, y pudo subir a la ribera.



-¡Qué frío! -murmuró Bobbie, tiritando-. Y no tengo ropa para cambiarme.

Súbitamente, recordó los vestidos que contenía el baúl, y corrió a la caverna. Apartando las breñas, la niña llegó pronto al sitio donde había ocultado el baúl. Lobito montaba guardia allí.

Cinco minutos después la hija de Joven Búfalo vestía una falda verde, un jersey amarillo, y colocaba sobre su cabecita rubia una

boina de lana.

Bobbie extendió su indumentaria masculina sobre las hojas secas

de la caverna y salió a tomar el sol.

—Mi gorra de piel —exclamó de pronto Bobbie—. Se me quedó a orillas del río. ¿Será imprudente ir a recogerla con este vestido de mujer? No creo que haya peligro. Este sitio es muy solitario.

Mientras Lobito quedaba custodiando el baúl, Bobbie comenzó a buscar su gorro de piel. De improviso sintió ruido entre las breñas. Alguien transitaba por esos sitios... Bobbie se escabulló tras el tronco de un roble. En ese momento silbó en el aire una flecha, que fue a sujetar la manga de su jersey al tronco del roble.

Pies de Venado apareció por entre los árboles.

-¿Quién es usted, doncella blanca? - preguntó asombrado el joven piel roja.

Bobbie no respondió. La voz se ahogaba en su garganta, y fue inmenso su temor de que Pies de Venado la reconociera.

Para ocultar su rostro, Bobbie colocó la boina sobre sus ojos.

—¿Por qué no me contesta la doncella blanca? —repitió Pies de Venado—. Yo me llamo Pies de Venado.

Bobbie retiró la flecha que sujetaba la manga y, alzando un brazo, indicó a Pies de Venado un punto lejano.

El hijo de Aguila Negra miró en la dirección indicada por Bobbie, y la niña aprovechó su momentánea distracción para huir rápidamente.

La abundante nieve que comenzaba a caer borró sus huellas.

En un instante Bobbie estaba dentro de la caverna y cambiaba su traje.

La hija de Joven Búfalo vio pasar varias veces a Pies de Venado cerca de la entrada de la caverna.

"Saldré por otro lado y buscaré manera de ponérmele por delante", pensó Bobbie.

En efecto, antes de un cuarto de hora, Bobbie, acompañada del fiel Lobito, se detenía en la cima del monte.

Fácil le fue divisar al hijo de Aguila Negra rondando aún por la orilla del río.

-Pies de Venado -le gritó la valiente niña.

El indiecito trepó apresuradamente la colina y jadeante preguntó a Bobbie:

-¡Ha visto mi hermano Bobbie a una doncella blanca?

-¿Hay alguna doncella blanca por aquí? -interrogó Bobbie.

—Pies de Venado estaba ejercitándose en el arco —dijo el muchacho indio—, cuando una de sus flechas se clavó en la manga de la doncella blanca. Nunca vio Pies de Venado algo más hermoso. Era más bonita que la luna y que las estrellas.

La vanidad de Bobbie debió sentirse satisfecha.

Pies de Venado fijó sus ojos en su amiga, y, después de un instante, le preguntó:

-¿Tiene mi hermano Bobbie una hermana?

-No. Pies de Venado. ¿Por qué me lo preguntas?

—La bonita doncella se parecía a ti... Tiene la misma nariz y la misma boca... Podía ser tu hermana —dijo el joven indio.

—Soy hijo único —respondió Bobbie—, pero dicen que todos los blancos se parecen mucho. Y ahora, adiós, hermano Pies de Venado. Tengo que regresar a la cabaña.

-Yo seguiré buscando a la doncella blanca —declaró Pies de Venado—. La buscaré siempre. Estoy fascinado por su hermosura.





Hey! Despierta, oso) dormilón.



1. Búfalo Bill decidió visitar a su amigo el aventurero Texas Jack, que había descubierto una pequeña mina de oro en Montana. Hacia allá se dirigió nuestro héroe. Nadie respondió a sus voces desde la cabaña. "-Texas Jack no debe andar lejos", cavilaba minutos después al observar el desayuno aún caliente.





2. Una detonación y el estrépito de los vidrios de la ventana, interrumpieron sus meditaciones. Se lanzó al suelo, para evitar el baleo. En seguida, con gran cautela, examinó el exterior. "-Hay un grupo de hombres ocultos entre los árboles -murmuró, intrigado-. ¿Y dónde demonios estará Texas Jack?"





3. Dirigió una rápida mirada a sus revólveres. Estaban en perfectas condiciones para responder a un fuego intenso. Pero los misteriosos asaltantes decidieron alejarse. Cuando el eco de la cabalgata se perdía en la distancia, Búfalo Bill estudió el plomo de una de las balas que hizo impacto contra la cocina.





4. Sin pérdida de tiempo, montó en el veloz Torbellino, dirigiéndose al pueblo cercano. Allí el sheriff Lem Rog lo saludó bulliciosamente: "-¿Conque usted es el famoso Búfalo Bill? Es para mí un honor conocerlo, Bufalito. ¿Qué lo trae por aquí?" El explorador repuso: "---Una lluvia de balas".



### BUFALO





5. Explicó al sheriff su reciente aventura y éste gruñó: "—No me diga más. Ya sé lo que sucedió: su amigo Texas Jack ha sido víctima de los ladrones de minas, una banda que tiene aterrorizada a la comarca. Se apoderan de todas las minas descubiertas, obligando a sus dueños a cedérselas... en forma legal".





6. "—La ley nada puede hacer en este caso", añadió Rog. Búfalo Bill, fijando su mirada en los ojos huidizos del sheriff, replicó fríamente: "—Esos perros han cometido ahora un error. Nadie puede obligar a Texas Jack a firmar algo que no desee. Y jay! de los que han tratado de atemorizarlo."

# BILL COM



7. Desde su montura, señaló: "—Regreso a la mina, para buscar las huellas de los forajidos y le aconsejo, sheriff, que reúna una patrulla civil'para que me ayude en la captura". Rog prorrumpió en una estrepitosa carcajada: "—Así me gustan los hombres, Bufalito. No se nos escapará ni un solo bellaco".



8. Torbellino resopló antes de emprender el galope. El vozarrón de Lem Rog no le agradaba. El sheriff convocó después a un grupo de jinetes. La máscara de alegría había desaparecido de su rostro y dijo, con torva expresión: "—Malas noticias, muchachos. El hombre que llegó a la mina de Texas Jack, es BUFALO BILL".



la primera vez que salían de su refugio con Rosita, Katzy y Polly. Nadie quedaba en el islote, pero el puente caería en el momento

preciso.

Sin preocupaciones, se dedicaron alegremente a recoger frutas en la jungla. El reloj de arena que llevaba Lani marcaba ya el término del tiempo. Al ver que ya sólo restaba un poco de arena, la joven isleña anunció a Julia:

-Es hora de regresar.

Mientras tanto, en un lugar no muy distante de la isla, el excitado nativo Ugani anunciaba al hechicero Klio:

-Descubrí en el río un barquito con cabellos color oro. Es una

prueba de que hay forasteros en la isla.

—Sí —dijo Klio pausadamente, mientras su rostro surcado de arrugas se contraía en un gesto perplejo—. Están en las riberas del río, pero, ¿en qué sitio? El río es muy largo para explorarlo.

Se sumió en profundas meditaciones. Bajo las cejas blancas y abundosas, los ojos se entrecerraron. Por fin un expresión de astucia re-

corrió su apergaminado semblante.

—Los blancos son sagaces y conocen muchos ardides. Nosotros usaremos las mismas armas para engañarlos.

Los isleños fijaron en Klio atónitas miradas. El hechicero no dio explicaciones.

Julia, Lani y Rosita habían emprendido ya el regreso. Deteniéndose en la ribera, Rosita exclamó: —Katzi está muy intriga do. ¿Cómo bajará el puente?

—Con una magia que preparó Julia —repuso Lani, convencida.

El leopardo en realidad parecía desconcertado. Y lanzaba recelosas miradas al agua. ¿Se vería obligado a cruzar el río a nado?

La liana que Julia dejó unida a la soga que sostenía el puente, ya terminaba de quemarse. Cuando el fue-



-¿Donde se ocultan los forasteros?,

go llegó al soporte, éste se cortó, y el puente bajó.

Todos lo cruzaron alegremente. Hasta el papagayo Polly olvidó que tenía alas, para dar unos triunfales pasos sobre el puente. Katzi caminó, ya tranquilizado.

En seguida, Julia y Lani se ocuparon de renovar la soga quemada. Minutos después el puente era alzado y quedaba oculto entre los árboles y lianas. Los náufragos se hallaban de nuevo en su castillo de bambú, sin que miradas hostiles y malignas pudieran descubrirlos.

Días más tarde, Julia y Lani estaban fabricando un mueble de cañas, cuando Rosita llegó corriendo. Venía muy agitada y sus azules ojos reflejaban un gran asombro:



-¿Qué sucede, Rosita?

-Rosita vio una extraña barca. Viene para acá.

Ese anuncio alarmó a ambas amigas. ¿Habían descubierto los nativos su refugio? Evocaron con terror el ejército armado que habían visto desfilar días antes.

Indicando a Rosita que se mantuviera escondida, avanzaron con cautela para observar el río. Entonces vieron una canoa indígena.

-Está vacía... y hace agua. Pronto se hundirá.

Rápidamente Julia enlazó con una liana la proa de la barca y la atrajo hacia tierra. Entonces vio que estaba repleta de alimentos.

—¡Oh! —exclamó Lani, mientras ayudaba a Julia a descargar frutas, arroz, miel, leche y otras delicias. En seguida soltaron la barca y ésta siguió navegando a la deriva.

-No comprendo -balbucía Lani-. ¿Y si este presente viene de

Ma-Zara?

Era la primera vez que relacionaba al dios con un suceso agradable. Siempre temía de él desgracias y persecuciones.

Entonces no está enfurecido con nosotras —caviló con una sonrisa. Pero de súbito reapareció en su moreno semblante la expresión grave y temerosa. Ma-Zara no era un dios benigno. ¿Qué significaba, entonces, aquella ofrenda que envió por el río?

Al advertir la desconfianza de Lani, Julia dijo:

—Lunes, no empieces a imaginar calamidades. Un nativo perdió su barca. Antes que se sumergiera, nosotras hemos recogido su cargamento. No hay en esto ni maldad, ni acechanzas, y mucho menos una maldición de Ma-Zara. Volvamos tranquilas a nuestro castillo y olvidemos el incidente.





Julia se equivocaba. Al desembarcar los víveres, había caído en una astuta trampa ideada por Klio, el hechicero de la Reina Blanca. Desde la ribera, un grupo de isleños vieron venir la canoa vacía. Klio, al ser informado, señaló:

-Bien. Los extranjeros se hallan en estas cercanías. La tarea de buscarlos se ha simplificado. Pronto caerán en nuestras manos y

entonces Ma-Zara será desagraviado. Hace mucho tiempo que clama venganza.

Hablaba sin odio, pero con una firme decisión. Ugani preguntó:

-¿Daremos esta noticia a la reina?

Klio sacudió su cabeza en un gesto negativo.

—No. Le presentaremos a los prisioneros cuando su suerte ya esté decidida. Ma-Zara pronunciará la sentencia.

(CONTINUARA)



## OLEIO





Mamá Tomasa preparó un delicioso pastel para celebrar el aniversario de "SIMBAD". "—Si alguien roba aunque sea una miga, le daré una paliza", anunció Tomasa, y sus angelitos prometieron ayudarle a cuidar el pastel.





2. El capitán Escotilla y el inspector decidieron apoderarse de aquel tesoro. Entonces los mellizos corrieron a decirselo a la mamá. Esta sorprendió a los ladrones y los castigó, mandándolos a cortar un bosque de leña.

## DEL TID TOME





3. Cuando los culpables empezaban a aserrar, aserrín, aserrán, los maderos de San Juan, Tim y Tam aparecieron con un gato salvaje. En seguida corrieron a decir a la señora Tomasa: "—Mamá, el "capi" y el "inspec" están flojeando".





4. Tomasa acudió a redoblar el castigo, pero tuvo que subirse a un barril para huir del gato salvaje. Mientras tanto, los mellizos se apoderaban del pastel. "—Alguien tiene que celebrar dignamente el aniversario de "SIMBAD", decían.



### LOS PIRATAS DEL CARIBE

CAPITULO XVII.— FUE O EN EL ARTIBONITO



1. El Cormorán, capitán de corsarios, desafiaba un gran peligro. Sabiendo que sería traicionado, aceptó el plan de Montero de dirigirse por tierra a las riberas del Artibonito. Sabía que existía un pacto secreto entre españoles y franceses destinado a eliminar a los filibusteros de la isla Tortuga.



2. Montero, apenas desaparecieron en la lejanía los expedicionarios, ordenó a sus guardias: "—Libertad al señor de Saint Prix, que está prisionero en el galeón. El me explicará esta situación tan enredada". Mientras tanto, un solitario jinete se reunía con Cormorán y sus bucaneros.



3. Era Jacobus, el barbero. Con gesto desolado, confesó al Cormorán: "—No soy tan inteligente como me imaginaba, ya que os acompaño en este viaje suicida. Sois tozudo como un mulo. Os dije que en el Artibonito hay una trampa mortal. Sabéis que a bordo del "Doña Sol" quedó un traidor, que será libertado".





4. Luego de traspasar la cadena montañosa, que separaba a la bahía de San Marcos del río, llegaron a las riberas. De súbito resonó una detonación, y uno de los corsarios cayó de la montura. De inmediato los jinetes se replegaron para buscar amparo. Ahogando una maldición, Cormorán examinó con su catalejo la ribera opuesta.







5. Después de observar un instante, murmuró: "-¡Qué extraño, Jacobus! Esos hombres que nos atacan no son españoles," El barbero contestó: "-No me agradan los misterios. Conviene descifrar éste." El Cormorán impartió algunas órdenes, y en seguida se deslizó por entre las hierbas seguido del barbero.





6. Orillando el río, se lanzaron a nado cuando calcularen que a esa distancia no serían vistos por el enemigo. En la margen opuesta avanzaron con cautela hacia el lugar ocupado por los misteriosos tiradores. "-¿Quiénes serán esos condenados truhanes?", gruñía Jacobus sacudiéndose el agua.

## LOS PIRATAS DEL CARIBE





7. A fin de cubrir la avanzada del Cormorán y del barbero, los corsarios abrieron el fuego. Atentos a contestar la andanada, los enemigos no advirtieron que dos siluetas furtivas se aproximaban, El Cormorán, al ver de cerca a uno de esos hombres, contuvo una exclamación de asombro.



8. Era negro. El Cormorán lo llamó suavemente. El tirador, sorprendido, se volvió. Entonces Jacobus, que acechaba entre las hierbas, dio un salto de tigre. "-Ahora nos dirás quién demonios eres -susurró- y a qué condenado amo sirves." El Cormorán cubrió con su mano la boca del prisionero.

(CONTINUARA)



CAPITULO VIII. — El hombre de la cicatriz en el cráneo.

—Cuando sepa nuestra madre las locuras que has hecho, no te perdonará —decía Beppo, llevando en brazos a Rina hasta la ribera del lago.

-No es para tanto -decía la intrépida Rina-. Te he dicho que

quiero ser gondolera.

Los parisienses que concurrían al festival del bosque de Boulogne

RESUMEN: Un gondolero de Venecia, Zani Zanizolo, encuentra en su embarcación una caja que contiene un bebé y un atado de billetes. Como ese mismo día ha muerto su hija menor, Rina, Zani decide adoptarla con el mismo nombre. Poco después los niños Zanizolo visitan un palacio incendiado y se encuentran con una dama enlutada que ha perdido a su bebé en el incendio. La acompaña un individuo de turbante, que trata de consolar a la intortunada madre. Han transcurrido ocho años, y Rina es una linda rubia, muy inteligente y voluntariosa. Sus padres adoptivos la miman demasiado. Un pintor trancés escoge de modelo a Rina. Zani y Beppo han ganado en dos concursos de carnaval, y reciben por premio un viaje a París. El pintor Voisin ofrece pagar los gastos de viaje a su modelo Rina. En París los Zanizolo son muy festejados y Rina posa ante los fotógrafos como una reina de la belleza. La imprudente niña se aparta de Zani y Beppo y cae al lago del bosque de Boulogne...

se arremolinaban en torno a los hermanos venecianos y les aplaudían.

Entretanto, Zani continuaba buscando a su hija menor, y, por primera vez en su vida, reprendió severamente a la locuela.

—Busquemos a la señora Galbert —dijo en seguida Zani—. Esa

dama quiere conocerte, Rina.

—Pero no estoy presentable, papá —insinuó Rina—. Mi vestido blanco se ha manchado con el agua, y mis cabellos están lacios. Pobre papá, pobre Beppo. les prometo que nunca más haré locuras. Merezco una palmada. Dámela, Beppo.

En vez de una palmada, el muchacho dio un beso en la mejilla de la picara chiquilla, y todos desistieron de seguir buscando a la dama

del palacio incendiado de Venecia.

La fiesta veneciana continuaba en su apogeo. Hubo concursos de baile, de canto y pantomimas. Luego tocó el turno a los gondoleros Zani y Beppo, que deleitaron con sus cálidas voces a los parisienses. Rina debía cantar, pero su coquetería le impidió ponerse en evidencia con su destartalada indumentaria.

Y así fue que Elena Galbert no pudo conocer a Rina Zanizolo esta vez.

Beppo sacó a Rina del lago enteramente mojada.



Al día siguiente del festival en el bosque de Boulogne, los viajeros Zanizolo, acompañados hasta el tren por el agregado cultural de Italia, partieron de regreso a Venecia. Rina iba cargada de bombones, flores y juguetes.

-Pareces una prima donna -decíale el diplomático italiano-.

Cuando seas mayorcita, volverás a París como una reina.

—Gracias, señor —dijo Rina—; pero yo quiero ser gondolera como mi papá y mi hermano Beppo.

El viaje de regreso a Venecia fue muy feliz.

Mientras se desarrollaban tan faustos sucesos en París, Luisa tuvo un encuentro emocionante en Venecia.

Luisa pasaba sus noches en la mayor angustia, pero durante el día

comentaba con sus vecinos los triunfos de los viajeros.

—Figurense ustedes —decía la vehemente veneciana—, que mi marido, mi hijo Beppo y la menorcita Rina han hecho la "gran vida" en París. Fueron recibidos por el Presidente de la República con honores civiles y militares. Comieron en un banquete con artistas de cine.

- -Con tal que a una de esas artistas no se le ocurra casarse con Beppo
- -decía Luisa.
- —Las artistas ni mirarán a tu Beppo —dijo una ventera envidiosa. Luisa, indignada, apostrofó duramente a la gorda verdulera, y casi se fueron a las manos.

Así, entre charlas amistosas y vulgares querellas, las vecinas no se cansaban de comentar a los viajeros de París.

De pronto la atención de las comadres se vio atraída por una mujer extraña, que rondaba por la plaza y se detenía, gimiendo, frente al sitio que ocupara nueve años antes el palacio de la señora Galbert.

—Me parece que conozco a esa mujer —dijo una de las vecinas—. ¿Qué hace ahí? Habla sola, como si tuviera un trastorno mental. En efecto, la desconocida tenía un aspecto extraño. Su rostro pálido, sus manos albas y su excesiva nerviosidad demostraban un estado enfermizo, cómo si estuviera recién salida de un hospital.

Después de mucho vacilar, la mujer se acercó al grupo de venteras y preguntó:

-¿No es aquí donde se levantaba el palacio Mazzarini?

-Sí -respondió Luisa Zanizolo-, aquí existía ese palacio, del

cual era propietaria una dama francesa. El palacio se incendió en un día de carnaval hace nueve años. Por eso lo demolieron y han construído un edificio moderno.

—Nueve años —murmuró la desconocida—. Yo era la nodriza de la niña que se quemó en aquel palacio. Estuve enferma a causa de esa desgracia, y hace pocos días salí de un hospital. Me dijeron que ya estaba sana y me permitieron salir. Ahora tengo que buscar tra-



bajo. No quiero tocar ese dinero... Nunca, nunca... Fui una criminal.

La mujer caminó algunos pasos y vacilante tuvo que apoyarse en el muro de una iglesia.

Luisa avanzó a socorrerla, y le dijo:

-Venga a casa, mi pobre amiga. Le daré una taza de café. Apóyese en mí...

Sosteniéndola en sus brazos, la buena Luisa condujo a la desfalle-



cida mujer hasta su hogar y la atendió con mucha bondad.

-Usted no puede comprender cuán terrible es mi situación -decía la nodriza de la señora Galbert -- Esto es horrible. Allá en el hospital. viví muchos años sumida en una especie de sueño Nada recordaba. v las ideas se confundían en mi cerebro. Pero poco a poco han vuelto los recuerdos. Todavía es muy vago lo ocurrido v tengo miedo de pensar... Necesito hablar con al-

guien que me ayude a recordar y que me diga lorque debo hacer,

porque el hombre está todavía ahí... Lo he visto...

—¿A quién ha visto usted? —interrogó Luisa, sirviéndole otra taza de café—. ¿Es alguna persona que se relaciona con el palacio Mazzarini?

La mujer alzó la vista y misó fijamente a Luisa Zanizolo.

—He visto al hombre que incendió ese palacio —dijo la nodriza.
—¿Qué dice usted? —exclamó Luisa—. ¿No fue entonces un accidente casual? En esa época dijeron que había caído un cohete del carnaval...

---Mentira ---declaró la mujer---; ese hombre incendió voluntariamente el palacio.

La infeliz nodriza inclinó la cabeza y comenzó a sollozar, tanto, que Luisa no se atrevió a seguir interrogándola:

Por fin y ahogada en llanto, la mujer prosiguió su relato.

—Era un hombre que yo no conocía —dijo—, e ignoro qué motivo le indujo a cometer ese crimen. Sin duda, alguien le había pagado, porque tenía mucho dinero en su bolsillo. Sin embargo, su aspecto era miserable. Vestía pobremente. Me parece que le veo con una cicatriz que comenzaba en la frente y terminaba en la nuca; muy moreno y calvo. Hablaba con una voz como si no fuera la suya.

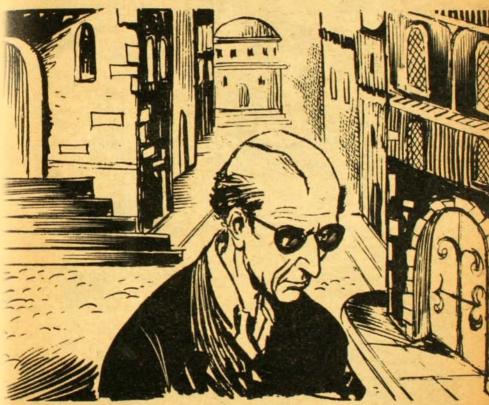
Llevaba lentes negros, que ocultaban sus ojos... Pero no puedo decir más. Gracias, señora... Me voy. Querría estar otra vez loca para olvidar.

Luisa no trató de retenerla y la vio alejarse curvada bajo el peso

de sus espantosos recuerdos.

De pronto, Luisa se estremeció de espanto, y murmuró:

-Entonces si el incendio fue intencional, también fue un crimen



Era un viejo miserable con una cicatriz desde la frente hasta la nuca.

la muerte del niño que dormía en el palacio. Asesinos, malvados... Merecen la horca. Cuando llegue Zani le contaré esta historia. El, que conoce a toda la gente en Venecia, puede descubrir a ese bandido que tiene una cicatriz desde la frente hasta la nuca.

#### Ponchilo













#### Por nato











CAPITULO XXVI.—La profecia de la bruja.

El príncipe Valiente, para ganar el título de caballero, desafió en un torneo a Tristán. Vestido con una armadura blanca y manteniendo la celada baja para que nadie viera su rostro, el doncel quebró su lanza en el primer

encuentro. Sir Gauvain, que lo había reconocido, se acercó para ofrecerle la suva.

Los cortesanos rieron a carcajadas al advertir que el aspirante a caballero quedaba desarmado. Pero Tristán no reía y ordenó a su escudero:

—Tráeme mi lanza más resistente. Ese advenedizo sin nombre golpea con la fuerza de diez caballos.

Resonaron las trompetas, se dio la señal, y por segunda vez galoparon los adversarios el uno hacia el otro. Tristán casi fue derribado de la silla antes que se quebrara el arma de Val, mientras el caballero se aseguraba esta vez de que su lanza no fuera desviada por el astuto antagonista. La lanza resistió el golpe, y Val y su caballo rodaron por tierra.

Y con la derrota estallaron las burlas, pues la caída desprendió el





casco de la cabeza de Val. Entonces, al reconocerle, los envidiosos escuderos gritáron:

—¡Es Sir Val, príncipe de sapos y culebras del Reino de los Pantanos! Dejadle dormir en el suelo, pues carece de cama. Aquí tienes un palo de escoba, te servirá mejor que la lanza.

Aturdido, se alejó el joven del campo, entre los aplausos de los espectadores.

Una sonrisa de admiración se dibujó en los labios de Tristán.

—Espero no enfrentar nunca más a ese mancebo tan fiero. Sus golpes me dejaron el cuerpo molido.

Y el rey Arturo sintió orgullo en vez de ira ante la osadía de Val.

-¡Vaya! —exclamó—, el joven príncipe Valiente casi venció al

poderoso Tristán. Traedlo aquí.

Val sólo había oído las burlas de los escuderos. Pensando que los nobles se reían de su presunción, montó a caballo y se alejó de Carleón hasta que no percibió ya los ecos de las risotadas. Camelot se perdió a la distancia.

Dominado por el dolor, pensó que había llegado a Camelot como un desconocido y así también se iría. Pero llevaba dos caballos y la

espada Cantadora.

Volvió sus pasos hacia la paz y el silencio de su antiguo hogar en los marjales misteriosos. Y allí, al borde del pantano, encontró a su amigo el pastor, que todavía cuidaba a su majada de ovejas. Val le dio sus caballos para que los vigilara, y buscó luego su vieja canoa, encontrándola en el mismo sitio donde la ocultara largo tiempo atrás. Con resina y carbón reparó las hendiduras y una vez más guió la liviana barca por el laberinto de canales.

Así, después de dos años de viajar errante, el príncipe vio de nuevo la isla donde transcurría el destierro de su padre, el rey de Tule.

Al posar el pie en esa tierra, Val respiró profundamente y luego exhaló un salvaje alarido de júbilo. Desde el castillo le respondieron

atronadores gritos:

—¡Ha regresado el príncipe Val! ¡Bien venido, Val! ¡Bien venido! Los fieles servidores del rey rodeaban al aguerrido joven que les abandonó cuando era un adolescente. En un impulso de cariño, le abrazaban, le estrecharon las manos, riendo y llorando, y estuvieron a punto de llevarle en andas hasta el interior del castillo. Con orgullo y alegría recibió el viejo rey a su hijo.

Aquella noche, sentado frente al fuego y con los perros a su lado, Val relató las aventuras que había vivido en los dos años pasados. —Pero todavía no soy caballero —terminó con amargura—, e Ilene

se ha ido al lugar del que jamás se retorna.

En los días que siguieron, Val vagó libremente por sus amados marjales, cazando con flechas y trampas, como lo hiciera en otra

época.

Llegó el invierno, y el viento helado comenzó a aullar lúgubremente alrededor del castillo. Val empezó a meditar un ambicioso plan para la primavera. Al relatar a su padre sus aventuras, no le habló de su encuentro con Sligon, el tirano que usurpara el trono de Tule. Ahora el príncipe hacía proyectos para recobrar la corona de su padre, y liberar al pueblo de la opresión. Con treinta guerreros pensaba derrotar al ejército de Sligon.

Mientras maduraba sus planes, resolvió visitar a la bruja Horrit. Ella le profetizó con certeza las tragedias de su vida. Pues bien, lo

mismo podría predecirle ahora el futuro.

El cortante viento de enero mantenía los pantanos en un clima de hielo. Fue entonces cuando el príncipe Valiente resolvió dirigirse hacia la vivienda de la bruja, que residía en el corazón de los mar-



jales. Las fantásticas luces del norte iluminaban la noche silenciosa con su extraño resplandor cuando el joven llegó a la ruinosa cabaña. Horrit y su hijo contrahecho aullaron de terror al ver a su visitante. Val intentó calmarlos.

—Os traigo regalos —declaró—. Alimento y mantas abrigadoras. Dime ahora, ¿qué puede hacer un hombre con la espada Cantadora? Con estas palabras, desenvainó el arma y la mantuvo en alto.

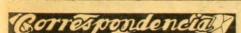
—¡Quita de mi vista esa hoja maldecida! —gritó Horrit—. Es Flamberge, la espada encantada forjada por el mismo mago que creó la Excalibur del rey Arturo.

La voz aguda de la hechicera se elevó hasta convertirse en un au-

—No hay otra hoja más filosa y su dueño ganará la victoria, siempre que luche con el corazón puro y por una causa noble. Pero, ¡ay de aquél que la use para fines malignos! Líbrate de ella, hermoso doncel, pues es un arma muy exigente.

Después profetizó lo que no puede contarse aquí, pero Val estaba pálido y temblaba cuando salió de la choza al amanecer y huyó corriendo a su hogar.

(CONTINUARA)



MARIA VICTORIA IBARRA.—Muy ingeniosa la idea de dramatizar las historietas de Ponchito y Pelusita, y representarlas en el día del papá. Nato se siente muy feliz con sus felicitaciones y les ofrecerá próximamente una portada con Ponchito y Pelusita.

JOSEFINA GARCIA.— Admiradora de "Fantasmita", le anunciamos que lo será también de "Los Nietos del Tío Tom", que son muy traviesos y picaros.

GABRIELA HELLER, de Temuco.— Se ha apasionado de "Betty en el Colegio". Para no agraviar a los varones, en seguida les daremos una serial de colegiales pillos y diablillos. SYLVIA TRONCOSO, de Linares.— Otra admiradora de "Betty en el Colegio". Nos complace saber que en esa linda ciudad todos los niños son admiradores de la pequeña gran revista "SIMBAD".

ROXANE



#### ¿Cuál es la respuesta?



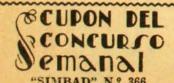
Contesta a esta pregunta: ¿CUAL ES EL IDIOMA OFICIAL DE HAITI? ¿El portugués, el francés o el in-

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta con el cupón respectivo a revista "SIMBAD", casilla 84-D, Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 364. APROXIMADAMENTE LAS BA-LLENAS PUEDEN ESTAR SUMER-

GIDAS 20 MINUTOS.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes, CON CINCUENTA PESOS: Gladys Ibaceta. Melipilla; Rosa Aldea. Nipas; Eduardo Dagach, Santiago; Elena Gudmani, Santiago: Ximena Peña, Linares; Luis Retamal, Santiago; Ana María Pérez, Batuco; Juan Saavedra, San-tiago; Cecilia Molina, Tomé; Aída Moreno, Santiago, SUBSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Ma-riana Aguilar, La Calera; Mercedes Figueroa, Angol; Inés Ormeño, Tomé; Sergio Silva, Santa Cruz; Ser-gio Piraino, La Calera; María Araya. Santiago. UN LIBRO: Humberto Bascuñán, Victoria; Patricia Corne-jo. Mclina; Georgina Gallardo, La Calera; Lilian Galdames, Tomé; Gladys Antezana, Santiago; E. Mo-lina, La Unión; Iris Lobos, Lebu; Marcos Salinas, Lota; Patricia Correa, Viña del Mar; Florencio Alarcón. Lebú.



# SORTER NAVIDAD

**★** \$ 500.000.- ★

EN VALIOSOS REGALOS REPAR-TIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NU-MEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICE-RAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMEN-TOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.



Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 3 — SERIE N.º 4 SORTEO DE NAVIDAD CUPON N.º 3 — SERIE N.º 4 5 de septiembre de 1956.

### Betty en el eolegio





3. Sofía, con un guiño alegre, contestó: "—No lo creas, llorona. El estudio de los animales prehistóricos es siempre interesante. Y ahora conoceremos a un saurio especial". Betty la obligó a callar. "—¿Qué es un saurio?", gimió Dotty. Martina repuso, con un gesto de sabiduría: "—Es un lagarto gigante".





4. Antes de entrar en el laberinto de cavernas, la señorita Clara advirtió: "—Cuidado con extraviarse. Espero que todas se mantengan junto a mí". Dorotea, a quien todas las alumnas llamaban "la llorona Dotty", se apresuró a pegarse a las faldas de la maestra, mientras Betty y sus amigas reían.

(CONTINUARA)

#### pelusata

#### POR NATO















### Betty en el colegio





#### CAPITULO XIII.—DESCUBRIMIENTO PREHISTORICO

1. La señorita Clara llevó a sus alumnas a las grutas de Galibar, para dictarles una clase de zoología. La "llorona" Dotty empezó a temblar de susto. Había oído hablar de un fósil extraño, de un saurio o lagarto gigante. "—No seas tonta —susurró Martina—. Esos animales murieron hace miles de siglos."





2. Al advertir el terror de Dotty, la maestra dijo: "—Vamos, Dorotea, usted ya es grandecita y no debe ser tan miedosa. Vaya adelante". La rubia niña obedeció temblando. Sofía, ahogando la risa, dijo al oído de Betty: "—Cuando encuentre al tutifrutisaurio lanzará un tremendo chillido. ¿Oyes?"

(Continúa en la penúltima página.)



CAPITULO VIII.—Daniel Dracke prisionero.

De regreso a su cabaña, Bobbie iba meditando sobre las palabras de Pies de Venado.

"Me ha preguntado si tenía una hermana —pensaba la hija de Joven Búfalo—, y dijo que la doncella blanca era muy hermosa. Esto me halaga, pero, ¿sospechará de mí? Tío Daniel se enojará mucho si le refiero la aventura."

Al llegar a la cabaña, el trapero salió a recibir a la niña, abrazándola cariñosamente.

- —Qué felicidad tiíto —murmuró la afectuosa niña—. Has regresado antes de lo que yo esperaba. ¿Por qué no me llevas en tus viajes? Me siento tan sola...
- —Cuando pase el invierno y los caminos estén despejados de nieve, te llevaré —dijo Dracke—. Y ahora, ¿me darás de comer, mi princesita?
- -Inmediatamente -declaró Bobbie-. Siéntate junto a la chime-

Año VIII - 12-IX-1956 - N.º 367
Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).
Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.
Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.
Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros
países: US\$ 5.20.

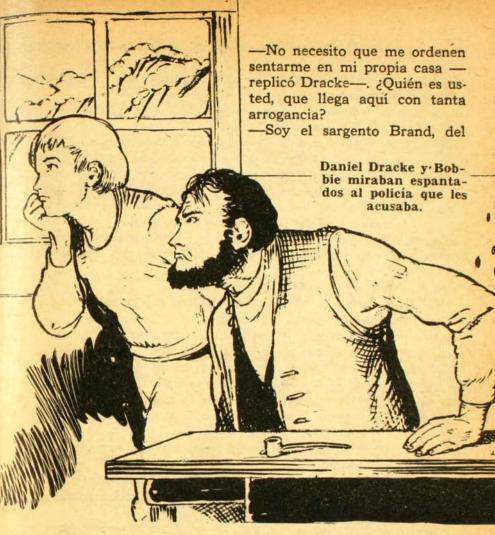


pregunta de Dracke, pues temía que si entraba en averiguaciones se pondría furioso al saber que ella se había vestido de mujer a orillas del río.

Por suerte en ese momento Lobito dio un furioso ladrido.

Recios golpes se escucharon en la puerta de la cabaña. Bobbie corrió a recibir al importuno visitante y se encontró frente a un carabinero.

—No se mueva de su sitio, Daniel Dracke —ordenó el soldado, fijando sus ojos en el trapero, que, sorprendido por aquella visita, se había puesto de pie.



tercer regimiento de Carabineros. Vengo a cumplir una orden. Retire a ese lobo o . . .

Y el sargento apuntaba a Lobito con su carabina.

Escuche, sargento —expresó Dracke—. Usted merecería que yo lo arrojara por la ventana; pero creo que tiene algún motivo para

entrar aquí de esa manera tan descortés. Explíquese.

Lo haré —respondió Brand—. Acabo de encontrar en la montaña, cerca de aquí, a un comerciante en pieles. Le habían robado un saco lleno de pieles de oso y además le hirieron hasta dejarle agonizante. ¿Qué sabe usted de eso, Daniel Dracke? El trapero avanzó amenazante, mientras Bobbie daba un grito de espanto.

-No se mueva, Daniel Dracke -gritó el sargento-. Tengo orden

de prisión contra usted.

-¿Está loco? -exclamó el trapero-. ¿Qué tengo yo que ver con

ese asunto? ¿Quién me acusa? ¿Lo dijo Hockey?

—No lo dijo, porque el pobre hombre fue herido por la espalda, y no vio a su agresor. Mejor es que usted confiese su delito. Cerca del herido encontramos este par de guantes que lleva su nombre.

—No niego que esos guantes sean míos —asintió Dracke—: Seguramente cayeron de mi cintura cuando regresaba a mi cabaña. Re-

cuerdo que pasé por el desfiladero de la Roca Azul...

-Precisamente, cerca de ese desfiladero encontramos a Hockey. Los guantes estaban a pocos metros del herido. El crimen debió cometerse al atardecer.

-Yo pasé por allí a mediodía -dijo Daniel.

—¿De dónde venía usted? Si puede probar dónde estaba a la hora del crimen tal vez podría justificarse.

Después de un momento de vacilación, el trapero respondió:

-No puedo decir dónde me hallaba a esa hora.

—Entonces queda usted prisionero —respondió el sargento Brand—. Le conduciré al regimiento. No trate de escaparse. El lema nuestro es: "Nunca soltar al individuo cuya captura se nos encomienda". El sargento Brand, hasta hoy día, ha hecho honor a ese lema.

Bobbie, desesperada por el giro que tomaban los acontecimientos,

se aproximó al sargento:

—Mi tío Daniel no es culpable —decía la niña—. Usted se equivoca, señor sargento. Mi tío es incapaz de hacer mal a nadie y menos de robar o matar.

- —Pero las apariencias le condenan —observó Brand—. Que diga dónde se encontraba al atardecer y, si es inocente, lá justicia le devolverá la libertad.
- —Tío —suplicó Bobbie—, di dónde estabas al atardecer.
- —No puedo decirlo —replicó Daniel Dracke—. No insistas porque nunca lo diré. Yo no he cometido el crimen, sargento. Averigüen ustedes quien es el asesino.
- —Claro que no has cometido ese crimen —vociferó Bobbie—. Algún malvado colocaría los guantes de mi tío junto al hombre herido. ¿Por qué no cree en su palabra, señor sargento? Mi tío es el hombre más bueno.

Dejemos los sentimientos a un lado -expresó severamente el sargento Brand- Daniel Dracke, sigame,

No pueden salir con este temporal -indicó Bobbie al ver cómo

caía la nieve por la ventana.

Brand y Dracke también se aproximaron y el sargento dijo:

Imposible llegar esta noche al regimiento. La nieve y el viento nos dejarían a medio camino.

Seguramente, sargento Brand —insinuó Daniel Dracke—, no es usted un huésped bienvenido, pero ya que se encuentra en mi casa, debo considerarle como tal. Acérquese al fuego, en ese sillón estará más cómodo.

El carabinero, después de dar otra mirada por la ventana de la cabaña donde caían abundantes copos de nieve, colgó su casco y su abrigo en una percha.

- Dónde está su caballo? - preguntô Bobbie.

-Vine a pie -repuso el sargento Brand-. La nieve estaba muy espesa.

-Siéntese, señor Brand, -insistió Bobbie-. Aunque su misión sea desagradable para usted y para nosotros, debemos tratarlo bien. El sargento siempre malhumorado no sabía qué actitud adoptar. La simpatía de Bobbie hacía más difícil su misión policial.

(CONTINUARA) -Tome asiento -dijo Daniel Dracke al natrullero.



BILL





1. Lem Rog, sheriff de un pueblecito de Montana, reunió a sus cómplices para decirles: "-Tenemos una visita indeseable: Búfalo Bill. Está dispuesto a rescatar a su amigo Texas Jack. No debe sospechar que soy el jefe de la banda. Fingiremos ayudarlo y cuando llegue el momento preciso..., le daremos una sorpresa".



2. Una voz de hielo pronunció entonces: "-Si se trata de dar sorpresas, vo soy un experto, sheriff'. Con expresión incrédula, Rog vio aparecer a Búfalo Bill, con las manos a ambos costados, a escasos milímetros de sus cartucheras. El sheriff bajó su diestra y en el instante siguiente rugieron los revólveres.





3. El acre humo de la pólvora invadió la habitación. Al disiparse, Búfalo Bill permanecía de pie, mientras media docena de sus antagonistas se retorcían de dolor. Lem Rog oprimió su mano herida. Los bandidos que no alcanzaron a desenfundar sus armas renunciaron prudentemente a hacerlo.



4. Búfalo Bill dominaba la situación. Vencido, Lem Rog abrió una celda. Atado y amordazado, yacía Texas Jack sobre un camastro. "-Ahí tienes a ese maldito coyote amigo tuyo". Búfalo Bill repuso: "-No puedo negar que eres astuto, Rog. ¿Quién buscaría a un se-

cuestrado en la oficina del honrado sheriff?".

## BUFALO





5. Libre de mordaza y amarras, Texas Jack se irguió en toda su elevada estatura y aspiró el aire con delicia. "—Bienvenido, Bill —saludó—. Lancemos esta basura a la celda y vamos a celebrar tu llegada." Lem Rog huyó entonces. "—Detiénelo, Texas Jack", dijo Búfalo Bill con tranquilo acento.



6. El formidable Texas Jack alzó en sus brazos a uno de los secuaces de Rog y lo envió por el aire, diciendo: "—Llévale un recado mío a tu jefe. Dile que le conviene volver". El hombre cayó sobre el fugitivo y ambos rodaron por tierra, mientras otro de los forajidos bramaba: "—¡A ellos, o estamos perdidos!",

## BILLER



7. Aquella fue la señal para una batalla campal. La mitad de los bandoleros se lanzó contra Texas Jack, mientras los demás atacaban a Búfalo Bill. Por cierto que todos se arrepintieron después amargamente de su carácter pendenciero. Búfalo Bill y Texas Jack, les propinaron una soberana tunda.



8. Al ruido de los golpes y los lamentos, una multitud se agrupó ante la cárcel. Con gran asombro vieron salir despedidos violentamente uno tras otro a los individuos que no eran muy populares en el pueblo. También vieron volar al sheriff y nadie protestó por aquel atropello.

# ROSITA

CAPITULO XXX. — El adiós de Rosita.

Klio, el hombre sabio de la isla, había ideado una estratagema para saber dónde se ocultaban los forasteros. Envió por el río una canoa cargada de alimentos. Julia Blair y

Lani la vieron flotar y, al advertir que hacía agua, la atrajeron hacia ellas con un lazo. Recogiendo los víveres, dejaron ir a la deriva la embarcación vacía.

Con esa maniobra habían delatado su presencia.

Klio murmuró:

-Ahora podremos atraparlos. Escuchen, hermanos, mi plan.

Mientras tanto, Julia y Lani almacenaban alegremente las nuevas provisiones.

-Necesitaremos más fuentes... y quizás otro armario de bambú,

-observó la joven isleña.

-Sí, -asintió Julia-. Iremos a buscar más cañas y a traer las calabazas que dejaste ocultas.

Antes de alejarse, advirtieron a Rosita Crusoe:

—No te acerques a la ribera, ni te dejes ver. Los negritos aun no han descubierto nuestro escondite.

Riendo, la rubia niña contestó:

—Y seguirán intrigados. Son bien malos para buscar.

Las jóvenes ocultaban a Rosita que estaban en una isla enemiga, rodeadas de guerreros.

La expresión de los oscuros semblantes era hostil y las lanzas que enarbolaban sus manos, se veían dispuestas a surcar el aire.

—No son pacíficos —aseguró Lani, después de verles de cerca en la selva, cuando recogía calabazas—. He visto el odio en sus miradas. Y nos buscan, amita Julia.



Temerosas de que Rosita se viera amenazada por los isleños, jamás la dejaban sola. Katzi, el leopardo, la seguía a todas partes, vigilante v alerto.

Habían bajado el puente levadizo, cuando vieron aparecer al oranguntán Viejito.

-Viene a visitarme - aplaudió Rosita, encantada -. Me gusta jugar con el viejito bueno.

-Ahora que ha llegado el orangután, podemos llevar con nosotros a Katzi - propuso Julia.

-Sí. Viejito es también un buen guardián, -aprobó Lani.



-¡Adiós, Julia! ¡Adiós, Lani! - gritó la niña, agitando su mano en un alegre saludo. El sol fulguraba sobre sus rubios cabellos. Julia y Lani sintieron que la ternura inundaba sus corazones. Más tarde recordarían con tristeza y desesperación aquel adiós de Ro-

Cuando se adentraban en la selva, Julia murmuró:

-Pienso en su angustiada



madre, que dio dinero al capitán Jerd para que la buscara en las islas del sur.

—El no cumplió su misión.

—No, Lani. Recibió el pago y se olvidó después del asunto. Era un hombre villano.

En el islote, Rosita jugaba con el orangután a las escondidas. De pronto, lo oyó lanzar chillidos de excitación.

—¿Qué has encontrado, Viejito? —exclamó al ver al simio registrando unas

rocas. Luego algo fulguró entre sus velludas manos.

-¡Mi corona! -gritó Rosita, feliz.

Cogió la guirnalda de flores de oro que Julia y Lani habían ocultado, por considerar que era una insignia peligrosa. Si los isleños la encontraban en poder de ellas, creerían que eran cómplices del capitán Jed, que la había robado cuando desembarcó en la isla.

El orangután la examinó con delicia. Le agradaban los reflejos do-

rados y las luces de las piedras preciosas.

—Jugaremos con ella — decidió Rosita, sin resistir a la tentación de ceñirla a su frente—. Es mía, ¿sabes? Mis amigas la guardaron para hacerme collares de flores verdaderas, pero yo prefiero la corona de oro. Mira, qué bien luce. Se paseó delante del simio. Viejito hacía gestos de admiración y se golpeaba la

ca beza, reclamando también para él una corona.



Rosita explicó:

—No, Viejito. Yo soy la princesa y tú el ministro de mi corte. No llevas corona, sino que me sirves y me das consejos. También me cuidas, para que nadie me cause mal, ni me falte al respeto.

El papagayo Polly abandonó la rama del árbol donde estaba posado y, volando sobre Rosita, chilló; —¡Peligro! ¡Corona fatal! Rosita estalló en risa.

—Vieja lechuza. ¿Quieres jugar también con nosotros?

—Polly quiere la papa —

aceptó el papagayo, sacudiendo con fuerza sus alas, como si deseara
alejar los malos presentimientos.

-Bien. Te daremos una cena real. Viejito, busquemos un...

Se interrumpió, asombrada. En la alegría de su juego, olvidó los consejos de Julia. No se mantenía oculta en el refugio de bambú, sino que estaba a orillas del río...

—¿Quién..., quién se acerca por el río? —balbuceó. El orangután empezó a gemir, asustado. Polly gritaba:

—¡Relámpagos! Creo que daré una comida especial a los tiburones. ¡Atrás, o pierdo la paciencia!





## छण्याद्या





1. Tim y Tam amanecieron muy "endieciochados", cantando cuecas y tonadas. El inspector los encontró desabridos y para entonarlos un poco les propinó una tunda. Los mellizos cambiaron las tonadas por el "¡Ay, ay, ay!".





2. Ofendidos en su corazón de chilenos, Tim y Tam decidieron vengarse. El inspector mientras tanto se dedicaba a leer el diario de la selva. Tam buscó un cubo lleno de agua, pero el rucio Tim tenía una idea mejor y cogió a la cigüeña Bebé.

### DEL TO TOMO





3. Le untaron las patas con cola y después la colocaron sobre el sombrero del inspector. Este quedó a oscuras, y luego se sintió elevado en el aire. Los mellizos gritaban: "—¡Mira, la cigüeña trae un niñito con barbas!".





4. Como los angelitos habían colocado también cola al sombrero, éste demoró en desprenderse. Cuando al fin cayó el inspector, los mellizos aplaudieron: "—¡Bravo! Así nos gusta. ¡Que se saque el sombrero para celebrar las fiestas patrias!".



LOS PIRATAS



1. El Cormorán y el barbero Jacobus sorprendieron a uno de los tiradores que ametrallaban a los corsarios desde las riberas del Artibonito. Era un negro y, a las preguntas del bucanero, contestó: "-Me llamo Taré, y soy el jefe de los esclavos rebeldes que trabajan en las plantaciones del gobernador".





2. "-El intendente que está a cargo de la plantación es un perro -continuó Taré-. Sus crueldades han causado esta resistencia que sólo terminará con nuestras vidas." El Cormorán dijo entonces: "-Comprendo. Nos habéis atacado creyendo que el marqués de Pointis nos envía para sofocar la rebelión".

OEL CARIBE





3. "-Os equivocáis, Taré. No somos precisamente amigos de Pointis. La situación de los rebeldes es crítica. Las fuerzas del gobernador terminarían por vencer. Os declaro libres, en nombre de la hermandad de la costa. En la isla Tortuga encontraréis un refugio seguro para vosotros y vuestras familias".





4. Taré aceptó, con un reflejo de gratitud en sus oscuros ojos. Dio orden de cesar el fuego y luego el grupo de corsarios y de esclavos liberados se encaminó hacia la plantación. Allí, mientras los nativos preparaban su partida, los bucaneros estudiaron su situación. Estaban en terreno enemigo.



### LOS PIRATAS





5. La fuga de los esclavos y su posición hostil no habían sido aún descubiertas. Por lo tanto, reinaba la quietud. Una avanzada de nativos avistó en el Artibonito el ejército de lanceros del capitán Vandermolt. Más tarde, eludiendo el encuentro con los españoles, la caravana abandonó la plantación.





6. La villa estaba ya en poder de los invasores. El comandante francés, agasajado por el capitán vencedor, oía sus melosas palabras: "—¿Por qué hemos de prolongar una enemistad absurda? —decía Vandermolt—. Españoles y franceses deben unirse contra esa canalla de la Tortuga. Son una peste que debemos arrasar."

## OEL CARIBE





7. Como puede advertirse, los secretos mensajes de Pointis habían recorrido una gran distancia y eran aceptados y ejecutados por ambos bandos. Una idea común los unía: destruir a los bucaneros. Y la codicia era el sentimiento que los obligaba a olvidar que pertenecían a naciones rivales.



8. De súbito, un oficial se presentó en el comedor, para anunciar con voz agitada: "—Capitán, se acerca una turba numerosa. Dicen que los esclavos de la plantación se han sublevado y que se unieron con los corsarios del Cormorán". Vandermolt rugió: "—¿El Cormorán? Ese es el pirata que debemos ahorcar. ¡Maldito puerco!"



CAPITULO IX.—La captura del hombre del turbante.

Zani, Beppo y Rina llegaron, como triunfadores, a su modesta vivienda en Venecia. Los pequeños Zanizolos se extasiaban ante la inmensidad de regalos que les traía la "Reinita" y pescaban a dos manos los bombones parisienses. Eran tantos los sucesos que tenían que narrar, que todos hablaban a un mismo tiempo. Era un hogar feliz y ninguna preocupación turbó la delicia de los viajeros.

Sin embargo, apenas pudo Luisa tomar la palabra, refirió a Zani con todos sus detalles la dramática historia de la nodriza loca.

- —Nosotros nos encontramos en París con la señora Elena Galbert —dijo Zani—. Ella no sospecha que el incendio fue intencional.
- —Convendría prevenirla —opinó Beppo—. La señora Galbert debe estar al corriente...

RESUMEN: Rina es una niña que Zani encontró abandonada en su góndola. Fue adoptada por la familia Zanizolo, pero Zani, Luisa y Beppo saben que Rina es hija de la señora Galbert. Esta dama fue víctima del hombre del turbante, un bandido a quien busca la nodriza del bebé que creyeron muerto en el incendio del palacio Mozzarini. Zani, Beppo y Rina han ido a París, premiados en un concurso de góndolas y canciones.

- —Ignoramos su dirección, porque la perdimos en medio del festival —indicó Zani.
- Es curioso que yo nunca haya podido ver a esa dama francesa, de la cual tanto han hablado ustedes —observó Rina—. Les he oído contar que era tan buena, que nos regaló tantas cosas, que su "bambino" pereció en un incendio y también de ese bandido del turbante que la hipnotizó...

-¿Que la notició? - preguntó la chica Rosana.

—Hip-no-ti-zó, —explicó Rina—. Es como cuando a una la hechizan y la hacen hacer lo que quieran. Es un mal de ojo, Rosana.

-Una jetatura -expresó Rosana-. Ya lo sé y hay que evitarla

doblando los dedos del medio.

Cierto, —asintió Rina haciendo el signo de la jetatura—, pero como esa dama era francesa no supo defenderse del mal de ojó... Transcurrieron algunos días. Beppo había pensado visitar al cónsul de Francia en Venecia para que comunicara a la señora Galbert la dramática historia narrada por la nodriza. Pero nunca tenía tiempo y le dejaba para el día siguiente.

La nodriza no volvió a visitar a Luisa. Así pasaron los meses. Zani acompañaba a su hijo Beppo, pero su reumatismo le impedía ma-





nejar la góndola. Rina continuaba posando como modelo del pintor Voisin y estudiando con ardor el francés, a fin de poder volver a París, pero acompañada por mamá Luisa y todos sus hermanos y hermanas.

Una tarde en que Zani y Beppo habían conducido en su góndola a clientes americanos hacia un barrio muy alejado, escucharon de pronto agudos gritos en la ribera del Gran Canal. Un grupo de gente se alineaba como si ocurriera un suceso extraordinario.

—Ya es tarde, no nos detengamos —dijo Zani.

Remaban hacia la parte más desierta del Gran Canal cuando divisaron una silueta que luchaba en las turbulentas aguas del lago. Es un individuo que nada con dificultad -indicó Beppo-. Pa-

rece que va perdiendo sus fuerzas.

En la semiobscuridad del crepúsculo, Beppo alargó el garfio de hierro con que atracaba a los muelles, a fin de que el nadador se cogiera de él.

El nadador lanzó un grito de dolor y Beppo comprendió que le había herido en la cabeza con el garfio de hierro. Sin embargo, el náufrago logró aferrase del garfio y Zani y Beppo lo izaron hasta la embarcación. Allí cayó desvanecido.



—Padre —murmuró Beppo—, yo le herí en el cráneo con el garfio, pero pudimos salvarle. ¿Quién puede ser este hombre que se lanza a nado como huyendo de algún peligro?

Zani al examinar al náufrago lanzó un grito de sorpresa. Junto a la reciente herida, el hombre tenía una cicatriz que comenzaba en la frente y terminaba en la nuca.

-¿Será éste el hombre de quien la nodriza de la señora Galbert habló a Luisa? --murmuró Zani.

-Es muy posible -asintió Beppo-. Conviene que le llevemos al

cuartel de policía.

El hombre desvanecido tuvo un estremecimiento y abrió los ojos. Instintivamente hizo un gesto como para lanzarse al agua, pero sus fuerzas le traicionaron.

Zani y Beppo sintieron tras ellos el ruido de una canoa-automóvil. Beppo miró hacia atrás e hizo señales al radiopatrulla acuático.

- —¿Ustedes pescaron al fugitivo? —preguntó un policía al atracarse a la góndola de Zanizolo—. Ese individuo es un peligroso bandido, con varias condenas. Buena captura, muchacho. Serás recompensado.
- —Creo que le herí en la frente con el garfio de hierro —expresó Beppo.

Entretanto, el náufrago, ya reanimado, miraba con terror a los policías. Sus labios temblaban, pero no podía articular palabra.

Los carabineros le colocaron esposas y para restañar la sangre que vertía de su frente, uno de ellos le envolvió la cabeza con un lienzo. Inmediatamente Zani abrió desmedidamente los ojos, alargó su brazo y mostró con el dedo al hombre capturado.

—El Hombre del Turbante... Alyacasar —exclamó Zanizolo—. El que incendió hace nueve años el palacio de Mozzarini...

El infame bandido lanzó un verdadero alarido y quiso huir.

—¿Qué dice usted? —preguntó el oficial a Zani—. Este bandido se llama Emilio Giovanelli, nacido en Sicilia. ... Pero si sabe algo más sobre este criminal, venga con nosotros al cuartel.

—Sé que este bandido cometió el crimen más grande, incendiando el palacio Mozzarini... Entonces usaba un turbante, decía que era

un magnate hindú, un fakir.

—Síganos, amigo Zanizolo, y tú también, Beppo —dijo el oficial—. Nos hará un gran servicio.

Bajo el lienzo blanco que le coronaba como un turbante, el bandido de Sicilia cerraba los ojos, pálido, enigmático, y aunque cautivo siempre parecía temible.

—Gondolero —dijo Alyacasar a Zani—, no saldrás tú tampoco muy limpio en este asunto. ¿Por qué no entregaste la "bambina", y por

qué guardaste los billetes?

—Adelante, adelante —ordenó el oficial de carabineros—. Vamos a encerrar a este bandido en un calabozo y mañana a primera hora haremos el primer interrogatorio. Zanizolo, le ruego que concurra con todas las personas que conozcan el asunto del incendio del

palacio Mozzarini. Hasta este momento se creyó que había sido un incendio casual.

—Vendré con mi esposa Luisa y todos mis hijos —respondió Zani. Luisa fue la primera en informarse de la captura del facineroso Alyacasar. Su angustia no tuvo límites.

-Zani- gemía la pobre madre en la intimidad de su alcoba-,



Es Alyacasar, el hombre del turbante dijo Zanizolo apuntando al bandido.

has olvidado que si todo se revela, tendremos que entregar a mi Rina. Sólo de pensarlo me muero... Rina no me abandonará. Si otra mujer la reclama, ella sabrá decir que la mamina Luisa es su verdadera madre.

—Calla, mujer —ordenó Zani—, con tus sollozos vas a despertar a todos los niños.

El drama había entrado en casa de la familia Zanizolo.

### Ponchilo













#### Por nato









## Allismis (1978)

CAPITULO XXVII.—Los invasores.

El príncipe Valiente decidió recuperar la corona de su padre usurpada por el tirano Sligon. Después de trazar sus secretos planes, visitó a la bruja Horrit. Ella le predijo los acontecimientos en Camelot,



la ciudad real de Britania. Ahora también podría vaticinar el resultado de su campaña contra Sligon. La hechicera de los pantanos le profetizó el porvenir con palabras tan terribles, que Val abandonó la choza con el alma turbada y una intensa palidez en su semblante. Bajo el sol de la mañana, el hielo empezaba a tornarse más frágil sobre las aguas cenagosas. Cuando se hallaba aun muy lejos de toda posibilidad de socorro, en medio de los marjales solitarios, el doncel pisó una superficie débil y cayó al pozo que se abrió a sus pies. El agua fría dejó aterido su cuerpo. Sin embargo, debía luchar para salvarse. Nadó por debajo del hielo, quebrando a intervalos la capa delgada para poder respirar. Al fin llegó a un grupo de árboles secos. Con sobrehumano esfuerzo cortó dos de los más firmes, a fin de hacer con ellos un par de patines improvisados. Atándolos a sus zapatos, continuó hora tras hora su penoso viaje.

Era medianoche cuando uno de los guardias de su padre oyó un ruido junto a la puerta y le halló semiinconsciente y ardiendo de

fiebre.

Luego siguieron días de ansiedad durante los cuales el viejo rey y sus cortesanos permanecieron junto al lecho del joven mientras éste batallaba entre la vida y la muerte.

Mas, al fin, triunfó la juventud. Val yacía pálido y débil, pero ya respiraba mejor. Muy pronto vitorearon los habitantes del castillo

el restablecimiento del principe.

Floreció de nuevo la primavera. Un viento cálido que venía del sur derritió el hielo que cubría los marjales. Volvió a despertar la vida, y Val tenía ya delineados los planes en los cuales tanto meditara durante los días de su lenta convalecencia. Con esta idea, reunió a

—Demasiado tiempo han estado ociosas nuestras espadas, padre mío. Mientras tanto el pueblo de Tule, que fue otrora tu leal vasallo, sufre bajo la planta de un tirano. Somos treinta contra un ejército. Lucharemos anunciando el retorno de la justicia y la libertad. Otros se plegarán a nuestra bandera. Reuniremos un ejército mientras marchamos. Como tú eres el rey verdadero, nos guiarás hacia la suerte que nos depare el destino.



Contagiado por el entusiasmo de su hijo, Aguar trazó los planes de la batalla. Los guerreros, ansiosos de correr nuevas aventuras, preparaban sus equipos de guerra.

Val propuso que su padre fletara un barco para transportarlos a las costas de las cuales el tirano les obligó a huir. Convenido este detalle, el príncipe cogió su canoa para recorrer los canales, a fin de elegir la ruta para una embarcación de gran calado.

Estaba deslizándose próxima a una de las isletas, cuando de pronto vibró una lanza en el aire. Val cayó, volcando al mismo tiempo su barca.

Se apartaron las cañas y apareció un grupo de sajones que tripulaban un bote.

—Debo haberlo atravesado, pues no ha vuelto a salir —observó el jefe.

Su vida de peligros constantes había enseñado a Val muchos ardides. Después que se alejó la embarcación enemiga, salió de debajo de su canoa volcada, la puso a flote y siguió a los sajones, a fin de investigar por qué motivo había exploradores hostiles en los marjales ingleses. Donde se confundían los pantanos con el mar descubrió una inmensa flota de trescientos barcos.

Regresó velozmente a la isla de su padre, anunciando a gritos desde la costa:

—¡Los sajones invaden Britania! Iré a dar aviso al rey Arturo. Después guió rápidamente su canoa hacia tierra firme y se encaminó hacia la choza de su amigo el pastor.

-¡Mi silla y mis caballos! ¡Vienen los invasores sajones!

Val espoleó a sus corceles constantemente. Aunque cambiaba de montura, ambos se fatigaron tanto que, estando aun a bastante distancia de Camelot, no pudo obligarlos a seguir galopando.

De pronto avistó con alegría a un caballero y su dama que venían por el camino.

—Llevo un mensaje de urgencia para el rey —les gritó el príncipe—. Prestadme uno de vuestros caballos.

—¿Para que me lo robe un vulgar ladrón? —gruñó el caballero. Antes de que comprendiera lo que ocurría, las bridas de su corcel estaban enredadas con las de los dos equinos de Val. Mientras se esforzaba furiosamente por desatar los nudos, Val levantó con suavidad a la dama de su palafrén y se alejó a todo galope para cumplir su misión.



Media hora más tarde, estando ya a la vista de Camelot, oyó ruido de cascos y al volverse vio al enfurecido caballero que le perseguía. Su enorme corcel de guerra acortaba distancias con el rollizo palafrén y la reluciente punta de la lanza estaba ya muy cerca del fugitivo.

Val traspuso los portales, ascendió la escalinata y continuó hasta el interior del palacio. Pero no pudo frenar sobre los pulidos pisos y una confusa masa compuesta por guardias, servi-

dores, caballo y jinete rodó por el salón principal hasta el estrado sobre el cual se elevaba el trono. Separándose del agitado haz, Val se arrodilló ante el asombrado rey para anunciarle:

—Sire, traigo noticias de una invasión sajona.

—Y arruinas nuestros pisos —gruñó Arturo—. Nueve invasiones sajonas han hecho menos daño a Camelot que una sola invasión del príncipe Valiente. Hablad.

Cuando se impuso de las noticias, reunió a su consejo de guerra, en el cual no podía intervenir Val. Pero nadie conocía los marjales mejor que él y, a instancias de Sir Gauvain, el rey le llamó para que diera su opinión. Más tarde se adoptaba el plan sugerido por el joven príncipe. Un plan audaz y travieso que proporcionaría grandes sorpresas a los invasores.

(CONCLUIRA)

#### Correspondencial

VILMA DIAZ, GUILLERMO AL-VAREZ, de Limache.—Agradecemos sus felicitaciones por esta revista, chiquita pero substanciosa, y donde no se pierde ni un cuarto de página en tonterías, como ustedes dicen. Algún día trataremos de que crezca "Simbadito".

FERNANDO MEZA, de La Cisterna. En efecto, la directora de "SIMBAD" es Elvira Santa Cruz (Roxane), que dirigió "El Peneca" hasta 1951.

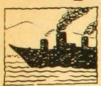
GABRIELA HELLER, de Temuco.— Si escasea el "SIMBAD" en esa bella ciudad sureña, mejor es que le pida a su papá que la subscriba por un año. Gracias por sus simpáticas expresiones.

JUAN BARRIOS, de Linares.—Pronto les ofreceremos otras aventuras de "Búfalo Bill", que ha sido muy solicitado por nuestros lectores. Gracias por sus feiicitaciones.

L. GÜILLERMO GOMEZ, de Puerto Varas.— No se aflija cuando termina una serial que a usted apasiona, porque en seguida viene otra que la supera. Nuestro deseo es el de aumentar el número de nuestros lectores cada día más.

(ROXANE)

#### ¿Cuál es la respuesta?



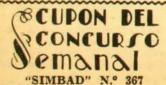
Contesta a esta pregunta: ¿EN QUE COMBATE NAVAL FUE CAPTURADO EL MONITOR "HUASCAR"?

mos, en el de Iquique o en el de

Corral?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta, con el cupón respectivo, a revista "SIMBAD", casilla 84-D, Santiago. SOLUCION A "SIMBAD" N.º 365: EL ULTIMO REDUCTO DE LA DOMINACION ESPAÑOLA EN CHILE ESTUVO EN CHILOE.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes. CON CINCUE'NTA PESOS: Amalia Ximena Redondo, Stgo.; Eliana Cuevas, Antofagasta; Marta Riveros, Stgo.; Rafael Riveros, Stgo.; Carmen Pérez, Río Bueno; Jane Elliot, Stgo.; Julio Labbé, Los Andes; Solangel Parodi, Stgo.; Luis Jaque, Constitución; Gloria Izzo, Stgo. SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Hernán Baer, Stgo.; Genaro Pereira, Valparaíso; Margarita Saldías, Stgo.; Mercedes Ugarte, Stgo.; Patricia Sandoval, Concepción; Mercedes Echeverria, Stgo. UN ALBUM PARA COLOREAR: María Luisa Coello, Stgo.; Mercedes Figueroa, Angol; Olga Letelier, Stgo.; Bernardo Basáez, Quillota; Ema Tamayo, Stgo.; Teobaldo Leiva, Stgo., Luis Muñoz, Stgo.; Ana María Sáez, Stgo.; José Saavedra, Stgo.; Sara Morales, Stgo.



## SORTE NAVIDAD

\* \$ 500.000.- \*

EN VALIOSOS REGALOS REPAR-TIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NU-MEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS. RADIOS. LAPICE-RAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMEN-TOS. LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.



Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 4 - SERIE N.º 4
SORTEO DE NAVIDAD
CUPON N.º 4 - SERIE N.º 4
12 de septiembre de 1956

### Betty en el colegio





3. En efecto, un alarido resonaba en las cavernas. Dotty saltó hacia atrás y, al caer, descubrió con espanto que estaba justamente ante unos huesos enormes, que sin duda pertenecieron al lomo de un monstruo antediluviano. "—So... so..., ¡socorro!... Un sa... sa... ¡saurio!" gritó, próxima a desmayarse.





4. La señorita Clara se acercó, pensando que una rata o un lagarto había asustado a Dotty. La rubia gimoteó: "—Mire, señorita. Un esqueleto". Las alumnas se acercaron para observar el hallazgo. En ese instante, Betty anunció: "—Aquí hay una cabeza, no muy grande. ¿De qué saurio será? ¿La conoce usted, señorita Clara?"

#### PELUSSTA

#### POR NATO















### Betty en el colegio





CAPITULO XIV.—EL DIPLODOCUS PEREZ

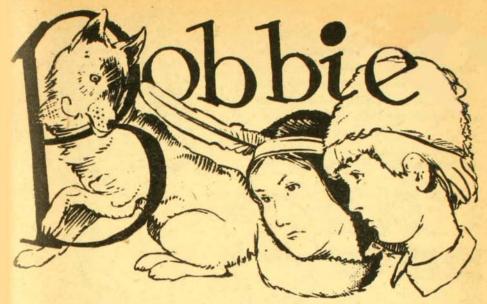
1. Las alumnas del internado de Santa Teresa buscaban afanosamente en las grutas de Galibar los restos fósiles de un saurio. La señorita Clara las animaba: "—Busquen, niñas. Este es un descubrimiento sensacional". Betty, Martina y Sofía contenían la risa. Ellas habían trasladado allí esos huesos la noche anterior.





2. El entusiasmo de las niñas era delirante. Exploraban todos los lugares, con la esperanza de hallar una estupenda vértebra o una huella gigante. Sólo Dotty lloriqueaba, temiendo la venganza de los saurios. "—Aquí está la cola —gritó Sofía—. Señorita, el animal prehistórico está completo."

(Continúa en la penúltima página.)



CAPITULO IX.-La astucia de Bobbie.

La situación del trapero Dracke no podía ser más angustiosa. Por razones secretas no podía decir dónde había estado a la hora en que Hackey fue herido por la espalda. El patrullero encontró los guantes de Daniel Dracke junto al hombre asaltado y por consiguiente le declaraban culpable de aquel delito.

Comprendiendo que el temporal de nieve no le permitiría salir de la cabaña, el sargento Brand se dispuso a pernoctar en el hogar del

presunto reo.

—¿Quiere acompañarnos a cenar? —preguntó Bobbie al sargento. —Gracias —murmuró el sargento—. Traigo mi ración. Por lo demás no sería delicado aceptar invitaciones de un individuo a quien me veo obligado a tratar con dureza.

-Eso no -expresó Dracke-. Usted cumple con su deber. Bob-

bie, sirve la comida.

Año VIII - 19-IX-1956 - N.º 368
Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).
Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.
Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.
Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros
países: US\$ 5,20.



Lobito salió tras ella.

Bobbie se tendió sobre el lecho sin desvestirse, mientras Lobito se

acurrucaba a sus pies.

La hija de Joven Búfalo permaneció inmóvil largo rato, pero sus ojos no se cerraron. Estaban fijos en la puerta, en espera de algo misterioso.

Por fin escuchó un fuerte ronquido en la habitación contigua y el ruido producido por espuelas que se movían. Bobbie se incorporó en el lecho, acarició la cabeza de Lobito y le colocó un dedo en el hocico, ordenándole silencio. En seguida comenzó a entreabrir poco a poco la puerta.

El sargento había resbalado al suelo y dormía afirmado en el cojín de la silla. Ese era el ruido de espuelas que la niña había escuchado. Sigilosamente, Bobbie atravesó la salita y se acercó al lecho de

Daniel. El trapero también dormía.

—Levántate, tío Daniel —murmuró Bobbie—, voy a conducirte a un escondite seguro.

-¿Y el sargento? - preguntó Dracke-. Si despierta y nos sigue

usará de su carabina.

—No despertará hasta dentro de cuatro horas a lo menos —declaró Bobbie—. Vamos, tío, coge tu gorra y tu capote.

Mientras Daniel se vestía, la intrépida niña se aproximó al sargento, cogió la taza que éste había usado, botó el concho, la enjuagó y volvió a colocarla en su sitio con algunas gotas del café que ella y Daniel se habían servido.

-Bobbie, ¿le pusiste narcótico al café de Brand? --preguntó es-

tupefacto el trapero-. Y si...

-No temas, tío, no le hará mal -dijo Bobbie-. Despertará tranquilamente.

-¿Dónde obtuviste ese narcótico? -indagó Dracke.

—Me lo dio Pies de Venado. Los indios lo usan para quitar el dolor de muelas o para cualquier otro dolor muy fuerte. Yo me acordé de esos polvos y los eché en el café que ofrecí al sargento ¿Creías tú, por un momento, que yo dejaría que ese hombre te llevara preso? Vamos, por algo soy hija de Joven Búfalo. El patrullero dijo que su lema era: "Nunca soltar al individuo cuya captura se le encomienda". El mío es: "Nunca abandonar en la des gracia a ningún ser creado". Vamos, ven tú también, Lobito.

Bobbie cogió del brazo a su tío y comenzaron a correr por entre

los árboles azotados por el temporal de nieve.

—¿Dónde me llevas, hijita? —preguntó jadeante el trapero—. Soy como un niño en tus manos.

—Voy a ocultarte y allí te quedarás hasta que yo vuelva por ti —respondió Bobbie—. Vamos a bajar a una caverna... Por aquí... Entre estas breñas está la entrada. Bobbie separó los matorrales que ocultaban la entrada a la cueva descubierta por ella anteriormente.

Daniel siguió a Bobbie, y momentos des pués ambos se encontraban en una espaciosa caverna. Bobbie encendió un Bobbie volvió corriendo a la cabaña.

farolillo y mostró a Daniel sus dominios.

—¿Por qué trajiste aquí ese baúl? —preguntó el trapero a Bobbie. —Te lo explicaré otro día —dijo sonriendo Bobbie—. Ahora regreso a la cabaña.

-No puedo permitir que vuelvas a ella -murmuró Drake-; el

sargento Brand se vengará de ti por mi fuga.

—No lo creas —observó la niña—. El sargento creerá que te has fugado solo y que yo lo ignoro. Además, debo permanecer en la cabaña para traerte alimento.

-Piensas en todo, princesita mía -balbuceó emocionado el tra-

рего.

—Pienso en mi buen protector —declaró Bobbie—. Tú eres para mí lo más preciado en el mundo. Te dejaré a Lobito y también el farolillo. Y ahora, adiós. Corro a la cabaña antes que despierte el patrullero.

Bobbie salió corriendo de la caverna. Su corazón latía fuertemen-

te, pues la suerte de Daniel Dracke dependía de ella.



CAPITULO III.—EL CARROMATO





1. Búfalo Bill y su amigo Texas Jack habían propinado al sheriff Lem Rog y a su banda una paliza memorable. Rog era el jefe de los rateros que se apoderaban de todas las minas de la región. "—Tendremos que elegir un nuevo sheriff —decían los habitantes del pueblo—, y también una nueva patrulla civil".





2. "—¿Por qué sospechaste de Rog?", interrogó Texas Jack, intrigado. Búfalo Bill repuso: "—Cometió un error al disparar contra mí su Colt. Reconocí la bala y sólo me faltaba buscar al tipo que usaba uno de estos revólveres, que son antiguos y escasos". Texas Jack lanzó un silbido de admiración.

## GILL INCENDIADO



3. Días más tarde, un carromato se incendiaba en la solitaria pradera. Sus flancos veíanse erizados de flechas. Un jinete que vagaba por la desolada planicie espoleó a su cabalgadura al distinguir el vagón que ardía. "—¡Indios!—", murmuró sombríamente, desenfundando su Colt 45. El caballo relinchó, impaciente.





4. "—Calma, Torbellipo —indicó Búfalo Bill, que, luego de separarse de Texas Jack, regresaba al fuerte Lincoln—. Otra familia de colonos ha pagado con sus vidas la audacia de cruzar la pradera sin escolta. Nuestro primer deber es darles sepultura. Después, perseguiremos a los culpables."

## BUFALO



5. Descubrió con sorpresa que no había señales de las víctimas. "—Es extraño —exclamó el explorador—. Los pieles rojas nunca toman prisioneros en esta época del año, cuando se movilizan continuamente para cazar búfalos... ¿Por qué entonces se han apoderado de esta familia?". Intrigado, registró las ruinas para buscar algún indicio.



6. La búsqueda le reveló que el grupo estaba compuesto de un hombre, una mujer y un niño. Sus deducciones se confirmaron al encontrar un medallón de oro con un retrato de la familia y sus nombres grabados: "James, Mary y Bobbie Donald". Entonces Búfalo Bill comprendió aquel misterio.





7. "—No hay un indio que no ambicione la captura de los Donald", musitó mientras sus ojos azules se obscurecían. "—Es preciso rescatarlos pronto". De un salto montó a Torbellino, diciendo: "—El rastro es perfectamente visible. Pero se dirige a la montaña y allí lo perderemos o no me llamo Búfalo Bill".





8. En efecto, cuando llegó al pedregoso terreno, las huellas desaparecieron. Ya era de noche. "—Torbellino, acamparemos aqui para esperar la luz del día", decidió el explorador, deteniéndose. De súbito, una figura aullante, cubierta de pinturas de guerra, cayó sobre él. En la penumbra refulgió un cuchillo.



pañía de su amigo orangután, Julia Blair y Lani se dirigieron a la selva. Luego

de cortar los bambúes que necesitaban para fabricar muebles, emprendieron el regreso.

Al llegar a la ribera, descubrieron que el puente estaba extendido sobre el río.

-Es extraño que Rosita lo hava bajado -murmuró Julia con voz temblorosa-. Esperaba siempre que nosotras la llamáramos.

-Habrá abandonado el islote, siguiendo tal vez al orangután sugirió Lani, pálida de terror.

Se precipitó hacia el puente. Julia alcanzó a retenerla, mientras la isleña gritaba:

-¡Rosita! ¡Rosita!

-Mira a Katzi -susurró Julia-. Parece haber descubierto un rastro. Por favor, Lunes, dominate.

El felino se detuvo entre los cercanos matorrales. Una especie de gemido surgió de su garganta. Julia y Lani lo habían oído rugir y, a veces, cuando jugaba con Rosita, emitía un ronroneo feliz. Pero esa queja que ahora surgía de sus poderosas fauces era tan extraña y lastimera, que las niñas se estremecieron, horrorizadas.

Sintiendo un frío mortal en su corazón, Julia avanzó, para examinar los arbustos junto a los cuales Katzi gemía. De súbito retrocedió y Lani vio que temblaba. La nativa intentó adelantarse entonces, pero Julia la detuvo.

-No mires, Lunes. Es... es el orangután. Los hombres de la isla le han dado muerte con una lanza... ¡Oh Lunes!... Ro-

sita, ¿qué le habrá sucedido?



Las lágrimas inundaban el claro semblante de Julia y se deslizaban también por la morena faz de Lani.

El orangután había muerto defendiendo a la niña. Ya no volvería a seguirla, con su tierno cariño, sus visajes risueños y su fidelidad. El gran simio que traía regalos de la selva para su pequeña amiga yacía inmóvil.

-¡Es horrible! -gimió Lani.

Julia, terriblemente impresionada, guardó silencio.



—Rosita... quizás esté aún en el islote —susurró con una débil esperanza—. Tal vez Viejito logró ahuyentar a los nativos.

Cruzó el puente y Lani, siguiéndola, llamaba:

—¡Rosita! ¡Rosita! Nadie respondió a sus voces.

Al llegar al refugio, observaron rastros de violencia. Sin duda el orangután se enfrentó con los raptores de Rosita. Por doquiera ya-



cían los muebles de caña destrozados, los arbustos desgajados.

—Pobre Rosita —exclamó Julia, imaginando el terror y ansiedad de la niñita durante la batalla campal que se desarrollaba ante sus ojos.

En un súbito impulso, Julia trepó a un árbol, diciendo a Lani:

—Quizás pueda distinguirlos desde la altura..., quizás divise a los isleños o descubra señales de Rosita.

Agilmente alcanzó las ramas superiores. Instantes después gritaba con voz excitada:

-¡Sube, Lunes! Tal vez..., aún hay esperanzas de rescatar a

Lani estaba acostumbrada a la vida selvática y poseía una gran agilidad y rapidez. Pero jamás había escalado con mayor velocidad un árbol e instantáneamente se halló junto a su amiga. Esta señaló a la distancia.



En la jungla veíase un extraño desfile. Marchaban los isleños escoltando una litera sobre la cual iba sentada una pequeña figura. Los rayos de sol destellaban sobre sus cabellos dorados y la guirnalda de oro que le ceñía la frente.

—¡Es Rosita Crusoe! exclamó Lani, asombrada. Lágrimas de alivio y alegría nublaron su mi-

Aunque el pueblo de la Reina Blanca le rinde homenaje, tenemos que rescatarla cuanto antes —decidió Julia—. Katzi nos ayudará a seguir el rastro de los nativos.

Repentinamente exclamó:

-¡Rosita llevaba una corona!...

Se encaminó hacia las rocas donde ocultaron la corona de oro encon-

trada en la estatua del dios Ma-Zara. Al comprobar que había desaparecido, reflexionó:

-Rosita o los nativos la encontraron... La habíamos escondido

por considerarla peligrosa.

—Sí, recuerdo —asintió Lani—. Es la guirnalda de oro que robó el capitán del barco fantasma. Nos creerán cómplices de él... y culparán también a Rosita.

—No sé, Lunes. Los isleños rinden adoración a la niña. Son supersticiosos y quizás creen que Ma-Zara le dio la corona. Es evidente que Rosita no está en peligro. Pero estaré más tranquila cuando la tengamos junto a nosotras. Vamos, Katzi.

-¡Capitán de la expedición!...¡Capitán Polly! -chilló en ese

momento el papagayo, que surgió de los árboles.

-¿Estabas escondido? - preguntó Lani, severa-. Mientras tanto Rosita era secuestrada.

-No lo regañes, Lunes -intervino Julia-. Ni siquiera el gran

orangután pudo protegerla.

Polly, avergonzado, guardaba silencio. Era la primera vez quizás, en su charlatana vida, que no replicaba con su estridente voz. En alguna forma presentía que había ocurrido una desgracia y que él no hizo nada por evitarlo. Y estaba dispuesto a corregir su falta. Por lo tanto, fue el primero en volar, a la cabeza de la expedición que intentaría el rescate de Rosita Crusoe.

mprobar que había desla habíamos escondido malda de oro que robó cómplices de él... y ma la niña. Son supers-

(CONTINUARA)

un súbito impul-

so, Julia trepó a un

árbol.

## OCETO





1. El capitán Escotilla ordenó a los mellizos: "—Estudien, para que aprendan a contar las horas que yo duermo". Y en seguida se acomodó para dormir la siesta. Los angelitos obedecieron, para gran sorpresa nuestra y de los lectores.

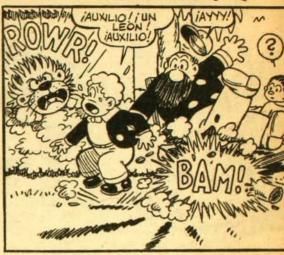




2. El primito, Macario, decidió aprovechar el sueño del capitán. Haría estallar un cohete, para que los mellizos aparecieran como culpables. Luisita decidió evitar aquella fechoría y dijo: "—Si haces esa maldad, te comerá el cuco".

## DEL TID TOME





3. Luego pensó que un león tiene más apetito que un cuco y se buscó una piel. En el momento oportuno, lanzó un rugido que hubiera dado envidia al león de la Metro. Macario chilló de susto, mientras el cohete estallaba...



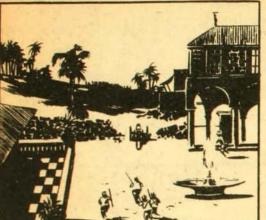
4. El capitán despertó y, como es muy despierto, comprendió que el culpable de aquellos ruidos molestos era Macario. Por cierto que le dio una tanda, Tim y Tam besaron a Luisita, diciéndole: "—Eres una leoncita de lo más mona".



### LOS PIRATAS

OEL CARIBE

CAPITULO XIX.—SE CIERRA LA TRAMPA.





1. Los esclavos sublevados y los corsarios de la Tortuga avanzaban contra la villa riberana. El capitán Vandermolt movilizó a sus fuerzas, ordenando a los cañoneros que dispararan sin piedad. Cuando la metralla retumbó, la noche pareció encenderse. El acre, humo de la pólvora se esparció por el ambiente.





2. Al disiparse las obscuras nubes, Vandermolt vio extrañado que los atacantes permanecían aún de pie. Mientras tanto, a doscientos metros de distancia, el Cormorán y Taré guiaban sigilosamente a sus hombres a través de las altas hierbas. "—El ardid ha resultado", murmuró el bucanero, con una fría sonrisa.





3. Irguiéndose lanzó un vigoroso grito. Los rebeldes atacaron entónces al enemigo por un flanco, Los extraños sobrevivientes que intrigaban aún a Vandermolt cayeron de súbito, como fulminados por un rayo invisible. Eran sólo ramas de árboles, cubiertas de andrajos. Los que la sostenían, corrían a batallar.

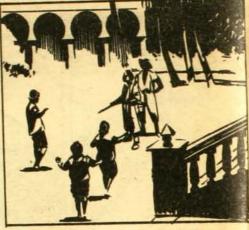




4. En esta forma, desde los herbazales y desde el lugar donde se alzó un ejército de espantajos que yacían ahora en tierra, surgió el inesperado ataque. Los españoles ofrecieron sólo una débil resistencia. Cuando los vencedores entraron a la casa del comandante, éste se ocultó detrás de un sillón.







5. Vandermolt, gravemente herido, era sostenido por uno de sus oficiales, que sugirió: "-Rendíos, señor. Los piratas dominan la villa". En efecto, los últimos combates se libraban con rapidez. Vandermolt fue trasladado al lecho. Jacobus, el barbero, luego de examinarlo, movió la cabeza con expresión de duda.





6. "-Este lancero no tiene larga vida", observó Jacobus. "-Su herida es muy grave". De pronto, la cortina se abrió para dar paso a un negro, que anunció al Cormorán: "-Capitán, es preciso que huyáis. La flota española ha bloqueado la bahía de San Marcos. Y vuestro galeón, el "Doña Sol", fue incendiado".

## LOS PIRATAS DEL CARIBE





7. "-Todos los caminos para la fuga están cerrados. Por mar y por tierra", concluyó el mensajero. El rostro del Cormorán no se alteró. "-La red se estrecha en torno a los corsarios, ¿eh?", dijo burlonamente. "-Pues aún podemos proporcionar sorpresas a los que se han aliado para destruir a la hermandad de la costa".





8. En seguida impartió órdenes. "-Tenemos que actuar con mayor rapidez que nuestros contrarios. Jacobus, advierte a los hombres que abandonamos la villa. Orden y velocidad". En breve tiempo se preparó la marcha. Minutos después, los filibusteros y los esclavos liberados se alejaban por las riberas del Artibonito.

(CONTINUARA)



CAPITULO X.—Alyacasar hace su terrible confesión.

A la mañana siguiente había un gentío en la sala de audiencias de la Policía. Dada la importancia de los hechos, Zani quiso que estuviera presente en el primer interrogatorio su esposa Luisa, ya que ella había recibido las confidencias de la nodriza loca. Los chicos Zanizolo también quisieron concurrir al cuartel, y formando una brigada bulliciosa, siguieron a sus padres. Al ver llegar a esta familia de diez personas, los carabineros levantaron los brazos al cielo.

-¿Es un orfanato? - preguntó sonriendo un policía.

RESUMEN: Rina es una niña que Zani encontró abandonada en su góndola. Fue adoptada por la familia Zanizolo, pero Zani, Luisa y Beppo saben que Rina es hija de la señora Galbert. Esta dama fue víctima del hombre del turbante, un bandido, a quien busca la nodriza del bebé, que creyeron muerto en el incendio del palacio Mozzarini. Zani, Beppo y Rina han ido a París premiados en un concurso de góndolas y canciones. Luisa Zanizolo se impone por la nodriza loca de que el individuo que incendió el palacio Mozzarini tiene una cicatriz desde la frente hasta la nuca. Beppo y Zani descubren a ese bandido y lo entregan a la policía...

Somos los hijos del gondolero Zanizolo —respondió Rina con arrogancia.

Apenas introdujeron al acusado en la sala, Beppo exclamó, seña-

ándole con el dedo:

Ese es el individuo que se hacía pasar por un hindú y pretendía eer en los astros. Es el Alyacasar de la señora Galbert. Su fisonomía se me grabó en la memoria. Nosotros le llamábamos el hombre del turbante.

Ya sentado en la banca de los acusados, un carabinero quitó el vendaje de la frente al falso Alyacasar. Ya no le corrió sangre por la calva cabeza y podía vérsele la cicatriz que surcaba su cráneo desde la frente hasta la nuca.

Luisa dijo entonces con indignada voz:

-Ese es el hombre a quien la nodriza Margarita acusaba de haber incendiado el palacio Mozzarini. La pobre loca me lo describió exactamente.

-Necesitamos descubrir inmediatamente a esa mujer —dijo el comisario—. No será muy difícil encontrarla, ya que dicen que esa mujer anda buscando trabajo en Venecia. Emilio Giovani —agregó el comisario, dirigiéndose al criminal—, va usted a responder

sobre su agresión a mano armada contra una anciana indefensa. Usted fue sorprendido por un transeúnte que amotinó a la gente en la calle y usted fue perseguido hasta que se arrojó al Gran Canal para evitar a persecución. Esta es u última tentativa criminal: a ella se añaden nuchos otros delitos por os cuales se le buscaba. Fue usted muchas veces condenado en Francia y en Italia, arrestado y uego fugitivo. Más tarle hablaremos de esos suntos.



"Ahora exijo que me explique su doble personalidad, de la cual dan fe el gondolero Zanizolo y su hijo Beppo. Ellos le reconocen formalmente como un falso hindú que habría abusado de la confianza de una dama francesa, la señora Elena Galbert. Explíquese y no trate de mentir, porque el testimonio de la nodriza Margarita será sin duda aplastante para usted.

El hombre del turbante paseó su vista por la sala repleta de asistentes y dio una mirada, primero feroz y luego dulce como una

caricia.

"Esa mirada de hipnotizador —pensó Zanizolo— que engañó a la dama."

En actitud teatral, con voz cálida y embrujadora, el bandido Emi-

lio Giovani dijo:

—¿Con qué objeto he de mentir, señores? Yo soy el que ustedes dicen. Soy a la vez dos hombres: Emilio, bandido siciliano; Alyacasar, elegante turista oriental, adivino, hipnotizador y faquir, se gún convenga a la causa. Hoy leo en los astros que estoy definitivamente perdido. Entonces hablaré.

Los chicos Zanizolo, apretujados junto a la barra, seguían el juicio

como si estuvieran en el cine.

—Será mucho más interesante para mi auditorio —prosiguió el infame bandido— referir a ustedes lo que ignoran y no mis fugas y evasiones anteriores. Había hecho buenos negocios en Francia y reposaba en Venecia bajo mi falsa identidad de hindú Alyacasar... El turbante me permitía disimular esta cicatriz, vestigio de otra odisea... Conocí a la joven viuda Elena Galbert. Era una mujer cándida e impresionable, además muy rica y bonita. Le hice una asidua corte, traté de hipnotizarla, pero ella me declaró que no volvería a casarse, porque tenía una hijita de un año, a la cual consagraría su existencia. Decidí, pues, deshacer ese obstáculo...

-Qué infame -murmuraron algunas voces.

—Se ruega no interrumpir —insinuó el cínico bandido—. Yo no soy un monstruo y nunca pensé matar a la hija de la señora Galbert. Comencé por frecuentar a la joven nodriza Margarita. Por cierto que lo hacía con otra indumentaria más popular; la induje a salir la noche del carnaval y aun le obsequié algunos billetes. Por cierto que ella no reconoció en su admirador mal vestido al elegante Alyacasar que visitaba a su patrona.

"Quedó solo el palacio. Me introduje allí y rapté al bebé e incendié la sala. Como era noche de Carnaval, nadie advirtió el incendio

hasta que ya el palacio era una hoguera. Todo anduvo bien hasta allí. La nodriza se trastornó y fue encerrada en un asilo. Tampoco habría hablado, aun estando en su juicio, porque yo la amenacé de muerte si algo declaraba en mi contra. Desgraciadamente la señora Galbert no quiso casarse conmigo. Quería volver a París a reunirse con su hermano. Pronto llegó ese hermano y yo desaparecí. Recorrí toda la Italia con muy mala suerte y constreñido a ejecutar vulgares robos que no me permitían reanudar mi vida de príncipe hindú.

-¿Y qué hizo usted con el bebé de la señora Galbert? -preguntó

el comisario.



Lo coloqué en una caja de cartón —explicó el siniestro bandido— envuelto en trapos y dejé a su lado un sobre con varios miles de liras... Yo era rico en ese momento, y pensé que el que recogiera la caja adoptaría al bebé para conservar también el dinero.
 ¿Dónde colocó usted esa caja? —interrogó el comisario.

—Frente al hotel Danieli había una góndola esperando pasajeros —confesó Emilio Giovani— y allí coloqué la caja con el bebé.

Zani bajó la vista temiendo que el adivino penetrara su pensamien-

to; Luisa apretó violentamente sus manos y Beppo casi estalló en llanto.

Ellos tres conocían la historia de Rina; los demás niños nunca supieron cómo llegó a casa la reemplazante de la hermanita fallecida o acaso habían olvidado el suceso.



—Terminado por hoy el juicio —expresó el comisario—. Esperaremos que se encuentre a la nodriza Margarita. Encierren al reo Emilio Giovani en un calabozo bien seguro, mientras dictamos sentencia.

Todos salieron del cuartel sin pronunciar una sola palabra. La pobre Luisa tenía el semblante demudado y su palidez era visible. Febrilmente apretaba la mano de Rina y caminaba adelante como deseosa de encerrarse con la niña en su casa.

"No me la quitarán —pensaba la dolorida mujer—. Antes me matarán a mí."

Sin escuchar los comentarios que hacían sus hijos sobre el bandido y el "bambino" perdido, Luisa preparó la comida y mandó a la cama a toda su parvada.

Zani y Beppo salieron fuera del hogar a guardar la góndola.

\_Beppo —dijo Zani, cuando estuvieron lejos—, tendremos que callar.

-No, padre -protestó Beppo-, usted debe devolver a Rina a su verdadera madre.

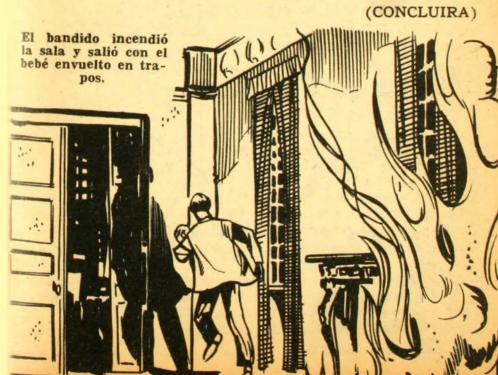
-Luisa se moriría de pena -murmuró Zani-. Y a mí me con-

denarán por rapto de la pequeña. Además, el dinero...

Ese dinero sirvió para la alimentación y cuidado de Rina —expresó Beppo—. A mí también me llega al alma esta separación, pero es un deber sagrado el que tenemos que cumplir. Piense también en el calvario que ha sufrido la señora Elena Galbert y en la posición social que tendrá Rina de ahora en adelante.

—Será difícil hacer comprender estas razones a Luisa —suspiró Zani—. Es tan extremista y su adoración por la niña pasa los límites del cariño maternal.

—Guarde silencio esta noche, padre —aconsejó Beppo—, y mañana le hablaremos los dos cuando todos los niños hayan ido a la escuela.



### Ponchilo



¿ POR QUE MATAN A LOS CA-BALLOS Y LOS HACEN CHAR-I QUI, ABUELITA ? ]





I FLAUTA! A MI CABA-LLO LE FALTAN DOS DIEN-TES Y YONO QUIERO QUE ME LO MATEN!







### Por nato

CORRE PALOMITO, TENEMOS OUE LLEGAR PRONTO AL PUEBLO:











#### CAPITULO XXVIII y FI-NAL.—Sir Valiente.

Siguiendo un plan ideado por el príncipe Valiente, los caballeros del rey Arturo y los soldados de Camelot avanzaron rápida y silenciosamente para ocupar ciertas po-

siciones en los pantanos y allí permanecieron ocultos...

Al amanecer, Horsa, el jefe sajón, observó la costa desde su barco e indicó la llanura.

—Los britanios se han reunido allá, hacia el norte —dijo a sus hombres—, veo claramente el casco en forma de dragón que usa Arturo y los escudos con los leones de Lancelote y Tristán.

Horsa no vio que debajo del casco de oro de Arturo relucían los ojos de Dagonet, el bufón, y que un mozo de cocina y un mozo de establo llevaban los escudos blasonados de Lancelote y Tristán.

—Pero mirad —continuó el astuto sajón, señalando lo que parecía ser una fila de caballeros alineados a lo largo de la orilla opuesta—, quieren hacernos creer que las fuerzas principales se hallan reunidas en el sur. Esos no son guerreros, sino estacas de madera con armaduras en desuso.

No se equivocaba Horsa, aunque no sospechó que detrás de los guerreros simulados se hallaba el ejército de Arturo, aguardando en silencio hasta que Val pusiera en práctica su endiablada estrategia.

El joven príncipe había iniciado ya el ataque. Por los tortuosos canales del marjal se deslizaba un convoy de pequeñas embarcaciones cargadas de material combustible. Acompañado por quinientos hombres de valor, Val pensaba crear el pánico entre los veinte mil guerreros de Horsa y hacerles huir hacia donde les aguardaban lan lanzas inglesas.

Cuando todas sus barcas estuvieron situadas en los canales y ria-

chos, formando un amplio arco alrededor de la flota sajona, el príncipe dio una orden. Vibró en seguida una trompeta. En un centenar de puntos a lo largo de la línea de barcas se encendieron antorchas que fueron lanzadas hacia las plantas y cañas resecas de los islotes. Todo el marjal se convirtió en una hoguera.

Desde sus naves advirtieron de pronto los asombrados sajones que la bahía estaba rodeada por una muralla de fuego. El viento llevó hacia ellos densas nubes de humo que les cegaron por completo. Aprovechando la ventaja del humo y de las llamas, un enemigo invisible y numeroso impulsó bolas de alquitrán encendido que cayeron sobre las cubiertas, las velas y el cordaje. La confusión reinaba por doquier.

Al ver que su flota era ya inútil y que su ejército estaba en peligro de sucumbir antes de haber entrado en batalla, Horsa rugió:

—¡A la costa! La orilla sur está defendida sólo por guerreros de utilería. Desembarcaremos allí.

Val oyó las órdenes y de inmediato avisó a sus hombres. Todos los botes convergieron hacia la costa.

No habían acabado los invasores de posar pie en tierra cuando una lluvia de flechas cayó sobre ellos desde los marjales humeantes, inspirándoles terror y obligándoles a adentrarse más en tierra. Ni Horsa ni todos sus capitanes pudieron contener la vergonzosa huida. Tropezando y abriéndose paso a ciegas por entre el humo, salieron al fin a un espacio llano, fuera del alcance de las mortíferas flechas.





Y allí, alineado para la batalla, esperaba el aguerrido ejército de Arturo.

El ingenio y la audacia de Val, mucho mayores que el poder de las fuerzas sajonas, habían llevado a Horsa hacia su destrucción. El jefe de los invasores comprendió que estaba sellado su destino. Sus guerreros hallábanse aturdidos, quemados por las llamas o enceguecidos por el humo, y huían como ovejas ante una manada de lobos. Empero, Horsa logró reunirlos y gritó:

-¡No deis cuartel! ¡Degollad a esos perros! ¡Nuestra es la vic-

Lanzando sus bárbaros gritos de guerra, los sajones cruzaron la pradera, a fin de hacer frente a las legiones de Arturo. Y la derrota les abatió por completo.

Lograda la victoria, Arturo de Britania llamó a su presencia a Val y dijo:

-¡Arrodillaos, príncipe Valiente!

Luego desenvainó su espada Excalibur y con su hoja tocó el hombro del joven. —¡Levantaos ahora, Sir Valiente, príncipe y caballero de la Mesa Redonda!

En el aire resonaron los vítores de los presentes.

Así, al fin, se cumplió la más grande ambición de Val. Cuando cabalgaban de regreso a Camelot, Gauvain exclamó:

-Sir Valiente, ¿dónde encontraré otro principesco escudero como

el que acabo de perder?

En seguida, ambos caballeros hablaron de las aventuras que habían vivido juntos. El combate con el gran dragón de mar, el viaje al castillo de Eariwold, la hermosa y maligna Morgan Le Fey, el torneo de Carleón, la derrota de Horsa. Pero había otras aventuras que el joven enfrentó solo: la del ogro del bosque de Sinstar, Tagnar y su gigantesco verdugo, la bruja Horrit, cuyas profecías tremendas no deseaba recordar.

Después pensó en Arn, su leal amigo y odiado rival.

Y recordó a una doncella esbelta de cabellos dorados y ojos risueños. ¿Dónde estaba ahora la hermosa Ilene que el mar furioso le arrebató?

En esa hora de su mayor triunfo, Sir Valiente se estremeció de dolor. Gauvain, advirtiendo el velo de tristeza que cubría las facciones de su amigo, dijo alegremente:

-: Mirad, las torres de Camelot!

Valiente observó la fortaleza real. Muchas veces la abandonaría, para seguir en pos de una aventura guerrera o de una hazaña temeraria. Y al transcurrir el tiempo, conocería a la rubia Aleta, reina de las Islas Brumosas, cuya historia narraremos tal vez algún día a nuestros lectores.

#### FIN

#### Correspondencial

TERESA MATAMÁLA, de La Serena.—Trataremos que envien más "Simbad" a esa hermosa ciudad de Gabriel González Videla, ya que escasea la revista y los queridos serenenses se quedan sin leer "Simbad".

ISABEL DROGUETT, de Lo Miranda.—Fiel lectora y fiel propagandista de "SIMBAD", ya verá usted cómo se apasiona con "Rina la Hija del Gondolero" y "Búfalo Bill".

ENRIQUE HERRERA PUIG. de Chillán.—Tres años que es usted lector de esta pequeña gran revista "SIMBAD", que califica de la mejor revista del mundo. Bravo chillane-jo... A lo mejor nosotros consideramos a Chillán lo más bello de Chile...

HIGINIA GARRIDO, de El Carmen. Ya ve usted cómo llegó su premio. A veces las encomiendas se atrasan en el correo. Se demoran..., pero llegan...

ROXANE.

### ¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: ¿CUAL ES EL DESIER-TO MAS EXTEN-SO DEL MUN-DO? ¿El Sahara, el de Gobi o el de Atacama?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta, con el cupón respectivo, a revista "SIMBAD", casilla 84-D. Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 366: EL IDIOMA OFICIAL DE HAITI ES EL FRANCES.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes: CON CINCUEN-PESOS: Manuel Benavides. Stgo.; Gladys Verdugo, Stgo.; Mer-cedes Ugarte, Stgo.; Lilia Astete, Mulchén; Mariana Aguilar, La Calera: Emma Castro, Stgo.; Mireya León, Santa Cruz; Humberto Naile. Linares: José Saavedra, Stgo.; Lucia Lizana, Stgo. SUBSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Tita Cuevas, Ovalle; Nolvia Poblete, Concepción; Manuel Donoso, Stgo.; Blanca Valdés, Contulmo; Guillermo Inostroza, Renaico; Ana Gallardo, La Calera, UN LIBRO: Bernardo Ceroni, Los Angeles: Amalia Redondo, Stgo.; Carmen Moreno, Stgo.; Berta Ramírez, Contulmo; Ignacia Araya, Concepción; Hernán Cienfuegos, Stgo.; Aniceto Fernández, Batuco; Ana María Sáez, Stgo.; José Pereira, Villa Alemana; Flora Salzman, Valparaiso.



# SORTES NAVIDAD

**★** \$ 500.000.- ★

EN VALIOSOS REGALOS REPAR-TIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NU-MEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICE-RAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMEN-TOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.



Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 5 - SERIE N.º 4 SORTEO DE NAVIDAD CUPON N.º 5 - SERIE N.º 4 19 de septiembre de 1956

## Betty en el colegio





3. Entre todas transportaron los huesos al internado. Allí el profesor Blos examinó asombrado el raro esqueleto. "—Es un ejemplar de la familia de los diplodocus", dijo convencido. Betty murmuró con sorna: "—Bah, yo creí que era de la familia de los Pérez". Martina y Sofía casi estallaban de risa.





4. Pero de pronto su alegría desapareció. El señor Blos dijo: "—Podemos armarlo en la sala de ciencias naturales". La señorita Clara asintió: "—Es una excelente idea. Martina, Betty, lleven con cuidado este valioso fósil". Ambas obedecieron. Betty susurró: "—Ahora descubrirán que el diplodocus Pérez es falso".

(CONTINUARA)

### PELUSETA

### POR NATO















## Betty en el colegio





#### CAPITULO XV.—BETTY NO ESCARMIENTA

1. El profesor Blos decidió armar el esqueleto de un animal antediluviano encontrado en la gruta de Galibar. Al dirigirse al museo del internado, la señorita Clara se detuvo en la puerta. "—¡Qué espanto! —gritó—. Alguien ha sacado huesos de varios animales. Entonces... el saurio es falso."





2. El profesor quedó anonadado, mientras la directora y la maestra revisaban las aves y animales a los cuales les faltaba algún hueso. Betty, al comprender que su farsa había sido descubierta, se ocultó debajo del lienzo que cubría a una osamenta. "—Con permiso, señor esqueleto", balbuceó.

(Continúa en la penúltima página.)



CAPITULO X.-Angustias de Bobbie.

Bobbie corría por el bosque en medio de la tempestad de nieve más densa que puede darse. Sin miedo y pensando sólo en salvar a su tío Daniel Dracke, olvidaba los peligros que podían asaltarla en la oscuridad. Un momento de vacilación sería irremediable.

Por fin, la valiente hija de Joven Búfalo llegó a la cabaña y penetró

sigilosamente a la sala.

El sargento Brand continuaba roncando. Bobbie atravesó la sala teniendo antes la precaución de sacudir la nieve que cubría su gorro y su abrigo.

Hecho esto, la niña se acostó en su lecho y las emociones de esas ho-

ras de angustia la sumieron en un profundo sueño.

La nieve continuaba cayendo y borraba las huellas de los nocturnos fugitivos.

Al amanecer, el sargento Brand despertó bruscamente. Sus miradas

Año VIII - 26-IX-1956 - N.º 369
Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).
Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.
Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.
Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros
países: US\$ 5,20.



se fijaron inmediatamente en el lecho del trapero.

"No está allí —murmuró el patrullero, restregándose los ojos—. Me
he dormido como un
bruto. Merezco pena de
muerte. No puedo comprender cómo fui a dormir tan profundamente.
Nunca me había sucedido."

De pronto, recordó que el muchacho le había

ofrecido una taza de café. ¿Le habría dado un narcótico? No; porque de ese mismo líquido se sirvieron todos... Brand llevó a sus narices el concho de la taza que quedaba en la mesa.

"No hay olor sospechoso —se dijo Brand—. ¿Y el muchacho también habrá huido?"

Bobbie dormía profundamente cuando el sargento le sacudió de un brazo.

-Levántate -ordenóle Brand.

La niña despertó sobresaltada.

-¿Dónde está tu tío? Se ha fugado...

-¿Ha huido? ¿Cómo? -preguntó cándidamente Bobbie.

—Si lo supiera no te interrogaría —gritó furioso el sargento—. Tú lo has escondido.

Brand comenzó a registrar el dormitorio de Bobbie y el resto de la casa.

—Se ha esfumado —dijo el sargento—. Sospecho que tú has intervenido...

-Si así fuera, ¿cree usted que se lo diría? -replicó Bobbie.

Es verdad —musitó el patrullero—, pero aunque se lo haya tragado la tierra lo encontraré. Cuando un soldado de la Guardia Montada busca a un hombre, jamás se le escapa... Acuérdate de esto... Si descubro que tú tienes parte en la fuga de Dracke, te llevaré a la cárcel junto con él.

Y diciendo esto el sargento salió de la cabaña buscando el rastro del fugitivo. Pero la bondadosa nieve había borrado toda huella.

"Debo ser muy prudente —se dijo la intrépida hija de Joven Búfalo—. El sargento sospecha de mí y, sin duda, se ocultará en el bosque, a fin de seguir mis pasos. Aguardaré algunas horas y en seguida iré a dejarle comida a mi tío."

A mediodía, Bobbie cargó sobre sus espaldas un bolsón de cuero con víveres y ropa para Daniel Dracke y se aventuró en los bosques. Acostumbrada a los ruidos de la selva, la niña iba aguzando el oído a fin de no tener sorpresas desagradables.

No había andado muy lejos cuando divisó la silueta del sargento

Brand en un claro del bosque.

"Es preciso que no me vea —murmuró Bobbie—. Si me encuentra con este bolsón, sospechará que voy en busca de mi tío... Y si me sorprende antes de llegar a la caverna, el pobrecito tío se morirá de hambre."

Bobbie comenzó a correr y al dar vuelta la cabeza advirtió que el

patrullero la seguía disimuladamente.

El tiempo había mejorado y ya la nieve compacta y dura permitía que sus huellas quedaran impresas en ella.

Súbitamente, Bobbie tuvo otra sorpresa. Pies de Venado venía a su encuentro.



—¿Quieres hacerme un gran servicio, hermano Pies de Venado? — dijo la niña a su amigo piel roja.

-Pies de Venado hará todo lo que le mande su hermano -replicó

el joven indio.

—Un patrullero me persigue —murmuró Bobbie—. Yo me esconderé en estas breñas y tú seguirás avanzando hasta el río, a fin de que él siga tus huellas pensado que son las mías.

Pies de Venado accedió al deseo de Bobbie, y a fin de que el sargento no sospechara, pues sus pies iban desnudos, saltaba sobre las breñas, retrocedía, borraba las pisadas hasta formar un verdadero la-

berinto.

Entretanto, Bobbie se había ocultado en un espeso matorral. Momentos después el sargento Brand pasaba junto a la niña.

—Seguiré las huellas de ese pillete aunque me lleven hasta el Ca-

nadá —iba musitando el enfurecido patrullero.

Bobbie le dejó avanzar un kilómetro y en seguida volvió sobre sus pasos y se dirigió a la caverna.





—Ya faltan pocos metros, gracias a Dios —exclamó la valiente niña. Pero en ese instante escuchó el gruñido de una manada de lobos.

"Lobos hambrientos — exclamó Bobbie— me siguen el rastro. ¿Alcanzaré a llegar al túnel o les arrojaré los víveres antes que me devoren?"

Si arrojaba el bolsón, uno o dos lobos se disputarían ese botín, pero los demás la acosarían de todas maneras.

Bobbie corría de un lado a otro, buscando la entrada de la caverna y por fin resbaló en un hoyo de más de un metro de profundidad.

Viendo que los feroces animales formaban un círculo en rededor del orificio, la infeliz niña comenzó a gritar:

-¡Socorro! ¡Socorro!

¿Quién podría socorrerla? Pies de Venado iba corriendo muy lejos; el sargento también ya se encontraba a más de diez kilómetros de distancia.

"Estoy perdida", balbuceó Bobbie.

Pero en ese instante oyó el aullido muy particular de su lobito regalón.

(CONTINUARA)



# BUFALO BILL CAPITULO IV.— DECHICEROS....





1. La familia Donald había sido secuestrada por los indios kiowas Búfalo Bill buscaba el rastro en la montaña, cuando una figura aullante se precipitó sobre él. Búfalo Bill arrastró en su caída al kiowa y después su puño golpeó con demoledora fuerza el rostro pintado. Resonó entonces un aullido de dolor.



2. En seguida, vibró la fría voz del explorador: "-Eres un kiowa. Y eran kiowas las flechas que incendiaron el carromato de los colonos. Dime, ¿dónde están los tres prisioneros? - El guerrero resopló-: ¡Ah, eres Pa-E-Has-Ka! Te daré noticias de los cautivos... para que las transmitas a los cuchillos largos".







3. Los indios llamaban "cuchillos largos" a los soldados americanos, aludiendo a sus sables. "-Cuando ellos sepan esas noticias -continuó el piel roja—, nada podrán hacer..., sólo desesperarse. Cuando vimos en el llano a esos colonos, nuestra alegría fue intensa. Los dioses kiowas quedarían complacidos".



4. "-Los blancos serán sacrificados esta noche... y después mis hermanos declararán la guerra a los cuchillos largos y obtendrán la victoria, porque los dioses nos protegen. Nos protegerán siempre, después del sacrificio que les ofreceremos". Búfalo Bill, pensativo, se vistió con el atavío de su prisionero.

# BUFALO



5. El kiowa dijo con desprecio: "—¿A quién engañarás con ese disfraz, Pa-E-Has-Ka? A los centinelas, en la sombra. Pero cuando penetres al círculo de hogueras, serás reconocido". Búfalo Bill, sin embargo, continuó con su plan, y una hora más tarde avistaba el campamento piel roja. Las fogatas ardían con intensidad.





Haga. Los dioses quedarán complacidos.

6. Búfalo Bill avanzó, con la cabeza inclinada para ocultar su barba y sus ojos azules. Con una rápida mirada observó los "tipis" o tiendas indias, y eligió la que estaba pintada con totemes sagrados. Era la del hechicero Lobo Aullador, que en ese instante se preparaba para la ceremonia del sacrificio.

# BILL



7. "—Esa máscara la llevaré yo, Lobo Aullador". Al oir la voz calmada y burlona, el hechicero se volvió con rapidez. Pero ése fue su único movimiento. Diez minutos más tarde, mientras la luna se alzaba en el claro cielo, el jefe de la tribu pronunció: "—Oh Gran Manitú. Oh dioses de la guerra, alegraos".



8. "—Recibid este sacrificio como jamás hubo otro igual y dad fuerza y poder a la nación de los kiowas". James Donald, su esposa y su pequeño hijo, luciendo casacas blancas de cuero de ciervo y cintillo con una pluma, estaban atados a sendos postes. Ninguno de los tres demostraba cobardía.

(CONTINUADA)



Un silencioso grupo cruzaba la jungla, siguiendo el rastro de los nativos que llevaban en una litera a Rosita Crusoe. Lo formaban Julia Blair,

Lani, el leopardo Katzy y Polly, el papagayo, que por primera vez en su bulliciosa vida comprendía el valor del silencio.

Ambas jovencitas observaron con asombro que los isleños iban de-

jando guirnaldas a su paso.

—¿Qué significarán estos adornos? —murmuró Julia, desorientada. Avanzaban con rapidez y, al disminuir la distancia que las separaba de los nativos, percibieron un rumor de canto. Las voces oíanse cada vez más nítidas y vibrantes.

En efecto, la procesión marchaba con gran júbilo. Doncellas de la tribu tejían coronas y guirnaldas de flores que los jóvenes guerreros suspendían de árboles y arbustos. Klio, el anciano sabio, escoltaba también a Rosita Crusoe.

—La princesita blanca llegó hasta nosotros, coronada por Ma-Zara, —pronunció con voz grave—. Así lo anunciaba la leyenda y así se cumplió. Nunca deberá abandonarnos, porque mientras ella permanezca entre nosotros, la felicidad reinará entre los vasallos de la Reina Blanca.

—¡Honor a la pequeña princesa! —coreaban doncellas y guerreros. Sin comprender aquellos gritos y, al borde de las lágrimas, Rosita miraba a sus acompañantes, sintiéndose muy sola y desamparada. Los "negritos" eran alegres y amistosos, pero hubiera preferido seguir jugando con ellos a las escondidas, como antes, y no ser llevada le jos de Lani, Julia, Katzy y Polly.

La escolta se detuvo a la orilla de un lago. En la distancia, se veía

una aldea lacustre, edificada sobre pilares. Con una profunda reverencia, Klio invitó a Rosita:

Oh princesa, sube a la canoa real.

Rosita no comprendía ese lenguaje, pero, interpretando el gesto del anciano, se dirigió hacia la embarcación.

Minutos después, las canoas surcaban el agua que resplandecía con los iltimos rayos del sol.
Los cantos y aclamacio-

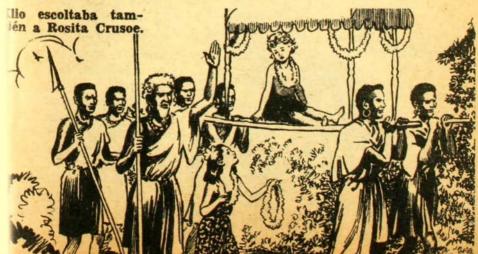


es continuaban elevándose, mezclados al rítmico sonido de los re-

In la aldea se encendieron centenares de antorchas que fueron meidas en el aire para saludar a la princesa.

-Ma-Zara la envía y nunca debe abandonarnos —cantaban los iseños, con alegría—. Ella está destinada para ocupar el trono de la leina Blanca. Honor a nuestra princesa.

las barcas también se encendieron teas, y el lago semejaba un nar de fuego y destellos.





Rosita, en silencio, siguió a Klio y a los principales personajes, que la guiaban hacia el palacio. Aquel juego empezaba a cansarla. Y por instantes pensaba que no era un juego. Se esforzó por descubrir la selva, en la orilla opuesta del lago. Allá estaban sus amigas. Pero sólo vio la noche sombría y, cerca de ella, las antorchas que la cegaban.

En ese instante, sintió una diestra huesuda y leve que cogía su mano. Era Klio, que dijo suave-

mente:

-Ven, princesa.

En la voz de Klio se mezclaban la ternura de un padre y la reverencia de un fiel esclavo. Rosita sintió que su temor desaparecía. Aquel negrito de cabeza blanca le inspiraba más confianza que los demás. No lo había visto antes, cuando el ejército recorría la jungla, en busca del escondite que habían elegido Rosita, Julia y Lani, en el islote del río, con un puente levadizo y una choza abrigada.

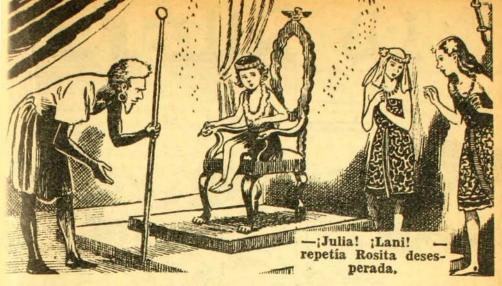
—Quiero regresar —exclamó, alzando su rubia cabecita—. Quiero dormir esta noche en el castillo de bambú, con mis amigas. Después



seguiremos jugando a las escondidas, o si quieres, al desfile por la selva. Por favor, di a tus amigos que me lleven de regreso en una barca. Y mañana pueden ir a visitarme.

Klio no comprendía el idioma de Rosita. Oía extasiado la dulce voz, pero sin saber qué estaba diciendo.

—¡Julia! ¡Lani! —repetía Rosita—. Quiero estar con ellas. Y con Katzy y Polly.



Sus ojos se inundaron de lágrimas al recordar al orangután. Había sido también su amigo. Intentó defenderla cuando los negritos llegaron al islote y uno de ellos lo hirió. Había un negrito malo en la tribu y ella no quería conocerlo.

Klio, al verla llorar, inclinó la cabeza con pesar. Después, como si se le ocurriera una idea para animar a la princesita triste, la condujo a una sala donde había un trono.

Las doncellas que estaban esperándola, se inclinaron en un profundo saludo. Obedeciendo a una señal de Klio, Rosita ocupó el trono.

—Estaré aquí un momento —dijo a Klio, deseosa de agradar al anciano para que él la llevara después de regreso al islote—. Ya deberíamos descansar, ¿no crees?

Klio asintió, aunque esas palabras eran tan misteriosas para él como para las doncellas. Rosita, considerando que ya había sido bastante complaciente, se levantó.

—¡Julia y Lani! —repitió—. Las quiero ver. Son mis hermanas.

—Julia... Lani —repitieron las isleñas, sin comprender—. Son palabras mágicas de la pequeña princesa.

Desesperada, Rosita suplicó a Klio:

-Llévame de aquí. Yo quiero irme de este palacio feo.

Y sin poder reprimir más su terror y su angustia, prorrumpió en llanto. Klio y las doncellas se miraron espantados. Si la princesa lloraba, el dios Ma-Zara se enfurecería. Y su cólera temible caería como un rayo sobre el pueblo de la Reina Blanca.

(CONTINUARA)







1. Tim y Tam olvidaron que eran angelitos y prepararon al capitán Escotilla una broma combinada. Primero untaron con cola un sillón para que el capitán se quedara pegado y luego hicieron estallar un cohete. Qué niños malulos, ¿no?





2. El capitán los persiguió para castigarlos. Pero oyó que los mellizos saludaban: "—Buenos días, señorita Secante". El capitán, asustado, se detuvo. Al despegarse de la cola se rompió el pantalón y no deseaba que una dama lo viera así.

## DEL TO TOMO





3. "—El capitán pasea también por la cubierta, con la espalda descubierta", añadían los mellizos, fingiendo que hablaban con la señorita Secante. Después llamaron a la señora Tomasa: "—Mamá, ¿quiere saber dónde está el capitán?"





4. Escotilla había saltado dentro de un barril, para esconderse. Tomasa, indignada, le dio un escobazo. "—Esa es el agua que tengo para la cocina. ¿Cómo se te ocurre aprender a nadar allí? Tienes que llenarme otra vez el barril".







1. El Cormorán y sús hombres se hallaban entre dos fuegos. Españoles y franceses se habían aliado para destruirlos, olvidando que eran naciones rivales. El marqués de Pointis, gobernador de Santo Domingo, había ideado aquella alianza, traicionando por segunda vez a los corsarios de la isla Tortuga.





2. Obligados a huir, los bucaneros y los esclavos que abandonaron las plantaciones de Pointis, acamparon durante cuatro días y cuatro noches en los bosques. Un vigía anunció que se acercaba una partida de jinetes. "-Los esperaremos... arriba de los árboles -dijo el Cormorán-. Y caeremos sobre ellos".

# 





3. Rápidamente fue obedecida la orden del corsario. Desde su atalava, el Cormorán observó: "-Ahí vienen Montero y nuestro viejo amigo Saint Prix. Supongo que no le agradará la lluvia de piratas que caerá sobre su peluca". Minutos después, los jinetes se quejaban y maldecían bajo la inesperada avalancha.





4. El asalto fue tañ sorpresivo, que no pudieron defenderse. Saint Prix, maniatado y furioso, fue conducido a presencia del Cormorán Este indicó: "-Desatad al noble cómplice del marqués de Pointis. Charlaremos como antiguos conocidos. ¿O preferís, tal vez, que hablen nuestras espadas? Estoy dispuesto a complaceros".



## LOS PIRATAS DEL CARIBE







5. "-La horca es la muerte que merecéis..., pero acepto el desafío", contestó Saint Prix. Con un gesto veloz cogió la espada que lanzó por el aire uno de los corsarios y se inició el duelo. De pronto el Cormorán tropezó en una raíz, cayendo de espaldas, mientras la espada se escapaba de su diestra.





7. Por un instante vaciló. Temía coger el arma que le era ofrecida despreciativamente por un corsario. Vio la fría mirada del Cormorán y la sonrisa de burla que empezaba a dibujarse en sus labios. Corió entonces la daga y un instante después se hallaba a merced del eventurero, con la aguda punta del puñal sobre su garganta.





6. Saint Prix se abalanzó sobre su indefenso adversario. El Cormorán, rápido como el rayo, se apartó y la hoja de acero se hundió en la tierra. Incorporándose de un salto, el bucanero desenvainó su puñal. Saint Prix se estremeció al sentir que la empuñadura de otro puhal rozaba su pecho.





Esperaba la muerte, pero el Cormorán pronunció: "-No soy un rufián que mata a su rival desarmado. Levantaos, que tenemos una tarea interesante". Ordenó en seguida a sus hombres cambiar vestuario con los vencidos. "-Yo vestiré las galas del señor de Saint Prix —anunció el Cormorán—. Si él no se opone valientemente".

(CONTINUARA)



CAPITULO XI y FINAL.—Rina tuvo dos madres.

¿Qué habría ocurrido si Beppo no hubiera estado presente en la escena que ocurrió al día siguiente en casa del gondolero? Tal vez Zani, por piedad hacia Luisa, habría callado para siempre. Pero Beppo conocía la historia de Rina y a él no podían silenciarle. Y Beppo sabía también que Zani sentía remordimientos, desde años atrás, por no haber revelado a la señora Galbert el secreto de Rina.—Tienes que resignarte, Luisa —suplicaba el pobre gondolero.

—Si dices una palabra más me arrojo al Gran Canal —exclamó la porfiada Luisa—. O desaparezco con mi Rina y nunca más nos volverán a ver.

—Siempre se encuentra a la gente —declaró Zani—. Ya ves lo que ha ocurrido ayer.

—Jamás nos encontrarán —repitió Luisa—. ¿A dónde vas, Zani? El gondolero con el alma dolorida, tanto por la loca resistencia de Luisa como por la confesión que tenía que hacer, sufría cruelmente, pero ya había resuelto ir en busca del pintor francés Emilio Voisin.

Al preguntar a éste si podría darle la dirección de la señora Elena Galbert, Voisin respondió:

—Sin duda, y hasta puedo hablarle por teléfono inmediatamente. Conviene que ella sepa que el incendio fue intencional y que el cri-

minal está preso.

Todo caminó como sobre rieles. La señora Galbert anunció que llegaría al día siguiente en avión, acompañada por su hermano Jorge. Los policiales habían encontrado a la nodriza Margarita, y ella reconoció formalmente al bandido de Sicilia, Emilio Giovani.

Padre —suplicaba Beppo—, tienes que confesar al comisario que Rina es hija de la señora Galbert. No te hagas cómplice de un

bandido, te lo suplico.

-Luisa no podrá soportar el golpe -gemía el viejo gondolero...

-Yo hablaré con mi madre -decidió por fin Beppo.

Acaso porque Beppo era más instruido e inteligente que Zani, o porque poseía más ardor y fuerza de carácter, Luisa comenzó a ceder y por fin, arrojándose en brazos de su hijo, murmuró:

-Me has vencido, Beppo, pero yo no puedo decirle a mi Rina que

no sov su madre. Háblale tú.

Beppo invitó a Rina a salir en su góndola, y cuando estuvieron solitarios en una hostería del Gran Canal, el muchacho comenzó la historia a manera de un cuento de hadas:

-Había una vez una niñita que nació en un palacio. Un día, un

malvado hechicero se la robó a su madre, que era una dama francesa muy bonita. El raptor abandonó a la "bambina" en una góndola, después de haber incendiado el palacio. La niñita raptada fue recogida por un pobre gondolero que tenía muchos hijos y acababa de perder una chica de su misma edad. Todos querían mucho a Rina y la llamaban reinita, pero un día encontraron al malvado hechicero v también a la bonita dama francesa, que recupe-



ró a su hija. Ella fue muy feliz. Viviría en París en un palacio... Rina había escuchado con mucha atención y con la viveza de espíritu que la caracterizaba. Al final, cuando la voz de Beppo comenzó a temblar y su rostro se inundó de lágrimas, Rina reflexionó en silencio; su carita palideció y murmuró por fin:

-Volvamos, Beppo. Quiero ver a mi mamina.

Luisa esperaba a Rina en la puerta de su hogar.

-Mamina -balbució la chica-, ¿es verdad que tengo dos madres?

La mujer del gondolero cubrió de besos a la hija adorada.

Rina reaccionó pronto y entre sonrisas y lágrimas declaró así:

—A mi verdadera madre no la conozco, pero ella no puede ser mejor que mi mamina Luisa y nunca la podré querer más. Pero si ella ha llorado por su hijita durante ocho años, tendré que quererla también para consolarla. ¿Entonces, mamina Luisa, tú permitirás que reparta mi corazón entre las dos madres?

-Tú me olvidarás -gimió Luisa-. Tú olvidarás a la pobre mujer

que te crió...

—Jamás —exclamó Rina rodeando con sus brazos el cuello de Luisa—, ni a ti, ni a papá, ni a mis hermanos. A todos los quiero y los querré toda mi vida. Yo seré su reinita y viviré siempre con ustedes.

-No podrás hacerlo -insinuó Luisa-, porque tu mamá querrá

llevarte a su país.

—Eso se arreglará —dijo Rina con autoridad—. Esa dama..., en fin, mi mamá, estará demasiado contenta y me dará gusto en todo. Hará lo que yo quiera, y como lo que yo deseo es vivir con ustedes, ella arreglará este asunto. Mamina, no quiero verte llorar más. Ya verás cómo todo se arregla. ¿No es verdad, Beppo? Cantemos un poco, hermanito. A mí no me gusta la tristeza.

Zani callaba y cuando estuvo solo con su hijo mayor murmuró:

—Temo mucho que a mí me lleven a la cárcel por haber guardado a la niña sin dar parte a las autoridades. La señora Galbert puede acusarme...

—No lo creo, padre —expresó Beppo—; esa dama es muy bondadosa.

En verdad, Elena Galbert era muy buena.

Cuando se experimenta una felicidad tan grande como la de encontrar a un ser querido, sólo se piensa en hacer felices a todos los que les rodean. Elena Galbert ni por un instante pensó llevar a la cárcel a Zani Zanizolo. Les estoy tan agradecida —decía una y otra vez la gentil dama—. La han cuidado, la han amado tanto como a sus propios hijos. Qué suerte ha tenido mi Catalina... Si hubiera caído en manos criminales o crueles...

A Elena Galbert le bastó divisar a su hija para reconocerla al punto. No podía equivocarse. Sus lindos cabellos rubios, su ojo verde y su ojo azul, resultaban evidentes pruebas de identidad.

-Y pensar que en dos ocasiones el destino la colocó en mi camino



—murmuraba Elena—, y que las dos veces no pude verla. En fin, esta atroz pesadilla terminó y todos debemos regocijarnos.

—Y yo tengo dos madres —murmuró Rina sonriendo a su mamina Luisa.

Se trató en seguida de asuntos más serios.

Primeramente... ¿dónde vivirían? El tío Jorge opinó que deberían regresar a París. Rina se opuso y, como era de preverlo, su madre declaró que ella haría lo que su hija deseara.

Decidieron, pues, arrendar un departamento en Venecia, y pasar allí la mayor parte del año. Así, Catalina Galbert, a la que continua-



ban llamando Rina, podía visitar todos los días a sus queridos Zanizolo. En seguida llovieron sobre la familia de los gondoleros toda clase de beneficios. Bastaba que Rina dijera a su madre: "Beppo desea estudiar música", para que Elena Galbert le contratara el mejor profesor de canto de Venecia.

Si Zani se quejaba de reumatismo, pronto recibía la visita de un buen médico. Si Rina hablaba de las disposiciones artísticas de Magdalena y de Rosana, inmediatamente la señora Galbert las ingresaba en el mejor colegio.

Y Luisa, a pesar de su dolor maternal, se consolaba con el bienestar de sus otros hijos.

Emilio Giovani fue condenado a trabajos forzados a perpetuidad. La nodriza Margarita trabajaba en un orfanato. El pintor Voisin mimaba a su linda modelo y la perfeccionaba en arte e idiomas.

Los domingos se reunían las dos familias en el departamento de Elena Galbert o efectuaban largas excursiones en góndola. Zani y

Beppo cantaban sus viejas tonadas venecianas.

Así transcurrieron los años. Rina se convirtió en una preciosa jovencita de dieciocho años y Beppo ya comenzaba a adquirir fama como tenor en el gran teatro "Escala de Milán", o en la Opera de Venecia, que es uno de los teatros más célebres del mundo.

Elena Galbert comprendía que para Rina, Beppo sería el hombre

de su vida.



Cuando tenían que separarse, Rina esperaba ansiosa las cartas del joven y ya famoso tenor, y cuando se reunían formaban la pareja más feliz.

—Mamá hará siempre lo que yo quiero —decía Rina a Beppo—, y ella comprende bien lo que tú y yo queremos.

-Mi adorada Rina -respondía Beppo-. ¿Cuándo podré raptarte?

## Ponchilo













#### Por nato









### CL SECRETO DE LA ISLA

#### CAPITULO I.— Habitantes solitarios

Las Hébridas forman un grupo de 521 islas e islotes. Muy pocas están habitadas, y en la mayoría de ellas no se encuentra alma viviente.

Cuando el "Estrella Errante" avistó una de esas islas desoladas, el capitán Rigal torció el gesto.

—¡Malditas tierras de nadie! —barbotó, escupiendo por sobre la borda—. Pero, en fin, allí podremos abastecernos de agua dulce.

—Y no veremos ni la sombra de un policía —añadió el piloto Alberto Brice, con un destello irónico en sus ojos.

—¡Condenación! ¿Por qué has de recordar a la ley y a sus molestos representantes? Aquí estamos, en el mar profundo y libre, ante una isla desierta...

-No tan desierta -interrumpió Brice que, al aproar hacia la ense-

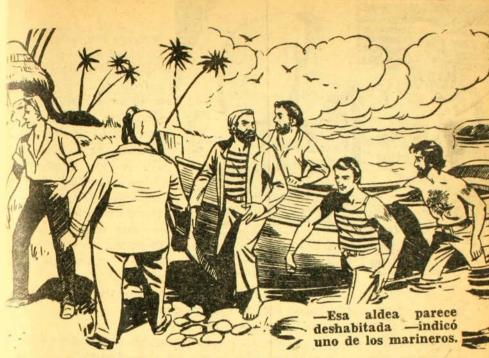


nada, distinguió una vivienda guarnecida de verandas, casa típica de colonos en una isla de Oceanía.

Rigal dijo con voz cautelosa:

—Tal vez no nos conviene desembarcar.

—Necesitamos agua replicó Brice—. Los hombres están sedientos.



La llegada del barco fue advertida de inmediato por una bella joven. No era indígena, sino blanca. El asombro y el recelo dilataban sus ojos azules. Un leve temblor agitaba sus labios.

-Debo correr a avisarle a papá -murmuró, atemorizada.

Agilmente corrió hacia el rancho. Su corazón latía con tanta violencia, que casi la ahogaba. Esa era la primera vez en muchos años, que un grupo de forasteros desembarcaba en la isla. Y su padre le había

dicho que los hombres eran malvados, crueles y codiciosos. Comprendió que estaban en peligro. Cuando abrió la puerta, para entrar como un ciclón, Francisco Maine exclamó:

—¿Qué sucede, hijita? —¡Un barco, papá! Y sus tripulantes desembarcan.

Maine palideció. Era un





hombre inválido, postrado en su sillón desde hacía largo tiempo. Había sufrido mucho y perdió la fe en sus semejantes. Cuando Lisa era sólo una niñita de seis años, se desterró en esa isla y allí vivió, distanciado del mundo. Les acompañaba la fiel Lunga, isleña de nacimiento.

—Dios nos proteja murmuró a media voz—. Tenemos que evitar...

No terminó la frase. Su hija, habituada a sus repentinos silencios y a su carácter retraído, no formuló preguntas.

-Papá, si deseas ordenarme algo...

—¿Algo para detener el barco, para rechazarlo? —completó Maine con amargura—. No, Lissy. Más tarde tal vez tenga alguna idea. Ahora, sólo nos resta esperar.

Mientras tanto, un bote había sido echado al agua y enrumbó hacia la costa. Los tripulantes saltaron a tierra y uno de ellos reflexionó:

-Esa aldea tiene aspecto de estar deshabitada.

—Tanto mejor —gruñó Rigal—. No pierdan tiempo. Busquen la fuente que necesitamos. No tardaron en ubicar el manantial. Hacía cuarenta y ocho horas que no bebían. Se lanzaron de bruces a saciar la sed. Al incorporarse, uno de los marinos anunció:

-Alguien vive allí. Diviso una columna de humo.

En seguida se dirigieron todos hacia la vivienda de Francisco Maine. Este, con un gran esfuerzo, había abandonado su sillón y les aguardaba, sostenido por su hija. Rigal dijo agriamente:

—Los habitantes de esta isla no son muy acogedores, ¿eh? En otras partes los nativos acuden a la playa para celebrar la llegada del bar-

co y ofrecen collares de flores.

—Aquí sólo vivimos mi hija, yo y nuestra criada Lunga. Estoy enfermo y no puedo mantenerme de pie mucho tiempo, ni caminar. Les invito a mi casa, para ofrecerles alimento y bebida. Rigal, con una estrepitosa carcajada, aprobó:

\_No está mal la bienvenida.

Lunga sirvió en silencio. Al terminar la comida y mientras encendía su pipa, Rigal preguntó:

—Dígame ahora, ¿qué diablos sucedió en esta isla, que todos sus moradores, excepto ustedes, la han abandonado? Porque hay una aldea deshabitada y señales de que hubo aquí otros seres vivientes. ¿O los degolló usted a todos?



Y nuevamente estalló su risotada. Alberto Brice permanecía en silencio. Por sus pupilas grises y aceradas cruzaba a intervalos una fría expresión de ira. Sus finas facciones parecían haberse endurecido. Ni una sola vez dirigió su mirada hacia la turbada Lisa o hacia su padre, cuya nerviosidad se evidenciaba en sus rasgos tensos y en las manos temblorosas.

Los demás tripulantes bebían y comían con avidez, observando al estruendoso capitán, al viejo inválido que se encogía desconfiado y a la bella muchacha blanca, pálida y anhelante. ¿Qué temían esos dos?

—¿Quién o qué ahuyentó a los demás habitantes de la isla? —insistió Rigal—. ¿Hubo un tifón, una peste, o usted manejó hábilmente una ametralladora? Conteste, señor Maine. Y no tema hablar confranqueza. No iremos con el cuento a la policía. ¡Por mil cachalotes! Ciertamente que no. Siempre hemos mantenido una saludable distancia entre nosotros y la ley.

(CONTINUARA)

#### **IMEDIO MILLON DE PESOS!**

IA prepararse, niños, para el GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD! "SIMBAD" repartirá entre sus lectores muchos y valiosísimos regalos que harán la felicidad de todos los niños de Chile: bicicletas, radios, planchas eléctricas, pelotas de fútbol, juguetes, etc. Son algunos de los premios que repartiremos gratuitamente para la próxima Navidad. Junta los cupones y canjéalos cuando llegue el momento oportuno!

#### ¿Cuál es la respuesta?

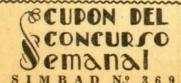


Contesta a esta pregunta: ¿CUAL ES EL PAJARO MAS VOLUMI-NOSO DEL MUNDO? ¿Es el águila, el pelicano o el avestruz?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta con el cupón "SIMBAD". respectivo a revista casilla 84-D. Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 367. EL MONITOR HUASCAR FUE CAPTURADO EN EL COMBATE DE ANGAMOS.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: CON CINCUEN-TA PESOS: María Valdés, Santiago; Benito Contreras, Chillán; Rafael Carmona, Stgo.; Francisco Ca-nales, Stgo.; Beatriz Morales, Valparaiso; Jorge Sandoval, Luis Gastón Jofré, San Fernando; Jorge Palamara, Stgo.; Leonardo Ibáñez, San Felipe; María Avila, Stgo. SUBSCRIPCION TRIMES-TRAL A "SIMBAD": Iris Pantoja, Valparaiso; Mariela Grez, Linares; Lucy Pérez, Quillota; Sergio Aran-cibia, La Unión; Angélica Asenjo, Osorno; Carmen Orrego, Rancagua. UN LIBRO: Miguel Ibarra, Stgo.; Eliana Montecinos, Stgo.; Julio Ríos, San Bernardo; Willy Fellon, Río Negro; Alicia Vásquez, Frutillar; Juana Jorquera, Stgo.; Car-men Miranda, La Serena; Jorge Bascuñán, Iquique; Rubi Baño, Stgo.; Julia Verdugo, Los Andes.



## \$FRANDI96 SORTED NAVIDAD

\* \$ 500.000.- \*

EN VALIOSOS REGALOS REPAR-TIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NU-MEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS. RADIOS. LAPICE-RAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMEN-TOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.

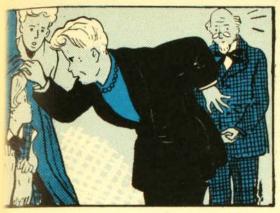


Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 1 - SERIE N.º 5 SORTEO DE NAVIDAD CUPON N.º 1 - SERIE N.º 5 26 de septiembre de 1956

## Betty en el colegio





3. Por cierto que madame Chardin no tardó en descubrirla. "—Has sido tú, Betty, quien inventó ese ridículo saurio. Quedarás castigada durante una semana." Pero la buena directora perdonó días más tarde a la pícara colegiala, que pudo salir de paseo con sus amigas y la inspectora Gerard.





4. Por cierto que la severa inspectora era la menos indicada para alegrar el ánimo de las paseantes. Las niñas se aburrían, hasta que Betty decidió: "—Tenemos que buscar algo con qué jugar, mientras la inspectora lee. El sombrero de ella nos servirá". Y con mucha frescura se apoderó del blanco sombrero.

(CONTINUARA)

### PELUSSTA

#### POR NATO













Simpaa N.º 370 CRUSOE ROSITA \$ 20.-



## Betty en el eolegio

CAPITULO XVI.— QUE LINDO EN LA RAMA...





1. En un paseo campestre, Betty y sus amigas se aburrían mientras la inspectora Gerard leía. Betty decidió apoderarse del sombrero de la severa maestra. "—Jugaremos una "pichanga", decidió alegremente. El pobre sombrero volaba de una mano a otra, entre los gritos y risas de las jugadoras.





2. De pronto, el sombrero quedó colgado de una rama que se suspendía sobre el río. Un coro de tristes exclamaciones se elevó entre las alumnas. Betty las consoló: "—No se aflijan. Yo subiré a buscarlo. Sofía, Martina, junten sus manos". Formada la escalerilla, Betty trepó de un salto.

(Continúa en la penúltima página.)



CAPITULO XI.—Dracke salva la vida al sargento.

Bobbie había caído a un hoyo profundo en su loca carrera para huir de los lobos que la acosaban por todas partes. Viendo que esos animales formaban un círculo en rededor del orificio, la infeliz niña comenzó a gritar:

-¡Socorro! ¡Socorro!...

Desde lejos escuchó el aullido del lobo...

-¡Aquí, Lobito, aquí! -gritó Bobbie.

A pesar de que esas fieras eran de su misma raza, Lobito no las reconoció y saltó sobre un enorme lobo que le hundió sus garras en el cuello.

Tras Lobito salió de la caverna Daniel Dracke.

En un instante el trapero comprendió la situación de Bobbie y, acercándose al lobo que luchaba con el regalón de la niña, le disparó un balazo... Otros disparos hirieron a varios de los furiosos animales y los demás se dispersaron.

Año VIII - 3-X-1956 - N.º 370
Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).
Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.
Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.
Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros
países: US\$ 5,20.

Lobito cojeaba y de su cuello manaba sangre.

—Pronto a la caverna —dijo Bobbie—, el sargento puede estar en las cercanías y si ha escuchado el ruido de las balas acuni a sombra... ¿Sabe que yo estoy en esta caverna?

—No, tío —respondió Bobbie—, y no conviene que lo sepa nunca.

Un rato después la niña encen-

Bobbie encendió fuego dentro de la caverna y merendó en compañía de Dracke y el lobito.

dirá a este sitio...

—Sin duda —repitió Daniel Dracke— fue una imprudencia

disparar, pero si no lo hago, Lobito es despedazado por sus hambrientos hermanos.

Ya seguros en la cueva, Bobbie refirió a su tío la escena con el sargento Brand, y cómo, con ayuda de Pies de Venado, había podido llegar hasta la cueva.

-Ese indiecito -murmuró Drake- no te pierde de vista ni a sol

día una fogata dentro de la caverna y merendaba en compañía de Dracke y del fiel Lobito.

—Hija mia —dijo el trapero a Bobbie—, esta situación no puede continuar así. Debemos partir lejos de estas vecindades peligrosas. Si logramos llegar hasta el río y tomar mi canoa, nos iremos a un sitio donde nadie podrá descubrirnos.

Es fácil salir al río -replicó Bobbie- por el extremo del túnel.

-Entonces cuando sea de noche nos marcharemos -murmuró Dracke-, pero antes debo volver a mi cabaña.

-¿A la cabaña, tío? -exclamó Bobbie-. Pero sería peligroso.

- -Es indispensable que yo recoja algo que tengo allá -dijo Dracke.
- -Yo iré a buscarlo -insinuó Bobbie.

-No lo encontrarías, hijita... Está oculto en una parte que yo sólo puedo descubrir.

-¿Es eso que usted traía de sus misteriosos y largos viajes? -

preguntó Bobbie.

-Eso mismo, y no puedo dejarlo atrás...

Anocheció. Bobbie y Dracke salieron de la caverna en dirección a la cabaña acompañados de Lobito.

La luna llena y la nieve daban a la tierra una plateada claridad. De pronto Lobito dio un gruñido... Presentía la presencia de lobos en el bosque.

Bobbie y Dracke decidieron hacer un rodeo y llegar a la cabaña

por el faldeo de la montaña...

De pronto el trapero miró hacia una escarpada roca y exclamó aterrado:

—Mira, Bobbie, allá arriba... Los lobos atacan a un hombre... Una manada de fieras corría tras un individuo. Desde lejos Dracke no pudo reconocerlo. Sin embargo, se dio cuenta de que su traje era el de un hombre de raza blanca. Aquel individuo trepó a la copa de un árbol, cuyas ramas caían sobre el faldeo. Aparentemente el árbol era vigoroso y resistente, pero sucedió que no pudo soportar el peso del hombre que huía de los lobos y se desarraigó...

-Esos árboles no tienen raíces profundas -dijo Daniel-; ha

sido una locura trepar sobre sus ramas...

En efecto, el árbol se dobló y cayó pesadamente al faldeo aplastando en su caída al infeliz individuo...

Los lobos, detenidos en la cima del monte, contemplaban la caída de su presa sin atreverse a seguirla.

-Vamos a socorrerle -dijo al punto el trapero.

Ayudado por Bobbie, Daniel levantó las pesadas ramas que aplastaban al desconocido... Este yacía inmóvil bajo el árbol...

Daniel y Bobbie, después de grandes esfuerzos, lograron dejarle libre del terrible peso.

Pero su espanto fue inmenso al ver que habían salvado la vida al sargento Brand...

Igual fue la estupefacción del sargento al ver inclinados sobre su cuerpo a Dracke y a Bobbie...

Brand se puso en el acto de pie y dando la mano a Daniel le dijo:

Lusted me ha salvado
la vida y se lo agradezco... Pero usted conoce el lema de la Guardia
Montada: "Nunca soltar al individuo c u y a
captura se nos encomienda". Usted es mi
prisionero.

Bobbie escarbó la tierra y de pronto el peñasco se desprendió.



Bobbie dio un paso atrás... Ella no toleraría jamás que su tio fuera capturado... En su hermosa fisonomía se reflejaban su protesta y su determinación de salvar a Dracke de la prisión...

-En vez de perder el tiempo en mi captura -dijo Daniel Dracke al sargento Brand-, debería usted buscar al verdadero culpable.

—Todas las apariencias están contra usted —replicó el sargento—, y aunque me es doloroso aprisionar al hombre que me salvó la vida, debo cumplir con mi deber.

Mientras Brand hablaba con Daniel Dracke, Bobbie se desesperaba

buscando la manera de salvar a su tío.

La astuta hija de Joven Búfalo observó que el sargento estaba de pie sobre una roca vacilante. Con el gancho del árbol que aún tenía en la mano, Bobbie comenzó a escarbar la tierra y, de pronto, el peñasco se desprendió, arrastrando en su caída al sargento.

-No lo sujetes, tío -dijo, precipitadamente, Bobbie-; corramos

a ocultarnos otra vez en la caverna.

-¿Tú le echaste a rodar? - preguntó Dracke a Bobbie.

—Claro que sí —replicó la hija de Joven Búfalo—. ¿Te creías que iba a permitir que te llevara prisionero?

-Gracias, hijita -murmuró el trapero-; eres una heroína. Pero

¿cómo voy ahora a la cabaña? Allá tengo mi tesoro.

-Yo iré a buscarlo después, tío. Por ahora, es necesario que el sargento te pierda de vista.

(CONTINUARA)







-Lobo Aullador ofrecerá el sacrificio a los dioses de la querra.

1. La tribu de los kiowas celebraba con aullidos y danzas la captura de la familia Donald. De súbito cesó el frenético vocerio. Había aparecido el hechicero Lobo Aullador. Su máscara pintada y grotesca se veía impresionante sobre el cuerpo cobrizo, de elevada estatura. "-¡Ayee!", gritaron los guerreros.





2. El brujo avanzó hacia sus víctimas. Esgrimía un cuchillo de caza. Mary Donald palideció al ver que la siniestra figura se acercaba a su esposo. El, dirigiéndole una mirada ansiosa y tierna, murmuró: "-¡Adiós, Mary!" El cuchillo describió un rápido arco en el aire... y cortó las ligaduras del prisionero.



3. Una voz profunda ordenó: "-¡Pronto, Donald! Recoja el cuchillo y liberte a su esposa e hijo, mientras contengo a estos demonios". En ambas manos, el falso hechicero sostenía ahora dos revolveres Colt. "-; Por el Gran Manitú! -rugían los kiowas-. ¡Morirás, Lobo Aullador, maldito renegado!"



4. No comprendían la traición del hechicero. Donald, que le oyó hablar, sabía que el enmascarado brujo no se expresaba en el lenguaje kiowa. "-¡A los caballos, Donald! -gritó en ese instante el desconcertante brujo, mientras sus armas rugían, protegiéndolo con un círculo de plomo y fuego-. ¡Atrás, bravos kiowas!"

# BUFALO BILL











5. Una lanza guerrera golpeó la máscara, descubriendo la cabeza de Búfalo Bill. "-¡Pa-E-Has-Ka!", clamaron los pieles rojas. Enfurecidos, intentaron cercarlo. Pero el explorador los rechazó a fuerza de puños, porque las balas se habían terminado. Los kiowas caían como hojas sacudidas por la tormenta.

En cuanto sintió a su amo sobre él, Torbellino emprendió la fuga. Señalando hacia el "tipi" del brujo, Búfalo Bill indicó: "-Alli está Lobo Aullador, durmiendo". Se reunió con Donald v su familia, que montaban sendos mustangos indios. James dijo: —Ahuyenté a los demás caballos, para que no nos persigan".



-Pocas veces ven los indios un blanco de cabellos rojos.



6. Parecia imposible que pudiera sostener por mucho tiempo aquella lucha desigual. Emitió entonces un agudo silbido. Como un ciclón apareció Torbellino. Y los pieles rojas volaron de nuevo por el aire, despedidos por aquellos cascos que tenían trueno y dinamita. Búfalo Bill saltó al lomo de su caballo.

8. Al amanecer se encontraban lejos del territorio kiowa. "--Gracias, coronel Cody", expresó Donald. Búfalo Bill contestó: "-Si no tuvieran los tres esa extraordinaria cabellera roja, habrían muerto cuando los kiowas les asaltaron. Pero se los llevaron prisioneros Para ofrecerlos a sus dioses..., y entonces pude rescatarlos".

(CONTINUARA)



Luego de cruzar la selva; Julia y Lani llegaron a la orilla del gran lago. Escrutando las tinieblas Julia murmuró:

-Los nativos se lleva-

ron a Rosita en una canoa. Distingo reflejo de antorchas. Quizás hava una aldea lacustre.

-¿Una villa construida sobre el agua? -exclamó Lani, asombrada.

—Sí, Lunes. Esas construcciones se sostienen sobre pilares. No creo que la aldea se levante en la ribera opuesta del lago. Se ve más cerca.

Bajo la débil claridad de las estrellas, Lani descubrió una canoa.

—¡A bordo, lobos de mar! —chilló Polly.

-Silencio, Polly -ordenó Julia.

El papagayo hundió la cabeza bajo su ala y después, en silencioso vuelo, se posó en la barca. El leopardo Katzy, olvidando la desconfianza que le inspiraba el agua, saltó a bordo con suave agilidad. Lani y Julia empuñaron los remos. Instantes más tarde, la canoa se deslizaba sin rumor. Ya cerca del villorrio, las jóvenes cesaron de remar. La corriente las llevó hasta las primeras pilastras. Continuaron bogando, para situarse debajo de la vivienda mayor. No tardaron en oir voces.

-Hablan de Rosita - murmuró Lani, que comprendía el lengua-

je isleño.

—La pequeña princesa tiene sin duda amigos blancos, que intentarán rescatarla —decía un guardia—. Klio nos ha ordenado custodiarla bien. Si'Ta jamás debe abandonarnos. Si se marcha, la cólera de los dioses caerá sobre el pueblo de la Reina Blanca. Así está escrito —asintió Ugani—. Tenemos que defenderla con nuestras vidas si es necesario. Mi lanza silbará en el aire para clavarse en el corazón de quien intente arrebatarnos a Si'Ta.

\_Llaman Si'Ta a nuestra Rosita —dijo Lani en un susurrò ... Y

están decididos a retenerla.

Julia comprendía algunas frases del dialecto, que tenía semejanza con el que ellas hablaban a veces en la isla del Paraíso.

Mientras tanto, Rosita Crusoe, sentada en un trono, miraba con tristeza a las doncellas nativas que le ofrecían frutas y guirnaldas de flores.



Intentaban alegrarla, porque Klio, el hombre sabio de la tribu, había dicho:

-Si la princesita Ilora, Ma-Zara nos castigará.

Rosita secó sus lágrimas y repetía:

-Gracias, no quiero flores, ni frutas, ni música. Deseo reunirme

con Julia y Lani. Quiero jugar con Katzy y Polly.

Hablaba en el idioma que le había enseñado Julia y que pertenecía a la raza blanca. De pronto exclamó, en el lenguaje nativo de Lani:

-¡Rosita quiere irse!

El terror se reflejó en el moreno semblante de las doncellas. Gimiendo, im-

ploraron:

—¡Oh Si'Ta, no nos abandones! Del mar y de la tierra surgirán los dioses de la furia, para destruir a nuestro pueblo.

Imaginaron la isla sacudida por los temblores, mientras el tifón avanzaba rugiendo para arrasar todo a su paso.

-¡No nos abandones, oh Si'Ta!

Rosita Crusoe, atemorizada por esos lamentos, se replegó sobre su trono.

"Katzy -pensó desesperada-, ¿por qué no vienes?"

Aquel pensamiento pareció cruzar las empalizadas del rústico palacio y conmovió a Katzy, que permanecía inmóvil en la canoa. El felino se irguió, tenso como un arco.

-Katzy -susurró Julia-. No te muevas, gatito.

Pero el leopardo no oyó esa voz que procuraba calmarlo. Con un

rugido atronador, saltó sobre la escala.

-Katzy - repitió Julia Blair - ¡Oh!, traicionarás nuestra presencia aquí. Tendríamos que haber entrado con sigilo, sin que nadie nos sorprendiera. Ahora alertarás a todos los guardadores de Rosita y . . .

El papagayo Polly sacudía su cabeza con desaprobación. Ni él, que era parlanchín de nacimiento, hacía tanto bullicio como aquel imprudente leopardo que rugía como si el mundo estuviera a pun-

to de hundirse.



Katzy había llegado ya al piso superior y pasó como un rayo entre los dos guardias que custo-diaban la sala del trono. En la isla no había otros leopardos, pues se recordará que Katzy provenía de lejanas tierras. Había llegado con sus amas en el barco del capitán Jed. Por lo tanto,





los nativos no conocían a la fiera de piel manchada, de cuyas fauces brotaban rugidos aterradores.

—¡Si'Ta está en peligro! —exclamaron mientras las lanzas temblaban en sus manos.

Desfallecían de terror. Sin embargo, avanzaron hacia la puerta dispuestos a enfrentarse con la muerte para salvar a la princesita. Con ojos extraviados, vieron que Si'Ta abandonaba su trono para correr al encuentro de la fiera. Las doncellas, que habían retrocedido aterrorizadas, advirtieron que Si'Ta reía con júbilo, mientras las últimas lágrimas temblaban aún sobre su blanco rostro.

—¡Katzy! —la oyeron exclamar. Y la futura reina de la isla se abrazó a la bestia, mientras decía—: ¡Oh Katzy, oíste mi llamado! ¿Vienen contigo Julia y Lani, y Polly? Es extraño que no haya oído chillar a Polly. En cambio, tú casi has derrumbado el palacio con tus rugidos. ¡Oh mi Katzy, estaba tan triste antes de que tú aparecieras! Ahora tal vez me dejen ir.

Miró indecisa a los guardias, que permanecían petrificados de asombro.

—Parece que no te atacarán con sus lanzas —dijo Rosita feliz—. Pero debemos estar alertos. Hay un negrito malo, que hirió al viejito bueno.

Se refería al orangután, que cayó defendiéndola.

Katzy emitía ahora suaves sonidos, como un gran gato que ha encontrado por fin a su ama.

# OUTED ALETON





1. Tim y Tam ensayaban sus clases de piano cuando vieron a Macario en una sospechosa actitud. "—Vigilemos al cabezón —se dijeron los mellizos—. Y si prepara alguna broma, él sufrirá las consecuencias. Mira, está llamando a Jumbo."





2. La idea de Macario era hacer escuchar al elefante la música de los mellizos, al mismo tiempo que soltaba un ratón de cuerda. Como Jumbo odiaba a los roedores, lanzó agua sobre el ratón, para apagar sus supuestos chillidos.

# DEL TO TOME





3. "—Nosotros aprovecharemos la idea", decidieron Tim y Tam. Enlazaron al mismo tiempo a Macario y a Jumbo, diciendo: "—¿Quieren venir a un concierto al aire libre, y con agua libre para el rucio Macario?" En vano el cabezón pedia auxilio.





4. Tim y Tam ataron a su querido primo a un árbol y en seguida hicieron funcionar el tocadiscos. Al oir lo que él suponía eran chillidos de ratón, Jumbo empezó a lanzar agua sobre Macario. "—No hay como la música para ser feliz", decían Tim y Tam.



# LOS PIRATAS DEL CARIBE





1. Los corsarios de la Tortuga vistieron las ropas de sus prisioneros, quedando convertidos en caballeros del rey. Entre estruendosas carcajadas, ensayaron cortesanas reverencias y ademanes lánguidos. En seguida iniciaron la marcha hacia Gonaives, lugar al que llegarían con las primeras sombras de la noche.





2. A dos millas de la ciudad, el Cormorán y Jacobus se adelantaron para cabalgar a vanguardia. Eran los dos jinetes más elegantes. El bucanero vestía las galas del señor de Saint Prix. El barbero no lucía mal con los vestidos de Montero. A retaguardia iban los falsos caballeros y los no menos falsos guardias.



3. Los esclavos de Taré avanzaban, con las manos aparentemente atadas a la espalda. Entre ellos, veíanse los prisioneros que se removían disgustados bajo los andrajos de los corsarios. El Tuerto reía: "-La única gala pirata que les falta es una soga al cuello... y tal vez en Govaine la encuentren".





4. El extraño desfile llegó a la ciudad. Los centinelas cruzaron sus armas, impidiéndoles el paso. Jacobus, imitando la pomposa voz de Montero, gritó: "-¡Eh, belitres, no nos detengáis! Llevamos gran prisa para mostrar al gobernador una interesante colección de rufianes". Los guardias se apresuraron a abrir las puertas.



# LOS PIRATAS OEL CARIBE





5. Una escena idéntica se repitió ante la fortaleza. El oficial de guardia avanzó con una antorcha en alto, para saludar a Saint Prix y Montero. Una exclamación de asombro surgió de sus labios al reconocer al Cormorán. Pero no alcanzó a dar la voz de alarma. Un corsario le aplicó rápidamente una mordaza.



6. En un instante, los filibusteros y los esclavos dominaron a los soldados de la guardia. El ataque fue tan veloz y silencioso, que nadie en el palacio lo advirtió. Minutos después, el marqués de Pointis divisaba desde su balcón una silueta gallarda que lo saludaba con refinada elegancia.





7. "-¡Ah, señor de Saint Prix! -exclamó complacido-. Presiento que traéis buenas noticias. Subid." La galana figura, cuyo semblante se veía cubierto por el amplio sombrero, contestó: "-De inmediato, monseñor". Y el verdadero Saint Prix subió la escalera..., obligado por Taré, Jacobus y el Cormorán.





Pointis aguardaba con impaciencia. Su mirada se desorbitó de asombro al descubrir el lastimoso aspecto de Saint Prix y de Monero. "-¡Caballeros! -exclamó-, ¿qué locura es ésta? Os presentáis como miserables vagabundos." Una voz alegre replicó: -¿Deseáis ver a alguien más elegante? Miradme, entonces".

(CONTINUARA)



Una carreta tirada por ocho bueyes surcaba la vasta pradera de la región africana. Viajaban en ella un viejo carretero y un niño de catorce años.

-¿Falta mucho para llegar a Piedra

Negra, Adriano? - preguntaba Ciro Manders.

—Tenemos que pasar primero por la granja de don Enrique Ellis —dijo el carretero—, y después, torciendo un recodo de la mon-

taña, llegaremos al atardecer a Piedra Negra.

Ciro suspiró fatigado. Hacía tres días que viajaba en ese lento e incómodo vehículo desde la lejana estación de Mafek. Ciro pensó que Juan Harvey le esperaría en la estación ferroviaria; pero hallándose solo y en país extraño, decidió contratar esa carreta e internarse en la apartada región donde su padre le destinaba.

Juan Harvey y el padre de Ciro fueron muy amigos, y durante varios años explotaron unas minas en Africa. Antes de morir, Man-

ders dijo a Ciro:

—Cuando yo abandone este mundo dirígete al Africa y entrega a Juan Harvey este paquete sellado. Ya sabe él de qué se trata y te recibirá como hijo adoptivo.

Ciro cumplió las órdenes de su padre y le vemos camino de Piedra

Negra.

De pronto el carretero dio un grito de espanto y alzó ambas manos sobre su cabeza con aterrado gesto.

Un jinete había surgido como por arte de magia entre las breñas

de la pradera.

—Tú también, arriba las manos, muchacho —gritó el embozado. Ciro no se hizo repetir la orden, pues era la primera vez que se le amenazaba con una pistola. Bajen de la carreta y vacien sus bolsillos —ordenó el asaltante. Ciró sacó de sus bolsillos una cartera con diez libras esterlinas, un pañuelo, cortaplumas y otros objetos menudos.

\_¿Nada más llevas sobre ti? —preguntó el embozado jinete.

-No.

El hombre embozado se aproximó, y al ver allí un baúl, ordenó al carretero que lo abriera.



-; Si está con llave, rompe la cerradura, imbécil! - urgió el asaltante-. Arroja todo al suelo, cosa por cosa.

Ciro vio cómo caían al suelo sus camisas, sus trajes, sus libros.

-¿Hasta cuándo me registran? - protestó Ciro Manders rojo de ira.

En ese momento Adriano sacudió un pañuelo y de sus pliegues cavó un paquetito sellado. Era el legado de su difunto padre.

-Eso es... Entrégamelo -ordenó el asaltante al carretero.

-¡No se lo entregarás! -gritó furioso Ciro, cogiendo el látigo del carretero y azotando con él las patas del caballo. El animal dio un salto hacia atrás y la pistola cayó de las manos del embozado. En seguida el brioso corcel se lanzó a toda carrera por el campo y Ciro Manders recuperó el paquete sellado.

El carretero Adriano recogió la pistola, y, pasándosela a Ciro, mur-

muró:

-Creo que ese bandido ya no se atreverá a atacarnos. Bravo, mu-

chacho. Guarda esa pistola.

Atardecía ya cuando la carreta entró en los corrales de Piedra Negra. Al ladrido de los perros acudió una jovencita más o menos de la misma edad que Ciro Manders.

Era una linda rubia vestida como una campesina.

-Soy Ciro Manders -dijo el muchacho-. ¿Podría ver al señor Harvey?

-Papá no está aquí -respondió la niña con honda inquietud-. Yo soy Tilda Harvey. ¿Quiere venir a casa? ¿Trae su equipaje?

Llamaré a Inchi para que lo lleve. Inchi, Inchi...

A su llamado acudió un gigantesco negro de más de dos metros de altura. Por toda indumentaria el zulú vestía una piel de leopardo que le dejaba desnudo el busto y las piernas.

-Este es Ciro -dijo Tilda al zulú-. Lleva a la casa el baúl.

Inchi sonrió a su adorada amita y dijo a Ciro:

-Inchi muy feliz con su llegada a Piedra Negra.

Tilda caminaba junto a Ciro diciéndole:

-Sentí tanto no poder enviar una persona a buscarle... Papá salió hace quince días y no ha regresado.

-¿Y usted permanecía sola aquí? -preguntó atónito Ciro. -Tenía a mi lado a Inchi -explicó Tilda-; también a tres muchachos hotentotes y a Pedro, el asistente de papá. Pero al día siguiente de la partida de papá, Pedro desapareció v después se fueron los tres criados hotentotes. Por eso no pudimos abandonar la granja...

Tilda se interrumpió para dar curso a las lágrimas que reventaban

en sus ojos.



Ciro Manders divisó a Inchi montando guardia en la galeria.

—Si mi padre no vuelve es porque le ha ocurrido una desgracia —sollozaba la niña—. Entremos a la cocina, Ciro. Voy a preparar la comida.

Después de cenar, y cuando quedaron solos, Ciro dijo a Tilda:

-Preveo un misterio, Tilda. Cuéntamelo todo.

-Subamos a la terraza, a fin de que nadie nos escuche -dijo Til-

da-. Creo que el viaje de papá coincide con la revelación que le hizo un nativo, a quien le salvamos la vida. Venía de muy lejos y era de una raza desconocida. Las heridas que le había inferido un león se gangrenaron. Ese infeliz, antes de morir, reveló algo muy importante a papá, y, además, le entregó una piedra que voy a mostrarte.

Tilda abrió una bolsita que llevaba oculta en el bolsillo y se la mostró a Ciro

-Es un brillante magnífico -dijo el muchacho.

-Se lo dio el nativo -explicó Tilda-, y yo creo que papá partió en busca de otros. Si ha partido en busca de la mina puede correr graves peligros. Me preocupa también la desaparición de Pedro y de los tres hotentotes que cuidaban la granja. Ciro, yo estoy inquieta y desesperada.

-No te atormentes, Tilda -aconsejó Ciro-. Ahora yo estoy aquí y te ayudaré. Además, Inchi es un guardián temible. Calma...

Vamos a visitar la propiedad.

Iban a salir al patio cuando apareció un individuo corpulento, de ojos penetrantes y moreno rostro. Ciro sintió instintiva repulsión por aquel forastero. Al mirar a Tilda comprendió que la llegada de aquel hombre tampoco era grata para la jovencita.

-Es Enrique Ellis, el dueño de la granja vecina -balbuceó Tilda. -Mi querida señorita Harvey -dijo el visitante-. Yo quería

conversar con su señor padre.

-No está aquí -dijo Tilda.

- Y este jovencito? - preguntó Ellis-. No había tenido el placer de encontrarle

-Es Ciro Manders -dijo Tilda, presentando al viajero-. Su padre era muy amigo del mío.

-Yo también conocí a su padre -respondió Ellis, apretando la mano del muchacho-.. Gusto de conocerle, joven.

Los negros ojos de Ellis se fijaron en los de Ciro y éste tuvo la impresión de haber visto esos ojos en otra ocasión. Por fin su mente se despejó y Ciro se dijo interiormente:

-Ya sé quién es. Es el miserable embozado que me atacó esta mañana en la pradera. ¿Vendrá otra vez en busca del paquetito sellado?

-Están ustedes muy solos -dijo Ellis.

-No estamos solos -replicó Tilda-. Nos acompaña Inchi. Aquí viene.



TILDA

Inchi avanzó imponente. Para que aún resaltara más su estatura gigante, el zulú tenía un aderezo de plumas en su cabeza y llevaba en su mano derecha un hacha enorme que jamás le abandonaba.

—Magnífica compañía —dijo Enrique Ellis, disimulando su disgusto—. Es muy sensible, señorita Tilda, que su padre no haya regresado, porque necesito tratar con él asuntos económicos. Aguardaré hasta mañana. Buenas noches.

Cuando se alejó el granjero Ellis, Inchi dijo a Tilda:

-Ese hombre es un chacal... Yo puedo leer en los corazones. ¿Por qué vino aquí ese chacal?

—Lo ignoro —dijo Tilda—. Inchi, sube la cortina y obsérvalo desde lejos. Ciro —preguntó la inquieta niña—, ¿crees que Ellis alcanzó a ver el diamante que te estaba mostrando cuando llegó? Ha venido a espiarnos. El sabía que papá no está aquí. Ciro, estoy tan contenta con tu compañía.

—Y yo también lo estoy —dijo Ciro—. Nada temas. Inchi sabrá defenderte; mientras tanto, oculta ese diamante en sitio seguro.

Después de visitar toda la granja, Ciro se recogió a la habitación que le habían destinado. Pero los trágicos sucesos del día le tuvieron desvelado. Además, preveía un misterio en la desaparición de Harvey y de sus obreros. También pensaba en Enrique Ellis, el nefasto individuo que parecía un ave de presa.

Antes de acostarse ocultó el paquetito sellado, que le confió su padre al morir, en uno de los pilares huecos de su catre de bronce. Tilda, por su parte, había entregado el grueso diamante a su fiel Inchi.

El gigantesco zulú montaba guardia en la galería del chalet con su escudo en una mano y la gran hacha que él llamaba "Relámpago" en la otra.

—No puedo dormir —suspiró Ciro, asomándose a la ventana—; me parece que algo terrible va a suceder.

Inchi miraba hacia la lejanía. De pronto, dando un rugido, saltó por la baranda de la galería y corrió hacia el patio.

(CONTINUARA)



## Ponchilo











#### Por nato









## CL SECRETO DE LA ISLA

#### CAPITULO II.— El espía.

El inválido Francisco Maine observaba con desconfianza al capitán Rigal. éste repitió:

—No vacile más. Explíqueme el misterio de es-

ta isla.

Es una larga historia
empezó Maine con
voz cansada—. Después
de un temblor submarino, los bajos fondos
emergieron del océano,
al noroeste de la isla.
Años más tarde se descubrió por azar un importante banco de ostras

perliferas. Se formó una sociedad para explotar esa riqueza y fui nombrado administrador. Una nueva sacudida sísmica agitó a la isla y la milagrosa pesca de perlas terminó. A nadie le interesaba

continuar aquí. Todos se marcharon, excepto yo. No me decidía a abandonar la instalación en la cual había invertido todos mis ahorros. Esperaba que, a falta de perlas, alguien se interesara en explotar la copra. Pero la isla continuó desierta. Había sufrido muchas traiciones y felonías. Opté por vivir solo, con mi pequeña hija. Lunga se quedó con nosotros.

-La fiel Lunga -dijo Rigal burlonamente-,



cuida a su perla más preciada. Y las otras, Rigal, ¿dónde están escondidas? Porque seguramente, en la época de abundancia, reunió usted una buena cantidad. ¿En qué punto de la isla oculta ese tesoro?

Está en un error, capitán Rigal. No he reunido una fortuna. He vivido aquí solo, reconcentrado en mí mismo. . . .

—Cerrado como una ostra —completó el aventurero, con una seca ri-

Deseo prevenirlos contra Rigal y sus hombres.

sa—. Bueno, señor Maine, si quiere ser testarudo, vo también lo soy y tal vez me quede aquí, a buscar algún rastro interesante... Súbitamente propuso:

-Le ofrezco mi barco, si quiere dirigirse a un lugar civilizado.

-Soy un ser solitario -insistió Maine.

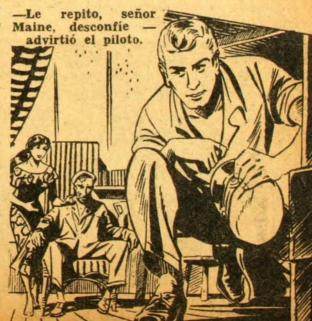
—Ni mi padre ni yo deseamos irnos —agregó Lisa.

El piloto Alberto Brice había permanecido en silencio. Con un disimulado gesto, dejó caer su gorra debajo de la mesa.

Tenemos que aprovisionarnos de agua —indicó fríamente.

—Ah, sí —asintió Rigal—. Esta noche, por supuesto, dormiremos en el barco.

Se encaminaban hacia la costa, cuando Rigal advirtió:



-¿Y tu gorra, Brice?

Golpeándose la frente, el joven exclamó:

-¡Oué distraído sov! La dejé en la casa de Maine. Iré a buscarla Continúen caminando. No tardaré.

Cuando Lisa vio aparecer la alta figura en el umbral, enrojeció Brice dijo:

-Perdone, dejé olvidada mi gorra.

Cerrando la puerta, añadió:

-En verdad, la dejé voluntariamente, a fin de tener un motivo para volver. Deseo prevenirlos contra Rigal y sus hombres. Son aventureros sin conciencia ni lev. Les aconsejo estar en guardia, hasta que el "Estrella Errante" leve anclas.

-¿Qué clase de barco es? ¿De dónde viene? -interrogó Maine.

-No puedo contestarle sin traicionar a esos hombres que, si no son mis amigos, son los compañeros que el destino me dio. Pero le repito, señor Maine, desconfíe,

Lisa temblaba. Una pregunta la torturaba. El piloto pertenecía a aquella tripulación. ¿Era él también un proscrito, un desalmado?

Colocando la gorra de marino sobre su rubia cabeza, Brice se alejó. -Ese joven ha dicho la verdad -reflexionó Maine-. Tenemos que preparar nuestra defensa.

Brice se reunió con los marineros, dirigiendo el trasbordo de los barriles con agua. Desde la cubierta, Rigal observaba pensativamente la costa. Después conferenció con sus hombres:

-Este Maine y su hija pretenden engañarnos. Ese cuento de la copra es infantil. Nadie vendría a este islote por una cosecha tan miserable. Si ellos insisten en vivir en este destierro, debe haber una razón muy poderosa, que yo quie- \_\_Maine y su hija pretenden

ro descubrir.

Por los ojos de los tripulantes Rigal. cruzó una turbia expresión de codicia. ¡Perlas! Ellos sospechaban también que el viejo guardaba un tesoro.

Marco Survil propuso:

-Iré a tierra, capitán, y espiaré al viejo.

Rigal aprobó con un gesto.

-¿Qué piensas tú, Brice? -Nada. Mi tarea es gobernar el timón.

engañarnos -gruño el capitan



La cortante respuesta no sorprendió a Rigal. Estaba habituado al carácter a veces hosco, a veces irónico del mari-

Mientras tanto, en tierra, los ocupantes de la única vivienda habitada hacían misteriosos preparativos. Lisa murmuró:

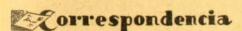
—Padre, creo que es una imprudencia...

—Hijita, si tardamos en decidirnos, después será demasiado tarde. Al ver que Lunga descolgaba una linterna, protestó:

—No, Lunga. Una luz nos traicionaría. Sin duda nos espían desde el barco. Tenemos que avanzar en la sombra y espero que no hallemos tropiezos.

Lisa terminó de ajustarse en silencio unas botas de agua. La nativa colocó sobre sus hombros una pala y una picota. Maine avanzó con dificultad, sosteniéndose de las paredes. Una firme decisión brillaba en sus pupilas.

(CONTINUARA)



ALBERTINA CORREA.—Esperamos que le haya llegado su premio. Continúe colaborando en los concursos. MARIA GOMEZ, de Rancagua.— Nos complace saber que nuestras novelas son tan apreciadas por los lectores de esa ciudad histórica. Siempre tratamos de alegrar el espiritu de los niños de Chile.

JORGE HUGO SANS, de Talcahuang.—Usted define muy bien a nuestra pequeña gran revista "Simbad", atribuyéndole cualidades instructivas e interesantes para el niño. Agradecemos sus deseos de prosperidad para el querido "Simbad". MARIA INES VARAS, de Nacimiento.—¿No será mucha ponderación asegurar que no hay mejor semanario que esta diminuta revista? Por cierto que algún día conseguiremos agrandarla, para satisfacer a todos nuestros lectores. Gracias.

DESIDERIO SANHUEZA, de Carahuc.—Es usted un nuevo lector de
"Simbad", pero desde que lo tuvo
por primera vez en sus manos se
apasionó por él. En efecto, "Bobbie"
es la valiente hija de Joven Búfalo.
GENOVEVA OSORIO, de Graneros.—Nos felicita calurosamente y
envía sus elogios a Nato y Elena
Poirier por sus dibujos. Creo que sus
buenos deseos han de realizarse algún día.

ROXANE.



### ¿Cuál es la respuesta?



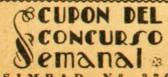
Contesta a esta pregunta: ¿QUE INVENTO FUE EL QUE LE DIO FAMA A SAMUEL MORSE? ¿El de un alfabeto telegráfico,

el de una pila eléctrica o el de un

destapador de botellas?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta con el cupón respectivo a revista "SIMBAD", casilla 84-D, Santiago. SOLUCION A "SIMBAD" N.º 68: EL DESIERTO MAS EX-TENSO DEL MUNDO ES EL DE SAHARA.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favoreci-dos los siguientes: CON CINCUEN-TA PESOS: María Angélica Rojas, Santiago; Carlos Escobar, Melipilla; Alejandro Medina. Los Andes: Juana Rios, Los Angeles; Graciela Martinez, Talcahuano; Sergio Arancibia, Talagante; María Torres, Te-muco; Mario Cortés, Santiago; Fernando Véliz, Santiago; Arnoldo Vallejos, Santiago, SUSCRIPCION TRIMESTRAL a "SIMBAD": Jorge Villaltra, Santiago; Carlos Riffo, Lo Espejo; Inés Pérez, Rancagua; Clara Pinto, Santiago; Pedro Ramírez, Santiago; Pablo Gómez, San Fernando. UN LIBRO: Ramón Araya, San Felipe; Graciela Solis, Osorno; Hernán Varas, La Unión; Adolfo Cavides, Quillota; Carlos Bravo, Concepción; Manuel Lira, Santiago; Luisa Martínez, Santiago; Fernando Moya, Rancagua; Marina Lara, La Legua: Carmen Arancibia. Stgo.



## SORTER NAVIDAD

**★ \$ 500.000.-** ★

EN VALIOSOS REGALOS REPAR-TIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NU-MEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS. LAPICE-RAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMEN-TOS. LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.



Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magnificos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 2 — SERIE N.º 5 SORTEO DE NAVIDAD CUPON N.º 2 — SERIE N.º 5 3 de octubre de 1956.

### Betty en el eolegio





3. Las alumnas del internado de Santa Teresa la contemplaban con admiración, mientras la señorita Gerard seguía con la nariz metida en su libro.



4. La inspectora no advirtió la aventura de sus alumnas, ni la desaparición de su sombrero. Betty avanzaba por la rama, equilibrándose. "—Debiera ser la estrella de un circo", decía, y se afirmó en la rama del sombrero. Un crujido la obligó a retroceder asustada. ¡La rama se quebraba!

(CONTINUARA)

### PFLUSITA

#### POR NATO















## Betty en el colegio!

CAPITULO XVII.— LAS AVENTURAS DE UN SOMBRERO





1. Betty se había apoderado del sombrero de la señorita Gerard para jugar con sus amigas. Por desgracia, el sombrero voló hacía un árbol. Cuando Betty intentó recuperarlo, la rama que lo sostenía se quebró. "—Ha caído al río —exclamaron las niñas, desoladas—. Está flotando. Quizás logremos pescarlo..."





2. Sofía se lanzó al rescate del sombrero flotante. Avanzó por un tronco de árbol, éste giró y la salvadora perdió el equilibrio. —¡Cuidado, Sofía", gritaron sus compañeras, demasiado tarde. —¡Cuidado, Sofía!", coreó Betty, desde su alta rama, sin poder

evitar el naufragio de Sofía.

(Continúa en la penúltima página.)



CAPITULO XII.-Dracke lucha con un bandido.

Mientras el sargento Brand rodaba montaña abajo, Daniel Dracke y Bobbie decidieron salir de la cabaña por el lado del río y dirigirse a las montañas en la canoa que el trapero había dejado en una pequeña ensenada.

—Nos iremos a las montañas donde yo trabajo —decía el trapero—, y, cuando hayamos recogido bastante oro, nos marcharemos a otra comarca... Pero, ¿qué veo? Allá va mi canoa surcando el río... Un individuo la conduce. ¿Ves lo cargada que va?

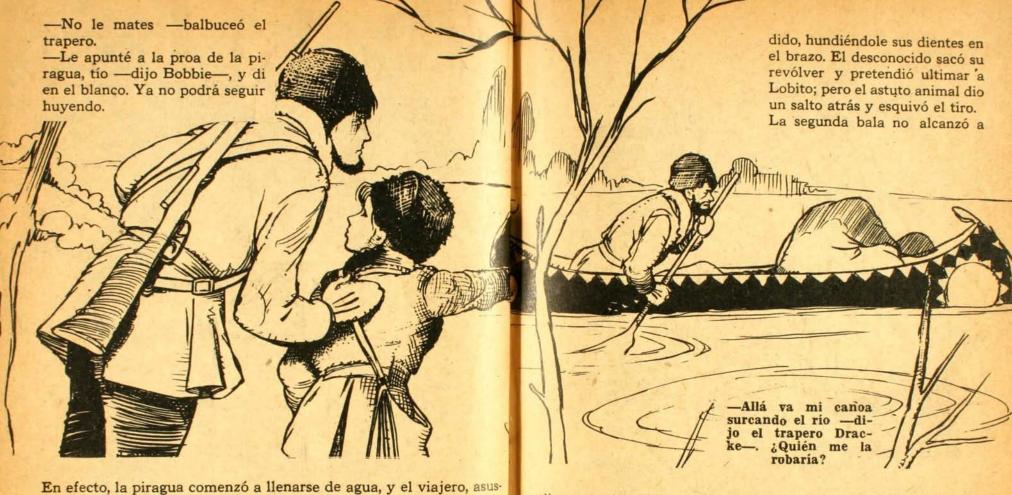
Daniel y Bobbie corrieron por la orilla del río siguiendo al desconocido, que remaba apresuradamente.

M. 1. 1. 1. ...

-No le alcanzaremos -murmuró desesperado Dracke-. Pero, ¿qué haces, hijita?

Bobbie había doblado una rodilla y colocaba su carabina en actitud de disparar.

Año VIII - 10-X-1956 - N.º 371
Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).
Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.
Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.
Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros
países: US\$ 5,20.



En efecto, la piragua comenzó a llenarse de agua, y el viajero, asustado sin saber de dónde había salido el tiro, trató de remar hasta la orilla.

Advirtiendo que le sería imposible continuar en la canoa, el desconocido cargó a su espalda el gran saco que llevaba junto a él y luchó por subir hasta la ribera. Daniel Dracke acudió al punto a darle la mano para trepar el barranco. El ladrón de la canoa aceptó su ayuda; pero al colocar sus dos pies en tierra firme, dio al trapero un golpe tan rudo en el mentón que lo arrojó al suelo sin conocimiento.

—Miserable —gritó Bobbie—. Lobito, cógelo... Cómetelo vivo. Lobito no esperó que le repitieran la orden, y saltó sobre el ban-

salir, porque Bobbie cogió una piedra y la arrojó al brazo derecho del bandido.

Mientras tanto, Dracke recobraba los sentidos y se trababa en una lucha cuerpo a cuerpo con el desconocido. En lo mejor del feroz pugilato se escuchó una voz varonil:

-Arriba las manos.

Era el sargento Brand, que venía tras el fugitivo.

-Esta vez no se me escapará -dijo el sargento a Dracke.

—Bien, sargento —replicó Daniel—; pero antes pregúntele a ese individuo por qué huía en mi canoa.

—Yo lo sé —exclamó Bobbie—; mire usted ese saco, sargento. Aquí están las pieles de oso que le robaron a Hackey... Este es el



-Lobito -gritó Bobbie-, ataca a ese miserable ladrón.

asesino. ¿Ve usted su nombre en el saco? ¿No le decía yo que mi tío era inocente? Por eso atacó a mi tío al subir al barranco...

El sargento miró fijamente al desconocido. —Dick Barker —dijo

—Dick Barker —dijo Brand—, te reconozco y tengo una orden de prisión contra ti por haber robado a un minero.

—No lo niego —dijo el bandido—, pero estas pieles son mías.

Tan tuyas como el dinero que le robaste al minero —replicó Brand.
Y en seguida, volviéndose a Bobbie, el sargento agregó—: Niño, has

sido el héroe de esta jornada, y tienes tu recompensa. Tu tío queda libre, y este par de grillos que le destinaba, atarán los puños de Barker... Date el gusto de colocárselos tú mismo, mientras yo le pongo a raya con mi revólver.

—¿Y yo quedo libre de toda sospecha? —preguntó Daniel Dracke, —Por cierto que sí —replicó el sargento—; y déjeme estrecharle la mano, amigo, y agradecerle la vida. Desde ahora me tiene usted a su servicio.

"Para que vea que confío enteramente en usted, Dracke, voy a dejarle ese saco de pieles mientras conduzco a este individuo al cuartel. Hasta muy pronto, Dracke. Salud, muchacho. Merecerías formar en mi regimiento. Eres valiente y astuto como un zorro. Espero volver a verte pronto.

—Y yo también, sargento Brand —replicó Bobbie, sonriendo. La hija de Joven Búfalo nunca pensó que muy pronto solicitaría la ayuda del sargento en un doloroso asunto.

Daniel Dracke y Bobbie atravesaron el bosque comentando alegremente los últimos sucesos. Te prepararé un buen banquete, tiíto —decía gentil la hija de Joven Búfalo—. Yo estoy muerta de hambre. ¡Qué felicidad llegar de nuevo al hogar! Todo me parece un sueño.

De pronto Lobito lanzó un gruñido y corrió hasta la puerta de la

cabaña.

\_Algo inquietó a Lobito —dijo el trapero.

Parece que hay alguien en nuestra casa - murmuró Bobbie.

Daniel Dracke se adelantó, presuroso.

La puerta estaba abierta; pero al principio, en la penumbra del atardecer, no divisó a nadie.

El trapero pensó inmediatamente en su tesoro escondido y corrió a su dormitorio.





## BUFALO BIL



1. Comandados por Caballo Loco, los guerreros sioux pretendían dominar las praderas entre el Misurí y las Montañas Rocosas. Sólo había una fuerza que los contenía: el general Custer y su famoso Séptimo Regimiento de Caballería. Los rumores de que se preparaba una guerra, indujeron a Búfalo Bill a explorar la región.





2. Acompañado de un soldado piel roja, Búfalo Bill surcaba el Misuri. "-Es preciso descubrir los planes de Caballo Loco -murmuró-. Arco Tendido, acamparemos en esta ribera. Mañana seguiremos viaje." De súbito, entre los cañaverales, surgieron varias canoas. Sus ocupantes aullaban: "-¡Muerte a los "cuchillos largos"!



3. Una de las embarcaciones indias embistió a la de los exploradores, lanzando a éstos al agua. Arco Tendido recibió un rudo golpe de tomahawk en su cabeza, mientras Búfalo Bill se sumergía. "-Arco Tendido está inconsciente -caviló mientras nadaba en las profundidades-, tengo que auxiliarlo."

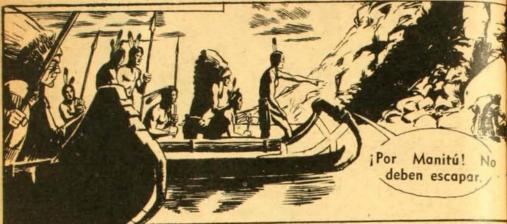


4. El soldado cavó verticalmente, como una piedra, pero antes que tocara fondo la poderosa mano de Búfalo Bill lo sostuvo. En seguida el explorador nadó entre dos aguas, llevando sobre sus hombros la inerte figura. Su idea era nadar a la mayor distancia posible, subiendo en seguida al banco rocoso.



## BUFALO BILL





5. En la proa de la canoa más grande, se erguía la arrogante figura de Caballo Loco. Su aguda mirada fue la primera en descubrir las siluetas que emergían del río. "-¡Pa-E-Has-Ka y su compañero! -dijo sombriamente-. A ellos, mis bravos. Que no escapen." Sus hombres remaron entonces hacia tierra.





6. Búfalo Bill escalaba la roca. "-En la obscuridad de la noche, será imposible descubrir a Pa-E-Has-Ka", decían los indios, desalentados. Caballo Loco examinaba con fijeza el bloque de piedra. Cuando habló, su voz era fría y calculadora: "-Pa-E-Has-Ka lleva a su compañero herido... No podrá ir muy lejos."



7. Ordenó rodear la colina y mantener una vigilancia muy estrecha. "-A la luz del día será fácil hallar a nuestro enemigo", terminó el sioux, con acento implacable. A medianoche, Ojo de Buho vio una sombra que se acercaba silenciosamente. "-Hermano, ¿a dónde vas?", susurró con un vago temor.





8. La sombra se deslizó hacia él, y luego un puño de hierro lo sumio en profundo sueño. El misterioso merodeador era Búfalo Bill, que, para engañar al centinela, colocó en su cabeza la pluma de Arco Tendido. En seguida, con gran cautela, arrastró el cuerpo del explorador, alejándose de la peligrosa colina.

(CONTINUARA)



## ROSITA CAPITULO XXXIV —El mensajero alado CRUSOE El leopardo Katzi había penetrado rugiendo en el rústico palacio. Su presen-

rústico palacio. Su presen-

cia sembró el terror entre los guardias y las doncellas nativas. El sabio Klio fue llamado apresuradamente, y asistió entonces a una escena increíble: Rosita Crusoe, a quien ellos llamaban la princesa Si'Ta, abrazaba con ternura a la fiera.

Con voz pausada, Klio declaró:

-Esta es una prueba más de que la princesita es una enviada del dios Ma-Zara. Domina a las fieras y es obedecida por ellas.

-¡Honor a Si'Ta! -exclamaron todos inclinándose.

El anciano, ante el asombro de los guardias que admiraban su valor, se acercó a Rosita y al felino. Este ya no rugía, pero de todas maneras era temible.

-Viejito Klio -dijo la niña-. Katzi ha venido a buscarme. Iré con él, para reunirme con Julia y Lani.

Klio, desorientado, murmuró:

-Si'Ta habla palabras extrañas. No puede irse del palacio. Nunca podrá irse.

La llegada de Katzi proporcionaba a Rosita una felicidad tan intensa, que la declaración de Klio no la preocupó. Sonriendo, señaló:

-Mañana pensaré en esto. viejito Klio. Ahora quiero dormir.

Tranquilizada por la cercanía del fiel Katzi, se sumió en profundo sueño. Las doncellas vigilaban. Los lanceros isleños montaban guardia en la puerta.

Mientras tanto, Julia Blair y Lani habían remado hasta la orilla opuesta del lago y se ocultaron en un macizo de arbustos. Cuando Katzi se apartó de ellas para reunirse con Rosita, overon las agitadas exclamaciones, la huida de los guardias y las palabras de Klio. Sabían que sería muy difícil rescatar a la niña.

-Viejito Klio -dijo

la niña-. Katzi ha venido a buscarme.

-Si pudiéramos enviarle un mensaje -suspiró Lani.

-Un mensaje... Tienes razón, Lunes. Hay una manera de enviarlo -contestó Julia, que había dado a la joven isleña el nombre de

-Si pudiéramos enviar un mensaje Rosita -suspiró Lani.

un día de la semana, tal como Robinson Crusoe bautizó Viernes a su fiel servidor.

Pensó en la aflicción de Rosita, aclamada como princesa..., pero prisionera.

-Escribiré el mensaje en una página de mi diario -decidió Julia-. Y Polly se lo llevará a Rosita.

—Pero...— balbució Lani-. Rosita no sabe leer.

Con una sonrisa Julia contestó:

—Comprenderá el significado de esta carta. Sabrá que estamos cer. ca e ideamos un plan para rescatarla. Y se quedará tranquila, confiando en nosotros.

Luego de observar la hoja, Laní aplaudió:

-Rosita se alegrará al recibirla. Tienes ideas maravillosas, amita Julia.

Ataron el mensaje a una de las patas de Polly, que gritó:

-: Noticias de ultramar!

-Polly ha comprendido la idea -sonrió Julia-. Y ahora, mucho



Lani, señalando la casa mayor de la aldea lacustre, susurró al papagayo:

—Vuela hacia esa ventana iluminada. Allí está Rosita... ¿Oyes, Polly? Rosita.

Polly emprendió el vuelo. Alumbraban ya los primeros fulgores del alba. Rosita despertó al oir una voz chillona.

-Carta de allende el mar.

-¡Polly! -exclamó Rosita incorporándose.

Katzi gruñó, entre complacido y envidioso. No deseaba compartir el cariño de su ama, pero la llegada del papagayo le inspiraba el presentimiento de que todos volverían a estar de nuevo reunidos. La ausencia de Julia y de Lani le causaba inquietud. Por instinto sabía que estaban rodeados de enemigos.

Las doncellas nativas miraban con recelo



Rosita era aclamada como princesa, pero estaba prisionera.

y asombro a Polly.

—Un pájaro que habla —susurraron—. Es magia. Reconoce a nuestra princesa. Entonces ella no sólo tiene poder sobre los animales salvajes, sino también sobre las aves del cielo.

Rosita descubrió el papel atado a la pata del papagayo y lo desprendió, para extenderlo. Vio, entonces, dibujados los rostros son rientes de Julia y de Lani.

Con un resplandor de felicidad en sus azules ojos, exclamó:

—¡Mis hermanas están aquí y vendrán pronto a buscarme! ¿Ves, Katzi?, me envían sus retratos y sus besos. Gracias, Polly.

El pájaro, con la cabeza ladeada, fijaba su ojo en las doncellas. Ambas, dominadas por un supersticioso temor, se alejaron, pero sin atreverse a salir de la sala real.

-¡Comida para los tiburo-

nes! ¡Ahoy!

—Polly quiere desayuno —

sonrió la niña.

Sus servidoras la saludaron con una profunda reverencia y se apresuraron a traer frutas y miel.

Dos de los guardias, al oir

una voz extraña, aparecieron en el umbral y al ver a Polly quedaron boquiabiertos de asombro.

-¡Marineros bobalicones! -chilló el papagayo.

Si Katzi les causó espanto, aquel pájaro que hablaba les aterrorizó en tal forma que las lanzas cayeron de sus manos. Un instante después huían lanzando agudos gritos.

Klio, al oir sus balbucientes explicaciones, observó:

—El dios Ma-Zara ha legado su poder a Si'Ta. Nuestro pueblo tendrá una reina invencible.

(CONTINUARA)





## TO TELTO DEL TION





1. El capitán Escotilla perseguía a Macario a fin de castigarlo por una broma de mal gusto. El rucio huyó pativolando para pedir protección a la señorita Secante. Ella detuvo al capitán, diciéndole: "-Deje tranquilo al angelito."





2. Tim y Tam sintieron también deseos de hacer bromas, y le prepararon una almohada especial al capitán. "-Le echarán la culpa al cabezón - reflexionó Tim-. Así el capitán Escotilla, barbas de escobilla, podrá darle una tunda."





3. Cuando el capitán se acostó, para soñar no cuesta nada, se clavó con las espinas de un cacto. "-¡Ay! -chilló-, ésta sí que no se la perdono al rucio cabezón." Macario, sin comprender por qué lo perseguían, huyó a todo correr.

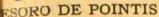




4. Escotilla alcanzó a darle unas palmadas, pero apareció la señora Tomasa, quien gritó: "-¿No te da vergüenza pegarle a un chico? Toma, por abusador." Y con su uslero dejó al capitán más aturdido y más tonto leso que nunca.



## LOS PIRATAS DEL CARIBE







1. El marqués de Pointis aguardaba en Gonaive la noticia de que los piratas del Cormorán habían sido arrasados como una mala peste. Pero el propio capitán bucanero se presentó ante él, con su sonrisa burlona y vistiendo con arrogancia un traje de raso y encajes. Abrumado. Pointis se hundió en su sillón.



2. El señor de Saint Prix y el coronel Montero, vestidos con los harapos de sus vencedores, miraban compungidos al gobernador. El Cormorán dijo: "-Excelencia, Gonaive está en nuestro poder. Mis hombres, ayudados por los esclavos de vuestras plantaciones, vencieron a los españoles. Ya no tenéis aliados, señor marqués."





3. "Es la segunda vez que traicionáis a los filibusteros de la Tortuga -continuó el corsario-. Pero olvidemos esas pequeñas intrigas. Nuestra última conversación quedó interrumpida. Hablábamos del tesoro que nos debéis... y que, según dice Jacobus, está en el sótano de este palacio. Vamos a buscarlo."



4. "-¡Maldito traidor! -rugió Pointis, fulminando con su mirada a Jacobus. Ante la puerta del sótano, murmuró—: "Las llaves... No las encuentro. Y olvidé dónde las he guardado." El Cormorán sonrió: "-A veces -dijo-, el brillo de una espada hace bien para la memoria. ¿Recordáis ahora, señor marqués?"

## LOS PIRATAS DEL CARIBE





5. "-Esperad. ¡Qué distraído soy! Aquí están", dijo Pointis, que, luego de rebuscar en sus bolsillos, exhibió un llavero. Abrió con mano temblorosa. A la incierta luz se distinguían cofres repletos de doblones y de cequies, objetos de oro, plata y marfil, joyas magnificas. Pointis miraba desolado su tesoro.





6. Un silbido de admiración se escapó de labios del Cormorán. "-¡Diantre, señor marqués! -exclamó-. Aquí hay oro para todos los hombres de la Tortuga." Minutos más tarde, los filibusteros y los esclavos depositaban esas riquezas en carretas preparadas para su transporte.





7. "-Habéis sido muy gentil, pero aún tengo que pediros otra gracia", dijo el Cormorán al gobernador. Este masculló: "-Me matarás, bellaco. Ya nada más puedes arrebatarme." El bucanero le ofreció un documento, diciendo: "-Firmad. Es un acta, declarando libres a los esclavos de vuestras plantaciones."





8. Conteniendo su profunda emoción, Taré murmuró: "-En nombre de todos mis compañeros de miseria, gracias, capitán. Ahora somos hombres libres." El Cormorán repuso: "-Y ahora, rumbo a la isla Tortuga. Creo que será un placer para el señor gobernador proporcionarnos una de sus naves y desearnos feliz viaje."

(CONCLUIRA)



fuera de la casa.

"Inchi es capaz de matar al intruso que se aventure aquí -se dijo Ciro-: sus hercúleas fuerzas y su enorme hacha..." Abríase sigilosamente la puerta a espal-

das de Ciro; éste divisó una sombra que avanzaba...

-¿Ouién es? -balbuceó el aterrorizado muchacho-. Tilda, ¿eres túi?

Una mano viril apretó la garganta de Ciro.

-Si gritas te ahogo -murmuró una voz ronca a su oído.

Un instante después, el asaltante le aplicaba una mascarilla en la cara y Ciro perdía el conocimiento.

Lo último que alcanzó a oír fue una risa sarcástica y gutural.

Horas después, Ciro Mander abría los ojos, y murmuraba:

-¿Dónde estoy? ¿Qué ha ocurrido? Me parece que estuve flotando en el vacío...

Tilda Harvey se inclinó sobre el muchacho narcotizado, y le preguntó:

- Te sientes mejor, Ciro?

-Sí -dijo Ciro-. ¿Qué ha pasado aquí?

-Es lo que deseamos saber -dijo Tilda.

RESUMEN: Ciro Mander llega a la plantación africana de Piedra Negra, donde le recibe Tilda Harvey y el zulú Inchi. Les visita el granjero Ellis, en quien reconoce Ciro al embozado que le asaltó en el camino para robarle un paquete sellado.

Ya el negro zulú estaba tras los niños, y decía:

—Yo divisé a tres chacales merodeando por el patio —explicó Inchi—, y los ahuyenté con mi hacha "Relámpago"; pero, al volver a la casa, encontré aquí todo revuelto y a usted, patroncito Ciro, tendido en el suelo como un muerto.

En efecto, toda la habitación estaba en desorden y hasta las sillas volcadas.



—Ya voy recordando —explicó Ciro—. Cuando yo miraba a Inchi por la ventana, alguien entró a mi cuarto. Antes que pudiera gritar me colocaron un trapo húmedo en la cara, y no supe más.

—Yo buscaré al bandido —dijo Inchi, saliendo otra vez al patio. Tilda comenzó a recoger los objetos dispersos y encontró un pañuelo color rojo cereza con listas anaranjadas. —El pañuelo de Ellis —exclamó Tilda—. Esto prueba que fue él quien te atacó, Ciro. ¿Vendría por el diamante del nativo?

-No -respondió Manders.

Y un momento después Ciro desatornillaba la perilla del catre y extraía de ella un paquetito lacrado y sellado.

—Tras este paquetito venía el pérfido Ellis —explicó Ciro—. Ese bandido también quiso robármelo cuando venía en viaje a Piedra Negra. Es un legado de mi padre para el señor Harvey.

-¿Qué contiene ese paquete? -preguntó Tilda.

—Lo ignoro —declaró Ciro—. Mi padre, al morir, me recomendó que lo guardara como un objeto sagrado, y que lo entregara a tu padre. Tilda, en ausencia de tu padre, creo que puedes abrirlo. Es preciso que sepamos de qué se trata. Además, puede tener relación con el misterioso viaje de tu padre. Lo extraño es que Ellis conozca este secreto y que sepa que yo lo traía en mi equipaje.

Tras breve vacilación, Tilda decidió romper los sellos azules y desenvolver el paquete. Dentro de él había una caja de fósforo y otra envoltura de algodón, que dejó a la vista un medallón de marfil

con figuras grabadas en ella.

—Parece un amuleto indígena —observó Tilda—. No trae ni una letra que pueda informarnos sobre su valor. Temo que no podrá ayudarnos a resolver el misterio que se cierne sobre nosotros.

- —Sin embargo, Ellis codicia este amuleto —indicó Ciro—. ¿Qué harás con él, Tilda?
- —Lo voy a colgar de una cadenita y lo llevaré bajo mi ropa —respondió Tilda—. Si es un amuleto me traerá suerte. Mira, puedo pasar la cadenita de oro por uno de los tallados y cuando regrese papá... Y ahora a dormir, Ciro. Inchi vigila y si el malvado Ellis vuelve, puede contar con un hachazo bien merecido.

Estaba ya muy entrado el día cuando despertó Ciro. Tilda Harvey cantaba en la cocina haciéndole eco a los pájaros del jardín.

- —Veo que has amanecido muy alegre —expresó Ciro, reuniéndose con su amiga en la cocina.
- -Desde que llevo el amuleto de marfil parece que todo me sonrie

-dijo Tilda-. Pronto estará listo el desayuno.

- —¿Cuántos huevos echas a cocer? —preguntó atónito Ciro—. Ya van catorce...
- —Inchi solo se come doce huevos en el desayuno —explicó Tilda—, y esta vez merece más por la trasnochada. Ya quedaron identifica-

dos los tres chacales que merodeaban por aquí anoche. Son tres

peones del granjero Ellis.

Inchi, Tilda y Ciro pronto estuvieron sentados en el comedor. Inchi devoró catorce huevos, medio kilo de carne y cuatro tazas de café con leche. El zulú iba a repetir su desayuno, cuando sintió un lejano ruido.

—Viene alguien —dijo Inchi—. Son dos o tres jinetes. Tilda se asomó a la ventana muy asustada y pálida.

-Nada temas -díjole Ciro-. Recuerda que Inchi y yo estamos

aquí para protegerte.

CIRO

—Uno de los jinetes es Enrique Ellis —dijo Tilda—, y el otro es un abogado que venía siempre a ver a mi padre. Me aterroriza esa gente. El tercer jinete es un oficial de policía.

Tiene desplante ese infame Ellis para venir aquí después del asalto de anoche —exclamó Ciro—. Si nos amenaza, yo haré de-

claración de sus dos asaltos ante el oficial de policía.

Ese "chacal" —murmuró el gigante Inchi— está queriendo que yo le haga cosquillas con mi hacha "Relám-

pago".

—Inchi, si intentas matar a Ellis, todo resultaría peor para mí y para mi padre —balbuceó Tilda—. Inchi, permanece quieto, y tú, Ciro, no hagas sospechar a Ellis de que crees que fue él quien te asaltó ayer y anoche. Por favor... Tengo mis motivos para actuar así.

Ya los tres jinetes llegaban al patio, y Ellis

gritaba:

-¿Hay alguien aquí?

Tilda avanzó por la terraza, y el facineroso le dijo sonriente:

-¿Mi señorita Tilda, ha regresado su señor

padre?

—Usted sabe que no —respondió Tilda, ocultando sus manos en la espalda a fin de no tocar las del antipático individuo.

—Muy sensible —dijo Ellis—, porque me trae aquí un asunto urgente. Simón, tenga la bondad de sacar los papeles y vamos al asunto.

El abogado Simón extendió un legajo sobre la mesa del comedor, mientras Ellis decía:

-Explíqueles el asunto, Simón. Harvey me debe cinco mil libras

esterlinas y además los intereses de esa suma... ¿No es verdad, señor abogado?

-Así es -declaró Simón.

-¿Y de dónde saco yo cinco mil libras? -interrogó Tilda.



—Si no me paga hoy mismo —prosiguió Enrique Ellis—, la granja de Piedra Negra pasará a ser de mi propiedad. Está escrito en este documento con la firma de Harvey. Usted tendrá que dejar la casa, señorita Tilda.

—Usted no puede arrojarnos de la casa —protestó Tilda— mientras mi padre está ausente.

Tal vez su amiguito puede ayudarla —indicó el infame sujeto—. Ciro Manders traía un objeto a su padre, el señor Harvey. Si me da ese objeto, le perdonaré las seis mil libras y romperé el documento. Deme el paquetito lacrado, joven, y quedan en posesión de Piedra Negra.

—Jamás —exclamó Tilda—; ya veo su juego, señor Ellis. Usted entró anoche a esta casa y quiso robarse ese paquete. Usted es un bandido y un tramposo.

Inchi se había colocado junto a su ama y parecía que de un momento a otro iba a saltar sobre aquel hombre que él llamaba "chacal".

—Usted, hombre malo —dijo el zulú—. Mi "Relámpago" está sedienta de la sangre de usted, pérfido chacal. Salga de aquí pronto o . . .

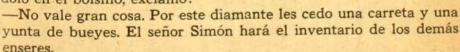
El abogado Simón y el oficial salieron tras el cobarde Ellis.

El granjero subió precipitadamente a su caballo, y los otros le imitaron.

—Ya verán si soy un ladrón y un tramposo —gritó el bandido a los niños—. Si no salen de aquí hoy mismo, vendré con toda la peonada a echarlos fuera.

—Señor —dijo Tilda, avanzando hasta colocarse cerca del caballo de Ellis—, aquí tengo un brillante. ¿Quiere pagarse con eso?

Enrique Ellis examinó el brillante, y colocándolo en el bolsillo, exclamó:



Cuando partieron los tres jinetes, Tilda dijo desesperada:

—¿Dónde iremos? Este país es inhospitalario... Y pensar que tú has venido de tan lejos, Ciro, para encontrarte sin hogar y sin pan...
—Estoy muy contento de haber venido para acompañarte y prote-

gerte -declaró Ciro, consolando tiernamente a su amiguita.



TILDA











CAPITULO III.-La desilusión de Marco Survil.

Marco Survil, uno de los marineros del "Estrella Errante", bogó silenciosamente hacia la isla, y, después de ocultar su embarcación, se encaminó hacia la casa de Francisco Maine. Vio salir de ella tres siluetas furtivas.

-El viejo, la hermosa niña y la sirvienta -murmuró con un gesto



sarcástico—. Esta salida a medianoche me parece muy sospechosa. El viejo aseguró que era inválido, pero lo veo caminar con gran soltura. Las mujeres llevan una pala y una picota. ¿Pensarán desenterrar un tesoro?

Su corazón latió con fuerza. En esos mares existió un banco de ostras perlíferas, que había desaparecido en un cataclismo. Maine alcan-

zó tal vez a reunir una fortuna en perlas. Esta idea encendió la codicia en los obscuros ojos de Marco. Sería el primero en admirar el tesoro blanco y reluciente a la luz de la luna. Si pudiera guardarlo sólo para él... Pero no, debía informar al capitán Rigal, hombre temible y vengativo; que no perdoparía una traición.

Con un suspiro de resignación. Marco siguió a los habitantes de la is-

la. De súbito, la nativa Lunga se detuvo.

-He oído pasos -murmuró con expresión temerosa.

Marco retuvo el aliento.

Francisco Maine, luego de prestar oído a los rumores de la noche, repuso:

-Estás nerviosa, Lunga, y oyes ruidos imaginarios.

Continuaron entonces la marcha, y Marco Survil reanudó la silenciosa persecución. Por fin vio detenerse al grupo ante una pequeña

barrera de tierra y piedras que desviaban el curso de un arrovo.

Marco temblaba de impaciencia. Su rostro huesudo, de rasgos filosos y astutos, veíase tenso.

-Extraño lugar para ocultar perlas -- murmuró, estremeciéndose al oir el primer golpe de la picota. Lunga trabajaba con ahinco, y Lisa la ayudaba con la pala, abriendo el dique de tieгга.





-Suficiente -indicó Maine.

Marco miraba, incrédulo. No divisaba la menor señal de un cofre. Y de súbito comprendió con furia que Maine, su hija v su criada no habían ido allí para desenterrar un tesoro, sino para dar libre curso al riachuelo

-¿Qué pretenden? masculló, ciego de ira.

Con gran esfuerzo reprimió el impulso de caer sobre el viejo, para obligarle a revelar su secreto.

Profiriendo maldiciones a media voz, retrocedió para no ser visto cuando el grupo regresara a la casa. Minutos después, los seguía a distancia, con el ceño adusto y una gran desilusión. No podía resignarse a la pérdida del tesoro.

Maine y las dos silenciosas cavadoras entraron en la casa. Marco,

afirmado contra una palmera, meditaba:

"Tengo la impresión de haber sido engañado. Vigilaré hasta el amanecer y entonces llevaré a Rigal la noticia."

El sol empezaba a alzarse en el horizonte cuando Marco regresó al

"Estrella Errante". Rigal acudió a recibirlo.

—Tienes aspecto de trasnochado —dijo con su estruendosa risa—. ¿Y lograste algún resultado? ¿Dónde está el escondite de las perlas? -No lo sé -gruñó Marco-. Ese Maine es un viejo zorro.

En seguida refirió la escena nocturna que había presenciado.

-¿Dices que cavaron en la barrera de un riacho? La soledad de esta isla les ha secado el cerebro. Pienso que esos tres están locos.

Rigal empezó a caminar por la cubierta, como una fiera enjaulada.

-Brice es inteligente y sabrá deducir qué significan esas andanzas del viejo.

Marco sugirió:

-Capitán, su piloto no me inspira confianza.

-No seas bruto. Es de los nuestros, aunque a veces parece un perfecto caballero. Pero tiene alma de pirata..., igual que nosotros.

-No necesita recurrir al genial Brice para explicar este caso -

añadió Marco agriamente—. Supongo que
el viejo oyó algún ruido
sospechoso y, para disimular, dijo a las muchachas que hicieran cualquier trabajo con sus
palas. Pensó que no era
conveniente desenterrar
el tesoro en ese momento. Presentía que era
espiado.

—No está mal —observó Rigal, con un estalli-

do de risa—. Así que fu cerebro no sólo te sirve para idear fechorías. También tienes agudezas de detective. Muy bien. Nos dejaremos guiar por tu olfato.

-Seguiré espiando, y estoy seguro de que alguna vez el viejo dará

un paso en falso.

—Entonces apareceremos nosotros —dijo Rigal, con un guiño malicioso.

—Y quizás yo me ocupe después de la sirena de esta isla —terminó Marco Survil.

Rigal advirtió:

—Primero tendrás que librarte de Brice. Es más seductor que tú y no me extrañaría que Lisa Maine esté soñando ya con él.

(CONTINUARA)

#### **Torrespondencia**

EDUARDO BUSTAMANTE.— Le agradan mucho las seriales cómicas y se entusiasma con los "Nietos del Tio Tom".

TERESA MORAN, santiaguina y fiel lectora de "Simbad", suplica que envien más ejemplares de "Simbad" a los quioscos de venta en Santiago. MARIA Y MAGDALENA SEPUL-VEDA, de Purén.—Daremos sus felicitaciones a Nato por su Pelusita y Ponchito.

RICARDO TENORIO, de Ancaĥual. Usted aprecia la calidad de los dibujos que aparecen en "Simbad". Esto se debe a que cuidamos la parte artística en primer término. Muy buena la idea de copiar en cartulina los dibujos que más le gustan. MARIA TERESA HINOJOSA, de Collipulli.—Hemos pedido que envien más ejemplares de "Simbad" a esa localidad. No lamente el fin de "Rina, la Hija del Gondolero". Le gustarán mucho "El Secreto de la Isla" y "El Valle de los Misterios". ROXANE.

Entonces

remos nosotros -dijo

Rigal, con un guiño

malicioso.

aparece

### ¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: ¿DON-DE ESTA AN-CON? PUERTO EN EL CUAL FUE FIRMADO EL TRATADO

ENTRE PERU Y CHILE. ¿En el sur de Chile, a orillas del Titicaca, o al norte del Callao, Perú? Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dínos cuál es y envía tu respuesta con el cupón respectivo a revista "SIMBAD", Casilla 84-D. Santiago.

84-D, Santiago. SOLUCION A "SIMBAD" N.º 369. EL AVESTRUZ ES EL PAJARO MAS VOLUMINOSO DEL MUNDO. Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes. CON CINCUENTA PESOS: Viviana Hisch, Santiago; Patricia Pascual, Santiago; Teresa Morán, Santiago; Eliana Moreno, Buin: Silvia Ramírez, Rengo: Ricardo Sepúlveda, Angol; Gilberto Armijo, Santiago; Wanda Freire, Los Angeles; Luis Sánchez, Santia-go; Hernán Baer, Santiago. SUBS-CRIPCION TRIMESTRAL A "SIM-BAD": Juan Carrera, Lirquén; Jorge Miranda, Santiago; María Calera, Los Andes; Manuel Benavides, Santiago; Lea Analif, Valparaíso; Edmundo Pérez, Mininco. UN LI-BRO: Sonia Berrios, Los Andes: José Donoso, Santiago: Fernando Andaur, Santiago; Juan León, Santa Cruz; Oscar Ferreira, Los Andes; Cecilia Urbina, Santiago; Amalia Bascuñán, Victoria; Angélica Aguirre, Santiago: Luis Martínez, Batuco; Lorenzo Arenas, Concepción.



#### SIMBAD Nº 371

## SORTEG NAVIDAD

**★** \$ 500.000.- ★

EN VALIOSOS REGALOS REPARTIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NUMEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS. RADIOS. LAPICE-RAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMEN-TOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.



Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 3 — SERIE N.º 5 SORTEO DE NAVIDAD CUPON N.º 3 — SERIE N.º 5 10 de octubre de 1956.

### Betty en el colegio





3. Con un chillido, la niña se sumergió, dándose un inesperado baño. Todas acudieron a sacarla. Betty, ya en tierra firme, exclamó: "—¡Qué calamidad! La tarea de recoger el sombrero es muy peligrosa. Déjamela a mí". Sofía, temblando de frío, balbució: "—¿De qué sombrero me hablas? No veo ninguno".



4. En efecto, el sombrero había desaparecido. "—Sospecho de que en esto hay magia", caviló Martina. El sombrero, mientras tanto, seguía flotando plácidamente y se detuvo entre hierbas acuáticas, debajo de un puente. Sin duda alguna, el sombrero de la severa inspectora Gerard tenía un espíritu aventurero.

(CONTINUARA)

### PFLUSSTA

#### POR NATO

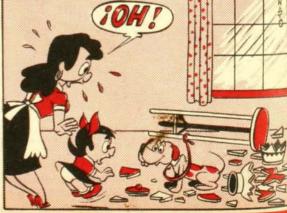












# îlît ° N.º 372 LOS NIETOS DEL TIO TOM \$ 20.-

## Betty en el eolegio

CAPITULO XVIII.— BUENA PESCA





1. Las alumnas del internado de Santa Teresa miraban con desconcierto el sombrero de la inspectora Gerard. Estaba flotando debajo de un puente y no lograban alcanzarlo. Betty, con un hilo y un alfiler, confeccionó una especie de anzuelo. "—Esta es la pesca más emocionante del mundo", anunció.







2. Pero cuando ya subía el esquivo sombrero, se desprendió del anzuelo. Librado al mismo tiempo de las yerbas acuáticas que lo retenían, continuó su viaje por el río. "—Oh —gritaban las niñas—. Ahí va, navegando con más entusiasmo. Si se pierde... la señorita Gerard nos castigará. Tenemos que pescarlo."

(Continúa en la penúltima página.)



CAPITULO XIII.-En busca del médico.

El herido Daniel Dracke había dicho a Bobbie que buscara las bolsas con oro que tenía ocultas.

Bobbie cogió una lámpara y registró la cavidad que se ocultaba bajo la estera.

—El hoyo está vacío —murmuró Bobbie.

-El maldito ladrón me ha robado mi trabajo de largos años -ex-

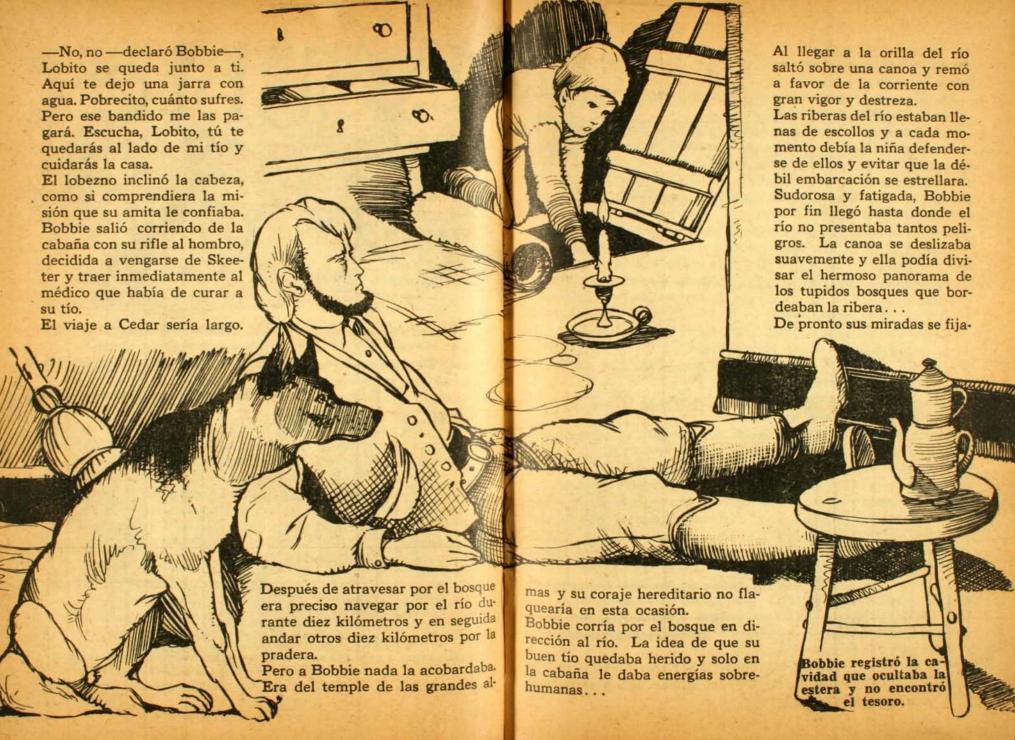
clamó Dracke-; el oro que reservaba para ti.

—No importa, tiíto —balbuceó, afligida, la hija de Joven Búfalo—. Ahora lo primero es pensar que tú sanes pronto. Voy en busca del doctor y de paso denunciaré al ladrón a nuestro amigo el sargento Brand. Ya sabes que Brand nunca deja de pillar a los bandidos.

-Ten cuidado, hijita -murmuró el herido-, y no te expongas a

peligros en el camino. Llévate a Lobito.

Año VIII - 17-X-1956 - N.º 372
Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).
Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.
Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.
Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros
países: US\$ 5.20.



ron en un individuo atado a un árbol que mostraba sus raíces muy cerca del agua.

—Es mi amigo Pies de Venado —exclamó Bobbie, estupefacta—. ¿Quién ha podido atarle allí?...

El árbol, lamido por el agua, amenazaba desarraigarse de un momento a otro. Tal había sido, seguramente, la intención del malvado que ató allí al hijo de Aguila Negra.

El indiecito atado al árbol se ahogaría irremisiblemente...

Bobbie, olvidando los peligros, dirigió la canoa hacia la orilla y luchó contra la fuerte corriente.

Súbitamente la frágil embarcación se partió y Bobbie cayó al agua. Por suerte, el río no era muy profundo, y la niña, con el agua hasta los hombros, se sujetó en una roca y de allí saltó a la orilla.

En un momento Bobbie cortó las ligaduras que ataban a Pies de Venado, y cuando ya caía la última correa el árbol se dobló sobre el río y se lo llevó la corriente.

—Pies de Venado nunca olvidará el servicio que le ha hecho su hermano —murmuró el hijo de Aguila Negra.

—¿Quién te amarró a ese árbol? —preguntó Bobbie—. Fue una suerte que yo surcara el río.

Y en seguida, recordando que su tío necesitaba el pronto auxilio de un médico, Bobbie se desesperó...

—Pies de Venado, mi tío está herido de gravedad... ¿Cómo podré llegar a Cedar ahora que se ha roto la canoa?

-¿El trapero herido y por quién? -interrogó el indio.

Bobbie le explicó rápidamente los funestos acontecimientos.

—¿Un hombre alto, flaco y con una cicatriz en la mejilla? —dijo Pies de Venado—. Lo conozco... Ese malvado fue el que robó mi caballo y después me ató al árbol.

—Corramos a quitarle el caballo —suplicó Bobbie—; así podremos llegar más pronto a Cedar.

—Al punto —replicó Pies de Venado—; yo buscaré las huellas. Sígueme, hermano bueno...

Te seguiré —murmuró Bobbie—. Pero si las huellas nos llevan por el camino que conduce a Cedar... Mi tío necesita pronto auxilio del doctor Simpson.

Pies de Venado llevaba los ojos fijos en la tierra. La niña no descubría huella alguna, pero los ojos del indio eran más penetrantes.

Pies de Venado sabe que por aquí pasó el caballo —decía el hijo de Aguila Negra—; él ve las huellas de su caballo. Corramos...

Y como dos jóvenes corceles, ambos niños trotaban por la pradera... Las fuerzas de Bobbie comenzaban a extenuarse ya, cuando Pies de Venado le señaló en lontananza una mancha blanca...

Es mi caballo blanco -exclamó regocijado el indiecito.

Pies de Venado dio un silbido estridente, ese silbido peculiar de los pieles rojas, que se asemeja al grito de un ave de rapiña.

Inmediatamente el caballo paró las orejas y al segundo silbido corrió hacia donde se encontraba Pies de Venado.

\_Vamos, hermano —dijo el niño a Bobbie—. Nube Blanca nos

llevará más ligero que el viento...

—¡Qué lindo caballo! — exclamó Bobbie—; me gustaría tener uno igual. Pies de Venado cogió en brazos a la fatigada niña y en seguida la colocó sobre el lomo del manso animal.

—Y el bandido Skeeter, ¿dónde estará? —preguntó Bobbie a su ami-

go...

—El hombre malo — respondió Pies de Venado—; el hombre malo no se atrevió a llegar a la ciudad en Nube Blanca... El hombre serpiente cree que Pies de Venado ha muerto y se fue tranquilo, con el tesoro que le robó al tío Daniel... Pero ya lo seguiremos para castigarlo como a una víbora de la selva...

(CONTINUARA)







1. Búfalo Bill estaba rodeado de guerreros sioux. Debía huir antes que alumbrara el día, llevando a Arco Tendido, explorador indio del ejército americano. Logró abatir a un centinela y obligó a huir a la caballada. En la confusión, pudo escapar, montado en el mustango del jefe sioux.





2. Era un espléndido animal, el más veloz de la pradera, pero con dos hombres sobre su lomo no lograría distanciar a sus perseguidores. Búfalo Bill escaló un sendero montañoso, y, guareciéndose detrás de unas rocas, esperó al enemigo. Sus relampagueantes Colt 45 le protegerían con una cortina de pólvora y fuego.



3. Logró mantener a distancia a sus atacantes. Uno de los guerreros. montado en un caballo que lucía pinturas de guerra, trepó al refugio de Búfalo Bill. Entre nubes de tierra, mientras los peñascos rodaban, el jinete se erguía, fiero y decidido. El tomahawk (hacha guerrera) describió en el aire un rápido arco.





4. Pero el arma no rozó siguiera al explorador. Búfalo Bill cogió aquel brazo amenazante, y desmontó al guerrero. Este no había caído aún a tierra, cuando el puño de Bill se descargó sobre él con fuerza, y el sioux se sumió en un mundo de tinieblas. Los demás guerreros decidieron aproximarse con más cautela y a pie.

## BUFALO





5. Advirtieron, asombrados, que Búfalo Bill interrumpía el fuego. Temiendo una emboscada, redoblaron su prudencia. Cuando Caballo Loco saltó con felina agilidad para atacar al héroe del Oeste, sólo encontró su sombrero sobre una estaca. Al inclinarse sobre el despeñadero, vio que Búfalo Bill bajaba penosamente.





6. "—¿Es un hombre, o un espíritu?", exclamó el jefe sioux, atónito. Búfalo Bill había llegado al pie del precipicio y huyó por la pradera. "—¡Truenos! Debo apresurarme —jadeó—. Los sioux no tardarán en bajar a todo galope." Era difícil avanzar por el alto pasto, llevando sobre los hombros un cuerpo inerte.

# BILLER

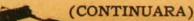


7. No tardó en oir el sonido de los cascos, haciendo retemblar la tierra. A aquel ruido siguió el eco agudo y vibrante de una corneta. Una columna del Séptimo de Caballería apareció sobre la colina. El capitán señaló: "—¡Es el coronel Cody, perseguido por indios sioux!"





8. Búfalo Bill tropezó en una piedra, cayendo entre las hierbas. Miró hacia atrás, y vio un mar de rostros pintados. Resonó entonces la voz de Caballo Loco: "—Atrás, mis bravos. No quiero luchar contra los "cuchillos largos". Uno de sus guerreros contestó: "—Antes de retirarnos, matemos a Pa-E-Has-Ka".





CAPITULO XXXV.—La falsa quardiana.

Por primera vez desde que había sido secuestrada por los nativos de la isla, Rosita Crusoe sonreía de felicidad. Había recibido un mensaje dibujado, con los rostros alegres de Julia y Lani. Aquello significaba que sus queridas hermanas estaban

cerca y meditaban algún plan para salvarla.

—¿Ves, Katzi? —le decía a su leopardo—. Son ellas y vendrán a buscarnos. Polly apareció con esta buena noticia. Espero que ya nunca más le gruñas.

Katzi inclinó su gran cabeza y Rosita pensó que expresaba una pro-

mesa formal de hacer amistad con el papagayo.

Mientras tanto, Julia y Lani estudiaban el rescate de Rosita. Sabían

que la niña estaba custodiada por guardias y servidores.

—Déjame ir, amita Julia —suplicó Lani—. Me deslizaré sin ser vista, para explorar la aldea. Entonces tal vez descubra algún medio de acercarnos a Rosita y de raptarla sorpresivamente.

Julia vacilaba. Por fin accedió.

—Ten mucho cuidado, Lunes. Los nativos están armados y son fieros.

—Lani camina como una sombra y es muy veloz para huir —ase-

guró la isleña—. Y no tiene miedo.

Minutos después, Lani trepaba a los puentes que unían a todas las casas, formando verdaderas calles. Vio salir del rústico palacio a una de las doncellas y observó que cubría su cabeza con un lienzo.

—Ese velo da a Lani una idea —murmuró—. Si pudiera...

Siguió a la servidora de la princesa Si'Ta, que desapareció en una casa profusamente iluminada. Aun a riesgo de ser descubierta. Lani per

netró en aquel recinto. Sobre una mesa vio el tocado de la doncella y se apoderó de él. Con manos temblorosas lo ajustó a su frente. Sentía latir su corazón con tanta fuerza, que resonaba en sus oídos como tambores de alarma.

Regresó por el puente, y al pasar junto a los centinelas, inclinaba la cabeza para velar su rostro. Nadie la detuvo. Pero aún debía caminar mucho para llegar al palacio.

Percibió un apagado rugido de Katzi. Tal vez el leopardo presentía su cer-

canía...

Rosita acarició al felino, calmándole.

—¿Qué sucede, Katzi? —murmuró—.

Aquí no hay peligro. Debes estar quie-



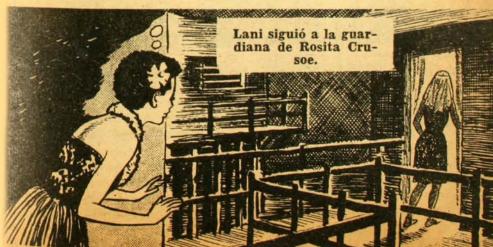
—Lani camina como una sombra —dijo la nativa.

to, hasta que vengan Julia y Lani. ¿Crees que los negritos intentarán detenernos? Entonces puedes lanzar algunos rugidos para asustarlos un poco, pero sin hacerles daño. Total, estamos jugando. Pensativa, añadió:

—En realidad, más me gustaba jugar a las escondidas. Ser princesa es aburrido.

Polly batió sus alas y chilló:

-¡Escape general! ¡Vamos a bordo!



Rosita dijo riendo:

-Polly también desea irse.

-¡Lunes! -gritó el papagayo.

Rosita se irguió con rapidez.

-¿Qué dice? ¿Lani? ¿Ya viene?

Polly guardó silencio. La inquietud de Katzi lo había contagiado. Pero ignoraba la causa

Rosita decidió:

-Saldré a mirar.

Los guardias cruzaron ante ella sus lanzas, de rodillas para que la



princesita les perdonara porque la detenían.

—Déjenme pasar —exigió la niña, con sus rubias cejas contraídas en un gesto de contrariedad.

—Perdón, Si'Ta —suplicaron los centinelas.

Las lanzas no fueron retiradas, sin embargo. Un potente rugido estremeció el ámbito. Los guardias, con sus obscuros semblantes demudados por el terror, mantuvieron, sin embargo, su posición. Rosita sintió piedad por ellos.

-Atrás, Katzi -ordenó

a la fiera—. Estos negritos son tan porfiados que se dejarían aranar por tus garras y morder por tus colmillos, sin apartarse. No me gustan los juegos bruscos.

Lentamente volvió a su trono. La tristeza la dominó de nuevo. Si aquellos tozudos negritos la rodeaban con tanta decisión, era difícil

que Julia y Lani se reunieran con ella.

A Lani la separaban sólo unos pasos de la puerta principal. Uno de los guardias la detuvo. Aún temblaban con el reciente suceso.

—Bara —murmuró—, Si'Ta está despierta y ha querido salir. La detuvimos. ¿Crees que Ma'Zara nos castigará por nuestra osadía?

No sé —contestó la falsa Bara, con voz vacilante.

—Klio nos ordenó resguardarla. Cumplíamos sus órdenes.

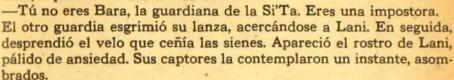
Lani guardaba silencio. Temía traicionarse.

-Bara, ¿por qué no contestas?

Su morena mano presionó el hombro de la joven.

-Déjame pasar -dijo

Lani, reprimiendo sus ansias de huir.



—Llevémosla a presencia de Klio. En silencio, para no perturbar a Si'Ta.

(CONTINUARA)





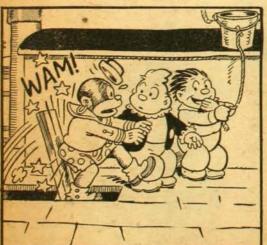


## OLEIO ALEIO





1. El rey Katete y su hijo, el príncipe Lulo, visitaban el barco del capitán Escotilla. Los mellizos se encargaron de atender al príncipe de la selva, prometiéndole un recorrido lleno de sorpresas. Lulo caminaba confiado y alegre.





2. De súbito pisó una tabla suelta y se dio un golpe. Tim hizo caer en seguida un balde con agua y Lulo recibió un baño. "—¡Ja, ja!—reían los nietos del tío Tom—. Lulo está bajo una ola marina. Lo pescaremos con un anzuelo."

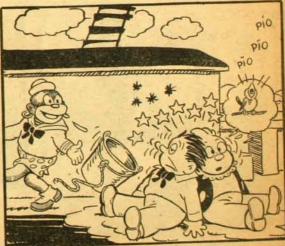
## DEL TIO TOMO





3. Pero después vieron que el balde quedaba encasquetado en la cabeza de Lulo, y dijeron: "—No podremos pescarlo, porque este pescadito ya está en una lata". Por fin, Lulo pudo librarse del cubo y empezó también a reir.





4. "—Me encantan las bromas pesadas —dijo—, pero yo sé otra mejor." Y cogiendo a Tim y Tam golpeó sus cabezas una con otra, haciéndolas sonar como nueces. Los mellizos no contestaron, pues dormían el sueño de los aturdidos.







1. Abrumado por la victoria de los piratas, el marqués de Pointis se roía las uñas. Estaba derrotado. Con la cabeza baja, se encaminó hacia el muelle, para entregar a los bucaneros una de sus naves. El Cormorán, capitán de los corsarios, avanzaba en cambio con altanería y un burlón gesto en sus labios.





2. A bordo de la goleta "Sirena", el centinela gritó: "-¿Quién vive?". La voz insegura de Pointis respondió: "-Soy yo, el gobernador de Santo Domingo". El vigía desvió su arma, confiado, y entonces unos rudos brazos lo inmovilizaron. Un pirata había escalado la borda, atacándolo por sorpresa.

## LOS PIRATAS DEL CARIBE



3. Silenciosamente, la tripulación de filibusteros ocupó Ja nave. Pointis había cedido a la audaz demanda del Cormorán, entregândole aquel barco. Pero los vencedores no podían exteriorizar su alegría en forma ruidosa. Estaban alertos, porque en cualquier instante el enemigo podría alzarse contra ellos.





4. Los tripulantes del "Sirena" fueron desembarcados rápidamente. En seguida, Pointis, mientras su avaro corazón se contraía de dolor, vio que las arcas del tesoro desaparecían en la cala. "-¡Oh -gemía-. Mis riquezas en poder de esa maldita ralea. Pero no puedo defenderlas. Ni un solo hombre de mi guardia me protege."



## LOS PIRATAS



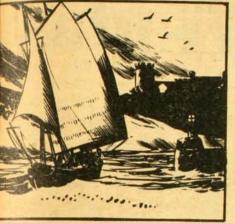
5. "—Ha llegado la hora de la despedida —observó el Cormorán, con fingida tristeza—. Ha sido interesante conoceros..., y cortar una de vuestras orejas para dejaros la marca de los traidores. Adiós, excelencia." Pointis y sus oficiales, inmóviles en el muelle, vieron alejarse al "Sirena".





6. El "Sirena", remolcado por dos grandes canoas, se adentró en el mar, bajo las furibundas miradas de Pointis. Más tarde una patrulla descubrió al gobernador y a sus acompañantes. Se apresuraron a desatarlos y a librarles de sus mordazas. Pointis rugió: "—¡Imbéciles! ¿Por qué no aparecieron antes?"

## OEL CARIBE





7. La goleta abandonaba la rada, cuando un cañón atronó el espacio. La alarma había sido dada en Gonaives. El Cormorán sonrió. Ya estaban fuera de alcance. En vano retumbaba la fusilería y rugían los cañones. "—El gobernador nos deseó buen viaje, y aquí vamos, a favor del viento", dijo con burlona expresión.



8. En alta mar, la goleta navegó airosamente. A bordo resonaban cantos y risas. El Cormorán había cumplido su misión, venciendo al pérfido Pointis. Más aún, dio libertad a cincuenta hombres valerosos. Capitán de corsarios, audaz aventurero del mar, volvía a la Tortuga con un cargamento de oro.



—Ciro —decía la afligida Tilda—, no puedo conformarme con abandonar la casa paterna y menos en ausencia de papá.

—Si nos quedamos aquí, cualquier día En-

rique Ellis nos mata —declaró Ciro—. Viajaremos en una cómoda carreta y llevaremos todas nuestras cosas y los víveres que guardas en la despensa.

-¿Y si papá regresa y ve instalado a Ellis en nuestro hogar? -

—Ellis tiene la ley a su favor —insinuó Ciro—. Tu padre le debía ese dinero. Te lo dijo el abogado Simón. Pero si quieres conservar la propiedad, Tilda, entrégale a Ellis el amuleto que yo traje... Ese medallón de marfil tallado nada significa...

—Jamás —declaró Tilda—. Tu padre, al morir, se lo envió a papá y debemos respetar su voluntad. Prefiero salir de mi casa y rodar por el mundo. Inchi, engancha el furgón con toldo a las tres parejas de bueyes y vuelve acá para cargar los bultos. Nos han dado dos horas para partir, y no deseo quedarme un momento más aquí.

RESUMEN: Ciro Mander llega a la plantación africana de Piedra Negra, donde le reciben Tilda Harvey y el zulú Inchi. Les visita el granjero Ellis, en quien reconoce Ciro al embozado que le asaltó en el camino para robarle un paquete sellado. Al verse de nuevo asaltado, Ciro decide abrir el legado de su padre, el cual consiste en un amuleto indígena que Tilda guardará en su pecho colgado de una cadena de oro. Ellis ofrece perdonar una deuda que pesa sobre la granja de Piedra Negra si Ciro entrega el amuleto. Tilda y Ciro se niegan a ello.

Ciro y Tilda entraron en la casa y cada cual se afanó arreglando los objetos y víveres que habían de llevar en su errabundo viaje. Tilda dejaba correr las lágrimas mientras reunía su ropa; después recorrió una a una las habitaciones, cerró las puertas y pidió al coloso Inchi que cargara los baúles.

\_Lleven también estos dos rifles de papá —ordenó Tilda— y los

paquetes de municiones.

Cuando volvió Enrique Ellis, ya los jóvenes estaban listos para partir.



Para despistar a Ellis —dijo Tilda a Inchi—, dirijámonos hacia Valle Amargo. Después cambiaremos de ruta.

La carreta se puso en marcha, guiada por tres parejas de bueyes.

—¿Tú sabes de qué tribu era el negro que regaló a tu padre el diamante? —preguntó Ciro a su amiga.

-Yo no -dijo la niña-, pero cuando descansemos voy a interro-

gar a Inchi.

Al atardecer, el coloso zulú detuvo el carruaje y Tilda le preguntó:

-¿Te dijo algo mi padre antes de partir?

—El patrón grande me dijo que cuidara de la patroncita y del joven que había de llegar —respondió Inchi—. Me dijo otras cosas, pero no puedo decirlas.

-Escucha, Inchi -insinuó Tilda-, ya no es tiempo de guardar secretos. Mi padre debe saber lo que ocurre, y Ciro y yo queremos

ir a buscarlo.

—Ustedes no pueden seguir sus huellas —declaró Inchi—. Es una senda llena de peligros, y hasta un guerrero valiente temería ir allá. —Iremos —afirmó Tilda—. Vuelve la carreta hacia el norte, Inchi, y partiremos en seguida.

El zulú soltó su gran hacha y cogió del brazo a Tilda.

—¿No me entiende, patroncita? —exclamó desesperado—. Esas montañas del norte son "LOS MONTES DE LAS ANIMAS". Allí hay valles con terribles misterios y tribus que odian a los extranjeros. Ni Inchi, jefe de la tribu de los makazuñús, podría entrar al pueblo de las Animas.

-¿Tienes miedo? - preguntó Tilda.

—Inchi no tiene miedo ni tiembla por él —dijo el zulú—, sino por los patroncitos. Si matan a Inchi, ¿quién los defenderá? El pueblo de las Animas les desollaría vivos.

—Mi padre fue allá y sin duda está prisionero —dijo Tilda—. Sé bueno, Inchi, y muéstranos el camino. ¿No es verdad, Ciro, que iremos aun cuando Inchi no nos acompañe?

-Sí -respondió Ciro, con firmeza.

-Entonces yo también iré -murmuró Inchi, con resignación-;

pero temo que el patrón se enfade mucho conmigo.

—Por favor, Inchi —suplicó Tilda—, vuelve la carreta hacia el norte. Cuando encontremos a mi padre le diré que yo te obligué a ir al pueblo de las Animas.

Gruñendo y refunfuñando, el zulú guió las tres yuntas de bueyes en dirección opuesta a la que llevaban y pronto se introdujeron en

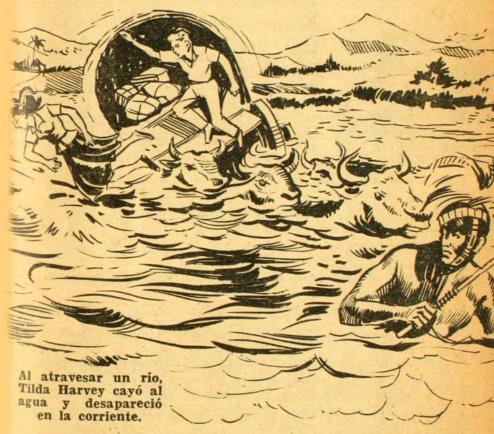
la trágica selva.

Caída la noche, acamparon a orillas de un riachuelo. Con su hacha "Relámpago", Inchi derribó un árbol y encendió una gran fogata, la cual era necesaria, no sólo para preparar la comida, sino también para ahuyentar las fieras. Tilda preparó un asado de antílope y una taza de café.

Se convino que velarían por turnos.

Tilda fue la primera en quedarse dormida con el fiel Inchi a sus pies. Cuando le tocó la velada a Ciro Manders, el valiente muchacho fue a afirmarse en un árbol junto a la hoguera y se sumió en hondas cavilaciones.

"Ese amuleto de marfil que venía en el paquete sellado —pensaba Ciro— debe ser un tesoro o una señal de mucho poderío. De otra



manera, Ellis no lo codiciaría hasta el punto de cambiarlo por cinco mil libras esterlinas.

Un movimiento sutil y leve le obligó a levantar la cabeza.

Temiendo dar una falsa alarma avanzó algunos pasos, sin dar la alerta a sus compañeros que dormían.

—Ahora diviso una silueta gigantesca —murmuró Ciro—. ¿Serán las ánimas de la montaña?

Para disipar sus temores movió las cenizas de la hoguera y cogió su rifle. La gigantesca silueta desapareció.

-¿Inchi, dónde estás? - preguntó Ciro en voz alta.

El zulú apareció por el lado opuesto con su resplandeciente hacha en la mano.

—Me pareció que veía un hombre allá entre las breñas —expli-



Enrique Ellis.

—Algún chacal, patroncito —dijo Inchi—,

Y, al decirlo, alzaba el arco y una flecha salía disparada en la dirección que indicaba Ciro. Al instante una sombría figura salió de los

matorrales en veloz fuga.

—No era un chacal, sino un hombre-chacal —expresó Inchi—. Escapó el chacal, pero yo le rastrearé y le partiré con mi hacha. Quédese aquí, patroncito, y no se aparte de la niña.

Tilda despertó sobresaltada y preguntó a Ciro lo que sucedía.

—Un hombre ha venido a espiarnos —dijo Ciro—, y el negro ha ido tras él.

En ese instante se escuchó el galope de un caballo, y el zulú volvió trayendo en su mano un sombrero de paja.

-El chacal se escapó -dijo el coloso negro-, pero ha dejado es-

ta prenda.

—Es el guarapón de Enrique Ellis —dijo Ciro Manders—. El bandido nos sigue. Creo que nunca nos veremos libre de él mientras no consiga el amuleto de marfil.

El resto de la noche se pasó en vela para nuestros tres desamparados.

—Tantos misterios —suspiraba Tilda—. Primero, la extraña ausencia de mis padres; luego, la tenaz persecución de Ellis; el amuleto que él aprecia más que su dinero, y ahora este viaje al valle de los secretos, que Inchi teme tanto.

-Inchi ya está resuelto a entrar en ese valle -dijo el zulú-, pero

todavía faltan muchos días para llegar.

En efecto, los días se convirtieron en semanas, y aún no terminaba el pesado viaje. Siempre hacia el norte, y siempre acampando dónde hubiera agua y pasto para los bueyes. Cada noche velaban por turnos y nunca más apareció Ellis en los campamentos. Sin embargo, Inchi presentía un peligro cercano.

Viéndole coger el hacha y erguirse como para un ataque, Ciro le

preguntó una tarde qué le ocurría...

"Relámpago" pide sangre —dijo Inchi—, porque los chacales siguen nuestras huellas. Mi hacha está sedienta de la sangre de ese CHACAL.

Habían enterado ya un mes de viaje, y Ciro se arrepentía de haber accedido a los ruegos de Tilda Harvey. Cuando dormía, soñaba con

ese pueblo que bebía sangre humana. Ya le parecía que los salvajes sacrificaban a Tilda en una pira ardiente.

—Después de cruzar ese caudaloso río, empezaremos a cruzar la montaña —dijo Inchi una

mañana.

Ciro y Tilda subieron a la carreta y el zulú introdujo a los bueyes en el correntoso río. Crujiendo y balanceándose iba tras los animales la pesada carreta, que se hundía hasta el toldo en el agua.



IMCHI, EL ZULU.

El fiel Inchi picaneaba a los fatigados bueyes que mugían y parecian rebelarse y no querer seguir.

—Por suerte ya vamos llegando a la ribera —suspiró Ciro—. Esos pobres animales están haciendo un supremo esfuerzo.

Pero en ese mismo instante, una rueda se hundió en un hoyo del río, Tilda perdió el equiliprio, cayendo de cabeza al torrente. Ciro, transido de espanto, la vio desaparecer en un torbellino.

(CONTINUARA)

#### IMUY IMPORTANTE!

Anunciamos que el Grandioso Sorteo de Navidad, se efectuará el sábado 15 de diciembre próximo, a las 3 de la tarde.

Hay \$ 500.000 (medio millón de pesos) en valiosísimos regalos, entre los que se encuentran, bicicletas, radios lindos juguetes, pelotas de fútbol y muchos premios más que te ofrece "SIMBAD" con sólo juntar cupones que aparecen en la última página. La fecha del canje la avisaremos en un "SIMBAD" próximo. Y RECUERDA que desde este momento, por cada subscripción a "SIMBAD" te regalaremos 40 CUPONES que aumentarán tu oportunidad para obtener algunos de estos hermosos obsequios.

ROXANE



















### EL SECRETO CAPITULO IV — La promesa de Brice. DE LA ISLA El capitán Rigal dijo a Marco Survil:

-A mí no me engaña el viejo Maine. Sin duda oculta un cofre de perlas y teme que nosotros lo traslademos a bordo.

La tripulación oía ávidamente las palabras de Rigal.

-: Estupendo! -exclamó el marinero Chic-. Ya lo saben, muchachos, en ese lado de la isla hay bastante agua dulce para llenar nuestros toneles, y, enterradas en algún lugar de la costa, bastantes perlas para llenar nuestros bolsillos. Este viaje ha sido provechoso, Jeh?





Todos rieron. Los rostros curtidos por el aire salino reflejaban una burda alegría.

El piloto Alberto Brice no estaba presente. A proa, junto al inmóvil timón, observaba pensativo la cercana isla. Evocaba el suave rostro de Lisa Maine y el temor que se leía en sus ojos azules.

Al día siguiente, bajó a tierra. Lisa recogía la ropa que el ardiente

sol de la mañana había secado en breves minutos.

\_\_\_\_Me permite ayudarla? —preguntó el joven, luego de saludarla. Por qué no? -sonrió ella, venciendo su timidez-. Si puede maniobrar las velas de un barco, supongo que dominará también

las sábanas tendidas al viento.

Alberto, riendo, recogió la ropa y siguió después a Lisa, que subía la escalinata de madera.

-Cuidado con los peldaños -advirtió Lisa-. Algunos están carcomidos por la humedad.

-Mi experiencia marina me servirá otra vez. Cuando niño era grumete y trepaba a los mástiles más altos.

Al entrar en la casa. Lisa lanzó un grito de horror. Su padre vacía inmóvil en el sillón de mimbre. El esiuerzo



realizado por el inválido la noche anterior había agotado sus energías. Reposaba ahora sin conocimiento. Luego de examinarlo, Brice indicó:

-No es un desmayo pasajero. Es preciso que lo llevemos a su lecho.

Transportó al anciano en sus brazos. La fiel Lunga, aterrorizada, abrigó al enfermo. Lisa murmuró:

-Gracias, Alberto, Usted es bueno y noble. Su presencia me tranquiliza. Los otros marineros del "Estrella Errante" me causan espanto.

—No tema ningún daño de mi parte, Llisa —repuso Brice—. Pero no crea que soy un ángel. Navegar en ese barco de aventureros es ya un antecedente malo. Yo...

En ese instante, Maine abrió sus ojos. Al reconocer a Brice, mur-

muró:

-;Oh, es usted, gracias a Dios!

-También mi padre confía en usted -advirtió Lisa.

—Por cierto —confirmó Francisco Maine, con voz vehemente—. La tripulación de su barco parece compuesta de piratas y no de honrados marineros. Pero usted es distinto. Lo presiento, lo sé.

Con una sarcástica sonrisa que ocultaba su turbación, Alberto Brice

dijo:

-Sólo falta la alabanza de Lunga.

—No se burle, joven. Soy un viejo desconfiado. Conocí a muchos bellacos y sufrí la traición y la intriga de miserables. Sin embargo, descubro que, gracias a usted, aún existe un poco de fe en mi corazón, aún creo en la bondad humana.

-Me imagino que Lunga merece que también crea en la fidelidad

-señaló Brice con voz fría.

—Sí, joven. Lunga es leal. No se disguste. Ya no lo molestaré con más elogios. Confío en usted, y quiero suplicarle un favor. Convenza a sus compañeros que abandonen la isla. Soy débil y tengo miedo.



Las emociones pueden agravarme, y no quiero dejar sola a mi hija.

—No tema, señor Maine. Hablaré con el capitán Rigal. En realidad, nos detuvimos aquí sólo, para hacer provisión de agua.

Maine, con un gesto fatigado, estrechó la mano de Brice. Ninguna frase brotó de sus labios, pero la gratitud brillaba en sus ojos.

Al despedirse de Lisa, Brice dijo:

-Ordenaré aparejar de

inmediato para que el "Estrella Errante" continúe su ruta. Quizás no volveremos a vernos, Lissy... O tal vez algún día regrese.

—Por favor, regrese murmuró la solitaria isleña, mientras su bello semblante enrojecía.

Alberto Brice se alejó. Una felicidad desconocida vibraba en su espíritu. Al remar hacia el barco, pensó que volaba sobre el mar. Iba a cumplir una misión. Tal vez sería difícil convencer a



sus compañeros de que levaran anclas. No dudaba, sin embargo, de que al fin prevalecería su voluntad. Timonearía la nave para conducirla a mares lejanos, como si llevara a bordo una tripulación apestada que no debía contaminar la isla de ensueño donde vivía Lisa Maine.

Marco, al avistar a Brice, dijo con agrio acento:

—Ahí viene el caballero del mar. ¿Estará de acuerdo con nosotros?

Con una seca risa, mientras sopesaba en su mano una botella de ron, el capitán Rigal contestó:

-Estará de acuerdo..., o peor para él.

(CONTINUARA)

#### Correspondencia

LUIS VASQUEZ, de Quinta Normal.—Se angustia cuando no puede conseguir el "Simbad". Pídale a su papá que la subscriba a esta adorable revista.

CARMEN LECHUGA, de San Javier.—Es usted una fiel lectora de "Simbad" y entusiasta admiradora de sus seriales. Preste la revista a sus compañeras que no pueden comprarla.

RAMONA LAGOS, de Longavi.— Agradezco sus felicitaciones por nuestra actuación en esta pequeña gran revista Zig-Zag, de la cual es entusiasta propagandista en esa hermosa ciudad, donde chicos y grandes leen nuestras seriales. Nato y Elena Poirier agradecen sus elogios.

ROXANE.

#### ¿Cuál es la respuesta?



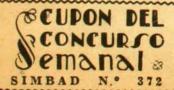
Contesta a esta pregunta: ¿CUAL FUE EL PRIMER PAIS QUE DE-CLARO LA GUE-RRA A ALEMA-NIA EN 1939? ¿Fue Inglaterra,

Francia o Estados Unidos? Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta, con el cupón respectivo, a revista "SIMBAD", casilla 84-D. Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 370: LA INVENCION DE UN ALFABE-TO TELEGRAFICO DIO FAMA A

SAMUEL MORSE.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes: CON CINCUEN-TA PESOS: Rolando Matus, Los Alamos; Rolando Vásquez, Victoria; Rosa Röling, Los Angeles; Jorge Ramírez, Stgo.; Patricia Pascual, Stgo.; Sonia Díaz, Stgo.; Cristina Tolosa, Temuco; Lucrecia Vera, Contulmo; Ana María Sáez, Stgo.; Juan Pradenas, Talcahuano; SUBS-CRIPCION TRIMESTRAL a "SIM-BAD": Florencio Alarcón, Lebu; Victor Ramirez, Pidina; Rebeca Ortiz, Purén; Blanca Valdés, Contul-mo; Francisco Ruz, San Fernando; Mirta Cárcamo, Purén, UN LIBRO: María Cedeño, Concepción; Luzmira Muñoz, Talcahuano: Luis Tardón, Renaico; Margarita Menas, Viña del Mar; Teobaldo Brugnoli, Stgo.; Adriana Barrera, San Fernando; Osvaldo Contreras, Con-cepción; Gustavo Roa, Los Angeles; Antonieta Chanes, Stgo.



# SORTER NAVIDAD

**★** \$ 500.000.- ★

EN VALIOSOS REGALOS REPAR-TIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NU-MEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICE-RAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMEN-TOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.



Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 4 — SERIE N.º 5 SORTEO DE NAVIDAD CUPON N.º 4 — SERIE N.º 5 17 de octubre de 1956

## Betty en el eolegio





3. Betty descubrió una embarcación en la ribera. "—Sigámoslo en ese bote", decidió. Minutos después, acompañada de tres compañeras, inició la persecución. "—¡Sombrero a babor!, —gritaba—. ¡Más remo, chicas! Ya lo alcanzamos." Poco a poco se acortaba la distancia entre el sombrero y sus perseguidoras.





4. Por fin, Betty pudo alzarlo con un suspiro de triunfo. "—Ya lo tenemos. El lindo sombrero de la señorita Gerard, un poco más fresco que antes. ¡Tres hurras por él!" Los gritos fueron acallados por un trueno. Relampagueó un rayo y después empezó a llover torrencialmente.

(CONTINUARA)

#### PELUSITA

POR NATO















### Betty en el colegio

CAPITULO XIX.— EL SALVAMENTO DE LAS NAUFRAGAS



1. Betty y tres amigas recogieron del río el sombrero de la inspectora Gerard, Celebraban su triunfo, cuando estalló una tempestad. La barca empezó a girar en un torbellino. En vano sus tripulantes luchaban por avanzar hacia la ribera. "-¡Qué terrible!", exclamó So-

fía, temblando de espanto.





2. Para aumentar la aflicción de las niñas, el bote empezó a hacer agua. "-Nos hundiremos. ¡Socorro!" Por un instante, Betty permaneció en silencio, anonadada por el peligro. Después, comprendiendo que su salvación dependía de ser oídas, gritó junto con sus compañeras: "-¡Auxilio! ¡Nos ahogamos!"

(Continúa en la penúltima página.)



CAPITULO XIV.-El suplicio de Pies de Venado.

Nube Blanca atravesó los seis kilómetros que mediaban hasta llegar al pueblo de Cedar. Bobbie y Pies de Venado se detuvieron frente al restaurante Las Tres Estrellas.

En seguida recorrieron las calles en busca de Skeeter; pero el mal-

vado había desaparecido.

—Quédate tú en observación —dijo Bobbie a Pies de Venado—, mientras yo voy en busca del doctor Simpson.

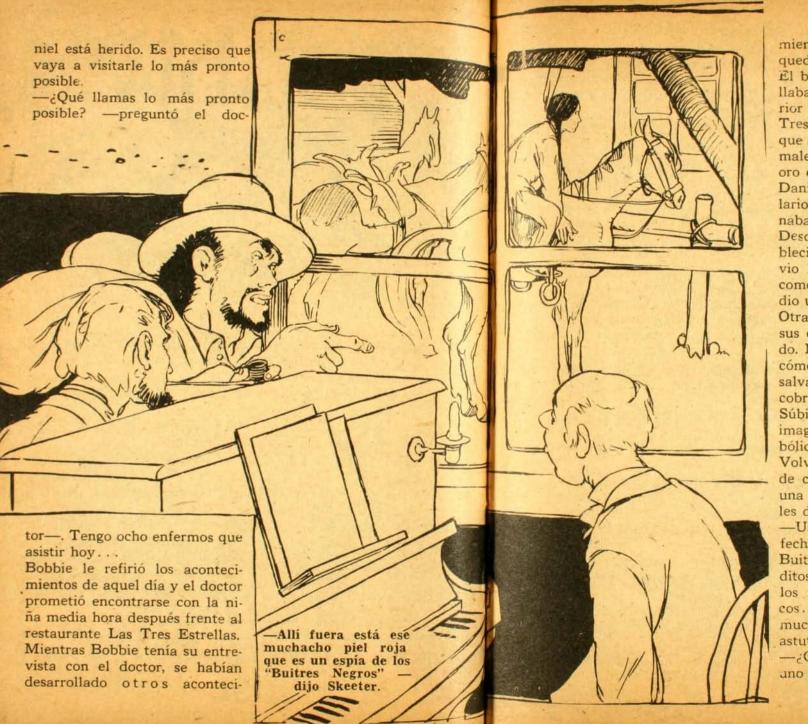
Bobbie se dirigió al centro de la ciudad y se detuvo frente a un gran edificio de piedra.

Grande fue su alegría al encontrarse en presencia del doctor Simpson.

—¡Bobbie, qué sorpresa! —exclamó el buen médico—. Estás crecidito... Te han hecho bien los aires de la montaña.

-Doctor - replicó Bobbie -. Vengo en busca suya... Mi tío Da-

Año VIII - 24-X-1956 - N.º 373
Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).
Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500.
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.
Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.
Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros países: US\$ 5,20.



mientos en la calle donde quedó Pies de Venado.

El bandido Skeeter se hallaba bebiendo en el interior del restaurante Las Tres Estrellas, y cada vez que su vista se fijaba en la maleta con las pepitas de oro que le había robado a Daniel Dracke, su patibulario semblante se iluminaba de alegría.

Desde el interior del establecimiento el malvado vio llegar a Bobbie; pero como no la conocía sólo le dio una mirada sin interés. Otra fue su actitud al fijar sus ojos en Pies de Venado. No podía comprender cómo el indiecito había salvado de la muerte y recobrado su caballo blanco. Súbitamente cruzó por su imaginación una idea diabólica.

Volviéndose a un grupo de colonos que bebían en una mesa vecina a la suya, les dijo:

—Ustedes protestan de las fechorías que hacen los Buitres Negros, esos malditos indios que asaltan los reductos de los blancos... Por allí anda un muchacho que es el más astuto de sus espías.

—¿Qué dices? —exclamó uno de los colonos.

—Allí afuera está ese muchacho en un caballo blanco —respondió Skeeter—. Es un espía de la tribu los Buitres Negros.

—Vamos a descuerarle —dijo uno de los colonos—, así comprenderán esos malditos indios.

Los colonos salieron en tropel del restaurante y cayeron sobre Pies de Venado, antes de que el niño sospechara el ataque.

—Has venido a espiarnos —dijo uno de los colonos cogiendo a Pies de Venado por el cuello.

—Yo no, señor —murmuró el indiecito—, yo no soy espía.

nos y vamos pronto a darle el castigo que merece.

-Eres uno de esos Buitres Negros que asaltan nuestros ranchos...

—Pies de Venado no es Buitre Negro; es sioux —declaró el niño.
—Compañeros, no pierdan tiempo en interrogar a ese indio —dijo el capataz de los colonos—, ni tampoco lo entregaremos a la policía... Es preciso darle un buen escarmiento. Atenlo de pies y ma-

"¿Dónde estará Pies de Venado?", se dijo Bobbie, al no encontrar a su amigo frente al bar Las Tres Estrellas.

La hija de Joven Búfalo divisó un grupo de colonos que parecían discutir acaloradamente, pero no les prestó atención.

De pronto escuchó una conversación entre el mesonero de Las Tres Estrellas y un parroquiano.

—El muchacho indio pasará un mal rato —decía el mesonero—, y con justa razón. ¿Quién lo mete a ser espía y a venir a colocarse tontamente en la boca del lobo?

Bobbie comprendió que se trataba de Pies de Venado y en el acto interrogó al mesonero.

-¿Dice usted que un muchacho indio está en el medio de ese grupo de colonos?

—Sí —replicó aquel individuo—, es un indio de la tribu de los Buitres Negros. Si quieres divertirte, niño, anda a ver lo que hacen con él los rancheros.

La valiente niña se abrió paso por entre el grupo de enfurecidos colonos y gritó indignada.

-Cobardes, ¿cómo se atreven ustedes a maltratar a un niño?

Y Bobbie se colocó al lado de su amigo, dispuesto a defenderle contra todos.

Escucha, niño, tal vez tu intención sea buena —dijeron a Bobbie los colonos—, pero tú ignoras que este indiecillo es espía de la tribu de los Buitres Negros.

—¡Mentira! —gritó Bobbie—. Yo lo conozco: es Pies de Venado, hijo de Aguila Negra, jefe de la tribu de los sioux...

- El indiecito declaró también que era sioux —murmuró un minero.
- Se habrán puesto de acuerdo ambos muchachos para mentir...
- declaró el otro ranchero—. Aten al espía al poste... Le vamos a pintarrajear con betún y después le convertiremos en una linda antorcha...

Viendo que nada podía conseguir a favor de Pies de Venado, Bobbie decidió recurrir al cuartel...

—Nada temas, Pies de Venado —dijo la hija de Joven Búfalo al indiecito—, voy en busca del sargento Brand.

En el cuartel le dijeron que Brand iba camino al Valle de los Robles...

—Si quieres alcanzarle —le dijo un soldado—, vete por el alto y gritale desde alli...

Bobbie corrió más ligero que una gacela y por fin divisó al sargen-

to Brand trotando por la carretera.

Tal fue su precipitación por alcanzarle, que colocando sus pies en el borde de la montaña, resbaló cerro abajo y fue a caer casi en las patas del caballo que montaba el sargento.

-¡Qué manera de volar en seco!... -exclamó Brand, detenien-

do su brioso caballo-. Por mi abuela... ¿Eres tú, Bobbie?

-Sí, soy Bobbie...

-¿Qué pasa? -preguntó Brand.

—Usted conoce a Pies de Venado, ¿verdad? Está en gran peligro. Los rancheros quieren quemarlo vivo...







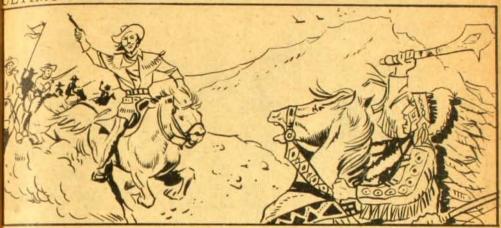
1. Búfalo Bill se hallaba en una crítica situación. Centenares de flechas sioux le amenazaban. Sobre su hombro yacía inerte el explorador indio Arco Tendido. La huida era imposible. El cacique sioux, Caballo Loco, le observaba con su mirada fría y su impasible rostro surcado por las pinturas de guerra.





2. "—Vamos, mis bravos —pronunció Caballo Loco. Su voz era calmada y sin estridencias, pero fue oída por todos los guerreros—. Pa-E-Has-Ka no morirá en este día. Pudo huir, dejando a su compañero herido, pero prefirió permanecer junto a él." Minutos después, Búfalo Bill se reunía con su regimiento.

# BILL TIMO FUERTE



3. Caballo Loco había respetado el valor y la lealtad de su enemigo. Algún tiempo después, los shoshones y los kiowas declararon la guerra a los rostros pálidos. Búfalo Bill batalló contra los rebeldes, aumentando su fama. El nombre de Pa-E-Has-Ka ("Cabello Largo"), hacía temblar a las tribus aliadas.





4. Para contener la rebelión, era preciso que todos los fuertes se hallaran alertos. Búfalo Bill se dirigió a inspeccionar la última fortaleza, tan lejana, aislada y pequeña, que nadie le había dado un nombre. Un teniente de ojos soñolientos y chaqueta desabrochada, saludó a Búfalo Bill.







5. "—No esperábamos su visita, coronel Cody", se disculpó el téniente. Búfalo Bill repuso: "—Lo llevaré ante una corte marcial, acusado de negligencia. El fuerte que usted comanda está en tan lamentables condiciones, que un grito de los indios, bastaría para desplomarlo. Usted, sargento, reúna a la tropa".



6. "—Por si no lo saben, estamos en guerra —continuó Búfalo Bill, indignado ante la apatía de esos hombres. Y cuando el sargento Remus le presentó una fila de hombres barbudos e indolentes, que vestían como vagabundos y parecían ansiosos de irse a sus barracas a dormir, rugió—: ¡Sargento, sáquese la chaqueta!"

## BILL





7. El gigantón Remus pareció desconcertado. "—Coronel... — murmuró—. No comprendo..." Búfalo Bill respondió: "—Le ordené que reuniera a sus hombres para pasarles revista. No me presenta soldados, sino una chusma desordenada. Este es un insulto que no tolero y por el cual le daré una lección".



8. "—No tema. No será castigado por pelear con un oficial —continuó el explorador, y como advirtiera que Remus aún vacilaba, lo sacudió con un vigoroso golpe. Furioso, Remus aulló: "—¡Te arrepentirás de haber empezado esto!" Los harapientos soldados los rodeaban y sus rostros ya no tenían una expresión adormilada.

(CONTINUARA)



Lani, en un gesto de audacia, se colocó el velo de una de las guardianas de Rosita Crusoe para entrar al palacio. Pero uno de los

centinelas la reconoció.

—Tú no eres Bara —acusó—. Te llevaremos a presencia de Klio. Lani, desprendiéndose de la ruda mano, huyo mientras gritaba:

-; Rosita, no tengas miedo! Volveremos a buscarte.

Con un rugido de furia, el nativo la persiguió a través del puente.

—¡Deténganla! Es una espía.

Su intención había sido conducir en silencio a la prisionera, para no alarmar a la pequeña princesa. Pero Lani turbó con sus gritos la quietud del alba.

Otros guardias, ármados de lanzas, se unieron a la persecución. Lani, con un ágil salto, se sumergió en el lago. En la ribera, Julia Blair la esperaba con ansiedad. La ayudó a salir del agua, mientras preguntaba:

-¿Qué sucedió, Lunes?

—Oh, amita Julia. No pude acercarme a Rosita. Lani fracasó en su intento y sólo ha conseguido que descubran nuestra presencia. Ahora nos rastrearán por el lago y por la selva.

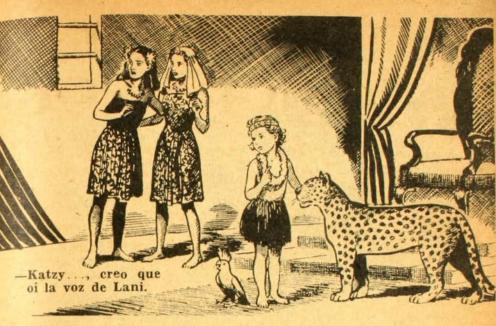
Lloraba con desconsuelo.

—No te desesperes, Lunes —murmuró Julia—. Salvaremos a Rosita y huiremos de esta isla.

En la sala del trono, las doncellas nativas comentaban a media voz:
—Los guardias persiguen a alguien. He oído caer lanzas al río. Han querido herir al que huye por el río, a nado.

Rosita no alcanzaba a percibir las palabras de sus guardianas. In-

clinándose sobre su leopardo, susurró:



—Katzi..., creo que oí la voz de Lani. Saldré a mirar.
Pero una de las isleñas la detuvo, diciendo con acento suplicante:

—Si'Ta no debe salir, no debe<sup>o</sup> dejarnos... Permanecerá siempre con nosotros para que el pueblo de la Reina Blanca sea feliz... Harla te ruega que no salgas...

La otra servidora le ofreció una fuente de exquisitas frutas.

-Si'Ta, prueba tu desayuno. ¿Quieres leche?



—Quiero irme con Lani y Julia.

Con los ojos cegados por las lágrimas, luchó por desprenderse de los suaves brazos de Harla. Ella, aunque sentíase horrorizada por contrariar la voluntad de la princesita, no la dejó libre. De pronto, respiró aliviada. Klio había aparecido en la puerta y ante el majestuoso anciano, Rosita se tranquilizó. —Viejito Klio —dijo,

mientras la esperanza relucía en sus azules pupilas-, ahora me dejarás ir. ¿verdad? Mis hermanas vienen a buscarme.

Klio repuso:

-Haremos un viaje, Si'Ta.

Dirigiéndose en seguida a las doncellas, agregó:

-Preparen a la princesa. Este lugar es peligroso para ella. La conduciremos a presencia de la Reina Blanca.

-Como tú mandes, oh Klio -replicaron ambas jóvenes.

Una lágrima, que temblaba en las rubias pestañas de Rosita, rodó por su mejilla. Al ver su expresión de dolor y desamparo, Klio se conmovió. Arrodillándose ante la niña.

exclamó:

-Si'Ta, no llores. Conocerás a una reina hermosa y buena. Junto a ella, olvidarás a tus hermanas.

-No, viejito Klio -sollozó Rosita-. Nunca olvidaré a Julia v a Lani.

Harla adornó a Rosita con collares v brazaletes de oro y piedras preciosas. Pero el brillo de las jovas no entusiasmó a la llorosa niña. De súbito, la nativa, ofreciéndole un collar de diamantes, murmuró:

-¿Para Katzy..., tal vez?

Por cierto que no se atrevía a colocarlo ella misma en el cuello de la fiera. Pero pensaba que la idea distraería a Rosita de su pena. En efecto, la niña sonrió entre sus lágrimas. Después, adornó con la joya a Katzy. Los

diamantes relucían sobre la piel manchada.

Polly chilló:

-¡Mi parte del botín!

Rosita eligió un anillo que ajustó a la pata del papagayo.

-Ahora iremos tranquilos -aconsejó en seguida a Katzy y a Polly-. Tal vez Julia y Lani se nos unan en el camino. Minutos después, Klio conducía a Rosita hacia la barca real.

-El viaje será breve, oh, princesa -declaró el anciano.

Observaba con veneración a la pequeña princesa. No dudaba que el dios Ma-Zara la había enviado para que los gobernara. Era la



Una lágrima rodó por su mejilla.

princesa prometida por una antigua leyenda nativa. El pueblo la esperaba y nunca permitiría que se marchara de la isla. Esas extrañas a quienes Si'Ta llamaba "hermanas", debían ser alejadas para siempre.

—¡Honor a Si'Ta! — aclamaban los isleños al paso de la princesita. Katzy vaciló antes de saltar a la canoa. Polly voló a posarse sobre el toldo regio, vociferando:



—¡Virar de babor! ¡Ojo a la vela, cangreja! Otras canoas se preparaban para escoltar a Si'Ta.

Ocultas entre la densa vegetación de la orilla del lago, Julia y Lani vieron pasar las embarcaciones. Al reconocer a la pequeña figura, inmóvil bajo el dosel que la protegía del sol, Lani exclamó:

-; Rosita! ¿A dónde la llevan?

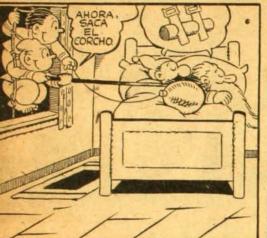
La voz de Klio resonó:

-¡Rápido, rememos! ¡Al palacio de la Reina Blanca!

—Una reina, tal vez cruel y salvaje como ellos —balbuceó Lani—. Amita Julia, es preciso rescatar pronto a Rosita.



## CIED ALEGO





Tim y Tam no podian dormir y soñar con sus tocayos los angelitos. Por lo tanto, decidieron hacer una broma al capitán Escotilla y al inspector patilludo, colocando sobre su cama una colmena de abejas.





2. Los bellos durmientes, al sentir las picaduras de las abejas, huyeron pativolando por la ventana. Macario despertó al oir los gritos. "—Apuesto que los mellizos Tim y Tam tienen la culpa —dijo—. Me asomaré a la ventana."

## EL TO TOME





3. Descubrió a los mellizos, que subían por una escala de cuerdas. "—¿Quieren llegar al cielo? —preguntó el cabezón—. Le haré un favor a San Pedro, no dejándolos subir." Y con unas grandes tijeras, el cargante cortó la escala.

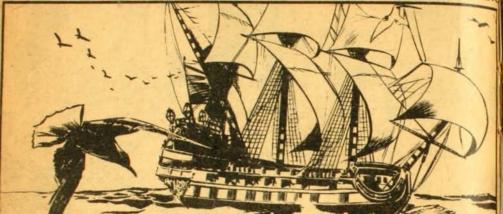




4. Tim.y Tam cayeron. El capitán y el inspector los esperaban con los brazos abiertos, dándoles en seguida una paliza tan sonora, que todos los de la casa despertaron. "—¿Qué hacen ahí? ¿No tienen sueño?", preguntó la mamá Tomasa.



CAPITULO I.—ENTRO AMISTOSO



1. Aquel día, en el año de gracia de 1684, el "Amaranto", barco francés de treinta y ocho cañones, avistaba las costas de la América antillana. En aquel tiempo turbulento, en que el mar era dominio de piratas y corsarios, resultaba difícil saber si un navío era temible o inofensivo.



2. El vigía gritó de pronto: "-¡Vela a estribor!" El "Amaranto" envió entonces un cañonazo de advertencia. La otra nave cambió de amura. "-Seguirá una ruta distinta, para evitarnos... o engañarnos - masculló el Tártaro -. Estos perros españoles creen poseer una gran astucia."

## LOS PIRATAS DEL CARIBE





3. "-Un poco de plomo tal vez los convencerá de que no son tan agudos", añadió burlonamente el capitán filibustero, de cabeza rapada v cuerpo gigantesco. Rugió la metralla y entre relampagueos de fuego y nubes de humo, los barcos libraron un combate formidable





4. El "Amaranto", desmantelado, con su arboladura quebrada y las velas convertidas en jirones, embarrancó en los arrecifes del Cabo Francés. Erguido junto a la borda, el Tártaro observó con sombría mirada la chalana que se acercaba, trayendo a su vencedor. Y de pronto, la risa explotó en sus labios.





5. "-¡Cormorán, viejo cuervo del mar!", gritó con estruendosa voz, estrechando en sus potentes brazos a la figura alta v ágil que había subido de dos saltos la escala de cuerdas. El Cormorán replicó: "-¡Tártaro! ¿Cómo estás, primo del diablo?" Un corsario los miraba incrédulo.



6. ¿Cómo era posible que dos capitanes que casi se habían arrancado el alma a cañonazos, se abrazaban ahora con fraternal alegría? El Cormorán viajaba en un galeón español y a esto se debió el error. Luego de evocar su aventurera vida, el Tártaro gruñó: "-Pero en estos últimos tiempos, me muero de tedio".

# LOS PIRATAS OEL CARIBE

Esos perros espanoles se nos escabullen ... no por donde.



7. "-No encuentro un español ni aunque navegue veinte mil leguas. Sospecho que han descubierto una nueva ruta para arribar a sus puertos." El Cormorán dijo: "-La descubriremos también nosotros. Llevaré a remolque tu barco y desembarcaremos en una playa desierta. De ahí, marcharemos a pie hasta Cartagena".



8. Les acompañó el contramaestre del Cormorán. Harían investigaciones sobre la flota de guerra española y el desconocido derrotero que seguían los barcos mercantes. Cruzando las fortificaciones, entraron en la bullente ciudad. El Cormorán y sus acompañantes se dirigieron a la taberna más concurrida.



El torrente había engullido a Tilda Harvey quien cayó de la carreta al hundirse ésta en un profundo hovo.

—Allá voy —gritó Ciro Manders, saltando también al río.

Ciro era excelente nadador. Con su vista

fija en el punto donde había desaparecido Tilda Halvey, pronto llegó a colocar su mano sobre los hombros de la náufraga.

-Cógete de mi brazo -le dijo Ciro-, y déjate llevar sin esforzarte.

Tilda estaba exhausta y medio aturdida, pero pudo sujetarse al brazo de su salvador.

Luchando contra los torbellinos del río, lograron llegar a un embancamiento donde Ciro pudo asirse a una rama.

-Estamos salvados -suspiró Ciro.

RESUMEN: Ciro Mander llega a la plantación africana de Piedra Negra, donde le reciben Tilda Harvey y el zulú Inchi. Les visita el granjero Ellis, en quien reconoce Ciro al embozado que le asaltó en el camino para robarle un paquete sellado. Al verse de nuevo asaltado, Ciro decide abrir el legado de su padre, el cual consiste en un amuleto indígena que Tilda guardará en su pecho colgado de una cadena de oro. Ellis ofrece perdonar una deuda que pesa sobre la granja de Piedra Negra si Ciro entre ga el amuleto. Tilda y Ciro se niegan a ello. Arrojados de Piedra Negra, Tilda, Ciro e Inchi, parten en una carreta hacia "Los Montes de las Animas". Ellis sigue sus huellas. Después de un mes de penoso viaje, Tilda cae a un río....

\_Si \_murmuró Tilda—, pero mira la carreta, Ciro... Imchi trata de salvar a los pobres bueves que la corriente arrastra.

Cinco de los animales ya habían dejado de luchar; el sexto se debatía aún en cruel agonía.

Ruina, completa ruina de todas mis esperanzas —suspiró Tilda—. El pérfido Enrique Ellis triunfará de nosotros y ya no podré encontrar a mi padre.

¡Infeliz Tilda Harvey! En pocos días había perdido todo. Primero desapareció su padre, en seguida Enrique Ellis la despojó del rancho



TILDA

"Piedra Negra" y, ahora, quedaban en un lejano desierto, sin víveres y sin medios de movilizarse.

-No llores -suplicó Ciro-. Hemos salvado nuestras vidas y allí está el valiente Imchi para protegerte.

El coloso zulú, venía saltando de roca en roca a juntarse con sus amiguitos.

—Yo creí que ustedes se habían ahogado —dijo Imchi—, y al pronto pensé que el patrón me trataría como a un perro infiel. Antes de partir me recomendó a su hijita y juré que sólo la muerte me separaría de ella.

-Imchi -preguntó Tilda-, ¿crees tú que podremos salvar la carreta?

—Sí —respondió Imchi—, he colocado varias piedras bajo sus ruedas y, cuando bajen las aguas, iré en busca de los baúles. Los pobres bueyes se ahogaron, pero ya de poco nos iban a servir, porque estamos al pie de los "Montes de las Animas", y el camino es muy escarpado. Lo que quede en la carreta ten-

dremos que llevarlo a la espalda.

—Imchi —insinuó Ciro Manders—, ¿no crees tú que sería más prudente retroceder y volver a Makef?

No, no —interrumpió Tilda—, yo seguiré aunque me dejen sola. Quiero buscar a papá. Cuando bajó la marea, Imchi penetró al río y, subido a la carreta, comenzó a lanzar los baúles a la ribera, con una fuerza que admiró a los niños. Después alzó ambos brazos y caminó por el agua con los tres rifles en alto.



Así fue descargando el vehículo de mantas, víveres y todo lo que necesitaban. Por fin, el fiel negro encendió una fogata y preparó la comida de sus amitos, como si nada hubiera ocurrido.

—Todo se arreglará, patroncita —decía alegremente Imchi—, y como mi hacha "Relámpago" es invencible, desafiaremos hasta al

"Pueblo de las Animas".

Ciro advertía que el buen zulú hablaba así para dar aliento a Tilda, pero en realidad Imchi temía el encuentro con ese pueblo lleno de misterios y de secretos, pueblo que nunca devolvía a sus víctimas ni a sus prisioneros.

Al día siguiente, la jornada fue tan fatigosa, que Tilda se detuvo,

y, moviendo su rubia cabecita, murmuró:

-No puedo más. Necesito sacarme los zapatos y descansar un rato.

-Y yo también -confesó Ciro Manders.

—Voy a quitarme la carga de la espalda y traeré agua del arroyo para que laves tus pies. Imchi, acamparemos aquí.

Los tres aventureros, cargados con mantas, rifles y víveres, habían caminado todo el día por escarpados senderos y ya sentían las fatigas de un viaje de más de un mes de duración.

Imchi se alejó en busca de agua al arroyo, y de pronto los muchachos escucharon un ruido sordo y a la vez un temblor como terremoto que conmovía la tierra.

-Un rinoceronte -balbuceó Tilda-, Imchi dejó aquí su inven-

cible hacha y sólo va armado de su lanza.

—Iré con mi rifle a socorrerle —dijo Ciro, corriendo hacia el arroyo y desoyendo el llamado de Tilda.

El muchacho divisó desde un promontorio a Imchi desafiando con su lanza en alto al monstruoso rinoceronte, que rugía enfurecido.

Ciro buscó una posición que no tuviera peligros para el negro y disparó. Pero el tiro produjo tan poco efecto como la lanza de Imchi. En su apresuramiento, Ciro había cogido el pequeño rifle de Tilda bueno para cazar pájaros y liebres nada más.

De súbito y cuando ya Ciro se veía perdido, sonó un disparo y

el rinoceronte cayó herido de muerte.

Por entre las breñas surgió Tilda Harvey con un rifle humeante en sus manos.

—Ciro, ¿estás vivo? —preguntó la niña—. Dios sea alabado. Este rifle es especial para fieras; en cambio, el que tú llevabas no podía traspasar el cuero de un rinoceronte. ¿Y dónde está Imchi? Ciro señaló a lo lejos el cuerpo inanimado del zulú.

Imchi había caído de espaldas sobre una peña cuando lanzó la lanza al rinoceronte, y su cráneo se golpeó en la dureza de la roca. Ciro y Tilda lavaron la cabeza ensangrentada de Imchi y comprobaron que el corazón le latía.



—Dejémosle reposar —murmuró Tilda, después de curar a su fiel negro.

El inquieto Ciro examinaba al monstruoso animal, cuyo inmenso y puntiaguido cuerno pudo haberlo atravesado de pecho a espalda.

—Tilda, ven acá —gritó de súbito Ciro—, este animal tiene un anillo de oro en la base del cuerno.

Tilda abandonó su sitio junto al inconsciente Imchi y examinó también el anillo de oro que Ciro sacaba del cuerno con la hoja de su navaja.

Examinando el anillo, los muchachos descubrieron unas letras gra-

badas en el reverso.

—Es una fecha y en seguida un nombre —dijo Ciro, limpiando el anillo—. "1913. Manders." Mi apellido... No acierto a comprender. —Yo sí —dijo Tilda—. Tú me referiste que tu padre, antes de la primera guerra mundial, había viajado mucho por el Africa. Seguramente el señor Manders colocó ese anillo en el cuerno de un pequeño rinoceronte y debió domesticarle. . . Esto me hace suponer que tu padre conocía todos los secretos del "Pueblo de las Animas" y de este valle de los misterios. . .

-Este anillo puede también ser un amuleto o un mensaje -insinuó Ciro.

En ese momento, Imchi, que había recobrado sus sentidos, se detenía frente a ellos.

Todo fue divisar el anillo de oro que Ciro tenía en sus manos y caer de rodillas, cubriéndose el rostro con ambas manos.

- —Imchi, ¿qué te pasa? —preguntó Tilda—. No seas tonto. Levántate.
- —Seguramente está dándote las gracias por haberle salvado del rinoceronte —indicó Ciro.
- —Le conozco demasiado —replicó Tilda—. Imchi se ha trastornado al ver el anillo de oro. Algo terrible debe sufrir. Vamos, Imchi, álzate y habla.

El zulú levantó la cabeza y miró a Tilda con ojos angustiados y llorosos.

- -¿Qué te espanta, Imchi? -preguntó Ciro-. ¿Es el anillo de oro el que te produce espanto?
- —Esa bestia, ese rinoceronte era uno de los animales sagrados del "PUEBLO DE LAS ANIMAS" —balbuceó Imchi—. El rinoceronte guardaba la entrada del Valle Secreto.

-¿EL VALLE SECRETO?

—Sí, patroncitos —prosiguió Imchi—. Cuando muere un guerrero del "Pueblo de las Animas", su espíritu penetra dentro del cuerpo
de un rinoceronte y éste se constituye en guardián del Valle de los
Misterios. No se burlen, patroncitos... ¿Por qué nos atacó ese bruto? Pues, para no dejarnos entrar a ese valle misterioso. Los espíritus están enfadados.

Pero el animal ya está muerto —insistió Ciro—. Nada hay que temer.

Los espíritus no mueren —afirmó Imchi—. Ya no hay remedio... Ha caído una maldición sobre nuestro viaje... Todavía es tiempo de volver atrás... Registren ese anillo, patroncitos. Allí está escrito el nombre del espíritu que murió.

Imchi permanecía de rodillas y continuaba suplicando a sus amitos

que volvieran atrás.



—No seas necio —exclamó Ciro—; mi padre murió hace dos meses en Inglaterra. Yo le acompañé hasta su último suspiro. ¿Cómo puede ser entonces un viejo rinoceronte el espíritu de mi padre? —Nosotros tendremos que dar cuenta a los espíritus de la muerte del rinoceronte —insistía Imchi—. ¡Ay de mí!... Moriré en el tormento y mis patroncitos también.

### Ponchilo











### por nato









CAPITULO V.— Los hombres malos.

En una isla de las Hébridas, abandonada luego de ser una espléndida pesquería de perlas, no había más habitantes que Francisco Maine, su hija y su criada. El "Estrella



Errante", barco tripulado por aventureros, ancló en la solitaria bahía. Rigal, capitán de la nave, sospechando que Maine ocultaba un tesoro, envió a Marco Survir a espiar. Este no logró descubrir el secreto del anciano.

El piloto Alberto Brice, que deseaba evitar a Lisa y a su padre las acechanzas de Rigal, prometió levar anclas, enrumbando hacia otros mares.

Lisa, con una mirada soñadora, vio alejarse al joven. La inquietud que la había dominado desde que Rigal desembarcó en la isla ya no la torturaba.



—Alberto cumplirá su promesa —murmuró—. Y después regresará a buscarme...

Sumida en sus sueños de felicidad, se encamino hacia la casa.

Mientras tanto, Brice subía a bordo. Un barbudo márinero le advirtió:

Teniente, hay electricidad en el aire. Tenga cuidado.

—¿Qué quieres decir, Dan? —preguntó él, sonriendo.

La impasible expresión de Brice enfureció a Rigal.

—Nada más que lo que he dicho. No agregaré otra palabra porque tengo aprecio a mi pellejo.

Ataba pensativamente la soga del bote y añadió:

—Usted es él único decente entre este hato de bellacos, incluyéndome a mí. Lamentaría que le ocurriera algún percance.

—Gracias, viejo —contestó Brice—. Tendré los ojos bien abiertos. Se dirigió en seguida hacia la tripulación, diciendo con voz natural:
—Bien, muchachos. Terminaron las vacaciones. Ya tenemos provisión de agua dulce y es hora de partir. Todos a sus puestos.

-¿Yo también, teniente? - preguntó Rigal con sarcasmo-. Su-

biré corriendo al puente de mando.

Brice sostuvo tranquilamente la mirada de Rigal. En los ojos de éste danzaban fulgores de burla, pero desaparecieron ante la fría expresión del piloto. Con el semblante congestionado de ira, aulló:

-¡Soy yo quién da órdenes aquí!

Bien hablado, capitán —aprobó Marco Survil, cuyo astuto rostro pareció agudizarse más con una solapada alegría.

Uno de los marineros cogió a Brice por detrás, rodeándolo con sus potentes brazos, mientras gritaba:

-¡Viva'el capitán! ¡A la bodega el amotinado!

—¿Para qué darle una mala compañía a los ratones? —objetó Dan—. Si le vigilamos bien, no hay necesidad de encerrarlo. Algunos de sus compañeros rieron, pero Marco Survil gruñó con

odio:

-¡Enciérrenlo!

—Sí —asintió Rigal—. Brice es peligroso. No me fío de él si tiene las manos desatadas y el cerebro funcionando. Esto se arregla con una soga larga y un buen golpe en la cabeza.

Después, con su estruendosa risa, continuó:

-Atenlo, no más. De nada le valdrá pensar en la soledad de la bodega.

Dos aventureros se apresuraron a inmovilizar a Brice con sólidas ligaduras y en seguida lo transportaron a la cala del barco. Survil marchaba delante de ellos, con una linterna. Cuando la escotilla se cerró sobre su cabeza, Alberto Brice quedó sumido en las tinieblas.

El sol esplendía sobre el mar. Era casi mediodía cuando la mayor parte de la tribulación ocupó un lanchón, para dirigirse a tierra.

—La sirena tal vez no espera nuestra visita —sonrió Marco, refiriéndose a la bella Lisa Maine.

—Verá aparecer tu flaca silueta, en vez de la gallarda y rubia estampa de Alberto Brice —comentó Rigal con acento burlesco. Pálido de furia, Marco repuso:

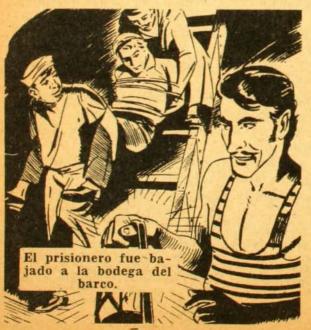
—Tendrá que acostumbrarse a verme. Tal vez tengamos que deambular por la isla mucho tiempo, en busca de las perlas escondidas. Y cuando las encontremos, la esquiva y hermosa Lissy

tendrá que marcharse conmigo.

—Brice la defenderá, cômo en las novelas románticas —dijo Rigal.

-Está prisionero y, si molesta demasiado, terminará sus días en el fondo del mar. Hay por aquí tiburones que tal vez se interesarían por él.

Por un instante reinó el silencio. Sólo se oía el golpe de los remos sobre el agua. Rigal fumaba su pipa. De pronto declaró:



-No creas que vagaremos por la isla, como almas en pena, buscando las perlas. Obligaré al viejo a hablar. Prefiero los métodos directos.

-Maine es impenetrable v no hablará por la fuerza. Conviene usar diplomacia. Déjeme que vo lo ablande.



-Hijita, con el tiempo lo olvidarás -diio Francisco Maine a su hija.

- Con qué métodos? - masculló Rigal.

-Tengo un plan, capitán. Estoy tejiendo en mi mente una intriga que no fallará. El viejo, y también la niña, me creerán. Después será fácil que se fíen de mí... y cuando obtenga el dato que busco, se lo comunicaré de inmediato.

-Si tu sistema no resulta rápidamente, emplearé el mío -dijo

Rigal.

En ese instante, desde su lecho de enfermo, Francisco Maine observaba a su hija. Advirtió que a intervalos, el dulce rostro parecía resplandecer de felicidad, o una sombra de tristeza e incertidumbre cruzaba por sus ojos.

-¿Qué sucede, hijita? ¿Te causa pena la ausencia de Brice? Qui-

zas regrese...

Prometió volver —confesó Lisa—. Pero temo que esos hombres

malvados le impidan regresar.

-Hijita, con el tiempo lo olvidarás. Regresaremos a la civilización y serás muy rica. Entonces podrás elegir a un joven digno de ti.

De improviso, Lunga abrió la puerta y anunció, con el espanto refleiado en su semblante:

- ¡Vienen los hombres malos!

(CONTINUARA)

### Correspondencia

CLADYS LAGOS, de Concepción .-Aun no se canjean los cupones del sorteo de Navidad. Anunciaremos la fecha en la revista.

ELENA ARANCIBIA, de Artificio.-Conocemos ese pueblo tan hermoso y limpio y nos complace que todos alla sean lectores de esta pequeña

gran revista. La felicitamos por su premio.

YVONNE COHEN.—Declara que "Simbad" es la mejor revista infantil del mundo, y que su papá también recuerda otros tiempos en que era loco por nuestras lindas seriales. ALICIA BARAHONA, de Curico.-Agradecemos sus felicitaciones por "Bobbie" y los "Piratas del Caribe". ROXANE.

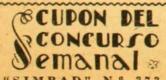
### ¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: ¿DON-DE NACIO NA-POLEON BONA-PARTE?

¿En París, en la isla de Córcega o en Marsella?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta con el cupón respectivo a revista "SIMBAD", casilla 84-D. Santiago, SOLUCION A "SIMBAD" N.º 371: ANCON ESTA AL NORTE DEL CALLAO, PERU. Entre los lectores que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes, CON CINCUEN-TA PESOS: Carmen Hasbun, Tomé; Teresa Bascalto, Santiago: Juan Saavedra, Santiago; Elena Chacón, Santiago; Cristián Vicuña, Santiago: Alejandro Franchino, Quillota; Manuel Benavides, Santiago; Hugo Yáñez. Putagán; Alma Helgig, San Bernardo: Mirta Bastidas, La Unión, SUBSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Ana Espinoza, Parral; Florinda Díaz, Mininco; Luis Gómez, Villa Alemana; Valericio Calderón. Linares; Nolvia Poblete, Concepción; Patricio Franjola, Lautaro; Carmen Luz Morales, Stgo. UN LI-BRO: Cecilia Molina, Tomé; Patricia Pascual, Santiago; Emilio Novoa, Santiago; Natalia Morales, Parral; Chirista Harle, Santiago; Tomás Ovalle, Talcahuano; M. León, Santiago; Marta Riveros, Santiago; Amalia Arredondo, Santiago: Julio Salman, Valparaiso.



# SORTEG NAVIDAD

\* \$ 500.000.- \*

EN VALIOSOS REGALOS REPAR-TIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NU-MEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS. RADIOS. LAPICE-RAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMEN-TOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.



Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 5 — SERIE N.º 5 SORTEO DE NAVIDAD CUPON N.º 5 — SERIE N.º 5 24 de octubre de 1956.

### Betty en el eolegio



3. Un pescador que se dirigía apresuradamente a su hogar oyó los gritos. Aguzando su mirada a través de la lluvia torrencial distinguió a las cuatro náufragas. De inmediato les lanzó una soga. "—Alguien viene a salvarnos —exclamó Betty—. A ver, yo cogeré el cable. Ya pasó el peligro, chicas."





4. El buen pescador las atrajo hacia la ribera y las guió en seguida a su casa. Allí, luego de ofrecerles té caliente, les dio unos sacos vacíos, para que los usaran como capote. "—Les servirá para cubrirse de la lluvia", dijo sonriente, mientras las niñas se disponían a regresar al internado.

### PFLUSSTA

### POR NATO















### Betty en el colegio

CAPITULO XX.— LLUVIA DE SOPA





1. La directora y la inspectora del internado de Santa Teresa estaban terriblemente inquietas por la ausencia de Betty y de tres alumnas más. Por fin las vieron aparecer, protegiéndose de la lluvia con sendos sacos, "-Ahí vienen -suspiró madame Chardin-, Cogerán, sin duda, una pulmonía con este mal tiempo."





2. "-¿Son nuestras alumnas esas sospechosas figuras encapuchadas?", dijo la señorita Gerard, con desconfianza. Betty, asomando su rubia cabeza por debajo de la arpillera, exclamó: "-Señorita inspectora, aquí tiene su sombrero blanco, salvado de las aguas." Y mostraba el sombrero lacio y arrugado.

(Continúa en la penúltima página.)



CAPITULO XV. Heroismo de Bobbie.

El sargento Brand, llevando a Bobbie a la grupa de su caballo, llegó en pocos minutos a Cedar.

La muchedumbre que rodeaba a Pies de Venado, la víctima destinada a ser quemada viva, abrió paso al caballo del sargento.

-El primer hombre que toque a este indio, pagará con su vida -exclamó Brand, preparando la carabina-. Este niño no pertenece a la tribu de los Buitres Negros. Se llama Pies de Venado, pertenece a los sioux. Yo le conozco.

Los colonos se consultaron un instante entre ellos.

—Si usted nos garantiza que no es espía —declaró el de mayor importancia-, le dejaremos en libertad.

Bobbie no aguardó el final de la declaración para dejarse caer del caballo y acudió a libertar a su amigo, cortando las ligaduras que le sujetaban al árbol.

Año VIII - 31-X-1956 - N.º 374 Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane). Subscripción anual: \$ 980. Semestral: \$ 500. Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286. Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2. Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros países: US\$ 5,20.

—Pies de Venado no olvidará lo que le debe al hermano blanco —murmuró el indiecito.

-Tienes que agradecerle al sargento -insinuó Bobbie.

Yo me alegro de haber llegado a tiempo, eso es todo. Pero, ¿qué hacen ustedes por aquí? —interrogó con benevolencia el sargento.
Yo vine en busca del doctor; también lo necesito a usted, sar. gento. Mi tío ha sido herido y robado por Skeeter.

-Skeeter, hombre malo -añadió Pies de Venado-. Nosotros le

seguimos hasta Cedar.

—¿Qué dicen ustedes, niños? Daniel Dracke herido... Y el bandido de Skeeter anda por aquí...

El sargento Brand parecía agitadísimo.

-¡Bandido! Ese hombre no debe andar suelto.

—Así es —afirmó Bobbie—. Pero lo pillaremos tarde o temprano, ¿Verdad? Un patrullero no se deja vencer por un malhechor. El sargento apretó los puños.

-¡Por mi carabina que no se me escapará! -exclamó-. Vengan

ustedes conmigo.

El bandido Skeeter, después de acusar a Pies de Venado de espía, trató de proporcionarse un caballo. Tras varias diligencias infructuosas, llegó al corral donde invernaban los caballos. Sin saberlo, largó los de Dracke; allí mismo tomó una montura y ensilló el caballo.

Iba a montarlo, cuando vio pasar por el extremo opuesto del corral al sargento acompañado por los dos niños.

Todos caminaban a pie, en dirección al cuartel de policía montada.

De pronto Bobbie se separa de sus acompañantes, arrebata las bridas de manos de Brand, monta a caballo y parte corriendo a galope tendido.

Skeeter la vio acercarse y espoleó su cabalgadura. El fogoso corcel, después del forzado descanso y bien alimentado en la pesebrera, se encabritó. Bobbie aprovechó esos instantes de vacilación y arrojó con fuerzas el lazo que pendía de la silla del policial.

El bandido quedó preso y fue arrastrado por el suelo. La niña torció bridas y galopó sin detenerse. El lazo se apretó más y Skeeter

quedó aprisionado.

-¿Qué ocurrencia fue ésa, Bobbie? -exclamó contrariado el sargento.

—Aquí le traigo su prisionero —respondió jadeando Bobbie— Este es Skeeter.



-¿El que hirió a su tío y le robó el oro?

-Si. Y, además, le robo el caballo a Pies de Venado.

—¡Por mi carabina! Pagará sus crímenes —declaró el sargento. Corrió al lado del ladrón y le aseguró el lazo.

—Supongo que usted no hará caso de lo que dicen estos niños — balbuceó Skeeter—. Soy inocente.

-Robó al tío Dániel y le disparó un tiro -insistió Bobbie.

- Mentira, no conozco tu rancho. Ni sé de qué hablas - aseguró el pícaro.

—Yo le vi la cara a la luz del fogonazo, y el tío también —profirió la niña—. Además, sargento, ahí en mi caballo tiene los sacos con pepitas de oro.

Skeeter se estremeció. Se había olvidado de aquel detalle. Sin embargo, reaccionó al momento.

—Hay cientos de bolsas de cuero semejantes a éstas —aseveró—, y todas las petitas de oro son iguales.

-Yo le creo al muchacho -interrumpió el policía-. Además, estoy seguro de que Daniel Dracke identificará las bolsas y al la-

drón. Y aquí está Pies de Venado, a quien le robó su caballo v acusó injustamente.

-Pero vo tengo que irme, sargento -dijo, nerviosa, Bobbie-

Tengo que llevar el doctor a mi tío. Ahí viene.

En efecto, el médico de Cedar pasaba por ahí en aquel instante Bobbie le puso al corriente de los acontecimientos.

-Iré en seguida -decidió el doctor-. Con una bala en el hom. bro no hay tiempo que perder. ¿Qué es lo que sucede aquí?

-Hemos atrapado al hombre que hirió a Daniel Dracke -explicó el sargento.

-: Perro sanguinario! -- gruñó el doctor-. No le deje escapar. sargento.

-No hay cuidado. Dígale a su tío -continuó Brand, dirigiéndose a Bobbie- que pronto iré a tomarle declaración.

Bobbie fue en busca de sus caballos. Dio el de Daniel al doctor y ella montó su vegua Terciopelo, llevando las bolsas con oro,

Galopando muy de prisa llegaron a la cabaña de la sierra. Después de extraer la bala, el doctor Simpson estimó conveniente permanecer algunos días en casa del trapero, a fin de atender me-

jor su curación. -¿Dónde pusiste las bolsas con oro? - pregunto algunos días después el herido a Bobbie.





—Están bajo las tablas, cubiertas con la alfombra —dijo Bobbie. —Aunque Skeeter está preso —discurrió Daniel Dracke—, no me encontraré tranquilo mientras permanezcan en ese sitio; necesitaremos otro escondite.

—Yo conozco uno espléndido —exclamó Bobbie, recordando la caverna donde guardó el baúl.

-¿Piensas en la caverna? Excelente, hijita.

-Entonces no aguardo un momento más. Quédese tranquilo, tío. Yo las llevaré.

En verdad, será mucha tranquilidad para mí saber que están en lugar seguro —asintió el trapero.

Sin vacilar, Bobbie se caló el sombrero, echó al hombro las bolsas de cuero y partió.



## BUFALO

CAPITULO IX.—DESAPARECE





1. Búfalo Bill, indignado por la indisciplina que reinaba en un lejano fuerte de la frontera americana, desafió al sargento Remus. Aunque éste era vigoroso como un toro, lo abatió. Al salir de su aturdimiento, Remus balbuceó: "-¡Me venció, señor!... Nadie lo había hecho antes".





2. "-Sargento Remus, no crea que fue fácil derribarlo. Es usted un adversario duro ..., y advierto que lleva en su chaqueta una medalla al valor. Buenas razones para entregarle el comando de la plaza -contestó Búfalo Bill-. Dentro de media hora, presenteme a su tropa."

OS SOLDADOS BARBUDOS riene media hora para organizar esta plaza.



3. En el plazo fijado, Búfalo Bill revistó las filas de soldados en correcto uniforme. No parecían ya los mendigos barbudos. "-- ¿Cómo consiguió esta transformación, sargento?", murmuró Bill. Remus contestó: "-Tengo mis métodos, coronel..."



Y ahora, soldados del fuerte Diecinueve, a defenderse como leones!



4. Luego añadió con una semisonrisa: "No sólo se han acicalado, sino que también han tenido tiempo de reparar las empalizadas". Búfalo Bill arengó entonces: "-¡Magnífico! Y no permitan que ningún indio salte esas murallas".

# BUFALO BILL



5. Los hombres del fuerte Diecinueve prometieron a gritos dar una lección al piel roja. Esa tarde, el sargento Remus preguntó: "-¿Está seguro de que nos atacarán, coronel?" Búfalo Bill repuso: "-Si. Al venir, vi huellas de exploradores kiowas".





6. De súbito, distinguieron en el horizonte señales de humo. "-Te nia razón, coronel -dijo Remus-. Ahí están esos condenados. El explorador contestó: "-Saldré a dar una mirada. Veré cuántos son..., y si el número es muy crecido, cabalgaré hasta el fuerte Lincoln para traer refuerzos".





7. Minutos después, Torbellino cruzaba la desierta planicie. Luego de bordear las colinas, escalaron un rocoso monte, desde cuya cima Búfalo Bill observó el valle. "-Ahí están acampados." Torbellino se removió, inquieto.





Los pieles rojas no atacaban de noche. A los primeros fulgores del día, Búfalo Bill vio la actividad del campamento. "-Cincuenta guerreros kiowas -murmuró-. No es una partida numerosa. Los valientes del fuerte Diecinueve la harán morder el polvo."



Rosita conquista a la

Julia Blair y Lani vieron pasar las canoas que escoltaban

-No debemos perderlas de vista -exclamó Julia-, Van hacia el río. Las seguiremos por la ribera.

Ocultándose tras la cortina de vegetación que se alzaba a orillas del agua, avanzaban velozmente, lanzando continuas miradas a las embarcaciones. En la canoa real viajaba Rosita, sumida en tristes pensamientos. El corazón de Julia y Lani se contraía de dolor ante ese rostro infantil que ellas habían visto siempre alegre y confiado. Ahora se inclinaba, orlado de oro por los cabellos rubios y la corona. Los ojos azules se veían nublados de lágrimas. El leopardo Katzy la miraba contristado.

Polly, el papagayo, compartía la nostalgia de Rosita y de Katzy. Se paseaba sobre el toldo, como un capitán a quien preocupara el próximo naufragio de su barco.

Julia y Lani, aunque recorrieron una gran distancia, no sentian cansancio.

Por fin las barcas aproaron hacia tierra. Desde una florida colina, Julia y Lani descubrieron la ciudad principal de la isla.

Klio ayudó a desembarcar a Rosita. Katzy y Polly se apresuraron a seguirla. Vigilaban a la niña, porque no se fiaban de los nativos. Los redondos ojos de Polly y las pupilas ambarinas de Katzy permanecian atentas.

- -¡Honor a la princesita de la isla!
- -¡Honor a Si'Ta!
- -¡Muerte a los que intenten llevarse a Si'Ta!

Las aclamaciones y gritos estremecían el aire. Rosita dijo a su leopardo:

—¡Oh Katzy! Estos negritos hacen mucho ruido. Quisiera estar con Julia y Lani.

Desde su palacio, la Reina Blanca había oído el clamor del pueblo.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Uno de sus servidores,

luego de tocar el suelo con su frente, murmuró:

-Klio y su guardia han llegado en canoas. Traen extrañas noticias.

La reina era de raza blanca. Sus rubios cabellos se deslizaban por sus hombros y sobre ellos parecía reflejarse el oro de la corona. En el albo rostro, los ojos azules expresaban una desesperación profunda, arraigada en su corazón hacía muchos años. Sus hermosos labios habían olvidado la sonrisa.

Abandonó el trono, para dirigirse al balcón. Desde allí distinguió



los gritos:

-¡Honor a la princesita!

—¿La princesita? ¿Qué significan esas voces?
Julia y Lani vieron aparecer la dorada figura.

—Tiene el cabello resplandeciente como el sol —exclamó Lani—.
Es, sin duda, la Reina Blanca.

—Me recuerda a alguien —caviló Julia—. ¡Oh Lunes! ¿No será, tal vez...?



Se interrumpió al advertir el súbito cambio de la reina. La expresión lejana casi estatuaria de su blanca faz desapareció bajo el rubor de una súbita emoción. Había avanzado con lentitud, apo yando sus manos lánguidas, casi inertes, sobre la baranda de madera. Pero bajo el influjo de un sentimiento poderoso, extendió sus brazos como si rechazara una visión que al desvanecerse la dejaría abandonada a un cruel dolor. Pero la visión persistía ante sus ojos: una niña pequeña, rubia, coronada, que avanzaba guiada por el anciano Klio.

-¡Es imposible! -gimió.

Luego, pálida y temblorosa, se precipitó al interior del palacio. Uno

de los centinelas susurró:





—¿Qué le ocurre a nuestra reina?

—La llegada de la princesa la ha turbado — contestó su compañero—. Dicen que Si'Ta posee una magia extraña y cautivadora. Es obedecida por las fieras de la selva y las aves del cielo. Ahora atrae a la Reina Blanca para someterla a su hechizo. ¡Grande es Si'Ta y alto su poder, aunque su figura sea pequeña y frágil!

En efecto, la reina acudía al encuentro de Rosita. A pocos pasos de ella se detuvo, para observarla deslumbrada, mientras pensaba: "No es un sueño. Pensé que había perdido para siempre a mi hijita, pero aquí está. ¡Aquí está, ante mis ojos, ante mi corazón que desfallece de alegría! ¡Oh, gracias, Señor!"

El llanto bañaba su rostro, pero la desesperación había desaparecido de sus rasgos.

—La Reina Blanca te espera, Si'Ta —pronunció Klio—. Tú y ella nos gobernarán desde este día.

La reina se arrodilló junto a Rosita y la rodeó tímidamente con sus brazos. Temblaba.



-¡Rosita! -balbuceó-. ¿No me conoces?

Incapaz de contenerse por más tiempo, la oprimió contra ella. Rosita la miraba, extrañada. Un recuerdo luchaba por aparecer en su mente. Emociones de sus primeros años de vida la conmovían en forma vaga.

-¿Eres..., eres mi mamá?

-Si, Rosita.

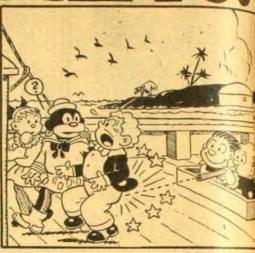
Ella era la dama que perdió a su hija en un naufragio y pagó al ca-

pitán Jed para que la buscara en las islas. Jed no intentó siguiera hacerlo, aunque se guardó el dinero. Más tarde, la madre de Rosita inició ella misma la desesperada búsqueda y había sido capturada por los nativos de esa isla. Creyendo que era la reina prometida por sus leyendas, los isleños la coronaron y ella, finalmente, aceptó su destino.



## MOTEL TO TELLA COLETA





1. Macario dijo al principe Lulo: "-Invito a Su Alteza a visitar el barco". Tim observó: "-Creo que Su Negreza Lulo está en mala compañía. Obligaré al cabezón a que se corra".





2. Primero le lanzó un disparo de arveja y después engrasó la escalera. Lulo y Macario se dieron un matasuelo. "-¡Venganza! grito Macario ... Alteza, demos una lección a estos bandidos."





3. Pero Tim y Tam les tenían preparada otra broma. Sus atacantes cayeron a la bodega. Luisita dijo: "-¿No les da vergüenza tratar así a una visita?" Los mellizos se sintieron arrepentidos.





4. Y lanzando una soga a la bodega sacaron a Lulo. "-Todo fue una broma, Alteza", dijeron. El principe los precipito por la escotilla, diciendo: "-Vayan a hacer compañía a Macario".



### LOS PIRATAS DEL CARIBE

CAPITULO II. EL OTARIO JONATAN



1. El Cormorán y sus dos compañeros entraron en una taberna alumbrada por candiles. A la débil claridad, se veían soldados, comerciantes y truhanes que hablaban y reían con estrépito. El contramaestre del Cormorán miró a un solitario parroquiano.



2. "—Ese perillán está espiándonos", dijo entre dientes. De pronto, un soldadote rugió: "—¡Eh, zascandil! ¿Ocupas tú solo una mesa? La necesito para mí y mis amigos". Y como el solitario no se levantara, el bruto lo hizo caer violentamente de su taburete.



3. Como un solo hombre se levantaron los tres corsarios. Los españoles se vieron frente a un adversario imprevisto y, en la confusión, no atinaron a defenderse. Puños de hierro marcaban sus rostros. Eran dos gigantes los que atacaban, uno rubio y otro con la cabeza rapada. El tercero era un hombrecillo de poca estatura, pero cuya fuerza los desintegraba. El Cormorán susurró a su defendido "—¡Vete a la puerta y huye! Te alcanzaremos". Grive, el contramaestre, gruñó "—Por supuesto. Tenemos que hablar contigo". El tártaro se abría paso, dejando a ambos lados cuerpos inertes, sin ánimos de continuar la batalla.



## LOS PIRATAS





4. Mientras en la taberna seguían resonando maldiciones, los tres corsarios y su curioso vecino se lanzaron a todo correr por las callejas. Por fin se detuvieron junto a una fuente. "—Aquí hablaremos —jadeó Grive—. ¿Por qué nos espiabas?"





5. El hombre intentó escabullirse, pero bastó que el Tártaro extendiera ante él una de sus piernas. "—Estás en un error. Yo no pretendía espiaros." Grive, colocándole su cuchillo en la garganta, dijo "—Yo tampoco pretendo degollarte... Por cierto que no".

## OEL CARIBE





6. El espía confesó: "—Maese Jonatán me encargó que los vigilara". El Cormorán sonrió: "—Hagamos una visita a tan amable señor". No tardaron en llegar ante la casa del notario, que se vio obligado a abrir su puerta.





7. "—Este imbécil arruinó mis planes —dijo Jonatán—. El gobernador..." El corsario lo interrumpió: "—Temías mi llegada por algo que busco... y que tú guardas aquí, viejo pícaro. Me refiero al mapa de las rutas que siguen los navíos españoles".



Fue inútil convencer a Imchi de que la muerte del animal nada tenía que ver con los espíritus y que el nombre de Manders, grabado en el anillo de oro del rinoceronte, sólo probaba que Juan

Manders, padre de Ciro, había visitado el "PUEBLO DE LAS ANIMAS".

- —Yo creo que este anillo de oro y el amuleto de marfil, que mi padre envió al señor Harvey, pueden servir de "ABRETE, SESAMO" para descubrir los misterios de este lugar —dijo Ciro Manders.
- —Y tal vez también alguna mina de oro o de brillantes —indicó Tilda.
- -¿Dónde guardas el medallón de marfil? preguntó Ciro a la niña.

RESUMEN: Ciro Manders llega a la plantación africana de Piedra Negra, donde le reciben Tilda Harvey y el zulú Imchi. Les visita al granjero Ellis, en quien reconoce Ciro al embozado que le asaltó en el camino para robarle un paquete sellado. Al verse de nuevo asaltado, Ciro decide abrir el legado de su padre, el cual consiste en un amuleto indígena que Tilda guardará en su pecho, colgado de una cadena de oro. Ellis ofrece perdonar una deuda que pesa sobre la granja de Piedra Negra si Ciro entrega el amuleto. Tilda y Ciro se niegan a ello. Arrojados de Piedra Negra, Tilda, Ciro e Imchi parten en una carreta hacia "Los Montes de las Animas". Ellis sigue sus huellas. Después de un mes de penoso viaje, Tilda cae a un río. Pierden la carreta y los bueyes, pero los tres viajeros se salvan. Poco después se traban en lucha con un rinoceronte a quien mata Tilda. Encuentran en el cuerno del animal un anillo de oro con el nombre de Manders.

Lo llevo atado a mi cuello con una cadenita —explicó Tilda—. Parece cosa insignificante, y, sin embargo, Ellis habría dado por este amuleto la granja de Piedra Negra, que avaluaba en diez mil libras esterlinas.

\_Siento ruido en la quebrada —murmuró Ciro—; espera...

A diez metros de distancia se erguía un hombre de raza blanca. Era un individuo cual nunca se veían en Piedra Negra. Vestía como un turista inglés con un traje de dril blanco, gorra de igual color y un rifle terciado al hombro. Aquel forastero de rostro bronceado tenía una pequeña barba negra y de una cadena sujetaba un monóculo en el ojo izquierdo.

—¡Qué sorpresa! —exclamó el cazador—; nunca me habría imaginado encontrar en estos parajes apartados a dos jovencitos rubios. Yo tengo mi campamento tras aquellos bosques, y cuando sentí

disparos . . .

-Matamos a ese rinoceronte -explicó Ciro Manders.

—Así lo veo —dijo el forastero—. Permítame presentarme. Me llamo Claudio Montgomery... ¿Hace mucho tiempo que viven ustedes en estos parajes?

-No vivimos aquí -respondió Ciro-; vamos de paso.

-¿Y el resto de la compañía? -inquirió el cazador.

-Somos solamente Imchi, Ciro y yo -dijo Tilda-, y éste es

nuestro campamento.

—¡Qué maravilla! —murmuró Montgomery—. Se asemejan ustedes a los niños perdidos en el bosque. Déjenme adivinar un poco... ¿Huyeron de la casa paterna? No. ¿Han salido de caza? No. Entonces me doy por vencido. Les invito a visitar mi campamento. Les ofreceré una buena comida.

A pesar de que tanto Tilda como Ciro sentían desconfianza por el

cazador, no se atrevieron a rechazar la invitación.

Claudio Motgomery ayudó a Tilda a cargar sus objetos. Imchi se-

guía impasible tras de sus amitos.

A una milla de distancia divisábase la tienda de campaña de Montgomery, y cerca de ella un grupo de hotentotes dedicados a los menesteres domésticos.

—Almorzaremos primero —dijo el cazador—, y en seguida un buen reposo en las hamacas. Coloquen sus mantas y armas sobre los baúles, jovencitos, mientras voy a disponer la comida.

El zulú no se apartaba de sus patroncitos, ni dejaba de la mano

la enorme hacha que él llamaba "Relámpago".

Montgomery se deshacía en atenciones; ofreció a Tilda un bálsa mo para curar sus pies llagados y un par de zapatillas muy cómodas.

El almuerzo fue delicioso. Tilda había perdido toda desconfianza y no vaciló en referir a su nuevo amigo la triste historia de la desaparición de su padre y de la pérdida de su granja de Piedra

Negra.

—¡Qué perfidia! —exclamó Montgomery—. Y qué válientes son ustedes para introducirse en esta peligrosa zona. Me gustaría acompañarla, señorita Tilda, pero tengo un compañero que me aguarda en Ciudad del Cabo. ¿Les gustaría tomar una tacita de café para terminar el almuerzo?

-Me encantaría -dijo Tilda.

—Voy a prepararlo yo mismo —expresó el obsequioso Montgomery—. Cuestión de cinco minutos.

—Qué bien me siento —murmuró Tilda, cuando estuvieron solos—:

El remedio de ese señor ha sanado mis pies.

-Es amable, pero yo no me fiaría de él -exclamó Ciro-. Me alegro de que no le hayas hablado del amuleto.

Volvió Montgomery con una bandeja con tres tazas de café; una

grande para Imchi y dos pequeñas para Tilda y Ciro.

Imchi se echó atrás el tazón y se saboreó los labios. Ciro también encontró delicioso el café; Tilda lo fue probando con los labios y, aunque sintió un sabor amargo, bebió la mitad de la taza.

-¿Qué me sucede? -exclamó de súbito la niña-. Me estoy des-

vaneciendo.

Sus miradas se fijaron entonces en Imchi y Ciro. El zulú había resbalado del cajón al suelo y Ciro dejaba caer su cabeza sobre el mesón.

-Bandido -balbuceó Tilda-, nos ha narcotizado,

Sus ojos se nublaron y, al caer, le pareció que por las cortinas de la carpa asomaba el rostro rubicundo y siniestro de Enrique Ellis Una hora después Tilda Harvey abrió los ojos y, cegada por la luz del sol, volvió a entornar los párpados. Sufría un insoportable mareo. Poco a poco fue recordando los sucesos. Aún sentía el gusto amargo del café en sus labios.

Lentamente volvió a entreabrir sus párpados y divisó a Ciro Manders inmóvil y como muerto. Con gran esfuerzo se aproximó al

muchacho y le gritó:

-Ciro, Ciro, ¿me oyes?

Un quejido fue toda la respuesta.

Tilda paseó sus miradas buscando a Imchi. No estaba allí, ni tampoco la carpa de Montgomery, ni los hotentotes.

Ciro, ella y dos buitres eran los únicos seres que poblaban aquella

soledad.

—Se han llevado a Imchi —murmuró Tilda con terror—, y a nosotros nos han dejado aquí para que nos devoren los buitres.



Sollozando la niña se tendió junto al narcotizado Ciro.

-Las fieras nos devorarán -gimió la niña.

—¿Qué fieras? —preguntó Ciro aún medio dormido, y tratando de incorporarse—: ¿Por qué lloras, Tilda? Me duele la cabeza... ¿Dónde está Montgomery? ¿Y nuestro fiel Imchi? Dime si estoy soñando, Tilda.

—No estás soñando —murmuró Tilda—; ese forastero nos narcotizó y se llevó a Imchi. También se robaron nuestras armas, las mantas y los víveres. Nos han dejado aquí para que nos devoren las fieras y los buitres.

-¡Demonios! -exclamó Ciro, ya más despierto-; bien temía vo

que ese forastero fuese un espía de Enrique Ellis.

—Sin duda —aseguró Tilda—. Todo lo registró... Ha roto hasta mis vestidos para buscar el...

-¿Y se lo llevó? -interrogó ansioso Ciro.

—No —dijo Tilda, mostrando el amuleto de marfil que colgaba de una cadena en su pecho—. Pero se llevó el anillo de oro que encontramos en el cuerno del rinoceronte. Ese anillo que tenía el nombre de tu padre. Imchi ha desaparecido. . . Se lo llevaron inconsciente, porque allí está su hacha "Relámpago".

-¿Con qué fin se lo llevarían? - preguntó Ciro.

—Para que les señale la entrada al "Valle de los Misterios" —indicó Tilda—. Esos bandidos le torturarán y le obligarán a guiarles.
—No lo harán —declaró Ciro, recobrando su vigor—. Vamos a luchar por él, Tilda. Si está prisionero de Montgomery lo libertaremos. Iremos en busca del campamento de esos facinerosos.

Atardecía ya cuando los dos muchachos, después de lavarse la cara y las manos para refrescarse, emprendieron la marcha hacia las

vecinas quebradas.

Desde lejos divisaron la luz de una fogata y hacia ella encaminaron sus pasos.

—Han acampado allí para pasar la noche —dijo Ciro—, y encienden una fogata a fin de ahuyentar a las fieras. Vamos a rondar por ese campamento protegidos por la obscuridad.

Cual dos astutos y silenciosos pieles rojas, ambos niños fueron acercándose al campamento, situado en una hondonada de la selva.

Doce hotentotes rodeaban la hoguera y junto a ella se divisaba la carpa de Montgomery.

—Mira, Ciro —balbuceó de pronto Tilda Harvey—. Allá tienen a Imchi atado a un árbol. Lo van a torturar.

En ese momento vieron salir de la carpa a Claudio Montgomery con un látigo en la mano.

-Ese bruto le va a dar de latigazos -dijo Tilda Harvey.

Pero el terror de Ciro y Tilda fue aún mayor cuando vieron surgir de la tienda de campaña a otro individuo, cuya obesa silueta reconocieron al punto.

Era el villano y malvado Enrique Ellis.

Bien me pareció divisarle antes de sufrir los efectos del narcótico —murmuró Tilda—. ¡Qué horror, Ciro! Hemos sido víctimas de nuestra ingenuidad y torpeza. Pobre Imchi —agregó Tilda, asomando su cabecita por una roca—, el bandido Ellís le está azotando.

El espectáculo no podía ser más pavoroso. El zulú Imchi, atado a



un arbol y a pocos pasos de la fogata, rugía como una fiera y respondía con insultos a los azotes del enemigo.

-Ciro, Ciro -exclamó Tilda-, algo tenemos que hacer para defender a Imchi.

—Calla —ordenó Ciro Manders—. Si llegan a sorprendernos, moriremos nosotros también y esto de nada puede servir a Imchi.

(CONTINUARA)

## Ponchilo

















CAPITULO VI.—Las acusaciones de Survil

Francisco Maine observo preocupado a su hija.

-Niña mía -repitió-, olvidarás esos sueños cuando regresemos al mundo civilizado. Alberto Brice es sólo un aventurero. En cambio, tú posees una fortuna, que yo te daré.

Lisa Maine guardó silencio. Estaba segura de no olvidar a Brice. Ni siguiera preguntó cuál era la fortuna que le ofrecía su padre. Tal vez perlas, enterradas en algún lugar de la isla.

La voz espantada de Lunga anunció:

-¡Vienen los hombres malos! He visto que desembarcaban. Pronto estarán aquí.

Maine se incorporó penosamente.

-Quiero levantarme -indicó-. Soy un inválido, pero no debo

-Ya vienen -anun ció Lunga.



Lisa palideció al advertir que Alberto Brice no venia en el



demostrar mi debilidad ante esos aventureros. Me refiero también a Brice.

-¡Papá! -exclamó Lisa,

con voz dolorida.

—Prometió que el barco levaría anclas, llevándose lejos de aquí a su tripulación de rufianes —dijo Maine, con voz dura—. No ha cumplido su promesa.

La joven isleña lo ayudó a vestirse y le preparó después una taza de café. Lunga observaba por la ventana.

-Ya vienen.



Acercándose a ella, Lisa miró al exterior. Palideció al advertir que en el grupo no se destacaba la alta figura de Brice.

—Ven, Lisa —llamó Francisco Maine—. Bebe café. Tú, Lunga, apártate de la ventana y sírvenos. Esos facinerosos no deben descubrir en nosotros ninguna señal de nerviosidad. Supongo que Brice los dirige.

-No, papá. No lo vi entre ellos.

—Ah, la culpa lo acusa. No se atreve a dar la cara. Pero ya aparecerá. Entonces, Lisa, no creas en sus falsas palabras.

La joven se inclinó sobre la taza humeante, luchando por contener las lágrimas.

El vozarrón del capitán Rigal la estremeció:

-¡Eh, los habitantes de la isla! ¿No nos reciben ofreciéndonos un collar de flores?

Lisa abrió la puerta. La voz tranquila de Maine invitó:

—Adelante, capitán.

Rigal ordenó a sus hombres que lo esperaran y entró, acompañado de Marco Survil.

Como permaneceremos aquí algún tiempo, creo que le haré muchas visitas de cortesía, señor Maine.

El anciano reprimió su furor.

—Sieripre estaremos comunicados —añadió Rigal—. De noche y de día.

Es decir, enviará espías desde su barco —dijo Maine, que no pudo seguir dominándose.



-¿Hay algo que espiar, verdad? -dijo Rigal, con los oios llameantes de triunfo. Lisa vio que una terrible palidez cubria el semblante de

su padre. Aterrada se levantó, volcando su café. Marco Survil observó:

-El señor Maine se siente mal. Quizás debe descansar un momento. Me permite. señorita Lisa, que lo lleve a su lecho?

Maine, casi inconsciente, sostenido por el astuto Survil y por la afligida Lisa, fue tras-

ladado a su cama. Rigal, furioso por aquel incidente que le impedía interrogar al inválido, mordía su pipa. Cuando Maine estuvo acostado. Survil susurró al oído de Rigal:

-Déjeme solo con ellos, capitán. Yo sé cómo manejar al viejo. Ya

le advertí que la violencia a nada nos conducirá.

De los gruesos labios de Rigal se escapó un gruñido. Sin embargo, abandonó la casa. Marco, simulando gran solicitud y compasión, dio de beber agua a Maine, mientras murmuraba:

-Y pensar que esto es consecuencia de una estúpida idea de Brice.

Lisa palideció. Maine indagó:

-¿Qué ha dicho?

-Brice cree que usted oculta una fortuna en perlas. Esta suposición ha enloquecido a Rigal. Será difícil convencerlo de que es una idea absurda. Me enfurezco al pensar que por la ambición de un necio estaremos anclados quizás por cuanto tiempo.

-¿Quién es en realidad Alberto Brice? - preguntó Maine.

Marco fingió vacilar un instante. Luego declaró:

-Seré totalmente franco. Hace un mes, el "Estrella Errante" se llamaba "Delfin". Llevaba un cargamento de bicicletas y relojes. El capitán murió en alta mar. Rigal, el segundo de a bordo, tomó el mando y, de acuerdo con la tripulación, cambió el nombre del barco y decidimos vender la carga en Sudamérica, en provecho nuestro.

\_\_;El teniente Brice también estuvo de acuerdo? -murmuró Lisa, con la angustia reflejada en sus ojos.

-Por supuesto. Es un hábil comerciante.

-Un pirata, querrá usted decir -interrumpió Maine.

-Comprendo su amargura -dijo Survil con indulgencia-. Tal vez creyó que era el único honrado a bordo del "Estrella Errante". Y, se lo aseguro, no me siento ofendido por el término "pirata", que también me corresponde.

-No pensaba en usted -ex-

plicó Maine.

-Por cierto que no. Pero, como compañero de Brice, no sov trigo limpio. Y me siento avergonzado.

(CONTINUARA)



-Me siento avergon-

#### Correspondencia

DAGOBÉRTO FERNANDEZ. de Rio Bueno.-Repetimos que la directora de esta revista "Simbad" es Elvira Santa Cruz (Roxane), que fue directora de "El Peneca" durante treinta años. No lamente el fin de "Principe Valiente", pues en su lugar leerá "El Secreto de la Isla". MATILDE GARCIA, de Osorno.—Ya sabiamos que en esa bellísima ciu-dad sureña el "Simbad" era la revista preferida de los niños. La felicito por ser propagandista de ella. GRACIELA MARTINEZ, de Hualqui.-; Añora la ausencia del "Fantasmita"? Diviértase con "Los Nietos del Tío Tom", que son geniales. VICTOR HUGO BARRIOS, de Linares.— Declara que para él todas las seriales le gustan, porque todas son maravillosas.

HUGO, PEDRO, RUBEN Y DA-NIEL, de Vicuña y sin apellido.-Dicen que no les gusta "Betty en el Colegio" y quieren leer algo interplanetario. Conforme, Buscaremos algo en ese tipo.

FLORA PIZARRO, de Inca de Oro. -Me encanta su cartita y no tiene por qué tiritar para escribirme. No sabe cuánto me gusta saber que desde los seis años es usted una lectora de nuestra pequeña y gloriosa gran

revista "Simbad". HUGO MUNOZ, de Panguipulli.— Gran propagandista de nuestra revista y amante de las seriales "Bobbie", "Rosita Crusoe"; lamenta el final de Rina, pero se consolará con "Valle de los Misterios", que es muy interesante.

CECILIA LETELIER, de Aculeo.-Agradecemos sus felicitaciones para los dibujantes Nato y Elena Poirier.

ROXANE.

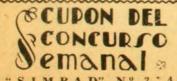
### ¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: ¿QUE ARMA SIRVIO A DAVID PARA VENCER A GO-LIAT? ¿Una honda, una

flecha o una lanza?
Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta con el cupón respectivo a revista "SIMBAD", casilla 84-D. Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 372: EL PRIMER PAIS QUE LE DE-CLARO LA GUERRA A ALEMA-NIA EN 1939 FUE INGLATERRA. Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: CON CINCUEN-TA PESOS: Cristina Tolosa, Temumo: Robinson Cabrera, Stgo: Daniel Ramírez, Stgo.; Florentina Berrios, Los Andes; Sonia Díaz, Stgo.; Fernando Cárdenas, Stgo.; Napoleón Millán, Temuco; Adriana Palet, Los Andes: Gabriel Rios, Stgo.; Sonia Villarroel Osorno, SUBSCRIPCION TRIMESTRAL a "SIMBAD": Juan Giachino, Constitución; Clarita Morales Parral: Cecilia Diaz, Limache: Olga Gutiérrez, Concepción; Carmen Santis. La Unión: Eugenia Orrego, Santa Cruz. UN LIBRO: Juan Sahady, San Vicente; Chela Ferrari, Stgo.; Irma Espinoza, Pa-rral; Ilelma Moreno, Los Cerrillos; R. Salinas, Valparaíso; Ana Sepulveda, Iquique; Rolando Becerra, San Bernardo; Carmen Martinez, Stgo.; Alicia Campos, Rancagua; Hernán Varas Limache



# SORTE NAVIDAD

\* \$ 500.000.- \*

EN VALIOSOS REGALOS REPARTIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NU-MEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS. RADIOS. LAPICE-RAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMEN-TOS. LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.



Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 1 — SERIE N.º 6 SORTEO DE NAVIDAD CUPON N.º 1 — SERIE N.º 6 31 de octubre de 1959.

# Betty en el colegio



3. Así terminó la aventura del sombrero, que corrió muchas leguas, hasta que regresó a manos de su asombrada dueña. Días más tarde, Betty probaba con desgano su plato de sopa. La dejó enfriar, sin servirsela. Martina advirtió: "—Si devuelves el plato lleno, te castigarán. ¿Qué harás, Betty?"





4. "—Vaciarla por la ventana", respondió Betty, y en un momento en que nadie la observaba lanzó el líquido a la calle. Tres visitas de las alumnas descansaban en un escaño del jardín. Una señora recibió en su cabeza la sopa. Creyendo que empezaba a llover, la buena señora abrió su paraguas.

(CONTINUARA)

## PELUSITA

POR NATO



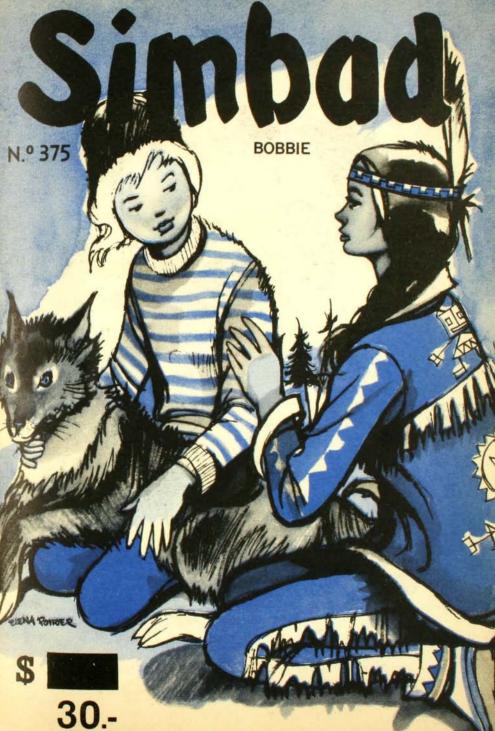












# Betty en el eolegio

CAPITULO XXI.— TRES PLATOS







1. Un día que Betty amaneció sin deseos de almorzar, lanzó a la calle su sopa, rociando a una señora. Ella creyó que llovía y abrió su paraguas. Minutos después un segundo visitante sintió que sobre su cabeza se quebraba un huevo. Sin duda, en aquel internado sucedían cosas muy extrañas.





2. Pero no terminarían ahí las lluvias inesperadas. El segundo plato era puré de arvejas. Tampoco le agradó ese guiso a Betty y lo vació por la ventana. Su amiga Martina susurró: "—Cuidado, la directora puede verte. Y se pondrá furiosa porque no comes. ¿Qué te pasa? ¿Estás en huelga de hambre?"

(Continúa en la penúltima página.)



CAPITULO XVI.-Otra vez el bandido Skeeter.

Con las bolsas con oro al hombro, la hija de Joven Búfalo atravesaba la llanura en demanda de la caverna.

No tardó mucho en ascender la colina y penetrar en la espesura del bosque. Todo estaba tranquilo y silencioso. Ni una brisa ligera movía la copa de los árboles.

Liegaba a la salida del bosque, cuando la súbita vibración de una rama la hizo estremecerse. Maquinalmente miró hacia arriba; su instinto la hacía presentir un peligro. Quiso correr.

Ya era tarde. Un lazo, arrojado desde lo alto por mano diestra, le apretó los brazos y la inmovilizó. Las bolsas cayeron al suelo.

Un hombre se acercaba arrollando el lazo con firmeza.

- ¡Skeeter! - exclamó la prisionera, abriendo desmesuradamente los ojos.

Año VIII - 7-XI-1956 - N.º 375
Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).
Subscripción anual: \$ 1.480, Semestral: \$ 760.
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.
Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.
Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros
países: US\$ 5,20.

—Sí. Yo soy —respondió, sarcástico, el bandido—. Apuesto que no pensabas verme tan pronto...

La sorpresa de Bobbie era demasiado grande para permitirle res.

ponder.

¿Cómo había escapado el malvado asesino?

Skeeter continuaba recogiendo el lazo. Cuando su prisionera quedó pegada a un árbol corpulento, la ató con todas las vueltas que el lazo le permitió.

—Tenía tantas ganas de verte, chiquillo —continuó, burlesco, el bandido—, que forcejeé hasta que rompí las paredes de totora de

la prisión.

Bobbie no sabía a qué atenerse respecto al desalmado que la tenía en su poder. Su venganza sería cruel.

—Como eres tú la única persona que puede declarar en mi contra...
—continuó el salteador.

-Y el tío Daniel -exclamó Bobbie.

—El —espetó Skeeter—. ¿Me costará mucho hacerlo callar a ése? No se puede mover de su casa..., y nunca más se moverá. Cuando se abra la puerta creerá que eres tú, y, seré yo... ¡Hola!... ¡Te espantas, valiente mocoso!

-Miserable, malvado -exclamó la muchacha.

Pensando en el tío Daniel, y sin poder hacer otra cosa, gritó pidiendo auxilio.

-¡Calla! -bufó el salteador-. Yo te taparé la boca.

Diciendo esto tomó la boina del muchacho y con ella le taconeó la boca.

-Nadie te oirá en el bosque, pero siempre..., no quiero que molestes.

Skeeter retrocedió y tropezó con las bolsas de oro. Con manos ávidas las recogió.

—Contaba con atraparte, pero no con el oro —exclamó, exuberante de alegría—. Esto me pagará las molestias sufridas.

Después de un instante de contemplación del tesoro, Skeeter se acercó a la prisionera, le quitó la boina de la boca y al mismo tiempo le amenazó con un revólver.

—Todavía no te has librado de mí, gaznápiro —gruñó—. Tú debes saber de donde proviene este oro, y me lo dirás en el acto.

-No lo sé -repuso Bobbie.

—Daniel no tiene secretos contigo, niño embustero. El ha encontrado una veta rica, y yo tengo que saber dónde se encuentra.



—Aunque supiera no te lo diría —declaró valientemente la niña. —Conque así... —rugió el bandido—. Te doy un minuto para que vomites lo que sabes, y si no..., haré dibujos en tu cuerpo con mi revólver. A diez pasos de distancia, lo más conveniente para esta clase de fantasías.

El cruel verdugo retrocedió, contando los pasos. Cuando contó diez, deliberadamente hizo una marca con el talón. Se dio vuelta y levantó el revólver. Comenzó a contar:

-Uno..., dos..., tres... -con un segundo de intervalo.

A medida que contaba iba alzando el arma; al llegar a cincuenta, el revólver apuntaba a la niña, inmóvil, junto al árbol.

Invisible para los actores de aquel drama espeluznante, una som-



bra se deslizaba de rama en rama. Pies de Venado, ágil y suavemente, pasaba de un árbol a otro, sin hacer ruido.

-Cincuenta y nueve... -contó Skeeter.

Pies de Venado cayó como un aerolito sobre la espalda del delincuente.

La mano de Skeeter apretó instintivamente el gatillo.

Salió el tiro. La puntería erró por una línea. La bala se incrustó en el árbol, al lado del cuerpo de Bobbie.

La muchacha luchó por desprenderse de las ligaduras, sin perder de vista los dos cuerpos que se debatían sobre el césped.

Ambos combatientes se agarraban con las uñas; cada cual trataba de conseguir ventajas sobre su rival. Desgraciadamente la gran destreza y agilidad del indiecito no podía competir con la fuerza del hombre fornido y avezado en la lucha. Con un grito de triunfo, Skeeter puso su pie sobre el pecho del niño vencido. Al mismo tiempo sus manos hurgaban el cinto en busca de un puñal.

Por fortuna, durante la pelea, el puñal había caído al suelo. El malvado miró a todos lados. Sus ojos se fijaron en los sacos de oro. Sin dejar libre al vencido, Skeeter alargó los brazos y cogió los sacos con pepitas de oro. Su intención era aturdir con ellos a Pies de Venado.

Un ser viviente hizo su aparición en el escenario del crimen.

-¡Lobito! -exclamó Bobbie, fuera de sí-. ¡Agárralo!...

El inteligente cachorro de lobo no necesitaba que lo animaran. Con las fauces abiertas, los ojos llameantes, dio un salto terrible. Brillaron sus dientes al morder el hombro del bandido.

El miserable profirió un grito y soltó su presa. Lobo y criatura humana rodaron por tierra, en lucha feroz. Skeeter se irguió un mo-

mento y alzó la pesada bolsa con el precioso metal.

Lobito escabulló la cabeza y sus dientes se aferraron al cuero del saco. Se partió la tela y por el agujero se escurrió un reguero amarillo. La pérdida del oro exaltó más que el dolor al desalmado bandido. Anhelaba ponerse en cuatro pies a recoger las pepitas, pero Lobito se lo impedía persiguiéndolo incesantemente. Pies de Venado, a su vez, armaba el arco y se preparaba a cooperar en el ataque del animal.

Sin embargo, el bandido se escabullía por entre los árboles y, cuando menos lo pensaron sus perseguidores, montó a caballo y escapó.

Lobito saltó a la espalda del bandido Skeeter.

Pies de Venado volvió al lado de Bobbie.

--Bobbie, ¿no está herido? --preguntó, comenzando a desatar el lazo.

—No. Gracias a ti y a Lobito. ¡Imagínate, Pies de Venado! El bandido se escapó de la prisión.

—Bandido escapó de la prisión —repitió el indiecito.

—Sí. Y vino a vengarse.

—Mi hermano rostro
pálido es muy rico —dijo Pies de Venado, mirando el oro derramado
en la tierra—. Muchos
caballos y mantas se
comprarían con todo este oro.

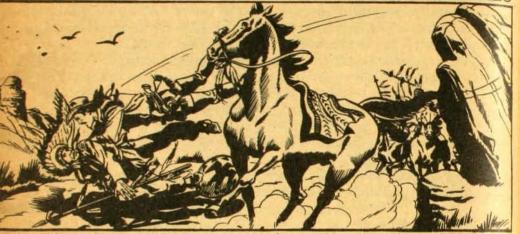
Bobbie se sonrojó.

(CONTINUARA)



# BUFALO

CAPITULO X .- UN REGALO



1. Búfalo Bill cabalgaba hacia el fuerte Lincoln para pedir refuerzos, cuando vio aparecer seis guerreros que escoltaban a Alce Rojo. "—Es el jefe de los kiowas", murmuró. Cuando el soberbio jinete pasó por el desfiladero cayó sobre él, derribándolo del caballo.





2. Luego, semiincorporado sobre la vencida figura de Alce Rojo, descargó sus relampagueantes revólveres sobre los jinetes más próximos. El huracán de fuego abatió a cuatro kiowas. "—Ustedes encendieron la guerra en el llano y ahora pagan el precio", dijo.

# BILL

PARA JUANA CALAMIDAD





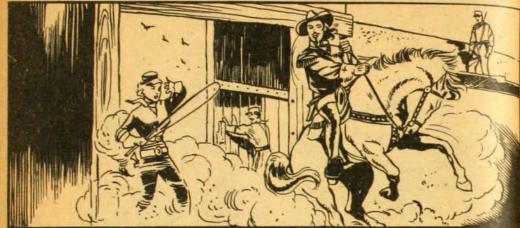
3. Mientras los dos sobrevivientes huían, el explorador, llevando prisionero a Alce Rojo, volvió al fuerte Diecinueve. Pero al avistar la empalizada en llamas su corazón se contrajo. Alce Rojo dijo con maligna alegría: "—Los shoshones atacaron el fuerte".





4. Los shoshones eran los aliados de los kiowas. La sombría expresión de Búfalo Bill desapareció cuando sobre el muro surgieron los rostros del sargento Remus y de sus valientes. "—¡Vencimos a los shoshones! —gritaron—. ¡Viva el fuerte Diecinueve!"





5. Así, la abandonada tropa se convirtió en una guarnición de héroes. Búfalo Bill regresó en seguida al fuerte Lincoln. Al abrirse el portón, Torbellino entró impetuosamente, levantando nubes de tierra. "—¡Eh, Bill!, ¿no puedes dominar a tu maldito rocín?"



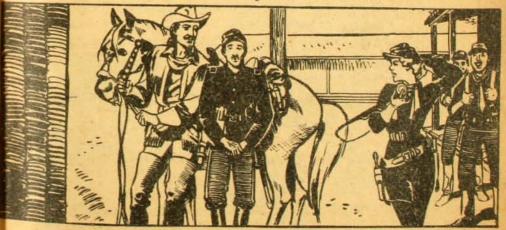


6. Con un galante saludo, Búfalo Bill se disculpó: "—Jane, perdóname. Estás cada día más linda, ¿eh, rucia?" Juana Calamidad lo miró con ojos fulgurantes de ira. "—No digas más tonterías, Bill." En ese instante se acercó el teniente Prim.

# BILL TO



7. "—Permitame, señorita Jane —dijo—. Supe que hoy es su cumpleaños y le traigo un regalo." Era una hermosa cajita de polvos. Jane la miró asombrada. "—¿Puede decirme, teniente, qué diablos es esto?" El confuso militar se lo explicó, balbuceante.



8. Ante la irónica mirada de Búfalo Bill, Juana Calamidad expresó: "—Gracias, teniente. Es usted un caballero. En cambio, hay patanes que creen que sólo puedo empolvarme con tierra y hacen caracolear sus caballos delante de mí". Bill sonrió. (CONTINUARA)



CAPITULO XXXVIII.—El segundo mensaje.

Desde la alta colina, Julia Blair y Lani observaban a la Reina Blanca. Vieron su hermoso rostro tenso de emoción.

-Rosita es su hija -indicó Lani, convencida.

—Sí —asintió Julia—. Ella es la dama que recorrió las islas buscando a la niña. ¡Oh Lunes! Ya no será más nuestra Rosita Crusoe.

—Su nombre es Rosita —contestó Lani—. Cuando yo la recogí en la playa, dijo: Rosita "tene" miedo... Cuando otro naufragio lanzó a la amita Julia a la misma costa, formamos una familia de tres hermanas y seguimos llamándola Rosita.

De súbito un rumor de pasos la obligó a callar. Ocultas entre la densa vegetación vieron acercarse a un nativo de majestuosa figura que lucía sobre la frente una tiara de plata bruñida. Le acompa-

ñaba una isleña.

—¿Has comprendido, Nona? —preguntó aquel adusto personaje. —Sí, Bu-Ru, padre mío, Guardián del Templo del Sol —respondió ella—. Ahora más que nunca es necesario destronar a la Reina Blanca. Klio ha presentado al pueblo una pequeña princesa. Las dos estorbarán tu poder, Bu-Ru. Mientras ellas gobiernen, nadie oirá tus palabras.

—Su reinado no será de larga duración —juró el sacerdote—. Se acerca la Fiesta del Sol. Entonces, con mis poderes mágicos, mos-

traré al pueblo su error y lo incitaré contra la falsa reina.

Con voz vacilante, Nona interrogó:

—¿No se enfurecerá el dios Ma-Zara? ¿No se vengará de nosotros la princesita? Dicen que domina a las fieras y que es obedecida por las aves del cielo. —Bu-Ru es poderoso. Bu-Ru sabe leer las señales del sol y vencerá a sus enemigas.

Con estas palabras, que contenían una mortal amenaza, Bu-Ru y Nona des-

aparecieron por un estrecho sendero. Julia y Lani se miraron aterradas.

—Tenemos que salvar a Rosita y a la reina —murmuró Julia—. No hay tiempo que perder, Lunes.

-Julia ideará un plan -indicó Lani, confiada.

Mientras tanto, en el palacio, la Reina Blanca no se cansaba de admirar a Rosita. Junto al trono, el leopardo Katzy y el papagayo Polly observaban la tierna escena. Aunque el leopardo era celoso, comprendía por instinto que esa dama rubia, de vestiduras flotantes y suave rostro, tenía derecho a amar a Rosita.



—Yo soy tu mamá, querida —decía—. Me llamo Diana Benison. Es maravilloso que no hayas olvidado tu nombre. Hablas un lenguaje parecido al de esta isla. ¿Quién te lo enseñó? —Lani, mi hermana. La conocí en la isla del Paraíso. También conocí a Julia.

Diana Benison la miraba con extrañeza.

—Y ahora, ¿dónde están Julia y Lani?





-No muy lejos. Me mandaron una carta.

Mostró entonces a su madre el papel donde Julia había dibujado su propio rostro y el de Lani.

—¿Las ve? —dijo Rosita—. Y estas marcas son los besos que me envían. Estoy segura de que vendrán a buscarme. Pero los negritos siempre están haciéndome guardia y no dejan que ellas se acerquen. Esto y un poco aburrida con este juego.

Diana preguntó con un fulgor de esperanza en sus azules ojos:

-¿Cómo te enviaron esta carta?

-Polly la trajo, mamá.

-¿Crees que podrá llevarla de vuelta, con un mensaje?

—Sí, mamacita —aplaudió la niña—. ¿Le dirá a Julia y a Lani que vengan pronto?

Rosita no advirtió la expresión de angustia que obscurecía la mi-

"Mi hija no debe sospechar que estamos en peligro -cavilaba Dia-



na Benison—. Bu-Ru conspira contra mí. Y ahora su odio y su envidia serán más intensos porque Rosita ha aparecido como la princesa legendaria que el pueblo esperaba. No descansará hasta que con sus intrigas logre arrebatarme el trono..., y quizás también la vida. Tengo que pedir auxilio..., y éste es el único medio."

Contempló a Polly, que

no parpadeó ante aquel examen. Batiendo sus alas, el papagayo gritó:

Una expresión de an-

gustia ensombreció el

semblante de la rei-

-¡Suelten amarras! El capitán Polly listo para navegar.

Katzy se irguió, alerto.

—¡El viejo gato se queda en tierra! —chilló Polly.

El leopardo rugió, enfurecido. Rosita lo calmó, con la caricia de su pequeña mano.

Decidiéndose, la reina escribió unas palabras al reverso del papel donde estaban trazados los rostros de Julia y Lani. Entregó en seguida el mensaje al papagayo. Este lo cogió con su curvo pico, mientras sus plumas se henchían de orgullo. Sentíase ufano con

aquella misión, aunque tenía un grave defecto: la conducción del mensaje le impedía hablar. Si decía una sola palabra, el papel caería.

—Busca a Lani y a Julia —señaló Rosita.

Diana repitió las palabras de su hija y, con ansiosa mirada, vio desaparecer en la lejanía al alado mensajero.

(CONTINUARA)



# OCETO ALEGO





1. "—¡Qué fregada es esta vieja!", rezongó el capitán Escotilla al oir que la señora Tomasa lo llamaba para que fregara el piso. Decidió huir, llevándose un colchón para descansar. "—Tal vez me dé sueño", decía.





2. "—Lo raro sería que no le diera sueño —dijeron los mellizos—Y más raro sería aún que nosotros lo dejáramos dormir tranquilo." En seguida buscaron un tubo de aire y lo conectaron con el colchón del bello durmiente.

# DEL TO TOMO





3. "—Para soñar con los angelitos necesita estar más cerca del cielo", decidieron Tim y Tam. Con el aire, el colchón se elevó. "—Parece un marciano en un colchón volador —exclamó Tim—. ¿Llegará a las nubes?"





4. El capitán cayó desde las alturas, aterrizando sobre una plantación de tunas. El despertar fue muy triste. Y para mayor calamidad, apareció Tomasa y dijo al dolorido capitán: "—¡A trabajar, flojonazo!"



# LOS PIRATAS

OEL CARIBE CAPITULO III.—HAC LOS MARES DEL SUR

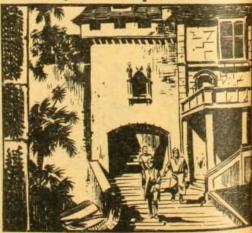


3. En seguida, los tres aventureros se dirigieron al puerto. Un viejo fumaba su pipa. El Cormorán le preguntó: "-¿Puedes conducirnos a nuestro barco, en la desembocadura del río San José?" El viejo extendió su huesuda mano, con gesto ladino.

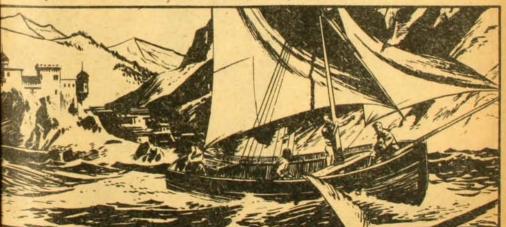


1. El Cormorán y sus dos compañeros penetraron en la casa del notario Jonatán para buscar un mapa. Les interesaba saber la ruta secreta que seguían los navíos españoles. Un vendaval pareció arrasar la sala. Jonatán, atado a una silla, miraba aquel desorden.





2. Por fin el Tártaro anunció con voz triunfal: "-¡Cormorán, aquí está!" El bucanero se apoderó del mapa y se despidió: "-Adiós, Jonatán. Tal vez no os convenga decir al gobernador que me llevo esta carta. Puede enfurecerse y colgaros de la horca."



4. El tintinear de varias monedas lo convencieron. Desplegó las velas y minutos después la barca se distanciaba de la costa. El pescador no formuló preguntas. No era prudente interrogar a tres hombres que llevaban en sus rostros la señal de la aventura.



## LOS PIRATAS





5. El Cormorán reflexionaba en las dificultades que tendrían que vencer para acosar a los barcos de España. Cuando los corsarios abordaron su nave, fueron acogidos por una estruendosa ovación. El capitán ordenó: "—Que los oficiales se reúnan en mi cabina."



6. Instantes más tarde anunciaba: "—Amigos, tenemos la carta de navegación. Su ruta está en el océano Pacífico. Han establecido nuevos puertos y es allá donde tendremos que sorprenderlos. Partiremos cuando el barco del Tártaro esté reparado".

# OEL CARIBE





7. En cuanto el barco estuvo en condiciones, surcó el mar siguiendo al galeón del Cormorán. En su derrotero, comunicó las noticias a otras naves corsarias. Fue así cómo en marzo de 1685 una flota de barcos filibusteros enrumbó hacia las costas de América.





8. Un refugio fue improvisado en tierra. El Cormorán era el indiscutido comandante de la flota. "—Amigos —pronunció—, para cazar a los españoles tendremos que perseguirlos en los Mares del Sur..., y hasta sus aguas llegaremos por tierra firme."

(CONTINUARA)



Imchi, el coloso zulú, rugía de rabia y de dolor, atado a un árbol y sufría el martirio de los azotes que le propinaba Enrique Ellis.

-Una vez más te ordeno que nos guíes al "VALLE DE LOS MISTERIOS" -

decía el verdugo Ellis a Imchi—, y si no obedeces te quemaré los pies.

El gigante negro alzó su cabeza coronada de plumas de avestruz y respondió con voz tonante:

—Chacales, Imchi no hablará ni os guiará. Sois unos cobardes que asesináis a niños inocentes. No os temo y podéis matarme a mi

RESUMEN: Ciro Mander llega a la plantación africana de Piedra Negra, donde le reciben Tilda Harvey y el zulú Inchi. Les visita el granjero Ellis, en quien reconoce Ciro al embozado que le asaltó en el camino para robarle un paquete sellado. Al verse de nuevo asaltado, Ciro decide abrir el legado de su padre, el cual consiste en un amuleto indígena que Tilda guarda en su pecho, colgado de una cadena de oro. Ellis ofrece perdonar una deuda que pesa sobre la granja de Piedra Negra si Ciro entrega el amuleto. Tilda y Ciro se niegan a ello. Arrojados de Piedra Negra, Tilda, Ciro e Inchi parten en una carreta hacia "Los Montes de las Animas". Ellis sigue sus huellas. Después de un mes de penoso viaje, Tilda cae a un río. Pierden la carreta y los bueyes, pero los tres viajeros se salvan. Poco después se traban en lucha con un rinoceronte, al que mata Tilda. Encuentran en el cuerno del animal un anillo de oro con el nombre de Manders. Claudio Montgomery, cómplice de Enrique Ellis, narcotiza a los tres viajeros y rapta a Inchi, para torturarle atado a un árbol.

también. ¿Crees que un león puede temerle a un chacal? Imchi sólo sirve a sus amos. Chacales, chacales, hienas inmundas.

El rostro de Ellis estaba convulsionado por la ira. Su látigo se levantó con furia y se enroscó en el desnudo cuerpo del zulú.

Tilda, desde su escondite tras las rocas, cubrió su carita con ambas manos y dijo a Ciro Manders:

Tenemos que defender a Imchi. ¿Qué haremos? Otra vez el látigo fustigó al torturado Imchi.

—Ya tengo un plan —murmuró Ciro—. Quédate tras esta roca y no te muevas, Tilda. Acuérdate, pase lo que pasaré, quédate escondida tras estas rocas.

El muchacho se escurrió por los matorrales y fue a colocarse tras el campamento de los hotentotes. Reunió allí un manojo de ramas secas y les prendió fuego. Como el viento era favorable, pronto se levantó una llamarada que avanzó hasta la empalizada del campamento. Era tan densa la humareda, que Ciro debió cubrirse la



boca con un pañuelo. Momentos después se escucharon atronado. res gritos y carreras en la obscuridad.

Ciro se aproximó al sitio donde Enrique Ellis tenía al zulú Imchi atado a un árbol.

-Imchi -balbuceó Ciro quedamente.

-Patroncito -respondió el negro-, los chacales me dijeron que la niña y usted habían muerto. ¿Por qué ha venido aquí?

-Para salvarte -replicó Ciro, cortando las ligaduras de Imchi-

Yo provoqué el incendio. Huyamos.

Un grito de furor sorprendió a Ciro Manders.

-El muchacho de Piedra Negra -vociferó Enrique Ellis-Bien pensaba vo que el incendio no fue un accidente casual.

Y el facineroso levantaba la fusta para herir a Ciro cuando se abalanzó el gigante zulú con su formidable grito de guerra que resonó hasta los cielos.

En seguida Imchi saltó como un leopardo sobre el bandido y le arrebató el látigo.

-El león siempre vence al chacal -decía Imchi, convertido en un energumeno-; te devuelvo tus azotes por centuplicado. Ti eres un chacal y el zulú es un león.

Claudio Montgomery, al ver a su cómplice maltratado por el zulú acudió en su auxilio con el revólver cargado. Pero ya Imchi se volvía contra él y con la misma fusta le obligaba a soltar el arma Entretanto, Ciro reunía todos los objetos, cajas, municiones, etc. que los facinerosos guardaban en sus carpas y los iba arrojando a la hoguera.

-Ya no volverán -dijo Imchi-. Buena tarea, patroncito Ciro. -Imchi -ordenó el muchacho-, recoge los rifles y todos los viveres que puedan servirnos. Lo demás será consumido por el fue go. Y ahora vamos en busca de Tilda.

Grande fue la desesperación de Ciro al no encontrar a Tilda en el bosquecillo de cocoteros.

-¿Se la habrán robado los bandidos? -murmuraba Ciro, con desesperación.

-Chit, Ciro. No grites tanto -dijo una voz que surgía de un ma torral-. El pérfido Ellis no se contentará con su derrota.

Los tres aventureros, Ilevando un buen botín de guerra, volvieron a su antiguo campamento. Imchi tuvo el placer de encontrar su hacha "Relámpago", la compañera de todas sus proezas con la cua se atrevía a combatir a cien enemigos juntos.

A falta de hacha —dijo sonriente Ciro—, no lo hiciste mal con el látigo. Creo que Montgomery y Ellis tendrán para muchos días de dolor.

Sin tomar descanso, Ciro, Tilda y el fiel Imchi se internaron por



las quebradas y caminaron todo el resto de la noche y el día siguiente.

Por fin Imchi decidió que acamparan en una cueva a orillas de una vertiente.

—Pobrecita —decía Ciro a Imchi, al ver a Tilda tendida sobre un lecho de hojas secas y durmiendo profundamente—. Tilda es muy valiente. Por ella tenemos que vencer a Ellis y...

No dijo más, porque también sucumbió al sueño.

Imchi, con su gran hacha en la mano, quedó velando a sus patroncitos.

Como Tilda no podía caminar a causa de sus pies magullados, ambos niños pasaron dieciocho horas reposando en la cueva de la montaña, mientras Imchi salía de excursión o les preparaba la comida.

Los víveres conquistados a los enemigos eran de primera calidad, de manera que el reposo les resultó plancentero.

Al día subsiguiente, Tilda declaró que podía caminar y contentos

prosiguieron su ruta hacia la "Montaña de las Animas".

Así anduvieron tres semanas más; Imchi no pronunciaba una sola palabra y a veces se le veía temblar poseído de un secreto temor.

—¿Nos habremos equivocado de ruta? —preguntaban Tilda y Ciro.

Hay sólo un camino para el "PUEBLO DE LAS ANIMAS"
 respondía Imchi—. En dos días más llegaremos a la gran puerta.
 ¿Oué es la GRAN PUERTA? —interrogó Tilda.

Imchi guardó un tétrico silencio.

Al atardecer llegaron a un angosto sendero que circundaba el picacho más alto de la cordillera.

—Nunca podremos llegar a la cumbre —decía Ciro—. A no ser que tuviéramos alas...

A la vista se extendía el más sorprendente espectáculo. Era éste un alto monte con rutas estrechas horadadas en la roca y que formaban caminos zigzagueantes. Pero lo más portentoso era un inmenso río que circundaba la montaña casi en su totalidad. Sólo una parte del monte estaba unido al valle por un puente suspendido sobre el río.

-¿Esa es la GRAN PUERTA? -preguntó Tilda.

—Sí, patroncita, y ese puente está custodiado por los espíritus de los muertos —respondió Imchi—. Por última vez les ruego que volvamos atrás.

-¿Volver atrás? -protestó Tilda-. Si papá pudo atravesar ese

puente, yo también lo pasaré.

Sin embargo, la niña temblaba a cada paso y se afirmaba en la roca para no resbalar al abismo. Así anduvieron más de un kilómetro, y ya iban a trasponer el cimbrante puente de la Gran Puerta cuando apareció un águila, batiendo sus negras alas.

Los espíritus, patroncito —gimió Imchi. -¿Qué espíritus? -dijo Ciro Manders-No ves, Imchi, que es un águila? En otra ocasión nos dijiste que el rinoceronte también era un espíritu.

El águila volaba en línea recta hacia Tilda Harvey con intenciones de raptarla.



Enrique Ellis.

El zulú, enloquecido de espanto, no se atrevió a hacer uso de su hacha "Relámpago", porque tenía la convicción de que ese pájaro encarnaba un espíritu diabólico.

Ciro cogió entonces su fusil y con la culata golpeó las patas del ave de rapiña. El águila se alejó un momento del estrecho sendero, pero luego volvió en compañía de otra águila que tal vez era su pareja.

Ambos pájaros parecían enfurecidos, y en efecto lo estaban, porque tenían su nido junto al sitio donde los tres exploradores se habían detenido.

-Imchi -dijo Ciro al zulú-, aleja tú a uno de esos pájaros y yo me batiré con el otro. Aquí vuelven.

-Patroncito -dijo Imchi, temblando de miedo-, son los sagrados guardianes de la GRAN PUERTA... No puedo atacarlos.

-No seas idiota -gritó furioso Ciro-, recuerda tu promesa al padre de Tilda. El señor Juan Harvey te la confió. Juraste defender su vida.

Ciro ya sentía los picotones del ave de rapiña y, como casi no podía sostenerse en el angosto sendero, a cada instante le parecía que iba a caer al abismo.

-Imchi, Imchi, recuerda tus promesas -suplicaba Tilda en el colmo de la desesperación.

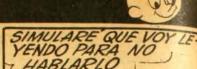
Imchi se irguió, como poseído por una fuerza sobrenatural, y, blandiendo el hacha "Relámpago", lanzó su formidable grito de guerra. La filuda arma partió por mitad al águila hembra. Pero ya se cernía sobre ellos el macho enfurecido.

Ciro y el zulú se trabaron en lucha con el águila y olvidaron por un momento a Tilda Harvey.

La niña dio un paso en falso y resbaló por la montaña.

(CONTINUARA)





















### EL SECRETO DE LA ISLA



#### CAPITULO VII El contramaestre Dan.

Marco Survil, dispuesto a desprestigiar a Alberto Brice, continuó:

—No pretendo aparecer como un ángel. Pero Brice es el cerebro a bordo del "Estrella Errante". Planeó este viaje y es el que ha sugerido que en la isla podemos encontrar una fortuna en perlas. Dice que usted, señor Maine, está demasiado ansioso de que nos alejemos.

—¡Condenado traidor!
—rugió el inválido, incorporándose penosamente sobre la almohada—. Confié en ese maldito contrabandista y recibo el castigo que merezco por mi candidez.

—No es justo que, por haber sido engañado, crea que todos carecemos de conciencia. Yo, personalmente, no deseo causarles daño.

Su mirada astuta resbaló hacia el bello rostro de Lisa, contraído por la angustia. En los ojos nublados de lágrimas se leía una dolorosa desilusión. —Quisiera ayudarlos —insistió Marco.

Pareció sumirse en profundas reflexiones. Finalmente propuso:

Estudie alguna forma de convencer a mis compañeros de que en la isla no hay tesoros escondidos. Sólo así nos marcharemos. Miró de nuevo a Lisa.

—Desearía regresar después, sin malas compañías.

Las lágrimas se deslizaron por el pálido semblante de Lisa. Brice también había dicho que regresaría, luego de abandonar en lejanos confines a la peligrosa tripulación del "Estrella Errante".

Marco se levantó y, antes de retirarse, afirmado sobre el respaldo

de la silla, declaró:

Es difícil manejar a un grupo de aventureros ávidos y no sé cómo se las arreglará usted, señor Maine. Pero si llega un momento crítico y necesita ayuda, no vacile en recurrir a mí. No vacilaré entonces en volverme contra mis compañeros. Si he de elegir entre ustedes y ellos..., cuenten conmigo.

Al salir, vio que el capitán Rigal daba señales de impaciencia. Los demás hombres también aguardaban con ansiedad.



-Aquí viene el señor embajador -habló Rigal, mordiendo con furia su pipa-. ¿Logró buen resultado tu diplomacia o tenemos

que esperarte otra hora?
—Calma, capitán —repuso Marco—. Tengo al viejo bastante ma-

reado. No será difícil que se le escape alguna palabra reveladora o que, por intentar despistarnos, descubra su secreto. Volvamos al barco y esperemos. Nuestra paciencia será premiada.

Mientras tanto, Lisa preguntaba:

-¿Qué piensa hacer, papá?

-No sé, hijita. Estoy amargado. No me convenzo aún de que el

teniente Brice sea un malvado. Si el único hombre que parecía honesto pertenece a la peor especie de traidores, ¿qué puedo esperar de los otros? Marco Survil proclama sus virtudes y promete lealtad, pero su mirada codiciosa lo traiciona y la expresión de su boca es demasiado maligna para ocultarla con una sonrisa. No, Lisa. No me fío de él, ni de nadie.

—Las sospechas de esos hombres, ¿son ciertas, papá? ¿Oculta un tesoro la isla?

—Sí, niña. Pero no confesaré. Si les revelo el secreto, firmaré nuestra sentencia de muerte. Sabiendo lo que desean saber, ya no necesitarán de nosotros. Al contrario, querrán eliminar a testigos molestos.

A bordo, el cocinero Sammy llevó a la mesa la gran marmita de comida.



—Se arrepentirán si libertan a Brice — advirtió Marco.

—Estos brutos lo único que quieren es beber dijo al ver que la cena era despreciada.

—Y pronto beberán en la taza grande —observó Dan.

—¿Por qué dices eso? —interrogó uno de los marineros.

—Porque, sin piloto, este barco se irá al infierno. Dejen que se levante un vientecillo como los que se acostumbra ver en estos mares. Entonces, ¿qué haremos con un capitán que duerme su borrachera y un piloto encerrado en la cala?

Recorrió con una despreciativa mirada los rostros ansiosos de los tripulantes y añadió:

—Creo que deberíamos hacer un convenio con el teniente Brice.
—¡Jamás! —rugió Marco, levantándose con violencia de la mesa.
El plato de estaño resonó al volcarse.

Dan lo observó con hostilidad. El contramaestre era un hombre corpulento. Su rostro de tupida barba no reflejaba por cierto una voluntad débil y mucho menos la dulzura de un ser apacible. Marco vio rebrillar en sus ojos una expresión muy poco tranquilizadora. -Creo que cometeríamos una equivocación -dijo entonces con acento conciliador-. Brice es capaz de denunciarnos en el primer puerto.

-No lo hará..., si nos da su palabra. Y yo confío en la palabra

del teniente Brice. ¿Usted no?

Marco vio inclinarse sobre él aquel rostro barbudo. Nunca había advertido que una inquietante cicatriz le cruzaba la mejilla. Tal vez la barba servía para ocultar la prolongada marca de un cuchillo. Este detalle convenció aún más a Marco de que Dan era un individuo temible.

Sin embargo, insistió débilmente:

-Se arrepentirán.

El cocinero, que era apenas un muchacho, terció con actitud decidida:

-Estov de acuerdo con Dan. Vamos a hacer un trato con el teniente v a libertarlo..., aunque más no sea para que alguien inteligente saboree mi comida.

(CONTINUARA)

#### Zorrespondencia

RICARDO CERONI. de Los Angeles.-Linda ciudad, donde todos los angelitos son lectores de "Simbad". espera que el Viejito Pascual le mande un premio de nuestro sorteo. PILAR JARA, de Santiago.—Le agradecemos la propaganda que le hace a "Simbad". Reclame al quiosco de su vecindad su revista favorita o subscribase para que tenga todos los ejemplares.

JAIME DIAZ VALDES, de Santiago.-Usted quiere a su "Simbad" chiquito, como a un compañero de bolsillo, a quien tiene gran cariño. Le agradecemos sus felicitaciones. GUILLERMO FERNANDEZ.-Recibimos el diario que nos envió y se lo agradecemos.

LUIS OLEA, de Almendral.-Nos-

otros también recordamos al insigne dibujante Coré como al mejor dibujante que ha tenido Chile, Trataremos de complacerle.

JUAN PRADENAS, de Talcahuano. -Feliz usted que posee desde el primer número de esta pequeña gran revista "Simbad". Muchos son los que envidian su suerte.

ANIBAL OTEIZA, de Valparaiso.— Aprendió a leer en "Simbad" y aho-ra es el primero en su clase. Lo fe-

licitamos.

HUGO YANEZ, de Putagán.-Fiel admirador de Ponchito y Pelusita y Los Nietos del Tío Tom, anhela que con el tiempo "Simbad" sea la lectura preferida de todos los niños del mundo. Nos envía felicitaciones de su parte y también de parte de su hermana Nachita, que aprende a leer en esta revista.

ROXANE.

#### ¿Cuál es la respuesta?



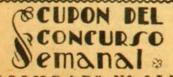
Contesta a esta pregunta: ¿QUE LIBRO ESTA DI-VIDIDO EN AN-TIGUO Y NUE-VO TESTAMEN-

¿E! Quijote, la Biblia o la Divina Comedia?

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta a revista "SIM-BAD", Casilla 84-D, Santiago. SOLUCION A "SIMBAD" N.º 373:

NAPOLEON BONAPARTE NACIO EN LA ISLA DE CORCEGA.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes. CON CINCUEN-TA PESOS: Eduardo Camino, Santiago; Fernando Andaur. Santiago; Bernardo Eissmann, Lontué; Ester Parodi, Santiago; Víctor Reyes, Valparaíso; Raquel Lagos, Chillán; Bernardo Basáez, Quillota; Eduardo Vicuña, Santiago; Luis Rojas, Los Andes; Alberto Acoust, Traiguén. SUSBCRIPCION TRIMES-TRAL A "SIMBAD": Hernán Núnez. Talcahuano: Jaime Pisano. La Calera; Bernardo Monroy, Traiguén; Juana Navarrete, Santa Cruz; Sonia Avila, Traiguén; Patricia Valenzuela, Santiago. UN LIBRO: Patricia Rocuant, Santiago; Ramón Huidebro, Sandago; Hernán Gatica, San Alfonso; Amanda Pacheco, Vi-ña del Mar; Irma Martínez Batuco; Juan Rodríguez, Santiago; Juan Catalán. Concepción; Violeta Bastidas. La Unión; María Lagos. Concepción; Rolando Vásquez, Victoria.



## \$FRANDIOGO SORTED NAVIDAD

\* \$ 500.000.- \*

EN VALIOSOS REGALOS REPAR-TIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NU-MEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICE-RAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMEN-TOS. LAPICES AUTOMATICOS. PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.



Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 2 SERIE N.º 6 SORTEO DE NAVIDAD SERIE N.º 6 CUPON N.º 2 7 de noviembre de 1956.

## Betty en el colegio





3. Betty contestó: "—Sólo me gustan los postres". De pronto irrumpieron en el comedor tres personajes enfurecidos. Una llevaba sopa en sus cabellos, el otro los restos de un huevo y la tercera un adorno de puré de arvejas sobre su sombrero. "—Venimos a quejarnos a la directora", exclamó aquel trío.





4. El visitante añadió: "—Por esta ventana cayó el contenido de tres platos, que nosotros recibimos en la cabeza. Exijo que la culpable sea castigada". Madame Chardin no tardó en descubrir que Betty era la autora del desorden, y dijo: "—En castigo la dejaré sin postre durante quince días".

(CONTINUARA)

## PELUSS TA

#### POR NATO

















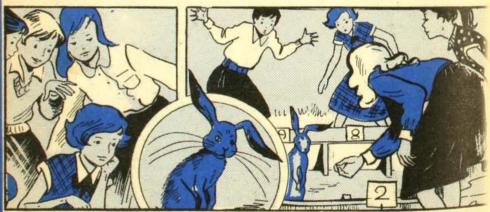
## Betty en el colegio

CAPITULO XXII.— EL CONEJODROMO





1. Betty soportó sin amargarse el castigo impuesto por la directora del internado: quince días sin postre. Llegaba el fin de curso, que sería celebrado con una kermesse. Betty y sus amigas idearon un "conejódromo", y preparaban a "Blanquito", preocupándose de su cuidado y alimentación.



2. "-Veamos a qué caseta entra", dijeron las niñas. Pero el conejo no demostró el menor entusiasmo. Cuando lo dejaron en la pista, se mantuvo inmóvil y perplejo. Sin duda, no deseaba intervenir en la carrera. "-Este conejo no corre ni por una zanahoria -exclamó Betty-. Si lo presentamos, se reirán de él."

(Continúa en la penúltima página.)



CAPITULO XVII.-Pies de Venado cae herido.

Bobbie estaba confundida porque Pies de Venado había descubierto el tesoro de su tío, el trapero Dracke.

-Este oro no es mío. Espero que Pies de Venado a nadie hablará

de esto -dijo la niña, recogiendo las pepitas.

—Pies de Venado no traicionará los secretos de su hermano rostro pálido —replicó, seriamente, el indiecito—. Pies de Venado no ama el oro, porque es causa de muchas riñas entre rojos y blancos. Las riquezas que apetece Pies de Venado son los bosques y las llanuras. Le gusta la caza y no el metal.

-Ojalá todos pensáramos de la misma manera -dijo Bobbie, le-

vantándose después de recoger la última pepita.

La niña se sonrojó de nuevo. Pies de Venado la miraba de una manera extraña.

Año VIII - 14-XI-1956 - N.º 376
Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).
Subscripción anual: \$ 1.480, Semestral: \$ 760.
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.
Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.
Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros
países: US\$ 5,20.

—Cuando miro la cara de mi hermano blanco —explicó el indio—pienso que él puede tener una hermana.

Bobbie se sobresaltó y aparentó ocuparse de los sacos.

—¿Por qué piensas eso, Pies de Venado? —preguntó en voz baja.

—En la quebrada del río, donde se levanta un alto risco, Pies de Venado vio una niña vestida de traje verde —contestó el piel roja—. Nunca ha visto Pies de Venado criatura más linda. No habló; desapareció como una visión.

-Quizás fue una visión -insinuó la niña.

—No fue visión —aseguró el indiecito—, era real. Muchas veces la he buscado.

—¿La has buscado? —preguntó, inquieta, la hija de Joven Búfalo. Pies de Venado inclinó solemnemente la cabeza.

—Pero Pies de Venado no puede encontrarla. Por eso pregunto al hermano rostro pálido si él tiene una hermana. Cuando miro su

cara, es la cara de la niña que yo busco.

—Creo que la imaginación te perturba —declaró Bobbie, ansiosa de variar la conversación—. No tengo hermana. Supongo me creerás.

-Mi hermano no habla con lengua torcida. ¿A dónde va Bobbie ahora? Cuidado con Skeeter.

-Sí. Me ha amenazado con matar a mi tío. Vuelvo a casa.

-Pies de Venado acompañará a su hermano.

El lobezno regresó corriendo al lado de los valientes niños.

—Bravo, Lobito —exclamó Bobbie, acariciando la cabeza del animal—. De buena se escapó el bandido Skeeter. Si tus dientes no hubieran tropezado con la bolsa de cuero, pobre de su pellejo. Ahora volvamos a casa.

-Pies de Venado va con Bobbie -declaró el indiecito, preparando su arco.

En silencio regresaron los niños a la cabaña. El doctor Simpson salió al encuentro de Bobbie, quien lo saludó afablemente y se volvió a presentar a su amigo.

Pies de Venado había desaparecido.

-Y no se despidió - musitó la niña, disgustada.

Pero no tenía motivo para enojarse con el piel roja. Listo el arco y atenta la mirada, Pies de Venado corría en busca de Skeeter. Llegó al sitio de la reyerta y ahí descubrió los rastros del fugitivo. Las huellas aparecían y se perdían entre los árboles; pero al piel roja le era fácil seguirlas. No obstante, al llegar a la orilla del río perdió el rastro.



El hijo de Aguila Negra recordó que en aquel mismo sitio había tenido la visión de la niña blanca. De pronto su mirada escudrinadora descubrió un pedazo de tela verde entre las breñas; en el

acto decidió apoderarse de aquel tesoro.

Para ello necesitaba bajar por un despeñadero. Olvidando a Skeeter, Pies de Venado buscó apoyo entre las grietas de la roca y, aferrándose de todas las malezas y arbustos de la quebrada, llegó al fondo, hasta alcanzar a la que guardaba la reliquia de su amada visión.

Con el trozo de tela en la mano contemplaba el sitio.

cCómo ha salido de aquí la niña blanca, sin que Pies de Venado la viera? —decía—. Era un espíritu...

Andando entre el verde cortinaje, hundióse de pronto el muchacho y cayó dentro de una caverna.

El indio se explicó el desaparecimiento de la visión.

-Era una niña blanca -exclamó-. Aquí están sus pisadas, frescas aún.

El piel roja, decidido a encontrarla, entró en el obscuro túnel. De pronto se detuvo.

A sus oídos llegaba un rumor de pasos. ¡Si fuera ella!

Lentamente avanzó por el túnel, que presentaba bastante declive. Súbitamente se detuvo. Acababa de distinguir una silueta en el fondo del túnel, pero no era la de una niña.

Cuando llegó al final del túnel, la visión había desaparecido por

un orificio superior.



Pies de Venado tropezó con una piedra y cayó a la caverna.

La imaginación del hijo de Aguila Negra empezó a divagar.

—Es uno de los espíritus de la montaña que adora mi tribu murmuró.

En aquel instante tropezó con un objeto y cayó de bruces al suelo. La caverna recibía, en aquella parte, la luz difusa que penetraba a través del ramaje. Pies de Venado descubrió una gran caja. Curioso, levantó la tapa y hurgó en el interior. Sacó una tela y su corazón latió en forma insólita.

—Mi hermano Bobbie ha estado aquí —se dijo—. Su rostro es semejante al de la niña blanca. Pero él me dijo que no tenía hermana.

Un ruido le hizo volver el rostro. En el óvalo obscuro del túnel vio

una sombra, distinguió un rostro. Era el de la niña blanca, pero envuelta en ropaje obscuro.

Mirando fijamente, la cara se iba convirtiendo en la de Bobbie.

Pies de Venado dio un grito, y, cubriéndose el rostro con las manos, corrió por el túnel, después de tirar el vestido al suelo. El indiecito no advirtió que un objeto, pendiente de una cadena finísima, se había prendido al cinturón. No oyó tampoco la exclamación despavorida de Bobbie.

La niña llevaba las manos ocupadas con dos bolsas de pepitas de oro. Acababa de depositar una en el baúl y al regresar con las de-

más había descubierto al muchacho indio.

—¡Pies de Venado, vuelve! —gritó, tirando las bolsas sobre la caja, pero el hijo de Aguila Negra huía velozmente.

Tengo que alcanzarle —decía, desesperada, la hija de Joven

Búfalo-. Le haré jurar que guarde el secreto.

Bobbie, tropezando y cayendo, llegó a la salida del túnel sin alcanzar a su amigo. Subió por el despeñadero, rasguñándose las manos en su ansiedad por detener a Pies de Venado.

Cuando llegó arriba, el indiecito iba lejos.

Un hombre agazapado entre las breñas acechaba al piel roja y le

aguardaba con una enorme piedra en la mano. Antes de que Bobbie pudiera impedirlo, el proyectil azotaba la cabeza de Pies de Venado.

—¡Infame, cobarde! — exclamó Bobbie, con voz sorda.

Era Skeeter, el bandido fugado de la cárcel.
A tiempo que el asesino
se precipitaba sobre su
víctima surgieron varios
hombres de entre los árboles y el infame huyó.
Bobbie, que no había
visto a los recién llegados, se acercó al herido.

(CONTINUARA)





## BUFALO BILL



CAPITULO XI. RISIONERA DE LOS OGLALAS









1. Una docena de guerreros oglalas, de la nación sioux, abandonaron el campamento de Caballo Loco para combatir contra los rostros pálidos. "-Caballo Loco habla de paz y llama hermanos a nuestros enemigos", pronunció Flecha Rápida, con acento de odio.

3. Los oglalas creyeron que sería sencillo dominar a la solitaria colona, pero cuando el látigo de Jane restalló en el aire, supieron que la captura de la mujer blanca era difícil. "-Apártense, covotes pintados! - gritaba Juana Calamidad -. Den paso, salvajes."









2. "-Caballo Loco es un renegado -añadió fieramente-. Y le demostraremos que no somos tímidas squaws (mujeres). Ahí viene un vagón. ¡A él, mis bravos!" En ese carromato viajaba sola Juana Calamidad, la joven más intrépida del oeste.

4. Pero el número venció a Jane, que fue conducida a presencia de Flecha Rápida. Este, luego de observarla, dijo: "-Es una squaw valiente. Servirá a Flecha Rápida y a sus hermanos. Enciende fuego, mujer blanca". Jane repuso: "-Enciéndelo tú, coyote".

# BUFALO BILL



5. Pero obedeció, bajo amenaza de muerte. Flecha Rápida ordenó que le ataran los pies, para que no intentara huir. Jane cocinó la carne y, al ofrecerla al oglala, dijo: "-Aquí tienes y espero que te envenenes". Flecha Rápida le dijo: "-Cose mi mocasín".



6. Los demás indios también le dieron mocasines, chaquetas y tocados de plumas para que los remendara. "-Y cuando termines -gritó Flecha Rápida-, cepilla a nuestros caballos." Por cierto que en esta última tarea, Jane era más diestra que en cocinar.



7. De subito, divisó un jinete en la pradera. "-Tengo que enviarle un mensaje", murmuró Jane. La polvera que le regaló el teniente Prim tenía un espejo. "-¡Rayos! -exclamó la prisionera de los oglalas-, ahora sé para qué sirve este extraño regalo."





8. El jinete que vagaba por el llano era Búfalo Bill. Las señales del espejo lo deslumbraron. Comprendió que alguien producía deliberadamente esos reflejos. "-Provienen de aquel monte -susurró. Vamos, Torbellino, alguien está en peligro."

(CONTINUARA)



princesa Si'Ta.

Lani y Julia Blair se habían acercado ocultamente a la ciudad real, para intentar el rescate de Rosita Crusoe, es

decir, de la niña a quien los nativos de la isla llamaban Si'Ta, La Reina Blanca era en realidad Diana Benison, capturada por los isleños.

Nona, hija de Bu-Ru, murmuró:

-;Oh padre mío, serás grande cuando la Reina Blanca y Si Ta havan desaparecido!

El sacerdote pronunció:

-Mañana, cuando el sol esté en lo más alto del cielo, la reina y la princesa marcharán solas hacia el templo, mientras el pueblo las contempla. Entonces el poder de Bu-Ru las destruirá.

Julia v Lani se estremecieron.

Mostrando a su hija un pergamino, en el cual se veían trazados extraños signos, Bu-Ru agregó:

-Aquí están escritos los secretos del sol, la luna y las estrellas, Nona. Bu-Ru ha estudiado estos signos y sabe cuál es el momento propicio para atacar.

Cuando el guardián del templo y Nona se alejaron, Lani susurró:

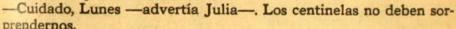
-Tenemos que salvar a Rosita y a su madre.

Julia Blair, pálida de ansiedad, repuso:

-No sé qué hacer, Lani. Dios quiera iluminarme...

Como una respuesta, se percibió un rumor de alas... y un papagayo de plumaje multicolor se posó en la mano extendida de Julia. —¡Es Polly! — exclamó ella—. Y trae un mensaje. Ansiosamente desplegó el papel, escrito por la Reina Blanca. Decía:

Queridas amigas: Rosita me habló de ustedes. Un gran peligro la amenaza y es preciso que huyamos. No quisiera complicarlas en este riesgo, pero disponemos de poco tiempo y soy vigilada constantemente. Quisiera encontrarlas en la puerta norte, detrás del palacio, al atardecer. Apenas el sol desapareció en el horizonte, Julia y Lani se encaminaron hacia la puerta mencionada por Diana Benison.



En la débil penumbra, a través de los sólidos barrotes de la puerta, distinguieron a la reina de cabellos de oro. Las blancas manos se extendieron para saludar a ambas jóvenes:

-Julia y Lani, las queridas hermanas de mi hija.





—Nos alegramos de conocer a la madre de Rosita y estamos ansiosas de ayudarlas a escapar —declaró Julia—. Hay un hombre malvado que conspira contra ustedes.

—Bu-Ru —asintió Diana—. Siempre he leído el odio en sus ojos, aunque simulaba respeto y obediencia a su reina.

—Ha ideado una intriga, que cumplirá cuando usted se dirija con Rosita al templo del sol. ¿Dónde está ese templo? —Al borde de un precipicio en cuyas profundidades corre el río.
Será difícil huir por ese lado. Y el pueblo estará frente a nosotras, a una distancia de cien yardas. Depositaremos guirnaldas en el altar.
—Eso significa que estarán solas por un momento en el templo.
Espere entonces nuestra señal para la fuga. Tenga confianza y dígale a Rosita que la queremos mucho.

Un rumor de pasos inquietó a Lani.

-Vienen los guardias - anunció -. Vamos, amita Julia.

—¡Gracias! —murmuró Diana, mientras Julia y Lani desaparecían en las sombras.

Cuando el centinela pasó ante la puerta, sólo vio la figura de la reina, que caminaba solitaria por el patio, como un fantasma blanco nimbado de oro.

Julia y Lani se dirigieron al templo. La luna traspasó las nubes que la ocultaban y, bajo su pálida luz, el santuario veíase rodeado por un ambiente de misterio y superstición. En distintos lugares ardían pequeñas fuentes de petróleo encendido.

Julia observó los alrededores. La construcción del templo se extendía hasta el borde del precipicio, casi en todo su contorno. Sólo la fachada enTenga confianza y digale a Rosita que la queremos mucho.

frentaba la tierra firme. Julia se inclinó para escrutar la hondura del abismo. Un leve reflejo le reveló que el río seguía su curso hacia el mar.

—Si una piragua estuviera esperando allá abajo —susurró—. Pero Rosita jamás bajáría por esta pendiente.

Lani propuso:

-Lani puede tejer una escalera... con lianas.

—Lunes, eres una maravilla —aplaudió la niña rubia—. Entonces, ya tenemos el plan para la fuga. Vamos a la selva en busca de tallos flexibles.

Polly las había seguido, aunque estaba contrariado. Cumplió su misión, entregando el mensaje. Se impuso el gran sacrificio de no hablar, para que el papel no se le cayera. Pero sus amas ni siquiera lo habían felicitado. Lani, que tenía un instinto muy fino, comprendió que el papagayo les guardaba resentimiento.

-Polly -dijo-, eres un mensajero espléndi-

do. Pero ahora no se trata de mensajes, sino de buscar lianas. Ayúdanos.

—¡Una soga del mástil alto para colgar piratas! —gritó Polly, recobrando la alegría y la voz.

En seguida voló de un lado para otro y con enérgicos picotazos, desprendía las lianas de los árboles, dejándolas caer en las manos de Lani.

(CONTINUARA)







1. El inspector patilludo amaneció muy severo y, cogiendo a Tim y Tam, les dio una paliza. Tim buscó después un par de cigarros. "—¿Estás cucú?" —protestaba Tam—. ¿Le vas a regalar puros al inspector? Yo le daría puros... puntapiés."





2. El inspector vio a Tim con los puros y, aunque el rucio fingió protestar diciendo que eran para el capitán, el patilludo se apoderó de ellos y... ¡BAM! Al encender uno, hizo explosión, porque el tabaco tenía un petardo.

## DEL TID TOMO





3. Cuando el inspector decidió castigar a los mellizos, Tim y Tam advirtieron: "—Pero nosotros le dijimos que los puros no eran para usted, sino para el capitán". El inspector exclamó: "—No es mala idea. Le daré el otro al señor Escotilla".





4. Cuando estalló el segundo cigarro entre los bigotes del capitán, el inspector empezó a reir. Pero su alegría fue poquita y se acabó, porque Escotilla no aceptaba bromas y dio al gracioso una tunda, mientras los mellizos reían.



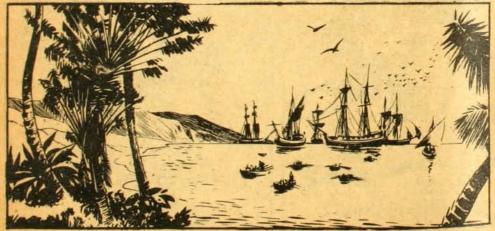
## LOS PIRATAS

CAPITULO IV.—LOS PE IGROS DE LA SELVA





1. Al desembarcar los capitanes corsarios en la costa de Venezuela, el Cormorán advirtió: "—Somos hombres de mar, pero esta batalla tenemos que librarla en tierra, a través de una floresta salvaje. Los que deseen regresar a sus barcos, háganlo ahora".



2. "—No navegamos hacia un puerto seguro. Nuestros pasos se encaminarán hacia un destino desconocido. Cuando descubramos las bahías españolas..., sabremos la ruta que siguen ciertos tesoros." Después de estas palabras, nadie vaciló en seguir al Cormorán.



DEL CARIBE

3. Durante dos días, desembarcaron los víveres, armas y municiones que necesitaban para su audaz expedición. Las naves fueron confiadas a los segundos de a bordo, o a los filibusteros para quienes separarse del mar era como abandonar su rudo corazón.



4. Hubo también algunos capitanes que incendiaron sus barcos. Sombríamente observaron la inmensa hoguera, que convertía a las olas en una marea de fuego. De súbito, entre los que miraban con tristeza las naves en llamas, el Cormorán vio a un niño.



## LOS PIRATAS

# Capitán, no nos mire como si fuéramos dos cobar-



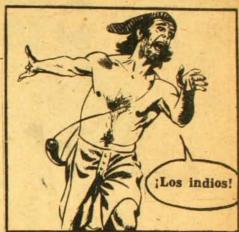
5. "—¿Que hace aqui ese rapaz? —exclamó—. En esta empresa, hasta los hombres endurecidos verán desfallecer su valor. Un niño no resistirá. Muchacho, vuelve a tu barco.'



6. "—Esta incendiado, senor", contestó el niño. Sin oirlo, el Cormorán dijo al hombre que lo acompañaba: "—¿Y tú piensas atravesar cojeando un continente plagado de peligros? ¡Mil demonios! Embárcate con tu cachorro". El hombre palideció.

## OEL CARIBE





7. "—Perdonad, capitán —balbuceó—. Este es mi sobrino Oliverio. El español que me dejó inválido asesinó a sus padres. ¿Por qué no nos dais la oportunidad de combatir contra nuestros verdugos?" El Cormorán dijo: "—Está bien. Vamos, valientes".



8. Un centinela gritó: "—¡Los indios!" La caida de un rayo no hubiera sobresaltado más a los filibusteros. En el linde de la selva aparecieron, majestuosos y soberbios, cuatro gigantescos caribes. Se mantenían a la defensiva, pero su actitud no era hostil.

(CONTINUARA)



Tilda había desaparecido.

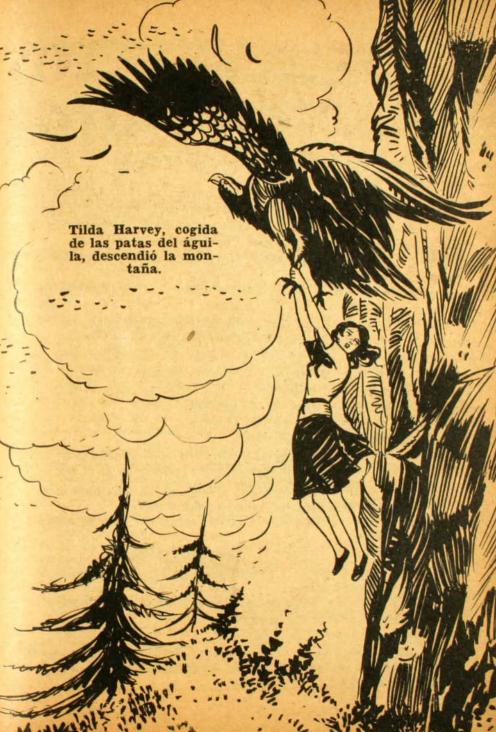
-Imchi -gritó Ciro-, Tilda ha caído montaña abajo.

Por cierto que al ver el peligro que corría la niña, Ciro e Imchi abandonaron la lucha con el águila y sólo pensaron en detener la caída de Tilda.

Entretanto la niña, con una presencia de ánimo admirable, se aferró, al caer, de una pata del ave de rapiña y quedó suspendida en el aire como un paracaidista.

El águila, tan asustada como Tilda, con el peso que tenía en sus patas, no pensó en atacar a la muchacha, sino que, batiendo las alas

RESUMEN: Ciro Manders llega a la plantación africana de Piedra Negra, donde le reciben Tilda Harvey y el zulú Imchi. Les visita el granjero Ellis, en quien reconoce Ciro al embozado que le asaltó en el camino para robarle un paquete sellado. Al verse de nuevo asaltado, Ciro decide abrir el legado de su padre, el cual consiste en un amuleto indígena que Tilda guarda en su pecho colgado de una cadena de oro. Ellis ofrece perdonar una deuda que pesa sobre la granja de Piedra Negra si Ciro entrega el amuleto, Tilda y Ciro se niegan a ello. Arrojados de Piedra Negra, Tilda, Ciro e Imchi parten en una carreta hacia "Los Montes de las Animas". Ellis sique sus huellas. Después de un mes de penoso viaje, Tilda cae a un río. Pierden la carreta y los bueyes, pero los tres viajeros se salvan. Poco después se traban en lucha con un rinoceronte, al que mata Tilda. Encuentran en el cuerno del animal un anillo de oro con el nombre de Manders. Claudio Montgomery, cómplice de Enrique Ellis, narcotiza a los tres viajeros y rapta a Imchi para torturarle atado a un árbol. Ciro y Tilda logran libertar a Imchi incendiando el campamento de Enrique Ellis. Prosiguiendo su azaroso viaje llegan a la GRAN PUERTA y son asaltados por las áquilas.



para evitar un rápido descenso, fue bajando y bajando hasta que llegó a la copa de uno de los árboles del valle.

Tilda soltó una mano, se cogió del gancho de un pino y no supo

más...

Cuando volvió en sí sintió que algo suave y tibio acariciaba sus mejillas. Lentamente abrió los ojos y de sus labios brotó un grito de espanto.

Un mono enorme, con rostro casi humano, estaba junto a ella son-

riéndole con dulzura.

Al punto comprendió Tilda que el orangután no tenía malas intenciones. Con sus peludas manos le ofrecía un coco partido por mitad.
—Gracias, monito —murmuró Tilda, tratando de dominar su nerviosidad—, tú sabías que yo sentía hambre.

El mono la observaba con visible alegría y corrió en busca de otros

frutos.

Tilda pensaba en Imchi y en Ciro Manders. ¿Cómo avisarles su milagrosa escapada?

De súbito se le ocurrió una idea. Señalaría al mono hacia la altura como para indicarle que quería subir a la cúspide del monte.

El orangután sonrió y, cogiendo a la niña de la cintura, trepó con ella a un corpulento roble. De éste pasó a otro y a otro.

Ni el terrible descenso había sido tan tremendo para Tilda como aquel balanceo por la copa de los árboles.

-Deténgase, por favor -suplicó Tilda.

El mono comprendió y se detuvo.

En ese instante Tilda escuchó la voz de Ciro que la llamaba a gritos.

—Aquí estoy —respondió Tilda, pero el mono le tapó la boca.

Un momento después el orangután, con su presa en brazos, volvía a saltar de árbol en árbol y se alejaba presuroso.

Entretanto, Ciro y el zulú Imchi comenzaron a bajar la montaña

en busca de Tilda.

-Imchi -gemía Ciro-, nunca la encontraremos.

-No se aflija, patroncito -respondía Imchi-. Ella es brava y valiente como una leona.

Súbitamente Ciro se detuvo en medio de la maraña y mostró con el dedo un rostro pálido y blanco.

-Es Tilda -exclamó el muchacho.

Pero no era Tilda, sino un individuo de largos cabellos amarillos que le daban un aspecto femenino. Aquella extraña aparición se desvaneció como por arte de magia.

—Imchi —dijo Ciro al zulú—; he visto un rostro pálido con largos cabellos amarillos... Allí, entre las breñas.

Imchi apartó con su hacha los matorrales, pero no descubrió al

sujeto que señalaba Ciro.

—Sombras, amito —explicó Imchi—. Los hombres que viven en el Pueblo de las Animas desaparecen sin dejar huellas. Son sombras nada más.

Entonces uno de esos hombres-sombras ha raptado a Tilda — murmuró Ciro, con desesperación—. Imchi, corramos... Es preciso libertarla.

Imchi, pálido de terror, siguió internándose en la selva, pero su corazón estaba helado.

Sigamos ahora a Tilda en su fuga por la copa de los árboles, llevada en brazos del orangután.

Después de dos horas de saltos y brincos, el mono depositó a la niña en la rama de un árbol y la dejó descansar.

Tilda lloraba con desesperación, y estas lágrimas parecieron con-

mover al orangután, quien comenzó a acariciarla.

"¿Cómo hacerle comprender que deseo volver con mis amigos?
—pensaba Tilda—. Se advierte que este monito es bueno, pero debe temer a los seres humanos y por eso huyó de Imchi y Ciro." Llevaban cinco minutos de reposo cuando de súbito saltó sobre ellos un leopardo. Pero el orangután se interpuso entre Tilda y la fiera y, tras una lucha feroz, el mono estranguló al leopardo y lo lanzó con toda fuerza al tronco de otro árbol.

El vencedor, chorreando sangre, se irguió con orgullo y de sus labios brotó algo como un grito de guerra que atronó el espacio.

-BRUM, BRUM, BRUM...

Poco después el orangután fue doblando sus rodillas y se afirmó en una gruesa rama.

-Está desangrándose por la herida del brazo -murmuró Tilda,

al ver correr la sangre a borbotones.

Rápidamente sacó una tira de su enagua y, arreglándola como venda, fajó con ella el brazo herido. El desfalleciente animal la miraba con ojos angustiados, ojos casi humanos, en los cuales se advertían dolor y gratitud.

-Ya, ya, pronto se pasará el sufrimiento -musitó Tilda.

Poco a poco el orangután fue recobrando su vigor y pudo incorporarse.

"¿Qué hará ahora sin fuerzas para levantarse?", pensó Tilda.

Entonces pensó en darle un nombre, y gritó dirigiéndose al mono:

-Kang, Kang ...

—Kang, Kang —repitió el simio, al mismo tiempo que se golpeaba el pecho.

-Ahora tienes nombre -díjole Tilda-. Recuéstate en el árbol y

alza el brazo para que se estanque la sangre.

Kang comprendía lo que la niña le ordenaba, más que por la palabra, por los gestos. Pero ya se notaba cierta camaradería entre la niña y el mono.

De pronto se escucharon un lejano rumor y estridentes chillidos.

-Brum, brum, brum...

Era el grito de guerra de los simios que acudían al llamado de Kang.

¿Qué ocurriría?

Una docena de orangutanes, no tan enormes como Kang, trepaban de árbol en árbol, llegaban hasta su jefe y le rodeaban.

"Kang seguramente es su rey —se dijo Tilda—, y si él me protege estov salvada."

Kang advirtió el temor de su protegida y con su brazo sano le rodeó la espalda. Luego brotó de sus labios un suave murmullo como el de una madre que consuela a sus pequeñuelos.

Los otros monos callaron y esperaron las órdenes de su jefe.

Kang les mostró la herida de su brazo izquierdo y algo les dijo en su idioma.

Uno de los monos cogió a Tilda en brazos y bajó con ella a la hondonada, en tanto que otros dos simios ayudaban a Kang a descender del árbol...

Ya en tierra comenzaron a caminar en procesión por los senderos del monte, alejándose más y más del sitio donde Kang había encontrado a Tilda.

Tilda Harvey, conducida sobre los hombros del mono a quien Kang confió tan delicada misión, se dejaba llevar llena de confianza.

"Van hacia sus guaridas", pensó la niña.

En efecto, después de varias horas de camino, la manada de orangutanes se detuvo en un desfiladero que terminaba en una amplia caverna.

Allí divisó Tilda a varias hembras con sus monitos en brazos.

De aquí no saldré más —murmuró Tilda—. Me han traído a su mansión selvática y ni Ciro ni Imchi podrán encontrarme.

El orangután que la traía en brazos la depositó sobre una especie de silla formada en la roca viva.

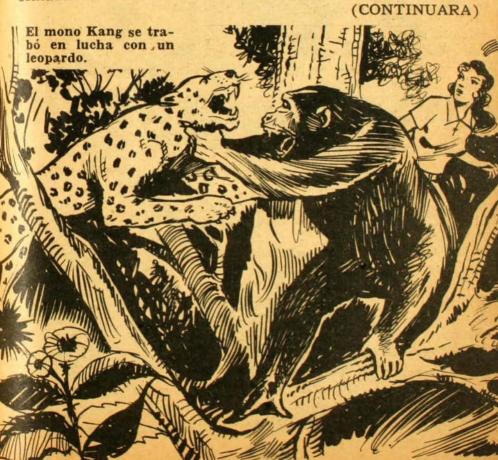
—Debe ser el trono —se dijo Tilda.

Cuando llegó, Kang ocupó la misma silla muy junto a su protegida. Todos los monos, machos y hembras, lanzaron un grito, no tan sonoro como el brum, brum, brum de guerra, sino más bien un himno suave y gentil que parecía un canto de bienvenida. Tilda sonreía, a pesar de su ansiedad.

-Kang -decía el jefe de los monos, golpeándose el pecho-.

Kang, Kang...

A una orden del jefe, los monos se esparcieron por el campo en busca de frutas para Tilda, mientras Kang y la niña permanecían sentados en el trono.















## CL SECRETO DE LA ISLA

#### CAPITULO VIII. Excursión nocturna.

El contramaestre Dan y el joven cocinero Sammy decidieron libertar al piloto Alberto Brice. En vano Marco Survil protestaba:

—Se arrepentirán de esta debilidad. Brice nos denunciará a la policía en el primer puerto.

El teniente Brice no es un soplón — repuso Dan—. Además, lo necesitamos. Si él no conduce este barco, naufragaremos con la primera tempestad. ¿Quiénes es-

tán de acuerdo con nuestro plan?

El capitán Rigal, ebrio, dormía profundamente. Otros de sus secuaces también yacían dormidos, pero los que mantenían su cabeza despejada y temían morir ahogados si el barco encallaba o se hundía, levantaron la mano en señal de aceptación.

Por lo tanto, Dan y Sammy corrieron a la bodega y desataron al

piloto.



—¿El capitán cambió de idea? —preguntó él—. ¿Partiremos de inmediato?

—No, teniente —repuso Dan—. Seguiremos anclados, acechando como lobos a los habitantes de la isla.

—¿Por qué me dan la libertad entonces? ¿Prometiste algo en mi nombre a esos rufianes? —Creo que sí, teniente —murmuró el contramaestre.

—Señor —intervino Sammy—. ¿Por qué no se queda tranquilo, para que los demás crean que está de acuerdo con ellos? Es lo que yo hago, a fin de proteger mi pellejo. Por cierto que no me seduce la idea de asaltar a un inválido para robarle su fortuna y tampoco deseo que la señorita Lisa derrame lágrimas por mi culpa.



Pero no me conviene dármelas de rebelde. Quiero desembarcar alguna vez en un buen puerto, con todos mis huesos sanos. Observó a Brice. Bajo las greñas rubias, desordenadas y rígidas, sus claros ojos tenían una expresión interrogadora y ansiosa. Dan añadió:

—Comparto la idea de Sammy. Fingirse cómplice de ellos es ganar tiempo, a fin de preparar un contragolpe. Si no desconfían de nosotros, sería posible proteger al anciano y a las jóvenes.

Tienes razón —asintió Alberto—. Pueden avisar a esa canalla que acepto la decisión de la mayoría.

—¡Bravo! —gritó Sammy—. Y no olvide, teniente, que me encontrará dispuesto para ayudarlo.

Gracias, Sammy. Voy a salir, sin que me vean. Pero antes quiero saborear un plato de tu sopa. ¿Me sirves?

Regresó al barco muchas horas más tarde.





Dan y Sammy sujetaron al enfurecido Marco Survil.

—Volando, teniente. Sólo usted sabe apreciar mi arte de cocinero. Mientras todos dormían, Brice bajó a tierra. Volvió muchas horas más tarde, luego de hacer una incursión por la isla. Una sonrisa entreabría sus labios. Aquella salida nocturna había sido muy provechosa.

Se dirigió a la cocina, para prepararse un

sandwiche. Marco Survil se detuvo en el umbral.

-Me pregunto qué buscaba usted entre las rocas, teniente.

Alberto no se turbó. Saboreando el pan con jamón, sugirió:

—Pensé que había asnos en la isla. Quería ver otra cabeza como la tuya.

Con un rugido de furia, Marco intentó abalanzarse sobre su ofensor. Dan y Sammy se apresuraron a sujetarlo.

—¡Te mataré! —aullaba Survil—. No soy un hombre que perdona fácilmente.



—Tal vez Marco necesita un poco de ejercicio —dijo Brice—. Dan, Sammy, déjenlo libre. Survil gruñó:

—Termina de rumiar ese pan, Brice. No quiero interrumpir tu cena de medianoche. Pero me vengaré.

En seguida se retiró, temblando de cólera.

Al día siguiente, Brice dijo a Dan:

-Vamos a tierra. Te necesito para hacer un

trabajito interesante, que Marco ni siquiera debe sospechar.

Survil tiene olfato de podenco, pero esta vez nos perderá el rastro -sonrió el contramaestre-. No se preocupe, teniente. Yo estaré alerto.

Al desembarcar, Brice indicó:

Espérame en la colina, detrás de la casa, Dan. Veré a la señorita Lisa para saber noticias de su padre. Les había prometido que el "Estrella Errante" levaría anclas. Le explicaré la nueva situación. Dan se alejó hacia la colina. Brice se disponía a entrar en la casa. cuando divisó a Lisa Maine, que recogía agua en el manantial.

Lisa -exclamó, acercándose a ella-. Deseaba hablar con usted.

-Yo no -replicó ella, con voz fría.

\_\_;Oué sucede, Lisa?

La joven guardó silencio. Enderezó el cántaro lleno de agua y lo alzó después hasta su hombro. Alberto contempló su rostro pálido y sus ojos cansados. No había dormido, sin duda, y las señales del insomnio estaban marcadas en su bello semblante.

—Lisa —insistió él.

Ella lo miró con hostilidad. En seguida se encaminó hacia la casa, con la actitud ausente de una persona que está completamente sola, en una isla desierta. Sin comprender su conducta, Alberto la vio alejarse, intrigado.

-Está disgustada porque no cumplí mi promesa -murmuró, pensativo-. Ni siguiera me permite darle una explicación. No sabe que estuve prisionero, precisamente porque intenté alejar de aquí a la tripulación del barco. En fin, más tarde hablaré con ella. Ahora me reuniré con Dan.

(CONTINUARA)

#### 27 orrespondencia

LEOPOLDO DELGADO.—Se entusiasma con las aventuras de Búfalo Bill, Rosita Crusoe y "Los Nietos del Tío Tom", que son el éxito de esta revista.

FIDELICIA GLADYS ROA, de Nacimiento.—Se manifiesta muy agradecida a "Simbad", porque constituye su lectura la mejor entreten-ción de su vida. Deseamos que cada dia le agrade más.

PEDRO JARA, de Nacimiento,-Es un fiel propagandista de "Simbad" y se lo presta a los compañeros que no pudieron adquirirlo, porque se agota semanalmente en aquel hermoso pueblo.

REBECA ORTIZ, de Purén.-Dice usted que compadece a los pobrecitos niños que no alcanzan a com-prar el "Simbad", y que usted, de buena, se la presta y nos dice que quiere tanto a la directora Roxane como a Rosita Crusoe.
ROXANE

#### ¿Cuál es la respuesta?



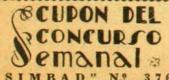
Contesta a esta pregunta: ¿QUE CELEBRE COM-POSITOR MU-SICAL TUVO 20 HIJOS? ¿J. S. Bach, Fe-

derico Chopín o Giuseppe Verdi? Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta con el cupón respectivo a revista "SIMBAD", casilla 84-D. Santiago.

SOLUCION A SIMBAD N.º 374. EL ARMA QUE SIRVIO A DAVID PA-RA VENCER A GOLIAT FUE UNA

HONDA.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: CON CINCUEN-TA PESOS: Juan Gallardo, Constitución; Alejandro Díaz, Santiago; Teresa Valenzuela, Santiago; Gastón Lara, Valparaíso; Santiago Rojas, Santiago; Raúl Henríquez, Mi-ninco; Berta Ramírez, Contulmo; Emilio Novoa, Santiago; Adriana Weber, Valparaíso; Elena Chacón, Santiago. SUBSCRIPCION MESTRAL A "SIMBAD": Mario Morales, Santiago: Carlos Cauquenes; Gilberto Pérez, Ranca-gua; Mayer Ossandón, Chimbaron-go; Juan Salamé, San Vicente Tagua Tagua; Guillermo Inostroza, Renaico. UN LIBRO: Patricia Cornejo. Molina; Angela Ramírez, Rengo; María Larson, Santiago; Arturo Pérez, Lontué; Helmuth Scott, Santiago; Manuel Casanueva, Santiago; Liliana Baribat, Santiago; Juana Navarrete, Santa Cruz; Mario Navarrete, Gorbea; Hugo Vásquez, Linares,



## SORTER NAVIDAD

\* \$ 500.000.- \*

EN VALIOSOS REGALOS REPAR-TIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NU-MEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS. RADIOS. LAPICE-RAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMEN-TOS, LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.



Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 3 SERIE N.º 6
SORTEO DE NAVIDAD
CUPON N.º 3 SERIE N.º 6
14 de noviembre de 1956.

## Betty en el colegio





3. "—Sí —murmuró Martina—, parece más un caracol que un conejo. Tendremos que elegir a otro corredor. Hemos perdido el tiempo con "Blanquito". Betty, preocupada, declaró: "—Busquemos a toda prisa un reemplazante que no sea ni dormilón ni manso. El conejo más salvaje que podamos hallar en el bosque".





4. "—¿Y por qué ha de ser un conejo? —añadió después—. Yo conozco al animal que necesitamos." Instantes más tarde aparecía con
"Sultán", el bulldog del jardinero. Martina aplaudió: "—Estupendo.
Rápido, colócalo debajo del canasto, porque ya empieza a llegar público. "Sultán" causará sensación".

(CONTINUARA)

#### PFLUSSTA

POR NATO



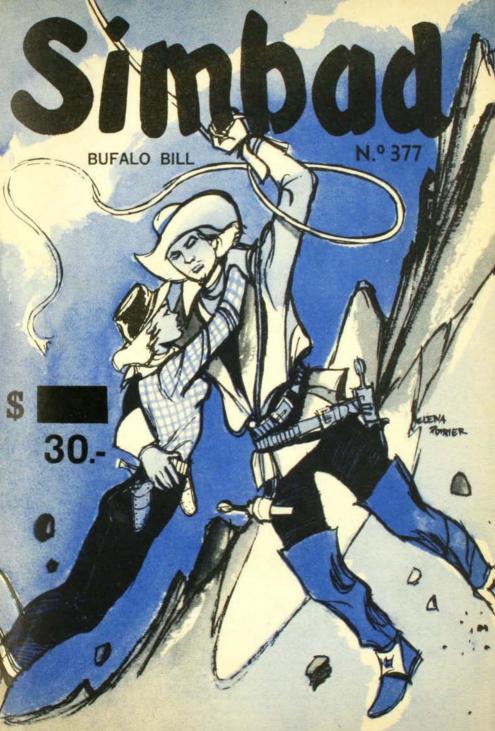














#### Betty en el colegio

CAPITULO XXIII.— FIN DE CURSO



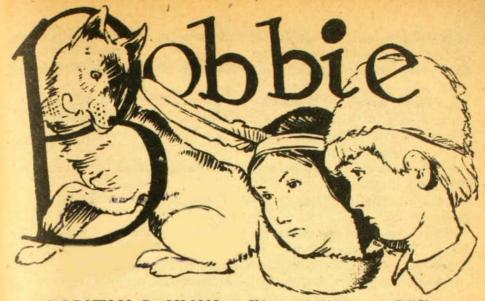


1. Betty y sus amigas idearon un conejódromo, para la kermesse del internado. El público se entusiasmó. "-Mira, lindo -decían las mamás a sus hijos-. Del canasto saldrá un conejito."



2. Pero ocurrió que el conejo seleccionado para la carrera se declaró en huelga, y las niñas eligieron entonces al bulldog "Sultán". Cuando levantaron el canasto que lo ocultaba, el perro saltó con furia, sembrando el terror entre los asistentes. El conejódromo de Betty había fracasado.

(Continúa en la penúltima página.)



CAPITULO XVIII.—El medallón de Alicia.

Bobbie, al ver que su amigo Pies de Venado sangraba abundantemente por la herida de su cabeza, quiso arrastrarle hasta la vertiente.

—Pies de Venado, ¿me oyes? —murmuraba Bobbie con desesperación.

Haciendo un esfuerzo enorme logró levantar al indiecito, pero no avanzar.

Entre tanto, los pieles rojas se acercaban a Pies de Venado y apartaban al niño blanco con odio y repulsión.

-Retirate -dijole Aguila Negra, con terrible encono.

—Yo...—la niña hablaba con voz entrecortada por la emoción de la sorpresa—, no crea usted que he hecho esto. Fue el bandido Skeeter; le tiró una piedra, y yo lo llevaba al río para lavarle la cabeza herida. Déjeme llevarlo, Aguila Negra. Estamos perdiendo tiempo. Pies de Venado sufre mucho.

Año VIII - 21-XI-1956 - N.º 377
Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).
Subscripción anual: \$ 1.480, Semestral: \$ 760.
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572, Semestral: \$ 286.
Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.
Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros países: US\$ 5,20.

—No necesitamos la ayuda del niño blanco —respondió altanero el jefe, llamando a sus súbditos.

Los pieles rojas empujaron a Bobbie y se l'evaron al hijo del

gran jefe.

La niña les siguió sin ofenderse por el insulto. De cuando en cuando temblaba ante la mirada escudriñadora de Aguila Negra, pero ella no quería abandonar a su amigo. Además, quería hablarle a solas, apenas le fuera posible.

Por fin abrió los ojos el indiecito. Al ver a Bobbie se estremeció.

En seguida sonrió.

-¿Cuándo fue la última vez que vi a mi amigo rostro pálido? -

preguntó.

—Skeeter te hirió —interrumpió vehemente la hija de Joven Búfalo—. Estaba emboscado. ¿Recuerdas que juró vengarse de ti?
Bobbie se alarmó. ¿Tendría conocimiento Aguila Negra de los sacos de oro? Los ojos del piel roja estaban fijos en el cinturón de su
hijo. Levantó la mano y cogió el medallón pendiente de la cadena.
Bobbie profirió una exclamación aterrada.

-Eso es mío.

—¿Cómo puede pertenecer al rostro pálido —inquirió Aguila Negra—, cuando está en el cinturón de Pies de Venado? ¿Dónde lo encontraste, hijo?

-Pies de Venado no sabe -respondió el interpelado.

Extrañas son las palabras de Pies de Venado —comentó el jefe—. Si este adorno pertenece al rostro pálido, ¿por qué lo tiene Pies de Venado?

Bobbie movió la cabeza.

—Yo no sé —replicó sencillamente Bobbie—. Pero es mío.

—No debe haber secretos entre el rostro pálido y mi hijo —declaró Aguila Negra—. Yo tengo que examinar ese objeto.

Bobbie apretó entre sus manos el medallón. Pero el piel roja se lo arrancó.

lo arranco.

-Devuélvamelo -rogó la niña con desesperación, tratando de

recuperar su guardapelo.

El jefe empujó a la hija de Joven Búfalo y examinó el objeto discutido. Sus cejas se fruncían, y a través de los párpados entornados miraba la miniatura y miraba al hijo de Joven Búfalo.

Bobbie comprendió que comparaba la miniatura que encerraba el

medallón con su rostro. La pobre niña temblaba.

-Hace muchas lunas -murmuró con voz sorda el jefe indio-,

Aguila Negra conoció a una mujer parecida a esta cara y a la del niño rostro pálido.

Déjeme partir, Aguila Negra, y devuélvame lo que me pertene-

ce -suplicó Bobbie.

Con sorpresa, vio que Aguila Negra le devolvía la miniatura. Aguila Negra volverá a encontrarse con el niño rostro pálido otra vez -dijo, con sorna, el piel roja-. Vámonos, hermanos. Los sioux recogieron a Pies de Venado y obedecieron.

"¿Cuáles serán las intenciones de Aguila Negra? —pensaba la hija de Joven Búfalo, al verle desaparecer seguido de su tribu-. ¿Es

posible que él conociera a mi madre?"

Miró largo rato la fotografía de su madre y la guardó en el bolsillo. Lo más prudente era volver por el túnel subterráneo. Así se libraría de Skeeter, en caso de que aquél se encontrara acechándola. Guardó todos sus tesoros en el baúl, resuelta a encontrar otro escondite más seguro.



"Así como ha llegado hasta aquí Pies de Venado, otros pueden descubrir mi secreto", se dijo Bobbie.

Pensar era obrar para la niña criada en medio de los peligros de la pradera y de los bosques poblados de enemigos. Arrastró la caja a lo largo del túnel y la escondió en otro recodo más obscuro. Aunque no del todo satisfecha, subió a la superficie. Con gran alivio llegó al aire libre y corrió en dirección a la cabaña.

-Lo aguardaba, Bobbie -exclamó el doctor Simpson al verla llegar-. Su tío Daniel sigue muy bien, y ya puedo volver al

pueblo.

-¿Qué te parece, Bobbie? - añadió Daniel-. Dice el doctor que en dos días más podré volver a mis ocupaciones habituales.

-Por cierto -apoyó el doctor.

La alegría de saber a su tío en vías de mejoría disipó por breves instantes la preocupación de Bobbie. Pero, apenas se fue el doctor, la hija de Joven Búfalo cerró las puertas y contó al tío Daniel lo acontecido.

—Ha sucedido lo que yo tanto temía —exclamó Daniel—. Bobbie, no los dejaremos aprovecharse de lo que saben.

-¿Cómo podremos impedirlo? - preguntó la niña.

-¿No me has oído hablar de esa mina que encontré en la montaña? -preguntó el trapero.

Bobbie inclinó la cabeza.

—Pues bien, hijita. Creo que ha llegado la hora de que tú vayas a conocerla. Está arriba, en la montaña, en un lugar secreto.

-¡Qué espléndido, tío Daniel! -exclamó Bobbie, con los ojos brillantes de felicidad.





—Sí..., y después seremos ricos, Bobbie. Podremos irnos a la ciudad, lejos de las traiciones de estos pícaros pieles rojas —concluyó Daniel.

—No todos son pícaros, tío —se atrevió a decir Bobbie—. A mí me gustaría volver a estas praderas.

—¿Qué atracción pueden tener para ti, hijita? —preguntó el trapero.

Bobbie le miró fijamente, pero no contestó.

—Me parece que adivino, Bobbie —agregó, afablemente, Daniel—. No te agrada la idea de separarte de Pies de Venado, ¿verdad?

-Sí. Eso es, tío -murmuró Bobbie.

Tú eres blanca y él es rojo —respondió el tío—. Yo nunca he creído en la lealtad de los indios; pero...

-Pies de Venado es leal, tío...

Precisamente, iba a declarar que lo exceptuaba de la regla. Ese muchacho se porta como un blanco. Sólo que tú eres hija de Joven Búfalo, y él, de Aguila Negra...

(CONTINUARA)



## BUFALO

CAPITULO X .- EL





1. Búfalo Bill advirtió que alguien hacía señales con un espejo desde un rocoso monte. "Quizás sea una emboscada —reflexionó el explorador—. Subiré por la ladera opuesta, a fin de evitar sorpresas. Vamos, Torbellino, y que tus cascos sean de algodón."





2. Al llegar a la cumbre vio a una docena de oglalas que dormían junto a una hoguera, mientras Juana Calamidad cepillaba los mustangos indios. Búfalo Bill sonrió. Luego dejó caer en la fogata un puñado de balas, cuya pólvora estalló con estruendo.

# BILLS

THE STATE OF THE S

CAZADOR DE BUFALOS





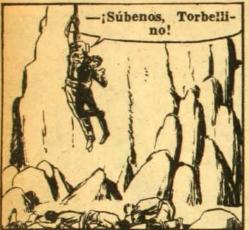
3. Los oglalas se levantaron aterrados, creyendo que un ejército los atacaba. Después, un par de botas los golpeó con fuerza. Búfalo Bill se balanceaba sobre ellos. Luego cogió a Jane, diciendo: "—Tranquila, señorita. Vamos a columpiarnos".



4. "—Eres maravilloso, Bill", susurró ella. El explorador contestó:

—"A ver qué tal usas tus botas. Vamos, Jane." Regresaban con el vaivén del lazo, y esta vez no quedó un solo indio en pie. Los que no yacían aturdidos, se inclinaron con supersticioso terror.

# BUFALO





5. Luego, antes que los oglalas reaccionaran, Búfalo Bill silbó a su caballo. Torbellino retrocedió, entonces, recogiendo el lazo. Búfalo Bill dijo: "—El jefe sioux Caballo Loco sabrá que estos guerreros han desertado de su campamento. El los castigará."





6. En el fuerte Lincoln, Búfalo Bill dijo a Jane: "—Tengo un obsequio para ti, Jane. No algo con perfumado polvo, como el regalo del teniente Prim, sino algo con pólvora." Y le dio un revólver con culata de plata y marfil, que encantó a la rubia y valiente colona.

# BILLE





7. Días más tarde, una patrulla trajo prisionero a un hombre que tenía aspecto de forajido. Se le acusaba de cazar búfalos en territorio pauní. El general Custer le dijo con severa expresión: "—Vic Fane, ¿qué tienes que decir en tu defensa? Estoy dispuesto a oirte."





8. El acusado se encogió de hombros. Custer añadió: "—Mañana serás conducido a Bismarck, para ser juzgado". Vic Fane respondió: "—Gracias..., por nada, general". Esa noche, una furtiva sombra se deslizó hasta la barraca donde Fane estaba prisionero. (CONTINUARA)



contra ellas para arrebatarles el poder y sentenciarlas a muerte. Julia, distinguiendo en la hondura del abismo el reflejo del río, sugirió:

-Tendremos una piragua esperando abajo.

Lani tejió con sólidas lianas una escala bastante larga. Atándola al borde del acantilado, la dejaron caer hasta que el extremo se sumergió en el agua. El papagayo Polly las ayudó a cortar los tallos, mientras Lani usaba un cuchillo que halló en la canoa.

Antes del amanecer, todo estuvo dispuesto para la huída.

En el palacio isleño, Diana Benison, la Reina Blanca, esperaba con ansiedad. No logró conciliar el sueño de las interminables horas de la noche. Al alumbrar el día, Rosita, que había dormido apaciblemente, preguntó:

-Mamá, ¿cuándo veremos a Julia y Lani?

—Tal vez hoy, mi tesoro. Iremos a una procesión... y quizás ellas se reúnan con nosotras.

-¡Oh, qué alegría! Y Polly, mamita, ¿no ha regresado?

-No. Supongo que vendrá con Julia y Lani.

-Katzy irá también a la procesión. Le diré que marche tranquilo,

sin rugir y sin asustar a los negritos.

Una pálida sonrisa apareció en los labios de la reina. Ocultaba su inquietud, para no alarmar a la niña. Ella jamás debía sospechar que los "negritos" eran, en realidad, sus carceleros, aunque las aclamaran como a su reina y princesa. Ni conocería tampoco la

perfidia de Bu-Ru, en cuyo corazón se retorcían los celos y el odio.

En ese instante, el sombrío sacerdote observaba la salida del sol.

—Ha llegado el día de mi triunfo —murmuró—. Mis signos mágicos convertirán al sol en mi aliado. El pueblo verá por sus ojos que mis profecías no son falsas. Y Nona será la reina de la isla.

Temblando de ansiedad,



Julia y Lani veían disiparse las sombras. El sol bañó de púrpura el mar azul. Con la primitiva superstición que aún no desaparecía de su espíritu, Lani murmuró:

—El sol... es el dios de los isleños, Ma-Zara..., ¿protegerá a Rosita y a su madre, o las fulminará con sus rayos? Bu-Ru es poderoso y maligno. Tal vez no podamos luchar contra él, amita Julia.

-No es un mago, Lunes. Es un hombre como cualquier otro, de corazón malvado. Lo venceremos.

-Si supiéramos en qué forma atacará a la reina.

-Estaremos alertos. No temas, Lunes.

-¡Pirata Bu-Ru a estribor! -chilló Polly-. ¡Fuego!



Horas más tarde, cuando el sol brillaba con todo su esplendor, un nativo, inclinándose ante sus soberanas, anunció:

—La procesión os espera, joh Reina Blanca!, joh Si'Ta!

Estamos dispuestas —contestó Diana Benison—. Vamos, Rosita. Los azules ojos de la niña brillaron de alegría.



-- Veremos ahora a Iulia y Lani? - preguntó. -Creo que sí -contes-

tó Diana, con voz temblorosa.

-¿Y Katzi? ¿Dónde está? Quizás Julia quiera que nos vayamos de la isla. Mi leopardo no debe quedarse aquí, abandonado.

-Por supuesto que no. hijita. ¡Katzi!

El felino se abrió paso entre las doncellas, que se apartaron rápidamen-

te. Los ojos de la fiera, luminosos como el ámbar, miraron con suave sumisión a la reina. La obedecía igual que a Rosita, a Julia v Lani. Diana acarició la gran cabeza y en seguida salió del palacio. En el exterior, el pueblo aguardaba. Al ver aparecer a la reina, la princesita y el leopardo, un gran clamor se alzó entre la multitud. - ¡Honor a la Reina Blanca! ¡Honor a Si'Ta y a su fiel guardián! Un ravo de furia se encendió en los ojos de Bu-Ru. Luego una sonrisa crispó sus labios al decir a Nona:

-Es la última vez que oven esas aclamaciones. Después oirán las maldiciones del pueblo y sus voces enfurecidas exigiendo la muer-



te de las impostoras. Entonces tú, Nona, ceñirás la corona que te pertenece.

-Sí, padre -balbució Nona, mirando con temor la dorada figura de Diana Benison, Temía la venganza de Ma-Zara, pero no se atrevía a discutir las decisiones de su padre.

-¿Qué haremos en el templo? - preguntó Rosita.



- -Depositar guirnaldas de flores en el altar -explicó Diana.
- -¿Y los negritos cantarán por el camino?
- -Sí, mi niña.
- -Mamá, no he visto al viejito Klio. ¿Por qué no viene con nosotras?
- -No lo sé, Rosita.

Una escolta sostuvo sobre la cabeza de las soberanas una sombrilla a fin de protegerlas del sol. Lanceros nativos marchaban a retaguardia. Avanzó la procesión, bordeando el acantilado. A muchos metros de profundidad, en el río, esperaba una piragua.

Diana Benison dirigió una desolada mirada al templo, que se

veía desierto.

¿Estarían Julia y Lani en las cercanías? ¿Habían preparado un plan de fuga durante la noche?

Bu-Ru, en cambio, observaba el sol y parecía leer un vaticinio en el disco de fuego. La sonrisa astuta retorcía aún sus labios y una expresión de triunfo se reflejaba en sus ojos.

(CONTINUARA)







1. El primo Macario sacó del salón un gran pez disecado, que era el orgullo del capitán Escotilla, y colocó en su lugar un pescadito así de chico. Luisita protestó: "—¿Qué haces? Al capitán le dará un patatús de rabia."





2. Macario escondió el pez grande en el granero. Tim y Tam estaban observando al rucio y decidieron actuar. El capitán Escotilla, que dormía en la paja, despertó al oir ruidos extraños, y vio que Macario era amordazado por los mellizos.

DEL TID TOME





3. Asistió entonces a la transformación de Macario en un pez raro, que Tim y Tam pegaron con cola a la tabla. Doña Tomasa, la señorita Secante y Luisita oyeron más tarde unos sonidos misteriosos. "—Debe ser la venganza del pez", dijo Luisita.





4. Quedaron asombradas al ver el extraño ejemplar. Este gritaba con voz sofocada: "—¡Auxilio! ¡Me ahogo!" Doña Tomasa indicó: "—Hay que tirarlo al agua." El capitán Escotilla, que había comprendido el juego, decidió castigar a Macario.



## LOS PIRATAS



1. Los corsarios acampados en la costa de Venezuela se alarmaron al ver aparecer en el límite de la selva a un grupo de indios. Manos nerviosas cogieron los arcabuces, pero el Cormorán los detuvo con un gesto. En seguida llamó: "-¡Pedro! Acércate, sin armas".



2. Avanzó un filibustero de hirsuta barba. Vivió algún tiempo entre las tribus caribes y conocía el dialecto de los indios tuapocas, cuneguaras y chaimas. El tradujo las palabras del jefe caribe: "-No tenéis aspecto de españoles. A ellos los odiamos, porque son crueles".

# OEL CARIBE



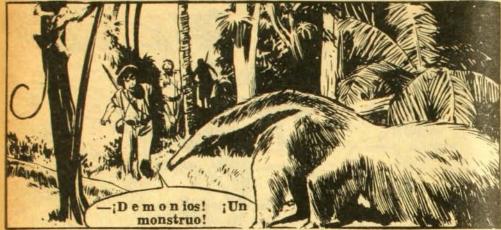
3. "-Mi capitán quiere encontrar el gran mar -dijo Pedro-. Puedes guiarnos?" El caribe repuso: "-Les conduciremos hasta el río Bora del Chica. En sus riberas vive la tribu morona. Sus hombres han visto el agua grande en la cual el río desaparece."



4. Días más tarde, la caravana de corsarios, guiada por ocho indígenas, escalaba los contrafuertes de las montañas, para internarse en la selva tropical. Junto al Cormorán marchaba el pequeño Oliverio, audaz y decidido. Detrás de él cojeaba su tío, Henry Hales.



#### LOS PIRATAS



5. La selva encerró en sus muros verdes a los bucaneros. De la tierra se alzaba un vaho sofocante. Veían cruzar extraños animales. y, ante el inofensivo tamandúa (oso hormiguero), retrocedieron atemorizados. El tamandúa siguió su paso tranquilamente.



6. En otras ocasiones, el peligro era real. Hordas de hormigas gigantes trazaban en la selva un surco de muerte. Sólo la inflexible voluntad del Cormorán pudo reanimar el vacilante coraje de sus hombres, debilitados por las fiebres y el temor a fieras desconocidas.

## OEL CARIBE



7. Después de una semana de penosa marcha avistaron el tumultuoso río Bora del Chica. La rugiente catarata formaba al caer inmensas nubes de agua. Los corsarios bajaron por las rocas, luego de cruzar el infierno verde, que amenazó atraparlos para siempre.



8. Entre gritos de alegría, se bañaron. Por un instante sólo se oyeron el rumor del agua y las rudas carcajadas. El Cormorán habló después: "-Amigos, el río nos conducirá hasta el mar que buscamos. Pero es preciso construir embarcaciones. A trabajar, entonces".

(CONTINUARA)



Tilda Harvey sentada en el trono de los orangutanes iba recibiendo los dones que le ofrecían los súbditos del rey Kang. Uno por uno los monos dejaban al pie del trono bananas, piñas y cocos.

—Supongo que no pretenderán que yo coma toda esa fruta —dijo sonriendo Tilda—; en verdad, tengo hambre y sed...

Kang escogió la mejor fruta y se la ofreció gentilmente a su protegida.

Al verla comer, batía las manos, demostrando su regocijo.

El obsequioso rey de los monos continuaba ofreciéndole frutas, hasta que Tilda le dijo:

-No más, por favor, Kang.

RESUMEN: Ciro Manders llega a la plantación africana de Piedra Negra donde lo reciben Tilda Harvey y el zulú Imchi. Ciro decide abrir el legado de su padre, el cual consiste en un amuleto indígena, que Tilda guarda en su pecho colgado de una cadena de oro. Ellis ofrece perdonar una deuda que pesa sobre la granja si Ciro entrega el amuleto. Tilda y Ciro se niegan a ello. Tilda, Ciro e Imchi parten hacia "Los Montes de las Animas". Ellis sigue sus huellas. Poco después se traban en lucha con un rinoceronte, al que mata Tilda. Encuentran en el cuerno del animal un anillo de oro con el nombre de Manders. Claudio Montgomery, cómplice de Enrique Ellis, narcotiza a los tres viajeros y rapta a Imchi. Ciro y Tilda logran libertar a Imchi incendiando el campamento. Prosiguendo su azaroso viaje, llegan a la GRAN PUERTA, y son asaltados por las águilas. Tilda cae al abismo y es rescatada por un orangután a quien la niña da el nombre de Kang...

Kang comprendió su rechazo y, al verla suspirar de cansancio, la cogió de la mano y la condujo a la caverna.

"Me indica que debo dormir aquí", pensó Tilda.

Varios monos llenaron la cueva de hojas secas y fragantes. Luego se retiraron. Sólo quedó Kang en la puerta de la cueva velando por su protegida.

Tilda estaba tan fatigada que se durmió en el acto, a pesar de su

inquietud por Ciro Manders y el zulú Imchi.

A la mañana siguiente, los monos volvieron a ofrecer frutas a Tilda. La niña se desayunó abundantemente y también se lavó en la vertiente de la quebrada. Ya no temía a los orangutanes, que la admiraban y servían como a su reina.

Kang le reservaba otros dones: un espejo quebrado, una cacerola de aluminio y un par de anteojos de larga vista en su estuche de

сиего.

-¿Dónde encontraste estos anteojos? - preguntó Tilda con asom-



bro- Son los de papá. Mira las iniciales, Kang...: JUAN HAR

VEY. Dime, Kang, ¿dónde hallaste estos anteojos?

Parecía que el hábil mono se esforzaba por comprender la pregunta de Tilda, y en su mirada había una expresión angustiada "¡Si me pudiera entender! —suspiraba Tilda—. Es indudable que papá estuvo en estos parajes. ¿Le matarían los monos?"

Tilda miró a Kang, y vio tal dulzura en sus ojos, que resistió a la

idea de que su padre hubiera muerto entre sus manos.

La niña comenzó entonces a hacerse entender por medio de gestos Consiguió que Kang le indicara que había recogido esos anteoios mientras un hombre dormía.

Tilda miró en seguida a la distancia con los poderosos prismáticos y Kang imitó su acción. Pero debió causarle espanto lo que veía porque se los quitó dando un gruñido.

-Tengo que armarme de paciencia con mi mudo interlocutor -

murmuró Tilda.

Después de un rato la niña indicó a Kang que quería subir a la montaña escarpada y lisa que tenían al frente.

Kang subió rápidamente y la observó.

-Yo también -decía Tilda, haciendo el movimiento de trepar al monte.

Kang la cogió entonces por la cintura y, como quien lleva una muñeca en brazos, fue ascendiendo con ella la montaña.

Era ésta tan elevada, que Tilda sintió vértigos y cerró los ojos.

Cuando estuvieron en la cima, la jovencita cogió los anteojos de larga vista v miró hacia el valle.

Su sorpresa fue inmensa al divisar una ciudad, con grandes casas

y templos.

-EL VALLE DE LOS MISTERIOS -exclamó Tilda-; all vive el pueblo de las ánimas.

Mirando con mayor atención vio una larga procesión de hombres vestidos con túnicas blancas, a semejanza de los árabes, que mar chaban en filas de a cuatro hacia el templo de la ciudad.

Entre las blancas vestimentas se destacaban dos puntos obscuros. -¡Ciro y el zulú Imchi! -murmuró Tilda-. Van prisioneros de

los hombres-fantasmas.

En efecto, Ciro Manders y el negro Imchi habían caído esa mañana en poder de los habitantes del Valle de los Misterios.

Volvamos atrás, para ver qué aventuras sufrían los compañeros de

Tilda.



Desesperados por no encontrar a Tilda en el bosquecillo, Imchi y Ciro decidieron pasar la noche en una cueva, donde dejaron todas sus provisiones, armas y mantas. Durmieron allí toda la noche, y, muy de mañana, Ciro declaró a Imchi que iría al cercano lago en busca de agua para preparar el desayuno.

El muchacho se sintió tentado por darse un baño en el lago y, olvidando todo peligro, nadó por sus límpidas aguas y hasta entonó una canción. Vistióse en seguida y estaba llenando un cantarillo,

cuando un lazo cayó sobre sus hombros y le dejó prisionero.

Por entre las breñas surgieron varios hombres vestidos de blanco. Eran de raza blanca y muy semejantes al espectro que Ciro vio el día anterior. En sus semblantes había una palidez terrosa, como la de los muertos.

-¡Imchi, Imchi! -gritó Ciro-, aquí...

El zulú salió blandiendo el hacha "Relámpago".

Pero, antes de que pudiera llegar junto a Ciro, cayeron sobre él

varios lazos, que le aprisionaron brazos y piernas.

Esos habitantes del Valle de los Misterios eran expertos en el lazo y parecía que las cuerdas volaban por el aire para envolver a sus víctimas.

Imchi se vio reducido a la impotencia.

Para evitar su fuga, uno de los hombres-fantasmas amarró a la ligadura de sus piernas un grueso tronco, que casi le impedía andar. Ciro no podía conformarse con su imprudente conducta.

Después de asegurar a sus cautivos, los hombres-fantasmas registraron la cueva donde habían pernoctado ambos aventureros y se

llevaron todos los objetos y también las armas de fuego.

Formados después en procesión, rodearon a Ciro y a Imchi y les

condujeron, a través de túneles, a la ciudad de los templos.

Grande fue el asombro de Ciro al salir del último túnel. Se le presentaba a la vista una ciudad milenaria. ¿Egipcia, griega o asiria? No podía decirlo. Por las calles circulaban hombres, mujeres y niños, vestidos también con albas túnicas. Todo era allí blanco y espectral.

La procesión se detuvo en la puerta del tempo. Los hombres-fantasmas guiaron a los prisioneros por las arquerías del templo, y, haciéndoles bajar por largas escaleras de mármol y de piedra, les encerraron en siniestros calabozos y les cargaron de cadenas.

—No hay escapatoria posible —balbució Ciro Manders—. Estamos en los subterráneos del templo, sin más luz que la que filtra por esa alta ventanilla.

-No pierda la esperanza, patroncito - replicó el fiel zulú.

Imchi, con su aderezo de plumas caído hasta la frente y su cuerpo todo magullado, conservaba la entereza indomable de su raza. Sólo le preocupaba la suerte que hubiera corrido su patroncita Tilda.

La angustia de Ciro y de Imchi no era superior a la de Tilda Harvey, quien, desde el momento que divisó cautivos a sus compañeros de aventura, no tuvo otra idea que su liberación.

—Kang, vamos allá —indicaba la niña al buen mono—. ¿Por qué tiemblas? ¿Les temes a esos hombres-fantasmas? Llévame allá,

Kang... Quiero ir...

Tilda sacó de su bolsillo un retrato de Ciro Manders y se lo mostró

a Kang. Para hacerle comprender que el joven, cuya imagen le mostraba, era muy querido de ella, estrechaba el retrato contra su corazón.

Es Ciro, Ciro, mi amigo —insistía Tilda.

-Ciro, Ciro -repetía Kang.

De súbito su rostro afable adquirió una furiosa expresión y, sin mediar un instante, cogió a Tilda en sus gigantescos brazos y bajó precipitadamente la montaña.

Kang había sentido celos instintivos por la imagen que Tilda acariciaba, y para no perder a la niña que adoraba, se la llevó de nue-

vo a sus dominios.

Con tierna solicitud, el rey de los monos colocó a la niña sobre el lecho de hojas secas que le había preparado en la caverna, y, cruzado de brazos y piernas, se constituyó en centinela.

Pasó el mediodía y llegó la tarde, sin que Tilda aceptara ninguno

de los dones que le ofrecía su rendido monito.

-Vete, no te quiero -gritaba Tilda-. No quiero verte.

Pero Kang no se alejaba y hasta se advertían lágrimas en sus tímidas pupilas.

-¿Qué puedo hacer, Dios mío? -sollozaba la niña-. Ciro e Im-

chi van a morir.

El orangután no pudo resistir más al dolor de Tilda. De un salto se irguió y salió de la caverna.

-BRUM, BRUM, BRUM...

Lanzaba el grito de guerra de los monos, tal como el día antes, cuando convocó a sus huestes después de matar al leopardo.

Con ambas manos golpeaba Kang su pecho, y todos los monos, lanzando chillidos agudos o guturales, repetían su grito de guerra.

"¿Qué hacen? —se preguntó Tilda—. ¿Habrá entendido Kang que yo deseo ir en auxilio de Imchi y Ciro? ¿Querrá ir Kang con su ejército de monos a la temida Ciudad de los Fantasmas?"

Tal como los tambores de los negros, que convocaban a reunión en los kraals de las tribus africanas, fueron repitiéndose los chillidos simiescos.

El rey Kang trepado en una roca pasaba revista a su ejército, y, después de cerciorarse de que ninguno faltaba en las filas, comenzó a hablar. En seguida cogió su grueso garrote y lanzó otra vez el estridente grito de guerra:

-BRUM, BRUM, BRUM...

(CONTINUARA)











Los colegiales prefieren LA CASA FIONA PARA HACER SUS COMPRAS







Brice quedó completamente desconcertado.

CAPITULO IX.—El misterio del riachuelo.

Marco Suvil había dicho a Francisco Maine y a su hija Lisa que Alberto Brice, piloto del "Estrella Errante", era un aventurero peligroso. Lisa Maine sufrió una penosa desilusión, y cuando el joven se acercó a ella, le manifestó su desprecio. Alberto, intrigado, pensaba alejarse, sin insistir, pero después resolvió esclarecer aquella situación.

Apresuró el paso a fin de alcanzar a Lisa, que se dirigía a su casa. Junto a la escalera la detuvo.

-Merezco, por lo menos, una explicación, Lisa. ¿Qué sucede?

-Nada. Que la isla está invadida por piratas. Esta no es una novedad para usted, ¿verdad, Alberto?

Y, sin añadir otra palabra, subió rápidamente las gradas de madera. Por cierto que esa respuesta sumió a Brice en una mayor perplejidad.

Finalmente optó por reunirse con su amigo el contramaestre Dan, que lo esperaba en la colina. Dan, al advertir su preocupación, indagó:

-¿Qué ocurre, teniente?

-No lo sé, Dan. La señorita Lisa se niega a hablar conmigo.

—Tal vez Marco Survil, con su lengua de víbora, ha estado intrigando contra usted. Quiere ganarse la confianza del señor Maine... y conquistar a la niña.

Brice, pensativo, murmuró:

-¿Crees que pueda lo-

grarlo?

—¿Lograr qué? ¿La voluntad del viejo o el corazón de Lisa? Teniente, no tenga ideas absurdas. Maine es desconfiado..., y la jovencita ya eligió galán, aunque simule despreciarlo. Por lo tanto, los esfuerzos de Marco son inútiles.

Brice rehuyó la sonrien-

te mirada de Dan. En seguida observó:

-En este lugar, el curso del riachuelo fue desviado. ¿Qué piensas de esto?

—No soy muy hábil para discurrir, teniente. Supongo que usted oyó la historia que Survil contó al capitán Rigal. Desembarcó de noche en la isla para espiar a Maine. Vio que Lisa y la muchacha nativa, Lunga, destruían una especie de represa, formada de arena y piedras. Entonces, el riacho siguió un nuevo curso. Según Survil,

Maine sospechó que era observado y realizó ese trabajo sólo para despistar. Su primera idea fue quizás desenterrar el tesoro y desistió en el último instante.

Es una deducción falsa, Dan. La idea de Maine era, no desenterrar, sino OCULTAR el tesoro.

-¿Cómo?

-Lanzando las aguas sobre el lugar donde esa





riqueza estaba escondida..., desde tiempo atrás.

Dan emitió un silbido de asombro.

- —Tiene razón, teniente. Maine estaba preparado para el caso de que alguna vez se viera amenazado por una tripulación de aventureros.
- -Exacto.

-¿Sabrá Lisa que el tesoro está ahí, bajo el agua?

Presumo que no. Sólo Maine lo sabe. Lisa y Lunga se limitan a obedecerle. Cuando enterró su fortuna, era tal vez un hombre sano. El también levantó la barrera. Survil, según me dijo Sammy, advirtió que Lisa vacilaba. Se resistía a que su padre efectuara una penosa caminata y quizás temió que, al variar el curso del riacho, se produjera una corriente de agua en la ensenada, y esto significara algún peligro para el barco. No parece probable, pero el caudal de este afluente lleva alguna fuerza.

Dan cortó una larga vara con su cuchillo.

-Es fácil sondear el arroyo -indicó-. El lecho es de arena y será sencillo removerla.

Mientras tanto, en la casa isleña, Lisa acompañaba a su padre. Este había insistido en levantarse.

—Aún está muy débil —protestó su hija, colocando almohadas en el respaldo del sillón—. Debe reposar. Sus nervios están alterados con la presencia de esos hombres y...

-Y la traición de Alberto Brice -completó el anciano, seca-

mente.



—Olvídelo, papá. Es inútil amargarse —dijo Lisa, ocultando sus lágrimas, para no aumentar el desaliento de su padre.

Lunga, abriendo la puerta, anunció con alegre voz:

—Fui a recoger frutas. Las serviré al almuerzo. Casi al mediodía, Maine, que dormitaba en su sillón, se incorporó de súbito. Lisa, no has cerrado bien la ventana de tu habitación. He oído el golpe de las persianas.

-Iré a ver. No se alar-

me, papá.

Se dirigió de inmediato a su dormitorio. Descubrió entonces a Brice, que había entrado por la ventana.

—Cuando la puerta de una casa se cierra para usted, ¿penetra por la ventana? —preguntó in-

Vio a Brice que entraba por la ventana.

dignada-. Tenga la bondad de retirarse.

-Debo hablar con su padre, Lisa -respondió Alberto.

—El, como yo, nada tiene que decirle. Comprenda, señor Brice, que su presencia no es grata.

El miró las azules pupilas, agresivas y frías.

-No le permitiré que mortifique más a mi padre. Bastante daño le ha hecho ya.

Un fulgor de impaciencia cruzó por los ojos de Brice.

—No comprendo sus cambios de carácter, Lisa, y no tengo deseos de discutir con una niña caprichosa y lunática. Déjeme pasar. Hablaré con el señor Maine aunque a usted le desagrade.

-¡Fuera de aquí! -gritó Lisa.

En ese momento apareció en el umbral la figura vacilante de Francisco Maine.

(CONTINUARA)

#### ¡EMPEZAMOS EL CANJE DE CUPONES!

LECTOR DE SIMBAD: ¡No esperes el último minuto!

Desde hoy puedes canjear tus cupones por boletos numerados, que te darán la oportunidad de participar en nuestro GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD. MEDIO MILLON DE PESOS en magnificos regalos repartiremos el día 15 de diciembre, a las tres de la tarde, en Avda. Santa María 076.

Acércate a nuestras oficinas, ubicadas en Avda. Santa María 076, segundo piso, o envíalos por correo a casilla 84-D, Santiago.

#### ¿Cuál es la respuesta?



Contesta a esta pregunta: AA QUE SE DEBE QUE LOS RAYOS X FUERAN LLA-

que tienen la forma de la letra X, a que su naturaleza era desconocida o a que están agrupados de a

Entre estas soluciones se encuentra la verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta con el cupón respectivo a revista "SIMBAD", casilla 84-D. Santiago.

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 375. LA BIBLIA ESTA DIVIDIDA EN ANTIGUO Y NUEVO TESTAMEN-

TO.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes: CON CINCUENTA PESOS: Raúl Dávila, Santiago; Mario Valdés, Santiago; Luzmira Muñoz, Talcahuano; Gonzalo Corbalán, Santiago; Víctor Ramírez, Malleco; Hernán Rodríguez, Santiago; María Esther Carrasco, Los Andes; Robinson Cabrera. Santiago; Silvia Binet, Peña Blanca; Marta Palomino, La Cisterna, SUBSCRIP-CION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Jaime Moraga, Santiago; Gladys Corbalán, San Bernardo; Sonia Agusto, Parral; Raquel Morales, Lautaro; Myriam Díaz, Santiago; Luis Muñoz, Santiago. UN LIBRO: Berta Crisóstomo, Santiago; Eugenia Maldonado, San Carlos; Luz Ve-rónica Carez, Santiago; María Eu-genia Fuentes, Lautaro; Anamaría Maurer, Santiago; Flora Pizarro, In-ca de Oro; Norma Roa, Nacimiento; Betty Ulloa, Purén; Francisco Ra-mírez, Stgo.; María Godoy, Temuco.



#### \$GRANDIOGO SORTED NAVIDAD

\* \$ 500.000.- \*

EN VALIOSOS REGALOS REPAR-TIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NIL-MEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS, RADIOS, LAPICE-RAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES "SIMBAD", PORTADOCUMEN-TOS. LAPICES AUTOMATICOS. PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO, etc.



Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

- SERIE N.º 6 CUPON N.º 4 SORTEO DE NAVIDAD SERIE N.º 6 CUPON N.º 4 21 de noviembre de 1956.

## Betty en el eolegio





3. "—¡Buaá! —lloraba Martina—. Habíamos vendido todos los números y ni el conejo ni el perro quisieron correr y entrar a una de las casetas numeradas." Pero no tardaron en consolarse de aquel desastre. Días más tarde se entregaban los diplomas de fin de año, y Dorotea pronunciaría un discurso.



4. La "llorona Dotty", siguiendo los consejos de su profesora, se presentó muy airosa. Cuando pasó junto a ella, Betty susurró: "—Buena suerte, Dotty. No te pongas nerviosa". La rubia contestó: "—Estoy tranquila, Betty". Ninguna de las dos advirtió que el pliego con el discurso caía al suelo.

(CONTINUARA)

#### PELUSSTA

POR NATO



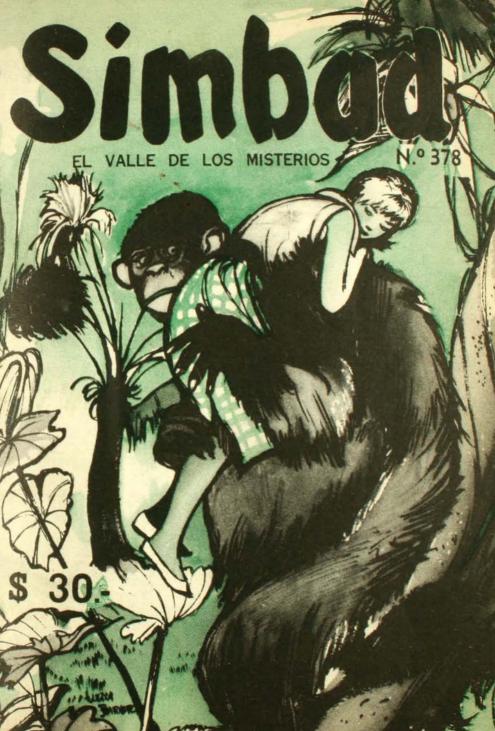












## Betty en el colegio

CAPITULO XXIV Y FINAL.-





1. La "llorona Dotty", la mejor alumna del internado Santa Teresa, fue elegida para pronunciar el discurso de fin de año. Pero perdió el papel escrito y, para mayor calamidad, tropezó en la alfombra. Como era tan delicada, tuvo que ser llevada a la enfermería. "—¿Quién leerá el discurso?", gimió la señorita Clara.





2. Betty se ofreció, pero no entendía la letra de Dorotea. Por lo tanto, leyó muy mal y con grandes pausas. La directora la oia asombrada. Betty balbuceó: "—Y, para terminar, sus alumnas, madame Chardin, queremos agradecerle los... parches porosos, vendas, yodo, pomada para moretones..."

(Continúa en la penúltima página.)



CAPITULO XIX.—Aguila Negra sospecha.

—Por última vez iré a registrar las trampas —declaró Daniel Dracke, montando a caballo—. Esta tierra se ha puesto demasiado peligrosa.

-Así es, tío -suspiró Bobbie-. Llévate a Lobito.

Seguido del cachorro, alejóse el cazador. Bobbie sentía una pena intensa. Toda su niñez se había deslizado en aquella serranía; debía abandonarla para siempre; tampoco volvería a ver a su fiel amigo Pies de Venado.

"Si el tío Daniel quisiera llevarlo —reflexionó la niña—. No. El tío Daniel aborrece a los indios. Pero yo no puedo partir sin despedirme

de Pies de Venado".

Minutos después Bobbie galopaba sobre su yegüita "Terciopelo" en dirección al campamento de los sioux.

Cuando se internó en el bosque detuvo su cabalgadura y, escabu-

Año VIII - 28-XI-1956 - N.º 378
Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).
Subscripción anual: \$ 1.480, Semestral: \$ 760.
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.
Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.
Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros
países: US\$ 5,20.



Venado—, háblame nuevamente de la joven blanca que viste en la quebrada, junto al río.

—Padre, creí que era una visión —respondió el indiecito—. Pies de Venado la ha buscado y nunca más la ha visto.

"Oh Pies de Venado —pensó, agitadísima, Bobbie—. ¿Por qué no guardás ese secreto?..."

La voz de Aguila Negra interrumpió los votos de la niña, para decir:

- —Yo también deseo encontrar a esa niña.
- -¿Sabe usted quién es? -interrogó el hijo de Aguila Negra.
- -Nunca la he visto -fue la respuesta.
- -¿Por qué quiere mi padre encontrarla?

Tal vez la conozca —exclamó bruscamente el jefe indio.

La hija de Joven Búfalo tembló al escuchar aquellas palabras.

¡Dónde? ¿Cuándo? —interrogó anhelante, Pies de Venado

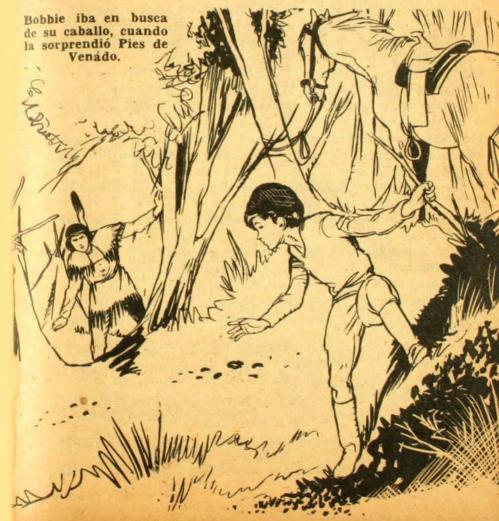
Eso no importa. ¿Tú hablabas de una caverna?

Sí. En la quebrada del río encontré una cueva —explicó Pies de Venado—. Dentro hallé una caja, y en ella estaban los vestidos que llevaba la niña el día en que yo la vi...

\_;Y el medallón? . . . —interrumpió Aguila Negra.

- —Se parecía a ella, pero no era bien igual . . . —divagó el muchacho.
- -Hay alguien que se parece al medallón -insinuó el piel roja.

-¿Quién, padre?



—El muchacho que vive con el trapero —declaró Aguila Negra—. Se llama Bobbie, y andaba cerca de la caverna...

-Yo le pregunté si tenía una hermana, y dijo que no tenía -ase-

veró Pies de Venado.

—Bobbie es su propia hermana —concluyó el jefe—. Hijo mío, has tocado un misterio que te concierne.

-No comprendo, jefe -murmuró el niño indio.

—Hace muchos años —explicó Aguila Negra—, yo hice un voto. La hija del Joven Búfalo debería vivir con los Sioux, y cuando llegara a grande sería tu mujer. He hablado.

Con estas palabras el piel roja se apartó de su ruca.

Bobbie, temblorosa, no atinaba a moverse.

"No puedo volver a hablar con Pies de Venado —meditaba la hija de Joven Búfalo—. Inútilmente he llegado hasta acá para despedirme de él y decirle adiós".

Sigilosamente se encaminó al sitio donde dejó a "Terciopelo". Pero, por una extraña casualidad, Pies de Venado dirigió su mirada hacia los árboles, y sus ojos se encontraron con los de Bobbie. Asustada, la niña echó a correr.

Haciendo honor a su nombre, Pies de Venado se lanzó en persecución de su hermano blanco. Este apretaba el paso, y, en su nerviosidad, se enredó y cayó.

—¿Desde cuándo el hermano blanco huye del hermano Pies de Venado? —preguntó el indiecito, disgustado.

—No huía —respondió Bobbie, ruborizándose de la mentira—. Estoy de prisa.

—¿Bobbie estaba de prisa cuando quedó escuchando en el campamento del piel roja? —inquirió Pies de Venado.

-No estaba espiando, -replicó Bobbie, arisca y fastidiada.

-Escucha, hermano blanco -suplicó Pies de Venado-. Eso no importa entre nosotros dos, porque no hay secretos entre Bobbie y Pies de Venado.

—A mí no me importa que los tengan ustedes —declaró Bobbie, cogiendo las riendas de "Terciopelo"—. Guarden ustedes sus secretos, que vo guardaré los míos.

Por un momento se cruzaron las miradas de ambos niños. Atónita era la del hijo de Aguila Negra y furibunda la de la hija de Joven Búfalo.

Bobbie saltó a caballo y dobló bridas. Después de un momento de vacilación y, arrepentida de irse sin una palabra de despedida; se



detuvo y murmuró con ojos llorosos:

-Pies de Venado, venía a decirte adiós.

—Hasta pronto, mi hermano blanco, —corrigió el piel roja—. Del campamento me llaman, pero te veré mañana.

—No hay mañana —interrumpió Bobbie—. Adiós para siempre, Pies de Venado.

El indiecito dio un paso adelante con ambas

manos extendidas y balbució:

-Bobbie, no me abandones, hermano blanco.

La hija de Joven Búfalo galopó aceleradamente hasta la cabaña de Daniel Dracke.

-¿Qué te ocurre? —le preguntó el trapero—. Vienes atribulada...

—Tío Daniel, tenemos que irnos de estos lugares —exclamó Bobbie—. Hay peligro.

-¿Quién te amenaza? - preguntó Daniel Dracke.

-Nadie, pero tiene que saber usted algo importante.

En breves palabras, Bobbie refirió a su tío la conversación de Aguila Negra con su hijo y la escena del medallón de Alicia.

—Tienes razón —declaró Dracke—, mañana abandonaremos esta cabaña. Si Aguila Negra ha descubierto que eres la hija de Joven Búfalo, vendrá a raptarte. Saldremos de aquí antes que despunte el alba.

(CONTINUARA)

Los colegiales prefieren LA CASA FIONA PARA HACER SUS COMPRAS.



## BUFALO

CAPITULO XI.





1. Vic Fane, acusado de cazar búfalos, estaba prisionero en una barraca, por orden del general Custer. A mediánoche, una sombra se deslizó hasta la prisión y abrió la puerta. "—Te daré un caballo — dijo el misterioso visitante—, y espero que no busques más líos".





2. Fane dijo con rudeza, para ocultar su emoción: "—Desde hoy no se oirá hablar más de Fane, el cazador furtivo, el vagabundo sin ley". Al día siguiente, Búfalo Bill frenó bruscamente a Torbellino, exclamando: "—¡Truenos! Ese es el ruano favorito de Custer".

# BILL



IINA FLECHA KIOWA





3. "—¿Por qué demonios lo monta un desconocido?" En seguida, el explorador cabalgó para alcanzar al jinete. "—Deseo hablar una palabra con usted acerca de ese caballo", gritó Búfalo Bill. Vic Fane repuso: "—No pienso perder tiempo en charlas inútiles".





4. En seguida clavó espuelas. Búfalo Bill emprendió la persecución y, en el momento oportuno, saltó sobre Vic Fane. Ambos rodaron por tierra. Con un rugido de furia, Fane se dispuso a atacar a Búfalo Bill. "—No quiere palabras, sino golpes, ¿eh?", gruñó Bill.

# BUFALO





5. Y antes de que el puño de Vic lo alcanzara, conectó su derecha en el barbudo mentón. Minutos después, cuando Fane recobró el conocimiento, vio la alta figura de Búfalo Bill que le observaba con penetrante mirada. Y le oyó decir: "—Empiece a hablar, amigo".





6. "—Sé quién es el dueño de ese caballo —añadió—. ¿Cómo llegó a su poder?" Fane masculló: "—Lo robé para huir. Estaba prisionero en el fuerte Lincoln". De súbito, el aire se estremeció con un salvaje vocerío. "—¡Indios kiowas!", murmuró Búfalo Bill.

## BILL



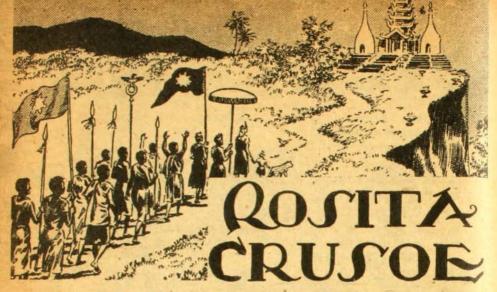


7. Entregando uno de sus revolveres a Fane, indicó: "—Empiece a disparar apenas monte en su caballo". Los dos saltaron con igual rapidez a las monturas y, cuando el tropel de indios estuvo sobre ellos, ambos blancos se abrieron paso, mientras los Colt rugían.





8. "—A propósito, ¿cuál es su nombre?", preguntó Búfalo Bill mientras huían, sin cesar el fuegó. "—Vic Fane —respondió el cazador—. Buena pelea, ¿eh? Y... ¡maldición!, buena flecha en mi espalda". Vaciló, mientras Búfalo Bill gritaba: "—¡Sosténgase, Fane!" (CONTINUARA)



CAPITULO XLI. - Eclipse de sol.

La procesión preparada para honrar al sol se dirigía al templo, si-

guiendo a la Reina Blanca y a su hija Rosita Crusoe.

Diana Benison, coronada reina de los isleños, marchaba con el corazón oprimido. Presentía que un grave peligro las amenazaba. En efecto, Bu-Ru, guardián del templo del sol, había urdido contra ella una siniestra intriga.

Ocultas detrás del santuario, Julia Blair y Lani veían aproximarse el desfile. Cánticos y aclamaciones resonaban entre las filas de na-

tivos.

—No comprendo cuál es el plan de Bu-Ru —exclamó Julia, intrigada—. ¿Cómo logrará que ese pueblo que las adora se subleve contra ellas?

A cierta distancia del templo, la procesión se detuvo. Un nativo y una doncella, arrodillándose ante Diana y Rosita, les ofrecieron sendas guirnaldas para que las depositaran en el altar.

—Desde aquí avanzaremos solas —observó Diana.

Rosita dijo desilusionada:

-Y aún no hemos visto a Julia y a Lani.

—Vendrán pronto y debemos estar listas para seguirlas.

La reina y la princesita estaban a escasa distancia de la gran escalinata, cuando Bu-Ru, señalando el cielo, gritó:

-¡Mirad al sol, oh creyentes de Ma-Zara! Demuestra que no está

complacido por la ofrenda de la Reina Blanca y de Si'Ta.

El cielo empezaba a obscurecerse.

—¡Mirad! —insistió el intrigante sacerdote—. El sol cubre su rostro con un velo negro, en señal de ira. Las reinas extranjeras deben ser destruidas, o la cólera de MaZara caerá como un rayo sobre todos los hab!



tantes de la isla. Su furia vendrá del cielo, del mar y de las profundidades de la tierra. Nada ni nadie sobrevivirá si las falsas soberanas profanan el altar. ¡Detenedlas antes de que sea tarde!

El terror dominó a los nativos. Cayendo en tierra, gemían:

-¡La furia del dios sol nos aniquilará!

—Ellas deben morir, antes que las tinieblas eternas cubran la isla —vociferó Bu-Ru.

Lentamente, la luz desaparecía. Se trataba, por supuesto, de un eclipse de sol. El astuto sacerdote sabía que los supersticiosos isleños creerían en sus fatídicas palabras y que, impulsados por el pánico, destronarían a la Reina Blanca y a su hija, la princesita legendaria que, según sus creencias, llegó a la isla enviada por el propio Ma-Zara.

En su escondite, Lani murmuró aterrada:



—Ma-Zara traiciona a Rosita y a la Reina Blanca... Es un dios pérfido...

—No, Lunes —replicó Julia—, se trata de un eclipse solar. Después volverá la luz..., pero entonces Ru-Bu habrá logrado su maligno propósito. Pero nosotras actuaremos primero.

La penunmbra era ya bastante densa como para ocultarlas. Diana Benison se había detenido. Una voz la llamó:

-Señora...

Rosita, feliz, exclamó:

-¡Es Julia! Y Lani también viene.

Katzi lanzó un gruñido de satisfacción. Un instante después, Julia abrazaba a Rosita, mientras Lani explicaba rápidamente a Diana el plan de fuga. Polly chillaba por su cuenta:

-; Enciendan el faro, por mil tiburones!



—Pronto —indicó Julia—, de un momento a otro los nativos cruzarán la barrera de sombras, guiados por Bu-Ru. Es preciso huir. Aquí está la escala. Baje usted primero, señora Diana.

La soberana isleña obedeció, mientras expresaba su gratitud con balbucientes palabras. En seguida, bajó Rosita. En su selvática vida había aprendido a ser muy ágil y sus movimientos eran seguros y rápidos. Siguió a su madre, sin la menor dificultad.

Mientras tanto, Bu-Ru

seguía excitando al pueblo:

—¡Vamos, hermanos! El sol jamás volverá a brillar si las forasteras no caen bajo nuestras manos vengadoras.

Julia se disponía a descender, cuando Lani anunció con espanto:

—Ya vienen, amita Julia. Antes que lleguemos abajo nos alcanzarán.

Julia palideció.

—Es preciso evitar que capturen a Rosita y a su madre. No nos queda otra alternativa, Lunes querida. Desprenderé la escala.

-Sí -aprobó Lani-. Pronto.

Al pie del acantilado, la ex reina y Rosita llamaban con desesperación:

-¡Julia! ¡Lani!

Inclinándose, Julia explicó:

No hay tiempo. Huyan de inmediato.

Lani añadió:

—Nosotras tenemos otro medio de escapar. No teman.

La rubia Diana temblaba de indecisión. Rosita, llorando, gritó:

-¿Y Katzi? El puede saltar.

-Es muy peligroso. Ya nos reuniremos con ustedes. ¡Huyan, por favor!

:Lani!

-llamaban Diana y

Rosita, desesperadas.

Era imposible cambiar más palabras. Los pasos de los nativos se percibían cada vez más cercanos. Afortunadamente, no corrían, à pesar de la impaciencia de Bu-Ru. Avanzaban temerosos y vacilantes. Evocaban la dorada figura de Diana Benison y dudaban de que Ma-Zara estuviera realmente encolerizado con ella. ¿Y si la ira del dios había sido provocada por otra causa? Destronando a la Reina Blanca, temían ofender aún más al dios.









1. El explorador Escopeta decía a la señorita Secante: "—Los monos aprenden todo, menos a hablar." Macario dijo al oído del inspector: "—Engañemos al viejo. Yo seré un mono muy monono. Apueste que puedo hablar y ganará. ¿De acordeón, inspector?"





2. "— De acuerdo", aceptó el patilludo, y momentos después presentaba al mono hablador. Escopeta quedó patitieso de asombro al oirlo hablar. Tim y Tam, que habían descubierto la comedia, resolvieron hacer también un poco de teatro:

## DEL TO TOMO





3. "—¿Esta es la clase de monito que habla cuando lo pinchan?", preguntaron con inocente candor. Por cierto que cuando Macario sintió el alfilerazo, dio un aullido y un brinco de lo más mono, y el explorador descubrió el engaño.





4. Total que el inspector pagó los cien pesos apostados, Escopeta se los dio a Tim y a Tam, y Macario huyó para que el furioso patilludo no le diera una paliza. Y como buen mono, se subió a un árbol, y desde alli pidió auxilio.





1. Los bosques tropicales ofrecían a los corsarios la madera liviana y resistente que necesitaban para construir canoas. Los indios caribes les ayudaron en esa tarea.





2. Un centinela de guardia sobre el acantilado observaba la selva y el río, a fin de dar la alarma si aparecían los españoles. Treinta largos esquifes que podían ser tripulados por diez hombres se lanzaron al agua después de diecisiete días de esforzada labor.

# LOS PIRATAS DEL CARIBE





3. Mientras la flota bajaba por el río, tres hombres armados la seguían por ambas riberas. El Cormorán, temiendo una emboscada, dispuso aquella guardia. El capitán, de pie en la primera canoa, se mantenía con la mirada alerta. De súbito resonó un disparo.





4. Los remos se detuvieron en forma instantánea. Luego las embarcaciones buscaron refugio bajo la densa cortina de raíces que se entrecruzaban en las sombrías márgenes. Con gran cautela, el Cormorán se adentró en la jungla, seguido por cuatro de sus hombres.



### LOS PIRATAS



5. Se detuvieron, al avistar a la avanzada corsaria, que yacía en tierra. "—Están muertos —dijo el Cormorán—. Sólo uno de ellos alcanzó a disparar contra sus invisibles atacantes. Esta flecha escarlata pertenece a los indios oyampi, aliados de los españoles".





6. Dos ojos que fosforecían entre el denso ramaje de un árbol observaban con crueldad a los cinco hombres. Lentamente aquel espía alzó el arco. Sus movimientos eran silenciosos. El obscuro rostro, de rasgos agudos y tensos, veíase tan inmóvil como una máscara.

### OEL CARIBE



7. La flecha silbó en el aire, y uno de los filibusteros se desplomó, con un aullido de dolor. Uno de sus compañeros se apresuró a levantarlo e internarse con él en la espesura. Yo te cubro las es-







8. Mientras Nilsen, el danés, protegía la retirada del herido, el Cormorán observó agudamente los árboles. No se movía una sola hoja, pero de pronto el Cormorán disparó y una figura aullante se precipitó desde la altura, con estrépito de ramas quebradas.

(CONTINUARA)



Ya estaba perfectamente formado el ejército de los monos. Todos habían cogido sus gruesos garrotes y aguardaban en silencio la nueva orden de su jefe.

—Ya comprendo —exclamó gozosa Tilda—. Van a rescatar a mis amigos en el

Valle de los Misterios.

El rey Kang alzó su bastón de mando y pareció decir a sus soldados:

-En marcha...

En seguida, el hábil orangután volvió sus miradas hacia la jovencita, que adoraba, como para pedirle su aprobación.

-Gracias -murmuró Tilda acariciando la cabeza del mono-, pe-

ro tienes que llevarme a mí también.

Kang, encantado con ver sonreir de nuevo a la niña, la alzó en sus brazos cual si fuera una pluma y la dejó descansar en su hombro izquierdo. Después dio un salto que le llevó a la copa de un árbol y de allí siguió saltando escoltado por el ejército de monos que le obedecía como a un general en batalla.

Con aquel ejército simiesco, Tilda estaba segura del rescate de Imchi y Ciro. No sentía el menor miedo colgada al cuello de Kang, aun

RESUMEN: Tilda Harvey, Ciro Manders y el zulú Inchi han salido hacia el Valle de los Misterios en busca del padre de Tilda. Sufren terribles aventuras. Tilda cae al abismo y es recogida por el orangután Kang, rey de los monos. Ciro y el negro Imchi están en poder de los hombresfantasmas. Tilda consigue que Kang salga con su ejército simiesco a libertar a sus compañeros.

cuando era peligrosa la jornada a través de los árboles y por escarpadas montañas. Caía ya la tarde cuando los monos se detuvieron en el límite de la jungla. Sólo a trescientos metros de distancia se erguía la "CIUDAD DE LAS ANIMAS", que Tilda había divisado el día antes con los anteojos de larga vista.

La enfrentaban macizos muros, columnas egipcias y monumentos de vieja arquitectura, que hacían pensar en antiguas civilizaciones. Entre las ruinas pululaban los hombres-fantasmas, cuyas blancas tú-

nicas se destacaban en el verde paisaje.

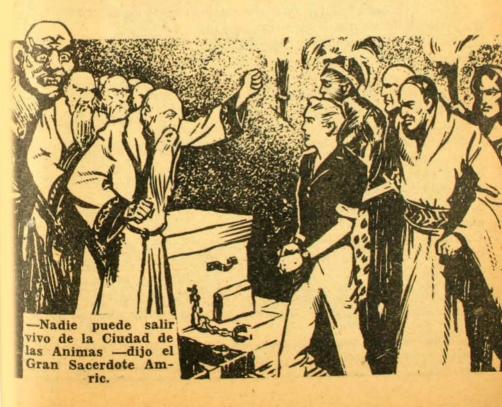
Tilda miró a Kang y al millar de monos que se detenían inmóviles frente a la gran puerta. ¿Qué significaba la larga espera?

Transcurrieron dos horas y nadie se movía. Tilda se durmió reclinada en el hombro de Kang.

Antes que despertara del todo, el rey de los monos lanzó su estridente grito de guerra:

-Brum, brum, brum...

En el acto se inició el movimiento hacia la "Ciudad de las Animas".



Un centinela que se halló en el camino fue ultimado por el garrote

de Kang.

Continuaron cruzando los muros y, cuando llegaron a la primera ca. lle, Kang depositó a Tilda en el suelo y la cogió de la mano. Así avanzaron por las desiertas avenidas. Como era ya pasada la media noche, se suponía que la gente de esa exótica ciudad se habría entregado al sueño.

Entretanto, Ciro Manders y el zulú Imchi yacían encadenados en un obscuro calabozo que más parecía sepulcro que habitación humana.

—Imchi, Imchi —murmuró Ciro despertando de un agitado sueño—. ¿Estás ahí?

-Sí, patroncito.

—Creí que te habían llevado lejos y que yo estaba solo —balbució Ciro—. ¿Cuánto tiempo más nos tendrán encerrados aquí?

-Escuche, patroncito -interrumpió Imchi.

Se abría una puerta en la lejanía; luego sintieron pasos y las filtraciones de una luz rojiza bajo la puerta del calabozo.

—Se acercan los chacales —dijo Imchi—. Si yo tuviera mis manos libres y mi hacha Relámpago, les bebería la sangre a esos chacales. Descorridos los cerrojos de la prisión, apareció una media docena de hombres-fantasmas, vestidos de blancas túnicas.

Ciro e Imchi fueron conducidos a un vasto hall profusamente iluminado con antorchas y luces murales. Al final de la inmensa sala se divisaba una enorme estatua ante la cual montaban guardia los ancianos del templo.

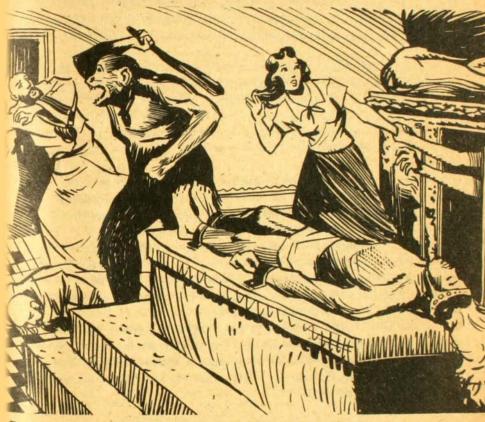
Uno de esos viejos y centenarios barbudos habló a los prisioneros

en inglés:

—Escuchen, extranjeros... Han entrado vivos a la olvidada ciudad del "Valle de los Misterios", pero no saldrán con vida. Venís tras la codicia del oro y de los brillantes. Yo, Amric, sumo sacerdote del dios Baal, lo sé. Los espíritus me habían anunciado vuestra venida. Ciro estaba abismado de sorpresa. ¿Dónde habría aprendido inglés ese viejo pajarraco?

—No tratéis de ocultar lo que hay en vuestros corazones —prosiguió Amric—, porque yo leo en ellos. Hace muchas lunas, el REY BLANCO nos abandonó y declaró que otros hombres de su raza vendrían a saquear nuestros tesoros. El Rey Blanco me enseñó el idioma inglés y me ordenó cuidar y defender esta ciudad. El Rey Blanco volverá. Hace dos lunas otro hombre blanco, otro hombre de tu raza, vino aquí buscando también las piedras brillantes. "El padre de Tilda, seguramente", pensó Ciro, y luego preguntó:

—Gran sacerdote Amric, ¿el Rey Blanco era Manders?



Dos manos garrudas cogieron a Tilda y la arrastraron hacia los subterráneos.

—Sí, Manders —afirmó sorprendido el viejo sacerdote de Baal. —Era mi padre —indicó Ciro—. ¿Comprende usted? Yo soy el hijo del Rey Blanco. El no volverá porque ha muerto... Antes de morir me envió aquí...

La faz del viejo Amric se convulsionó con terrible furor.

-¡Mientes! -rugió el viejo-. El Rey Blanco no puede morir.

Mientes y por tu sacrilegio morirás. ¿Qué pruebas traes tú para asegurar que eres su hijo? ¿Tienes un amuleto?

Ciro recordó el amuleto que su padre le entregara antes de morir, pero ese medallón codiciado por Enrique Ellis estaba ahora en poder de Tilda Harvey.

-El amuleto es un medallón de marfil tallado -dijo Ciro.

—Muéstralo y te perdonaré la vida —insistió Amric—. El Rey Blanco me dijo que conoceríamos a su mensajero por el signo que él nos enviara. Dices que lo tienes, embustero, pero no puedes mostrarlo.

Entonces Ciro Manders refirió su historia y declaró que el amuleto estaba en poder de una muchacha que se había perdido en la jungla.

—El dios Baal va a decidir si mientes o no —declaró el viejo Amric—. Tu negro criado será tendido en la piedra de los sacrificios. Si has mentido, el zulú morirá, y si dices la verdad y si eres en realidad el hijo del Rey Blanco, el dios Baal no permitirá que muera tu esclavo.

Los hombres-fantasmas se acercaron a Imchi, pero el gigante no tenía intención de dejarse atormentar sin defenderse. Lanzando un grito formidable derribó a dos de los ancianos y continuó abofeteando a los demás sacerdotes con sus manos enlazadas.

—Chacales —gritaba—, el león no se dejará vencer por estos espantapájaros. Patroncito, salga de aquí y yo defiendo su retirada. Una flecha hirió en la pierna a Ciro Manders y le derribó.

Creyendo que habían muerto a su patroncito, Imchi cesó la batalla y se dejó atar como un manso cordero.

Entretanto, Ciro había recobrado los sentidos y con ojos llenos de lágrimas veía cómo ataban a Imchi a la piedra de los sacrificios.

Amric alzó un gran puñal sobre el pecho de Imchi y dijo a Ciro:
—Si en verdad eres el hijo del Rey Blanco, los dioses no permitirán que muera tu esclavo.

Las vecindades del templo estaban aún silenciosas y tranquilas. Por una oscura calleja avanzaba sigilosamente el ejército de monos. Junto al rey Kang se veía a una jovencita rubia que sufría dolorosa angustia.

De súbito, Tilda escuchó un estridente grito que sobresaltó a los orangutanes.

Es el grito de batalla de Imchi —murmuró Tilda—. Adelante, Kang... Allá pronto...

Y como si el mono comprendiera su deseo, la cogió de la mano y la hizo correr hacia las puertas del templo.

El ejército de monos siguió tras Tilda y Kang.

Fácil les fue trepar a los muros del templo y saltar de allí a las arquerías interiores. Tilda, colgada del hombro de Kang, divisó con horror la escena que se desarrollaba junto al monstruoso ídolo.

El sumo sacerdote Amric alzaba el puñal que había de atravesar el corazón de Imchi. Ciro Manders estaba junto a la piedra de los sacrificios, anegado en lágrimas.

-A ellos, Kang -ordenó Tilda Harvey.

El orangután dio un salto fenomenal y cayó con la joven Tilda casi encima de la piedra de los holocaustos sagrados.

Con su grueso garrote golpeó a diestro y siniestro, alejando a los sacerdotes del templo de Baal y a sus guardias.

-Ciro -balbució Tilda, dirigiéndose al postrado muchacho-. ¿Han muerto a mi pobre Imchi? . . .

-No está muerto - respondió Ciro Manders - . Iban a traspasarle el pecho con un puñal cuando tú llegaste.

Imchi, medio aturdido aún por los golpes, vociferaba maldiciendo a los chacales...

-Estás salvado, Imchi -dijo Tilda inclinándose sobre el zulú para cortar sus ligaduras, pero en ese instante dos manos garrudas surgieron del armario situado tras de la piedra de los sacrificios y esas manos la arrastraron hacia los subterráneos.

Cerróse el armario tras de Tilda y una mano le tapó la boca, a fin de que nadie advirtiera el rapto.

(CONTINUARA)

#### ¡EMPEZAMOS EL CANJE DE CUPONES!

LECTOR DE "SIMBAD": ¡No esperes el último minuto!

Desde hoy puedes canjear tus cupones por boletos numerados, que te darán la oportunidad de participar en nuestro GRANDIOSO SORTEO DE NAVIDAD. MEDIO MILLON DE PESOS en magnificos regalos repartiremos el día 15 de diciembre, a las tres de la tarde, en Avda. Santa María 076.

Acércate a nuestras oficinas, ubicadas en Avda. Santa María 076, segundo piso, o envíalos por correo a casilla 84-D, Santiago.

### Ponchilo













#### por nato











### CL SECRETO DE LA ISLA

CAPITULO X.—La amenaza de Rigal.

Con su bello rostro encendido de indignación, Lisa

Maine repitió:

-¡Salga de esta casa, señor Brice! Le ordeno que se retire.

Alberto Brice repuso calmadamente:

-Es con su padre con quien quiero hablar, Lisa. No logrará alejarme con sus arrebatos de niña malcriada.

Erguido en el umbral, en una actitud rígida y agresiva, Francisco Maine pronunció:

-Aquí estoy, señor Brice. ¿Qué desea decirme? Hable pronto y márchese.

-¿También usted tiene cambios de carácter igual que su hija? -





dijo Brice con deliberada lentitud—. Pero esta inesperada animosidad contra mi persona no me preocupa. Hay otro asunto que es necesario discutir. Dígame, señor Maine, ¿cree que podrá guardar su secreto por un tiempo indefinido? Algún día se verá obligado a hablar sobre las dos cajas que enterró en el lecho del arroyo.

Maine palideció.



-Entonces..., ya sabeñ...

Alarmada por el sufrimiento que se reflejaba en el semblante de su padre, Lisa se acercó a él para sostenerlo. Brice habló rápidamente:

-Deseo hacerle una proposición, señor Maine.

En ese instante, desde la ventana, el contramaestre Dan anunció:
—¡Atención, teniente! ¡Moros en la costa! Los hombres del "Estrella Errante" están cercando la casa, guiados por Marco Survil. Yo
me largo.

Desapareció en seguida, como si se hubiera desvanecido en el aire. Casi en forma simultánea resonaron violentos golpes en la puerta

principal. Maine decidió: \_\_El capitán Rigal or-

—Si denuncia mi presencia, me veré en la imposibilidad de ayudarlo —advirtió Brice. Después, cogiendo del brazo a Lisa, a ñ a d i ó: —Sea discreta, Lisa. Procuré que ellos no advirtieran mi desembarco. Sólo Dan sabe que estoy aquí, y él es un

La joven isleña vacila-

hombre honrado.



ba. No veía en el rostro de Brice ni un solo rasgo maligno. Su mirada era profunda y recta. Sus labios no denotaban astucia ni crueldad.

Impulsivamente, Lisa confesó:

-Marco Survil nos habló de usted...

—Olvide sus palabras, que son falsas. Confie en mí, Lisa. Le juro que soy sincero. No logré alejar el barco y estuve prisionero por intentarlo.

No había tiempo de cambiar más palabras. Pero una expresión de felicidad resplandeció en los ojos de Lisa.

-Alberto -suspiró-, quédese aquí. Nadie lo descubrirá.

Maine había abierto la puerta y Survil, después de saludarlo con

fingida amistad, expuso:

—Malas noticias, señor Maine. Mis compañeros están más desconfiados y recelosos que nunca. No creo que se retiren hasta no haber removido la isla piedra por piedra. La búsqueda del tesoro será un verdadero cataclismo.

Luego de una astuta pausa, inquirió:

—¿Existe realmente alguna riqueza oculta, señor Maine? Si la respuesta es afirmativa, no vacile en decirme la verdad. Protegeré sus bienes, salvándolos de las garras codiciosas.

Esperó la contestación del anciano, reprimiendo su ansiedad. Mai-

ne guardaba silencio.

-¿No se fía de mí?

—Nada tengo que declarar, señor Survil —replicó Francisco—. No oculto perlas. No las recogí en el tiempo de abundancia, cuando en estas aguas existió el banco perlífero más rico del mundo. Después del sismo yo, menos que nadie, podía bucear en el océano para buscar las perlas desaparecidas. Ya era un inválido.

—Sus lamentaciones no engañarán al capitán Rigal ni a nadie —interrumpió Survil con impaciencia—. Lo he visto caminar con la agilidad de un muchacho y no me extrañaría que nadara como un pez y que sus largos dedos hayan escarbado los lugares en que aún

quedaban perlas.

Lisa Maine se reunió con su padre. Marco indicó entonces:

-Lisa, convénzalo de que más le conviene hablar.

Alberto Brice observaba la escena por la puerta entreabierta. Veía el agudo perfil de Marco. Oyó que insistía, con voz insegura:

-Usted confiaba en mí. Ahora no sé...

Miraba el ceñudo rostro de Maine y la fría expresión de Lisa.

—¿Han visto a Alberto Brice?

—No —contestó Lisa—. Usted nos convenció de que era algo así como un presidiario prófugo. Y aquí no ha venido a buscar asilo.

Furioso por esa respuesta, cuya tranquila ironía lo desconcertaba, Survil dijo:

El capitán Rigal ordena que se trasladen a bordo, para someterlos a un interrogatorio. Con gran esfuerzo logré que



les permitiera quedarse en tierra hasta mañana para que tuvieran tiempo de reflexionar. Dos hombres quedarán de guardia, a fin de impedirles salir.

-¿No cree que la isla es una prisión bastante segura? -observó

Lisa.

—Mañana debe confesar dónde oculta el tesoro, señor Maine — concluyó Survil.

(CONTINUARA)

#### **Correspondencia**

AMELIA GAETE, de Santiago.— No olvide que debe reclamar los cupones para el sorteo de Navidad en Avda. Santa María 076, y por correo, a Casilla 84-D. Nos complace que tanto le guste el "Valle de los Misterios"

VICTOR GUTIERREZ, de Ancud.— La lectura de "SIMBAD" es muy nutrida y equivale a la de una revista de mayor tamaño, porque no se pierden páginas en tonterías. Es posible que algún día la ampliemos para satisfacer sus deseos. PONCHITO ECHEVERRIA.—Usted aún no sabe leer, pero le gustan "Los Nietos del Tío Tom", "Ponchito y Pelusita", Saludos a Verónica, Jorge y Carmen María.

ALBERTO SOLOVERA, de Valparaíso.—Si no encuentra el "Simbad" en los quioscos, diríjase a la Agencia de Empresa Zig-Zag, y allá lo atenderán.

FRESIA ACUÑA, de Buin.—Otra admiradora de Los Nietos del Tío Tom y Bobbie, querría que nuestra pequeña gran revista saliera dos veces por semana, para entretenerse aún más con las bellas seriales.

ROXANE.

#### ¿Cuál es la respuesta?



Contesta a ésta pregunta: ¿CER-CA DE QUE CIU-DAD FUE ASE-SINADO MA-NUEL RODRI-GUEZ?

¿Cerca de Tiltil, de Taltal o de

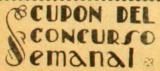
Rengo?

Entre estas soluciones se encuentrala verdadera. Dinos cuál es y envía tu respuesta con el cupón respectivo, a revista "SIMBAD", casilla 84-D. Santiago.

84-D, Santiago. SOLUCION AL "SIMBAD" N.º 376. EL CELEBRE COMPOSITOR MU-SICAL QUE TUVO 20 HIJOS FUE

J. S. BACH.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: CON CINCUEN-TA PESOS: María Cristina Tolosa, Temuco; Claudio Correa, Talca; Rosemarie Durán, Stgo.; Ana Lato-rre, Valparaíso; Laislao Dominkovic, Santiago; Juan Miholovic, Santiago; Oscar Freire. Los Andes; Carmen Pérez, Santiago; Leonardo Guerra, Linares; Ana Vásquez, Santiago. SUBSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Alberto Oleite, Victoria; Juan Guzmán, Santiago; Patricia Orrego, Santiago; Luisa Torres, Linares; Alicia Espinoza, Stgo.; En-rique Ahumada, Quintero, UN LI-BRO: Hugo Yáñez, Putagán; Fer-nando del Campo, Santa Juana; María Pablos, Quillota; María An-gélica Cabrera; Los Andes; Leticia Vásquez, Linares: Irmgard Netz, Angol; Hugo Vásquez, Linares; Dø-mingo Quiñones, Lautaro; Magdalena Moya, Stgo.; Manuel Pineda, Santiago.



"SIMBAD" N.º 378

# SORTER NAVIDAD

**★** \$ 500.000.- ★

EN VALIOSOS REGALOS REPAR-TIRA "SIMBAD" ENTRE SUS NU-MEROSOS LECTORES PARA LA NAVIDAD PROXIMA.

BICICLETAS. RADIOS. LAPICE-RAS FUENTES, SUBSCRIPCIONES A "SIMBAD", PORTADOCUMEN-TOS. LAPICES AUTOMATICOS, PELOTAS DE FUTBOL, PREMIOS EN DINERO. etc.



Por cada serie numerada del 1 al 5 recibirás 1 boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" en diciembre.

NO OLVIDES que mientras más boletos obtengas, más probabilidades tendrás de ganar algunos de estos magníficos obsequios que te ofrece "SIMBAD".

CUPON N.º 5 — SERIE N.º 6 SORTEO DE NAVIDAD CUPON N.º 5 — SERIE N.º 6 28 de noviembre de 1956.

### Betty en el eolegio





3. Todos oían atónitos aquel extraño discurso de fin de año. Sucedió que, al caer Dotty, las páginas se mezclaron y entre ellas había una lista de las cosas que la llorona guardaba en su botiquín. "—¿Y dónde está la otra página? —exclamaba Betty—. Nunca la encontraré. Es mejor que hable, en vez de leer."





4. "—Señorita directora, mis compañeras y yo la recordaremos siempre, porque ha sido siempre buena y comprensiva." Madame Chardin, emocionada por la espontánea sinceridad de su alumna, la besó mientras todos aplaudían. Y así, el discurso de fin de clases fue muy corto, pero obtuvo un gran éxito.

FIN

### pelusata

### POR NATO



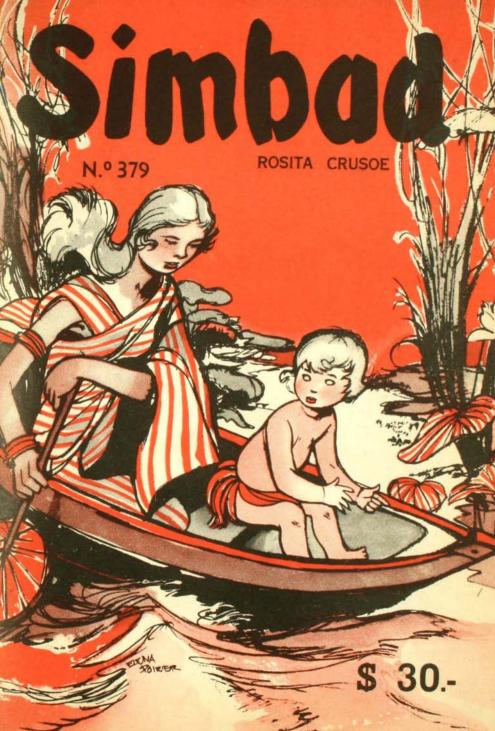






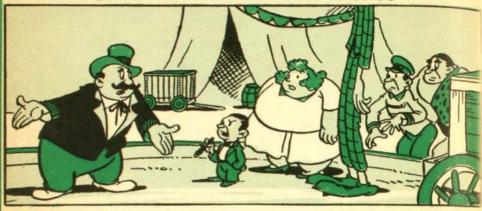






### las aventuras de 💯 Tony

CAPITULO I.—UN LEON EN APUROS



1. Romilio Palma, el dueño del circo, anunció casi llorando: "—Mi Gran Circo Palma está en la ruina. El público no asiste a las funciones". El enano Botoncito gruñó: "—No comprendo este fracaso. Todos somos buenos artistas, especialmente yo. ¿Qué hará, patrón? ¿Buscar otros fenómenos?"





2. En ese momento, el payaso Tararí gritó: "—¡Venga, don Romilio! El león está en peligro. Un perro le mordió la cola y ahora lo persigue por toda la jaula". Ante esta noticia, Botoncito dijo: "—Tenemos un león cobarde. Ese es un fenómeno, don Romilio. Anúncielo en los carteles para atraer público".

(Continúa en la penúltima página.)



CAPITULO XX.-El enemigo se refuerza.

Antes del alba, el trapero Dracke y Bobbie partían de la cabaña, en un viaje del cual acaso jamás volverían. En silencio cabalgaron fuera del recinto de la montaña, seguidos de Lobito. De pronto el trapero mete mano en su bolsillo y se encuentra sin la cachimba.

—Caramba, Bobbie —exclamó—, he dejado mi pipa en casa. No me

encuentro con valor para viajar tanto sin mi vicio...

-Claro que no, tiito. Voy de un galope a buscarla. La vi sobre la mesa.

-Eso no. Yo iré.

Por toda respuesta, Bobbie apretó los ijares de su cabalgadura y se alejó, al galope.

-Aguárdeme aquí; yo iré en un periquete -gritó.

En breves segundos llegaba la joven a la puerta de la cabaña. Quitó la cadena, el candado y la llave de la cerradura y entró en la so-

Año VIII - 5-XII-1956 - N.º 379
Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).
Subscripción anual: \$ 1.480, Semestral: \$ 760.
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.
Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.
Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros
países: US\$ 5,20.

litaria vivienda. La cachimba estaba sobre la mesa. La emisaria la guardó en su bolsillo y se detuvo a mirar por última vez su querida habitación.

"Una última mirada a mi dormitorio" —se dijo.

Pasando a la pieza contigua, se asomó a la ventana y quedó petrificada. En la penumbra de la aurora acababa de reconocer la silueta de Aguila Negra, arrastrándose por entre las breñas. Indudablemente se dirigía a la cabaña. Su único pensamiento fue escapar antes de que llegara el enemigo.

La cabaña se interponía entre ella y el piel roja.



Bobbie pudo salir a cabano sin que el visitante se diera cuenta de su fuga. Pero ella quería imponerse de los designios del enemigo. Dio un rodeo y desmontó, dejando a "Terciopelo" oculto entre los árboles.

Escabulléndose, como un piel roja, la hija de Joven Búfalo volvió sobre sus pasos y siguió tras Aguila Negra.

Le vio acercarse, furtivamente, a la cabaña y detenerse frente a la puerta. Con la frente erguida, la mano en el cinto, en son de combate, llamó tres veces a la puerta.

—Sal, rostro pálido —increpó con una voz que hizo temblar a Bobbie—. Sal, rostro pálido. Aguila Negra quiere hablar contigo.

Por supuesto que nadie respondía.

—El jefe de los Sioux necesita hablar con el rostro pálido —repitió, cada vez más enfurecido. Entonces levantó en alto su hacha y con ella golpeó la puerta.

—Usted —gruñó—, el rostro pálido, teme la venganza del piel roja, y ha huído.

Poseído de tremenda furia, derribó la puerta a hachazos y entró en la cabaña. Sus sospechas se confirmaron. Los habitantes habían

huido.

—Suceda lo que suceda —gritó con voz potente desde el umbral de la cabaña—, los perseguiré hasta que los cace. Aguila Negra ha hablado.

Aquellas palabras llegaron a oídos de la hija de Joven Búfalo, y la hicieron temblar.

Afortunadamente, el jefe indio tomó la dirección del campamento. Bobbie saltó a caballo.

—Corre, "Terciopelo", corre cuanto puedas —urgió Bobbie a su cabalgadura. Somos ahora fugitivos, perseguidos por una fiera.

Bobbie tenía razón. El jefe indio llegó al campamento meditando su venganza. Había resuelto el problema de su vida. Ya sabía quién le

había robado a la hija de Joven Búfalo; sabía que Bobbie era la futura mujer de su hijo. Su furor contra Daniel crecía por segundos.

"Me vengaré" —decía, rechinando los dientes. Sin embargo, al llegar al campamento, su actitud era tranquila. Hizo sus preparativos para un largo viaje, sin explicar a nadie su objeto. Con el caballo bien cargado de armas y provisiones, salió de la ruca en dirección a la cabaña del trapero. Era necesario buscar los rastros en su origen.

En las cercanías de la morada de Dracke, el jefe de los Sioux descu-



brió huellas recientes. A poco de seguirlas vio a un hombre que avanzaba a gatas. Precavido, el indio blandió el hacha.

Aun no aclaraba, pero pensó que el individuo podía ser Daniel.

Fijó la puntería y disparó el hacha. El merodeador, que había sentido pasos, alcanzó a escabullirse, y el hacha mortífera se clavó a sus pies.

Aguila Negra, en vez de encontrarse frente a Dracke, vio erguirse la

figura de Skeeter.

-Maldito indio - exclamó el bandido-; parece que tú andas a caza de blancos...

-Aguila Negra no tiene enojo con el rostro pálido -respondió el

jefe-. Pelea sólo con sus enemigos.

—¿Entonces me confundiste con uno de ellos? —preguntó Skeeter, mirando con curiosidad al piel roja.

-La huella de mi enemigo está aquí -respondió aquél.

—Y la huella del mío está aquí —afirmó el bandido—. Por eso me has encontrado estudiándola. Me parece, jefe, que andamos tras el mismo pájaro.

-Puede ser -dijo el indio-. Aguila Negra busca a un hombre, y

no descansará mientras no lo encuentre.

-Esa es una buena noticia para mí, jefe -aseguró Skeeter.

—Estos rastros son de un hombre que se llama Daniel Dracke —interrumpió el piel roja.

-El mismo -exclamó el bandido-. Me debe muchas, ¿y a usted?

El jefe y Skeeter se miraron con ojos escrutadores.

—Juntos seguiremos la pista, rostro pálido —declaró el jefe de los Sioux—. Yo no pretendo saber para qué busca usted a Daniel Dracke, ni usted por qué lo persigo yo, a él y al muchacho Bobbie.

#### SORTEO DE NAVIDAD

SABADO 15 DE DICIEMBRE, A LAS 3 DE LA TARDE EN AVDA. SANTA MARIA 076.

Se sortearán bicicletas, radios, lapiceras, lápices automáticos, juegos de ludo, dominó, damas, chinos, blue jeans, muñecas, cascos de soldados, juegos de playa, pelotas de fútbol, pelotas de goma, pañuelos, diversos y novedosos juguetes y premios en dinero.

ACUDAN LECTORES DE SIMBAD A ESTE MAGNO SORTEO.

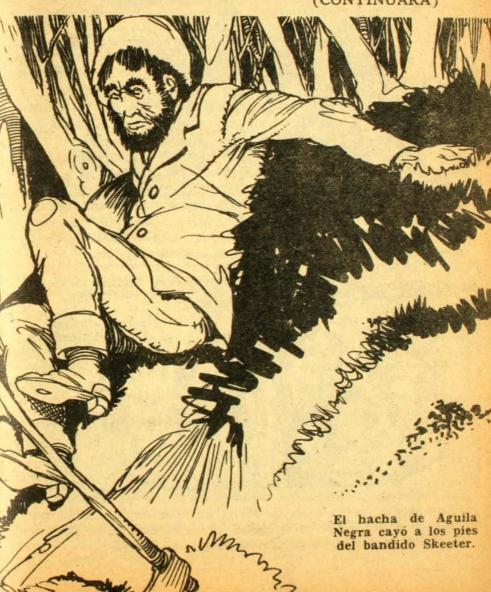
-; A él también? -interrogó Skeeter con los ojos centelleantes.

-Sí -afirmó Aguila Negra-; pero escucha, rostro pálido: no me importa lo que le suceda a Daniel Dracke, pero no permito que toquen a Bobbie.

-Oue sea como usted quiera, jefe -dijo Skeeter, alzando los hom-

bros-. Pero partamos antes que se borren los rastros.

(CONTINUARA)





## BUFALO

CAPITULO XII.-DEUDA





1. Búfalo Bill v Vic Fane, luego de rechazar un ataque indio, em prendieron la fuga. Una flecha hirió a Fane. Sosteniéndole, Búfalo Bill dijo: "-Valor, amigo. Tenemos los mejores caballos del Oeste y pronto dejaremos atrás a estos condenados kiowas".





2. Torbellino y Estrella no tardaron en cruzar velozmente la empalizada del fuerte Lincoln. Mientras Fane era atendido por el médico, Búfalo Bill interrogaba al centinela. Este respondió: "-Vic Fane se fugó anoche y no comprendo cómo".

# BILL

E GRATITUD





3. Presentándose ante el general Custer. Búfalo Bill declaró: "-Ya sabe, general, que he traído a Vic Fane. Huyó anoche, ayudado por alguien que pertenece al fuerte. Yo sé el nombre de ese hombre". Custer se dirigió hacia la ventana, simulando tranquilidad.



4. "-¿En qué se basan sus sospechas, coronel?", preguntó en seguida, Búfalo Bill repuso: "-Era muy fácil descubrir al culpable, general". Volviéndose bruscamente, Custer protestó: "-Fane no hizo el menor ruido. Y se llevó a Estrella en el mayor silencio".



### BUFALO





5. "—Por supuesto. En el establo los caballos no se espantaron porque entró alguien que era conocido... Usted mismo, general." Custer apartó los labios para contestar, pero el doctor abrió la puerta y dijo: "—Lo siento, general. No pude salvar a Fane".



6. Anonadado, Custer ocultó el rostro entre sus manos, al quedar solo con Búfalo Bill. "—Le debo una explicación, coronel Cody", murmuró. El explorador dijo: "—No, señor. La caza del búfalo no es un crimen imperdonable y, además, el cazador ha muerto".

# BILLS





7. Levantando la manga de su chaqueta militar, Custer mostró a Bill una larga cicatriz. "—Mire, Bill. Una flecha cheyene me dejó esta marca. Estaba dirigida a mi corazón, pero un explorador civil llamado Vic Fane la desvió con riesgo de su propia vida."



8. "—Bill —terminó Custer—, para pagar mi deuda, di a Fane una oportunidad. Pero no pude salvarle de la flecha kiowa, como él, que me salvó de la flecha cheyene." Esta confesión sirvió para unir más al valiente general Custer y al célebre explorador.

(CONTINUARA)



CAPITULO XLII.-Fuego en el río.

Julia Blair y Lani habían preparado la fuga de la Reina Blanca y de su hija Rosita Crusoe. El eclipse de sol alcanzaba ya su última fase, y la obscuridad se disipó.



—Ahora el malvado Bu-Ru y el pueblo podrán vernos —indicó Julia.

Con un rápido movimiento desprendió la escala de lianas suspendida sobre el abismo. Al pie del acantilado, Diana Benison, la Reina Blanca, miró anonadada las verdes sogas que yacían sobre la arena. Julia y Lani no podían descender ahora. Con lágrimas en los ojos, Rosita Crusoe gimió:

-¿Por qué no bajan mis hermanas? Katzy también está arriba.

¿No vendrán con nosotros, mamá?

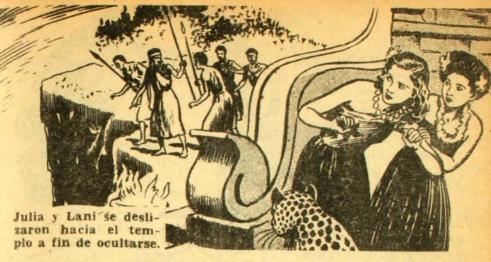
Diana repuso:

—Vendrán después. Vamos, hijita. Saldremos al mar, en esa canoa. Mientras tanto, Julia y Lani se habían deslizado hacia el templo, a fin de ocultarse. El leopardo Katzy y el papagayo Polly las siguieron en silencio.

La voz de Bu-Ru vibró ácidamente:

—Decidanse, antes que el sol vele de nuevo su rostro, sumiendo a la isla en las tinieblas del mal.

El pueblo de la isla vacilaba en perseguir y atacar a la soberana. La veneraron desde que apareció ante ellos, como una silueta dorada que surgía de las olas. El barco en que viajaba Diana Benison naufragó y la joven había nadado hasta esa costa, donde el primitivo pueblo la saludó como a su reina.



Los isleños también permanecían indecisos respecto a Rosita, la princesa que tenía poder sobre las fieras y los pájaros y que sin duda era una enviada del dios Ma-Zara.

Sin embargo, el temor de que el sol se obscureciera para siempre, los impulsó finalmente a secundar a Ru-Bu en su odio. Se acercaron al borde del precipicio y distinguieron en las profundidades el reflejo dorado de la cabellera de Diana.

-Ha bajado por magia -exclamaron cayendo de rodillas.

Bu-Ru, con su obscuro semblante contorsionado de furor, aulló:

-Es una extranjera y debemos destruirla, por mandato de Ma-Za-

Los tribeños dudaban. La Reina Blanca descendió, sin herirse y sin arriesgar la vida de Si'Ta. El gran sacerdote del templo, que las acusaba de falsarias, ¿era capaz de realizar él una hazaña tan prodigiosa? ¿Ma-Zara lo sostendría en el aire con su poder?



Estas dudas se traslucían en los morenos semblantes. Bu-Ru, por un instante, se sintió perdido. Luego, al distinguir en el río una canoa que se alejaba, indicó: -Si la extranjera es nuestra legitima reina, ¿por qué huye? Vedla, se aleja hacia el mar, llevando a Si'Ta. Ya no luce la corona, va no es la soberana. Es sólo una fugitiva a quien debemos capturar.

Esta observación decidió a los isleños. El temor desapareció de sus espíritus.

Quiero voiver a la isla del Paraiso -dijo Rosita, próxima a llorar.

- Muerte a la falsa reina! - gritaron enardecidos de ira. Diana Benison percibió aquellos gritos amenazantes. Angustiada. remó con mayor energía.

Rosita murmuró:

-¿Los negritos están enojados con Julia y Lani, mamá?

-No, hija mía. Ellas están escondidas y los isleños las buscan. Esta vez Rosita no sonrió ante la idea del juego que desde hacía tiempo sostenian con los negritos. El escondite, el "tugar, tugar, salir a buscar", la asustaba ahora.

-Quiero que Julia y Lani se reúnan con nosotros -dijo-, conteniendo las lágrimas-. Esta isla no me gusta. Quiero volver a la isla del Paraiso.

Diana Benison respondió:

-No llores, Rosita. Pronto estaremos todos juntos.





Advirtió que los lejanos gritos cesaban. Bu-Ru guiaba a los nativos hacia el sendero que bajaba por el acantilado.

-: Oh! -exclamó Lani. aterrada-. Van a buscar sus canoas y alcanzarán a Rosita v a su madre.

-En alguna forma lo impediremos -decidió Julia.

Con ansiosa mirada escrutó el camino. Crecían en él arbustos y enredaderas que el sol resecaba con sus ardientes rayos. En seguida Julia observó las fuentes



de petróleo encendido que iluminaban la entrada del templo. Eran de mayor tamaño que las tazas depositadas en las escalinatas, semejantes a las que vieron en distintos sitios de la selva, como una ofrenda a Ma-Zara.

-Ayúdame, Lunes. Lanzaremos el aceite inflamado por las rocas. Uniendo sus fuerzas, ambas jóvenes volcaron la fuente, que rodó por el acantilado.

En los primeros tramos del camino, Bu-Ru incitaba a sus seguidores:

-¡Rápido, a las canoas!

El petróleo había llegado al borde del agua, y el fuego, esparciéndose por el río, incendió las embarcaciones.

Con un suspiro, Julia murmuró:

-Bu-Ru ya no podrá perseguirlas. Ahora, Lunes, tenemos que emprender la fuga. Katzy, Polly, vengan. Tenemos el camino libre hacia la aldea, donde no ha quedado un alma.

En efecto, dirigiéndose hacia el muro opuesto del templo, nadie las detendría. Las mujeres y niños de la aldea esperaban junto al acantilado el regreso de los hombres.

(CONCLUIRA)







1. Macario amaneció acusete cara de "cuete" y dijo que los mellizos estaban molestando a los flamencos. El capitán castigó entonces a los inocentes angelitos. "—Nos vengaremos —decidieron Tim y Tam—. Los pájaros patas largas nos ayudarán."

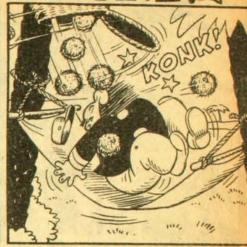




2. Reunieron bastantes cocos y los colocaron en una canasta voladora. Cuando los flamencos se elevaron llevando el cesto y el cargamento de cocos, Tim opinó: "—Somos los genios de la aviación y del bombardeo. Pero necesitamos un copiloto".

### DEL TIO TOMO





3. Propusieron a Macario que jugara con ellos. El cabezón, sin sospechar el plan secreto, aceptó encantado. Tam vigilaba el vuello de los flamencos y, cuando llegó el momento oportuno, tiró la soga, se abrió el fondo del canasto y... ¡Zambomba!





4. El bombardeado capitán salió en busca del culpable y, al ver a Macario con la soga, gritó: "—Tú me diste cocos y yo te doy palma...das". Los mellizos exclamaron: "—Linda adivinanza: Cocos de palma. Merecemos un premio por ser tan adivinadores".



### LOS PIRATAS

CAPITULO VII.—FLEGAS ENVENENADAS



1. El Cormorán, con un certero disparo, volteó al indio caribe que mató a tres corsarios. Desde distintos puntos de la jungla, silbantes flechas surcaron el aire. "—¡Al río! —indicó el bucanero a su acompañante—. Son flechas envenenadas con curare."





2. Velozmente se lanzaron al agua, para alcanzar la canoa. Había sido un error buscar refugio en los cañaverales sombríos, entre retorcidas raíces. Desde el centro del río era más fácil hacer fuego contra los atacantes, que brotaban como una legión de demonios.

## OEL CARIBE



3. Gritaban con furia, blandiendo largas jabalinas adornadas. "—Indios mercenarios que sirven a los españoles", confirmó el Cormorán. "—¡Perros sarnosos! —gruñó el Tuerto, asestando disparos de su mosquete—. Mataron a la avanzada, los muy cerdos."



4. Los caribes no sólo aullaban y distendían sus arcos para lanzar flechas envenenadas. Saltaron desde las ramas suspendidas sobre el río, cayendo sobre las piraguas. Un combate cuerpo a cuerpo se libró con furia. Varias canoas se hundieron en el mortal torbellino.







5. Los tripulantes de las embarcaciones que lograron alejarse a tiempo de la ribera dirigian cerradas descargas contra los caribes. De súbito, el Cormorán vio que una inmensa sombra caía sobre él. Alcanzó a desviar la jabalina antes que se clavara en su espalda.





6. Con el impetu del asalto, el enorme caribe y el corsario cayeron al río. El indígena pretendía estrangular a su enemigo. Sus manos se cerraban con fuerza sobre la garganta del bucanero. Una vorágine arrastró a ambos hasta el lecho cubierto de hierba y lodo.

# LOS PIRATAS OEL CARIBE



7. En las aguas turbulentas y fangosas, el Cormorán y su feroz adversario sostuvieron una lucha a muerte. Por fin el capitán de los filibusteros logró coger al caribe entre sus potentes brazos. Al dejarlo libre, el cuerpo cayó inerte. El Cormorán había vencido. (CONTINUARA)



Tilda Harvey, poseída de inmenso terror, luchaba por desprenderse de las férreas manos que la arrastraban hacia el subterráneo.

Su invencible raptor, apretándole la bo-

ca, la dejó medio asfixiada. Fue conducida bajo el pedestal del monstruoso ídolo y de allí hasta un nicho, que formaba la monumental cabeza de Baal.

Tilda miró hacia fuera por los ojos huecos del dios Baal. Ciro había cortado las ligaduras de Imchi y los monos se trababan en batalla con los hombres-fantasmas. Pero momento a momento fueron entrando más soldados al templo, y los monos, espantados con el fuego de las antorchas, emprendieron la retirada.

—Hemos perdido —suspiró la jovencita bajando la escalerilla del idolo.

Cuando ya llegaba al pedestal se apareció ante ella el gran sacerdote Amric.

RESUMEN: Tilda Harvey, Ciro Manders y el zulú Imchi han salido hacia el Valle de los Misterios en busca del padre de Tilda. Sufren terribles aventuras. Tilda cae al abismo y es recogida por el orangután Kang, rey de los monos. Ciro y el negro Imchi están en poder de los hombrestantasmas. Tilda consigue que Kang salga con su ejército simiesco a libertar a sus compañeros. Ciro descubre que los hombres-fantasmas habían tenido por rey blanco a su padre, y así se lo dice al gran sacerdote Amric. Pero necesitan el amuleto que confirme sus palabras. Tilda, con su ejército de monos, llega en el momento preciso para salvar a Imchi, pero unas manos garrudas la arrastran hacia los subterráneos del templo...

- —Niña rubia —díjole Amric—, te he traído aquí porque deseaba hablar contigo. ¿Eres tú la joven de quien me habló tu amigo blanco?
- -Sí, soy yo la amiga del prisionero -asintió Tilda.

-¿Y tú posees el amuleto de Manders?

—Sí —respondió Tilda sacando fuera de su blusa la cadena con el círculo de marfil tallado.



El sacerdote Amric reconoció el amuleto del rey Blanco.

—El Rey Blanco —exclamó Amric—. Sois los mensajeros del rey blanco. No mentía el joven. El es hijo de nuestro rey.

Tilda no podía comprender lo que decía el sumo sacerdote de Baal; pero se dio cuenta de-que el amuleto había hecho su efecto en el espíritu de Amric.

Un aullido mitad humano y mitad animal estremeció a Tilda.

Los hombres-fantasmas, después de vencer a los monos, atacaban a

Ciro y a Imchi. Sólo Kang continuaba defendiéndoles.

—Pronto, pronto —suplicó Tilda al sacerdote de Baal—. Están matando al hijo de vuestro rey. Socorredlo.

Amric cogió de la mano a Tilda y al mover un resorte secreto, se abrió la puerta por la cual habían raptado momentos antes a la hija de Juan Harvey.

—Abajo las armas —ordenó Amric—, y que cese la lucha. Este joven es hijo del Rey Blanco.

Al instante, todos los hombres-fantasmas cayeron de rodillas. Tilda y Ciro, de prisioneros, pasaron a ser los soberanos del "Valle de los Misterios". Imchi, Ciro y Tilda se alojaron en el palacio real, y sus alimentos les eran servidos en vajillas de oro.

A la mañana siguiente, Imchi, sentado en la terraza del palacio, afilaba su hacha "Relámpago", la cual le fue devuelta junto con todos los objetos que les habían substraído el día de la captura.

- -Me parece demasiado bueno para que dure -murmuró Tilda.
- —Lo increíble es que tú hayas podido dominar a Kang y a los monos —insinuó Ciro.
- -Pobre Kang -suspiró Tilda-, estará pensando que yo lo traicioné...
- —Olvida al mono y pensemos en tu padre —expresó Ciro—. Yo creo que Amric le tiene prisionero junto con otros extranjeros que han venido aquí en busca de piedras preciosas.
- —Apenas estemos solos con Amric, yo le interrogué —dijo Tilda—. Aquí viene.

El centenario sacerdote parecía aun más espectral a la luz del día. Le acompañaban varios hombres de túnicas blancas.

- -Escuchen —dijo el sacerdote de Baal—; el pueblo quiere saludar a su Rey y a su Reina... Dígnense sus majestades acompañarnos.
- —Sigámosle —murmuró Ciro al oído de Tilda—, después averiguaremos la suerte de tu padre.

La triunfante procesión avanzaba por las galerías del palacio. Seguían a Amric, Tilda, Ciro e Imchi. Tras ellos avanzaban los innumerables sacerdotes del templo. Una fila de esclavos negros, con grandes quitasoles de fibras, formaban un pabellón sobre la cabeza de los presuntos soberanos de la Ciudad Perdida.

De pronto Tilda aguzó el oído y dijo a Ciro:

-Siento un ruido como de colmenares de abejas.

Ciro alzó la vista y su terror fue indecible al divisar un avión planeando sobre el templo.

-Mira, Tilda... Allí viene Enrique Ellis. Estamos perdidos -

murmuró Ciro.

La llegada del aeroplano no interrumpió la ceremonia de la coronación, y el sumo sacerdote Amric bajó para enfrentarse con el pueblo que, de rodillas, saludaba a sus reyes.



Enrique Eillis disparó un balazo contra el zulú Imchi.

—Nada temas —susurró Ciro al ver temblar a su amiga Tilda—; yo le diré a Amric que ese hombre es un bandido y que ha venido a robar sus diamantes. Tenemos a todo el pueblo a nuestro favor. Entretanto, el avión de Enrique Ellis buscaba sitio dónde aterrizar. —Observa al pueblo —murmuró Tilda aterrada—. Todos están atónitos ante esa aparición celestial. El mismo Amric está paralizado de terror.

Entretanto, los aviadores ya estaban a veinte metros del templo.

—Claudio Montgomery y Enrique Ellis —murmuró Tilda—. Aún no nos han visto, Ciro. Entremos al templo.

Pero no contaban con el ímpetu vengativo del zulú Imchi, quien al reconocer a sus enemigos, alzó su hacha de combate y gritó:

—Son los chacales. Imchi tiene sed de su sangre. Vamos, "Relámpa. go", a partirles el cráneo.

Y lanzando su grito de guerra, el gigante zulú corrió a enfrentarse con los chacales.

La sorpresa de Ellis y Montgomery, al ver a Imchi, fue inmensa, pero no lo bastante para turbar su mente. Antes que Imchi llegara junto al aeroplano, Ellis le disparó un tiro a quemarropa.

—Asesinos —gritó Tilda corriendo hacia Imchi, quien tenía una herida sangrante en el cráneo—. Asesinos... El pueblo vengará a Imchi.

Pero al volver la cabeza, Tilda advirtió que no quedaba un hombrefantasma en la plaza, ni en el templo.

Ciro Manders estaba junto a Tilda para defenderla.

—Arriba las manos, jovencitos —ordenó Ellis—. ¿Ustedes creían que se habían despedido para siempre de Enrique Ellis? ¡Qué idiotez! Y ya se habían declarado soberanos... ¡Qué niños tan precoces! Pero ahora soy yo el que domina en el "Pueblo de las Animas". Ciro Manders, ve en busca de Amric y dile que deseo hablar con él... No, tú solo. Tilda se queda en rehenes hasta que vuelvas y si tratas de traicionarme, la niña morirá.

Ciro volvió al templo y empezó a buscar por todas partes a los sacerdotes del dios Baal. Por fin, bajó a los subterráneos donde apestaba el olor de fieras encerradas allí.

- —Amric —gritó Ciro al ver que el sacerdote trataba de abrir una jaula con hambrientos leopardos—. Soy yo, Manders, el hijo del Rey Blanco. ¿Qué hace usted ahí?
- —Doy libertad a los guardianes de la ciudad —dijo Amric riendo con diabólicas carcajadas—. Matarán a los hombres blancos que

VISITE EL "PARAISO DE LOS JUGUETES": CASA GARCIA, ALAME-

bajaron del cielo. ¿No me advirtió tu padre, el Rey Blanco, que esos bandidos vendrían a saquear nuestros tesoros? ¿No me dijo él que estuviese preparado para exterminarlos? Por mis ojos les vi matar al esclavo de nuestra reina. No temas, joh hijo de nuestro rey! Ellos también morirán.

Pero Tilda está prisionera de ellos exclamó Ciro.

—A ella no la tocarán los leopardos, porque lleva el amuleto sagrado —explicó Amric—. Mientras cuelgue de su cuello ese medallón de marfil nada puede dañarle.



Amric abria la jaulade los leopardos hambrientos.

Pero ya el sumo sacerdote trataba de descorrer los cerrojos con sus huesudas manos.

-No abra, no abra -suplicaba Ciro.

Todo fue inútil. Amric abrió la jaula y uno de los leopardos saltó sobre Ciro y Amric, en desenfrenada carrera. Las demás fieras le siguieron por los túneles cual una horda de demonios vengativos.

(CONTINUARA)

### Ponchilo









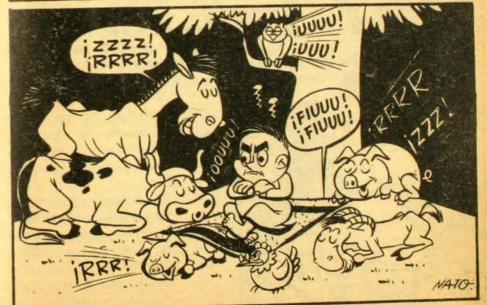




### por nato









### CL SECRETO DE LA ISLA



### CAPITULO XI.— Dos centinelas.

Marco Survil había calumniado a Alberto Brice, a fin de inspirar confianza a Francisco Maine v a su hija Lisa Ella descubrió la intri ga del villano, sintiendo entonces que la felicidad renacía en su corazón. El saber que Brice no la traicionó, le daba el valor necesario para enfrentar al astuto Survil y al grosero capitán Rigal. Maine experi mentó, asimismo, confianza y serenidad.

Survil, impaciente, repetía:

El capitán Rigal ha accedido a darles un plazo para que mediten Vendrá mañana en busca de la respuesta. Quie re conocer el sitio donde usted, Maine, oculta su tesoro. Es inútil que niegue y es peligroso que se resista a confesar.

El anciano se sumió en un completo silencio.

—Creo que su misión ha terminado, señor Survil —observó Lisa fríamente, y en seguida abrió la puerta.

Antes de marcharse, Marco sugirió:

Lisa, convenza a su padre de que es una locura exponer sus vidas por una cuestión de fortuna. Usted es más valiosa que todas las perlas de la isla. El deber de su padre es protegerla. Yo.

\_Usted es uno de los lobos que él debe alejar, ¿verdad?

La bella isleña no se veía ya cohibida por la timidez. Hablaba con tranquila voz, mientras una tenue ironía cruzaba por sus azules ojos. No la comprendo, Lisa... No la reconozco. Usted estaba dispuesta a creer en mí -dijo Marco.

-He descubierto que no es usted sincero, señor Survil. Prometió defendernos del capitán Rigal..., y ahora le sirve de mensajero.

para amenazarnos. Hasta mañana, señor Survil.



Con el semblante contraído de furia, el marinero se retiró. Lisa, de pie junto al umbral, permaneció inmóvil, escuchando los pasos que se alejaban. Cuando el rumor se perdió en la distancia, la niña se reunió con su padre. Maine pronunció:

-Hija, veo que has recobrado la confianza en Brice. Hay un detalle a favor de él: conoce mi secreto y, sin embargo, no lo ha divul-

gado. La prueba es que los demás siguen buscando el tesoro.

En un impulso de alegría, Lisa abrazó al inválido.

-Sí, papá -murmuró-. No nos ha traicionado. Marco Survil mintió.

-Así es, niña mía. No debí dudar de él.

Pensativamente añadió:

-Estamos en peligro. Brice tal vez no logre contener a esas fie. ras. Llámalo, hijita. Quizás entre los dos ideemos algún plan de protección o . . . ¿por qué no?, de fuga.

En el instante en que Lisa entraba en su habitación, un proyectil, lanzado a través de la ventana, se estrelló contra el espejo, trizándolo en mil pedazos.

Pálida de ansiedad, Li-

sa exclamó:

-¡Oh Alberto! Sabèn que está aquí.

El joven teniente repu-

—Cálmese, Lisa. No es una băla, ya que no hemos oído detonación alguna. Veamos.

Se inclinó a fin de recoger algo que yacía sobre la alfombra.



-Es una piedra envuelta en un papel.

Desplegando rápidamente el papel, anunció:

-Es un mensaje de Dan, el contramaestre del barco. No se atrevió a acercarse, para no despertar las sospechas de los centinelas.

-¿Qué dice? -inquirió Lisa, inquieta.

—Me aconseja que no salga de la casa en este momento. Sería muy arriesgado. Para explicar mi ausencia, ha dicho a la tripulación que estoy explorando las rocas al norte de la isla. Al llegar la noche, desafiará al hombre que está de guardia frente a la puerta principal. El otro centinela acudirá al tumulto y entonces podré salir por esta ventana para dirigirme a la colina.

-¿Puede fiarse plenamente de su amigo? - preguntó Lisa.

—Por cierto. Dan desaprueba los planes de Rigal y de sus secuaces.

—¿Hay otras personas a bordo que puedan aliarse con usted y con Dan?

-Sí. El cocinero Sammy y algunos otros.

-Marco Survil nos dijo que el verdadero capitán del "Estrella

Errante" había fallecido en alta mar. La tripulación se apoderó del barco y Rigal tomó el mando.

Es exacto. La mayoría se plegó a Rigal.



Guardó silencio, mortificado. Le desagradaba recordar que se vio obligado a someterse a la voluntad de la mayoría.

- Brice, mi padre desea hablar con usted. Quizás lleguen a un acuerdo para defendernos o para huir.

—Vamos, Lisa. Su padre debe esperarnos con ansiedad.

ansiedad.

Le cedió el paso. Era ya noche cerrada. Se percibía el rumor de la resaca en la playa y el susurro del viento entre las palmeras. Los centi-

nelas que vigilaban la casa luchaban por vencer el sopor que empezaba a dominarlos. La noche cálida y tranquila los adormecía. Desde su escondite, Dan vio que el guardia fronterizo dejaba descansar en el suelo su fusil, mientras cabeceaba.

Te despabilaré por completo, con un buen puntapié —murmuró—. Tendremos bronca, y de las buenas, mientras mi teniente abandona la casa sin que los ojos de estos dos sapos lo descubran. Esperaré algunos minutos más y después... arderá Troya.

(CONTINUARA)

### **Correspondencia**

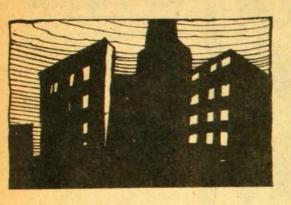
SOLANGE PARODI.— Estamos variando las novelitas para complacerlos a todos y hay muchos que solicitan aventuras en las selvas. Después daremos lo que usted pide. REBECA ORTIZ y MARIA SAENZ. de Purén.— Nos felicitan por todas

las lindas seriales de esta pequeña gran revista "SIMBAD" y también a Nato y Elena Poirier por sus dibujos.

JAIME DIAZ VALDES, de San Fernando.— El pesimismo es muy dañino. Piense siempre lo mejor y crea que todos lo queremos mucho y deseamos que el "SIMBAD" le dé cada día mayores alegrías.

ROXANE

## GRAID CONCUISONAL



Todas las semanas, durante las vacaciones, sortearemos muchos y valiosos premios en dinero, libros, subscripciones trimestrales a "SIMBAD" y otros objetos entre lectores que envien soluciones exactas al certamen:

¿Cuál es la respuesta?

Contesta, pues, a esta pregunta: ¿CUAL ES LA CIU-DAD MAS GRANDE DEL

MUNDO: Nueva York, Londres o Tokio? SOLUCION A "SIMBAD" N.º 377; LOS RAY'OS X FUERON LLAMA-DOS ASI DEBIDO A QUE SU NATURALEZA ERA DESCONOCIDA. Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: CON CIEN PESOS: Gonzalo Corbalán, Santiago: Alejandro Franchino, Quillota: Eugenia Maldonado, San Carlos: Julio Salzman, Valparaíso; José Pascual, Santiago; Carlos Echeverría, Santiago; Teobaldo Leiva, Santiago; Manuel Garrido, Chillán; Paulina Concha, Santiago, y Yanet Ogaz, Rengo, SUBS-CRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Ideth Gaete, Purén; Magdalena González, Concepción; Raúl Infante, Santiago; Elena Castro, Curicó; Elizabeth Jaramillo, Villarrica; María Menéndez, Valparaiso, UN LIBRO: Laura Raab, Valparaiso; Alpha Worm, Melipilla; Andrés Schuftan, Concepción; Mario Videla, Constitución; Manuel Casanueva, Santiago: Raquel Morales, Lautaro: Blanca Valdés, Contulmo; Patricia Weber, Valparaíso; Oscar Ferreira, Los Andes, y Marta Palomino, La Cisterna.



Los niños de Santiago pueden retirar sus premios, diariamente de 10 a 13 horas, en Avenida Santa María N.º 076, 2.º piso. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

### las aventuras de 👺 Tony





3. El empresario corrió hacia la jaula y pudo ver a un pequeño quiltro que tenía acorralado al pobre león. "—¡Eh, no seas abusador!", protestó Romilio, cogiendo al perrito. El león, al ver a Palma, demostró su fiereza lanzando atronadores rugidos. Temía que el empresario lo despidiera por inútil.





4. "—León que ruge no muerde", dijo el perrito. "—Es verdad —asintió Romilio, y de pronto dio un salto, al darse cuenta de que el perro había hablado—. ¿Tú..., tú hablas como el mulo Francisquito?" "—¡Bah! Mejor que él —repuso el can—. Me llamo Tony." Romilio exclamó: "—¡Qué alegría! ¡Tú salvarás al circo!"

(CONTINUARA)

### PFLUSITA

POR NATO









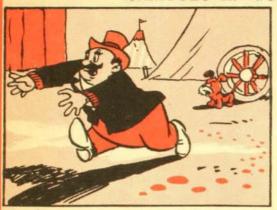






### las aventuras de 👺 Tony

CAPITULO II.—TONY LADRA





1. Con gran asombro, el dueño del circo Palma descubrió que el perro Tony hablaba. Feliz porque tal fenómeno salvaría al circo de la ruina, corrió a dar la noticia a sus artistas, sin oir a Tony, que advertía: "—No se lo diga a nadie, patrón. Es mi secreto". Pero ya todos acudían a verlo... y oirlo.





2. "—Vamos, Tony, di algo", indicó el empresario. Tony ladró: "—¡Guau!" Los artistas se miraron desconcertados y luego, sacudiendo tristemente la cabeza, comentaron: "—¡Pobre don Romilio! El fracaso lo ha trastornado. Oye hablar a los perros". El empresario protestó: "—¡Pero si es verdad!"

(Continúa en la penúltima página.)



CAPITULO XXI.—Perseguidos.

-¿Nos queda mucho que caminar, tío? -preguntó Bobbie, trotando al lado de su protector.

-No mucho, hijita. ¿Comienzas a cansarte?

—Qué esperanza, tío —exclamó la hija de Joven Búfalo—. Me encanta este viaje.

—No temas que nos perdamos. He venido muchas veces a la mina. Pronto verás el oro en bruto. Con tal que...

-Que no nos ataque Aguila Negra -interrumpió Bobbie-. Es

posible que haya perdido la pista.

—Tú no conoces a los pieles rojas, hijita. Son tenaces Jen sus venganzas hasta la muerte. Me gustaría saber de cierto si Aguila Negra nos sigue. Le aguardaría y terminaría de una vez el asunto. En aquel instante Bobbie tocó el brazo de Daniel y le señaló el valle inferior.

Año VIII - 12-XII-1956 - N.º 380
Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).
Subscripción anual: \$ 1.480, Semestral: \$ 760.
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.
Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.
Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros
países: US\$ 5,20.

Dos jinetes, uno en pos de otro, cruzaban un angosto desfiladero. Corrían demasiado ligero para identificarlos. Además, a cada rato desaparecían entre los árboles centenarios.

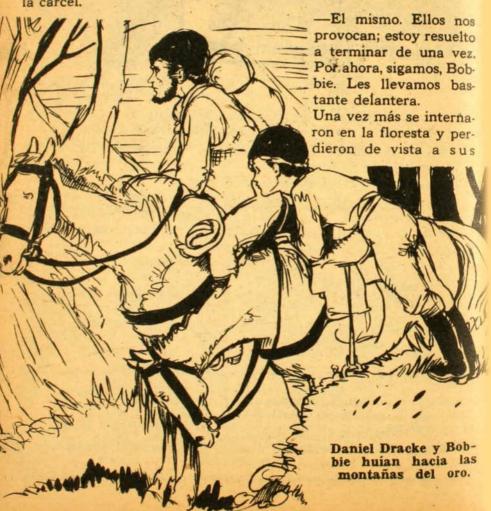
-Uno es un piel roja -declaró Daniel, con ceño adusto.

-Así me parece -apoyó Bobbie.

-Pero, ¿quién será el otro?

-El indio debe ser Aguila Negra. No sé quién puede ser el paisano que lo acompaña en su persecución. Sólo hay un hombre que nos odia...

-Skeeter - insinuó Bobbie - . Ese bandido que debería estar en la cárcel.





Pies de Venado había enseñado a Bobbie el código de señales de su tribu, consistentes en volutas de humo lanzadas al aire en formas diversas, hasta llegar a constituir un verdadero alfabeto.

—Mi nombre —murmuró, emocionacla, la hija de Joven Búfalo. Con los ojos brillantes de ansiedad, inmóvil, leía el mensaje de la montaña:

"Bobbie, te persiguen, cuidado", leyó la niña.

-¿Quién es ese amigo desconocido? -dijo Daniel, inquieto.

-Siendo indio, sólo tengo uno: Pies de Venado -declaró Bobbie.

-Pero, ¿crees que nos va a prevenir en contra de su padre?

—Tal vez sea en contra de otra persona, tío. En todo caso, es bueno saber que tenemos un amigo cerca.

-También hay enemigos cerca... Escucha.

El eco de la montaña resonaba con el ruido de cascos de caballería contra la roca dura.

Daniel galopó, seguido de Bobbie y Lobito, que no abandonaba a su protectora. De pronto el guía se desvió del camino y tomó un atajo, al parecer más peligroso que el que abandonaban. Por allí bajaron al río y lo cruzaron con los caballos a nado, en la parte más honda.

—Ahora te explicaré —dijo Daniel, señalando a Bobbie la orilla cpuesta—. ¿Ves aquellas montañas de pedruscos? Pues bien, en mis repetidos viajes he visto que aquella parte de la montaña se desmorona, y estoy cierto de que cualquier día habrá un derrumbe colosal. Por eso tomé el atajo peligroso, pero más seguro para buenos jinetes.

-¿Oyes el eco de los caballos? -balbuceó Bobbie-. Alguien nos

sigue. Alejémonos, tío.

—Por el contrario —exclamó Daniel, desmontándose y preparando el rifle—. Aquí les aguardo. Si esto debe llegar mejor es que sea pronto.

Bobbie le imitó.

—Donde tú estés, estaré yo —protestó al ver el gesto de Daniel de apartarla a un lado—. Silencio, Lobito.

Ambos viajeros se agazaparon entre las ramas. El sitio era estratégico. Nadie podría pasar sino a tiro de fusil.

Los perseguidores corrían por la orilla del río; indudablemente cruzarían el vado.

En aquel instante se escuchó un ruido sordo, como el de un terremoto.

—El derrumbe —exclamó Daniel—. Sean quiénes sean debemos advertirles el peligro, Bobbie.

-Por cierto -apoyó la bondadosa niña.

Pero el alud no dio tiempo para nada. El ruido cesó. Un silencio trágico reinó en la selva.

—Iré a ver lo que ha ocurrido —exclamó Daniel—. Tal vez esos infelices se encuentran sepultados bajo las rocas. Veré modo de sacarlos, Bobbie. Juntos llegaremos al sitio del derrumbe. No había allí señales de caballos ni de jinetes. El cerro de piedras era tan inmenso que miles de hombres habrían tardado días en removerlo.

-Ya no pueden existir - murmuró solemnemente Daniel, quitándose el sombrero. Oh tío -balbuceó la hija de Joven Bufalo, contristada ante la catástrofe que había arrebatado dos vidas en breves instantes. Muy otra era la verdad. Los perseguidores eran realmente Aguila Negra y Skeeter... El instinto del piel roja le hizo presentir el peligro, y aconsejó a su compañero apresurar el paso. Sin embargo, parte del alud los tomó en el faldeo y, como torbellinos, fueron arrojados al río en su parte más profunda.

La corriente los llevó lejos, y, si ambos no hubieran sido expertos nadadores, seguramente habrían perecido. Pero en su caso resistieron hasta que a algunas millas de distancia lograron llegar a la orilla. Aunque exhaustos y habiendo perdido sus caballos, la idea de la venganza mantenía el ánimo del indio, y la codicia del oro daba fuerzas al bandido Skeeter.

Entretanto, Daniel y Bobbie llegaban al término de la jornada.

-¡Hurra! -exclamó el trapero-, hemos llegado.

-Pero..., pero, no comprendo -balbuceó Bobbie, mirando la este desierto?

-Claro que no, hijita. Si así fuera no habría secretos. Yo descubrí la entrada de la mina cazando un oso. Aguarda..., ya verás... Con aire de conquistador, Daniel cabalgó adelante. Penetró en un grupo de árboles que crecían pegados a la montaña y se apeó. Allí el terreno tenía cierta pendiente que formaba una fosa natural. Después de atar los caballos, Daniel tomó de la mano a Bobbie y se introdujo por entre las breñas. Al llegar abajo, los exploradores desaparecieron bajo un techo de follaje...

(CONTINUARA)

### SORTEO DE NAVIDAD

SABADO 15 DE DICIEMBRE, A LAS 3 DE LA TARDE, EN AVDA. SANTA MARIA 076.

Se sortearán bicicletas, radios, lapiceras, lápices automáticos, juegos de ludo, dominó, damas, chinos, blue jeans, muñecas, cascos de soldados, juegos de playa, pelotas de fútbol, pelotas de goma, pañuelos, diversos y novedosos juguetes y premios en dinero.

ACUDAN, LECTORES DE "SIMBAD", A ESTE MAGNO SORTEO.



### BUFALO BILLS

CAPITULO XIII.-FI



1. El profesor Mufin llegó al fuerte Lincoln para dar lecciones sobre alimentación de las tropas durante las campañas. Búfalo Bill dijo: "-Eso no es problema. Cuando salimos en patrulla o a guerrear contra los indios, cazamos ciervos, antílopes y hasta búfalos".



2. "-Puede ser -asintió Mufin, con despreciativa expresión-. Pero ese régimen de carne es inadecuado. El ejército debe aprovechar la vegetación natural que las praderas ofrecen." Búfalo Bill rugió: "-¿Quiere que los soldados coman flores silvestres?"

S SILVESTRES





3. A fin de evitar una discusión, el general Custer intervino: "-Calma, señores. La teoría del profesor Mufin debe ser probada. Es una orden del estado mayor. Coronel Cody, lleve a los bosques una patrulla. El profesor les dirá cómo deben alimentarse".



4. Búfalo Bill se dirigió a un grupo de soldados y anunció: "-Necesito voluntarios, para una misión muy especial. Cuatro muchachos de buen apetito, capaces de engullir diez bisteques de una sentada". Tres hombres se presentaron: Ray, Charlie y Paletti.



## BUFALO BILL

# Tengo muy buen diente, coronel Cody.

5. Una voz estruendosa gritó: "-Yo también, coronel. Si se trata de comer carne jugosa y abundante, Saco de Grasa es el voluntario número uno". Y el explorador pauní se presentó. La risa estremecía su cuerpo. "-Quiero ser el primero en ir al asalto, coronel."



6. Por cierto que la alegría de Saco de Grasa se desinfló cuando Búfalo Bill dijo: "-Bien, glotones, vendrán a patrullar durante siete días..., y en ese tiempo comerán nada más que flores silves tres, raíces y quizás carne de conejo..., una pequeña tajada."



Déle esa ración a mi caballo, por favor.

7. La patrulla abandonó el fuerte Lincoln, y sólo el profesor Mufin se veía contento. La negra desesperación de los cuatro voluntarios aumentó cuando el veterinario les ofreció una cena de ramas y pasto. "-¡Manitú nos ampare!", gemía Saco de Grasa.



8. Luego de masticar las desabridas hojas, todos se durmieron. Sólo Saco de Grasa permaneció despierto, acosado por el hambre. En la lejanía resonó el aullido de un coyote. El gordo pauní decidió entonces cazarlo. "-Nadie me descubrirá", sonrió feliz.

(CONTINUARA)



CAPITULO XLIII y final.—Regreso a la Isla del Paraiso.

Julia Blair y Lani vertieron petróleo encendido por el acantilado. El río se inflamó, cerca del lugar donde estaban las canoas nativas. Cuando Bu-Ru y sus seguidores llegaron a la ribera, descubrieron que un muro de llamas se alzaba entre ellos y las embarcaciones. Dominados por un supersticioso temor, los isleños exclamaron:

-¡La Reina Blanca y Si'Ta son más poderosas que Bu-Ru! El dios

sol las ayudó en su fuga.

Ignoraban que la reina y su hija descendieron al abismo por una escala de lianas tejida por Lani. Creían que ellas bajaron por los rayos del sol y que en seguida se aléjaron en una piragua, mientras Ma-Zara incendiaba el río, a fin de protegerlas.

—Bu-Ru es un impostor —gritaban ahora los isleños, enfurecidos contra el guardián del templo. Este se vio obligado a huir. Más tarde, Klio, el hombre sabio de la tribu, se convirtió en el rey, pero

expresando una condición:

—Gobernaré sólo hasta que Ma-Zara envíe de nuevo a la Reina Blanca o a otra reina de cabellos de oro.

El pueblo aceptó esta decisión. Desde entonces, al atardecer, cuando el sol se ocultaba en la línea azul del mar, observaban la costa, esperando que apareciera la ansiada soberana.

Diana Benison y su hija, después de surcar el río, salieron al océa-

no. En la distancia avistaron un barco.

-¡Oh! -exclamó la ex reina-, si nos ven, estamos salvadas.

Tenemos que esperar a Julia y Lani —exclamó Rosita Crusoe—. No podemos irnos sin ellas. A Katzi no le gustan los barcos, pero es necesario que abandone esta isla. Debe estar aburrido con los negritos.

-Sí, mi niña.

A bordo habían divisado a las solitarias navegantes y, desviando su ruta, la nave se aproximó a la costa. El capitán ordenó que Diana y Rosita fueran izadas a cubierta y las observó extrañado. Confusa, Diana relató su extraña historia.

Enviaré un bote en busca de sus amigas. ¿Cree que los isleños presentarán batalla? Si son gente agresiva, llevaremos armas.

-No deseo que causen daño a los nativos -suplicó Diana Benison.

Defiende usted a su pueblo -sonrió el capitán.

Diana asintió en silencio.

—Tal vez yo deba acompañar a sus hombres —propuso en seguida.

-No, de ninguna manera. Es peligroso -protestó el capitán-.

Iré yo.

La embarcación, al aproar hacia la playa, se encontró con la piragua en la cual huían Julia, Lani, Katzy y el papagayo Polly. Por un instante, los marinos vacilaron ante la presencia del felino. Instintivamente, sus manos esgrimieron los fusiles.

-¡No disparen! -gritó Julia-. El leopardo es inofensivo.

Acarició con su blanca mano la cabeza de Katzi.

-Está bien -accedió el teniente-, permítanos remolcarla hasta

el barco. Pero, por favor, vigile al animalito. Que no se trasborde a nuestro bote.

Polly chilló:

-¡Gato a la vista!

Al ver que sus hermanas y sus amigos selváticos llegaban a bordo, Rosita demostró su alegría con gritos y aplausos. Diana sonreía con ternura. Abrazando a ambas jóvenes, murmuró:

—Tenemos que esperar a Julia y Lani — exclamó Rosita Crusoe.



—Gracias a Dios que se han salvado. Temí no volver a verlas. —Fue fácil huir —explicó Julia—. Había mucha agitación en la isla. Todos acusaban a Bu-Ru de haber injuriado a la Reina Blanca. Decían que por su culpa, el trono de la isla está ahora, vacío. Las náufragas fueron atendidas y ubicadas como huéspedes de honor. Horas más tarde se reunieron en la cámara del capitán, donde se les sirvió una espléndida cena.

-¿En qué puerto las desembarcaré? - preguntó el capitán Ryan.

Diana Benison respondió:

-En Bristol, Inglaterra. ¿Hará escala usted allí?

-Sí, Diana. ¿Y usted, señorita Blair?

Julia vaciló. Luego de dirigir una perpleja mirada a Lani y a Katzi, dijo:

-Tengo que reflexionar. Quisiera volver por el momento a la isla

del Paraíso.

Los ojos de Lani se iluminaron de alegría. La aterraba la idea de ir a un país civilizado, en el cual sería observada como un fenómeno.

—Yo también tengo que reflexionar —gritó Rosita Crusoe, viendo la oportunidad de ir a su querida isla.

Todos rieron. Katzi bostezó. Era su manera de reirse.

—Las llevaré a esa isla, si me indican en qué ruta está —asintió Ryan—. Y cada vez que viaje por estas aguas, pasaré a visitarlas.

—Rosita y yo vendremos a pasar con ustedes las vacaciones — dijo Diana Benison—. Y me preocuparé de abastecerlas de víveres.

—Gracias, señora Diana. Le agradecería que se convirtiera en mi tutora, para administrar mis bienes en Bristol. Como usted, yo vivía en esa ciudad antes de viajar y de ser víctima de un naufragio.

—Perfectamente, Julia. Estaremos en comunicación.

Así, Diana Benison y su hija regresaron a Europa mientras Julia

Blair y Lani desembarcaron en la isla del Paraíso.

Antes de separarse de Diana, Julia dijo:

—Hay algo que no he podido comprender. ¿Qué le ocurrió al capitán Jed y a su tripulación, que robaron de la isla una estatua de Ma-Zara, en cuyo interior había una corona de oro?

La ex reina contestó:

—Los isleños no me permitieron verlos, ni que ellos me vieran, por temor a que fuera raptada. En su huida, el barco se vio obligado a recalar en una isla cercana. Los nativos lo alcanzaron. Se libró entonces una batalla campal, en la cual perecieron varios is-

leños y todos los tripulantes. Mientras tanto, el barco se había alejado, a la deriva, llevando a bordo a Ma-Zara y a la corona secreta.

Despidiéndose de Diana y de Rosita, Julia y Lani se internaron en la isla del Paraiso. Katzi y Polly las seguian.



Por cierto que todos recordaban con nostalgia a Rosita Crusoe. ¿Volverían a verla algún día? Es posible. ¿Leerán ustedes, lectorcitos, otra aventura de Julia, Lani, Katzy y el hablador Polly? También es posible.

FIN

## COULT CO





1. Ese día sucedieron dos calamidades: el capitán Escotilla propinó a los mellizos una tunda de padre y señor mío, y la señora Tomasa dio al inspector una lista de trabajos capaz de matar de cansancio al pobre patilludo. ¡Qué triste es la vida a veces!





2. Tim y Tam querían vengarse. Por lo tanto, hicieron un trato con el inspector. Borrando el nombre de éste, colocaron el del capitán. Escotilla leyó la lista, mientras los mellizos decían: "—El trabajo dignifica. Empiece luego a trabajar, capitán".

### DEL TO TOMO





3. Mientras Escotilla barbas de escobilla trabajaba como una ardilla, el inspector y los mellizos se burlaban de él. "—Lavanderas de Portugal", cantaban Tim y Tam, mientras el capitán escobillaba la ropa. "—¡Ja, ja!", reía el inspector.





4. Cuando la señora Tomasa llegó y vio al capitán afanado con los quehaceres, dijo: "—¿Por qué hace el trabajo que le dejé al inspector?" Entonces descubrió Escotilla la broma pesada y dijo: "—Descansaré dándole un buen garrotazo al patilludo".



CAPITULO VIII HOY, CAPITAN!



1. El Cormorán logró vencer al caribe que le había arrastrado a las profundidades del río. La batalla debajo del agua fue terrible. Desfallecido por la falta de aire, el bucanero no pudo salir a la superficie y sintió que se hundía en el abismo de la inconsciencia:





2. Mientras tanto, en la ribera, los indios huían en desbandada. Un profundo silencio reinó de súbito. Los rugidos en distintos idiomas se apagaron junto con el detonar de los arcabuces y el silbido de flechas y lanzas. "-; Condenados salvajes!", gruñó el Tuerto.

## LOS PIRATAS DEL CARIBE





3. Oliverio, el aventurero más joven, gritó: "-¡El Cormorán! No está entre nosotros". Un estremecimiento agitó a los corsarios. Dividiéndose en grupos, avanzaron por las márgenes del río, cada vez más tumultuoso. A intervalos llamaban: "-¡Ahoy, capitán!"



4. La vorágine de las aguas alzó el cuerpo inanimado. Arboles flotantes formando una confusa balsa retuvieron al bucanero que, de cara al cielo, navegó río abajo. El agua se escurría por sus largos cabellos rubios. Oliverio fue el primero en avistarlo.





5. Con una sólida liana, un corsario se lanzó al río, a fin de rescatar al Cormorán. "-¡Rápido! Antes que la fuerza del agua lo desprenda del árbol -- indicó el Tuerto--. ¿No estará ahogado? -añadió con recelo-. Si es así, ¡ay de los cerdos que escaparon!"





6. Estaba dispuesto a perseguir a los caribes por todo el continente antillano. Pero el Cormorán vivía aún. Se improvisó una litera para trasladarlo al campamento. "-¿Vivirá? -se preguntaban los corsarios, inquietos-. Sin él, estamos perdidos."

### LOS PIRATAS DEL CARIBE



7. Durante ocho días el Cormorán se debatió entre la vida y la muerte. Una quemante fiebre ardía en su cuerpo y en su mente. Oliverio no se apartaba de su lado. Por fin un día la mirada lúcida del capitán bucanero se fijó en el niño, reconociéndolo.





8. El peligro había desaparecido. El campamento respiró, luego de vivir días y noches de inquietud. El Cormorán se restablecía rápidamente. Por fin una mañana sus hombres le vieron estudiar una carta geográfica. La expedición continuaría.

(CONTINUARA)



dos hambrientos a fin de salvar a Tilda.

—El amuleto salvará a nuestra reina
—repetía el sacerdote Amric con su diabólica risa—, ya verás joh hijo de nuestro rey blanco!

El pobre Ciro no tenía la fe del sacerdote de Baal en el amuleto sagrado. Por eso corría tras las fieras que ya habían salido del templo.

Desde allí escuchó el grito de pavor de Ellis y Montgomery. Sonaron varios disparos que ahuyentaron por un instante a los leopardos.

Pero, ¿dónde estaba Tilda Manders? Ciro la había dejado prisionera de Ellis mientras iba en busca de Amric y ahora no la veía. De súbito observó que el avión se ponía en movimiento y que la hélice comenzaba a girar.

-Se llevan a Tilda -exclamó Ciro.

En ese momento uno de los furiosos leopardos dio un salto hacía el avión y su monstruosa cabeza estuvo a dos pulgadas de distancia del cuerpo de Tilda.

RESUMEN: Ciro Manders y Tilda Harvey, acompañados del fiel zulu Imchi, partieron hacia el valle de los misterios en busca de Juan Harvey, el padre de Tilda. Tras muchas aventuras y defendiéndose de su enemigo Enrique Ellis, logran llegar a Pueblo de las Animas. El gran sacerdote Amric, al ver el amuleto que Tilda le presenta, la declara reina, y a Ciro Manders, hijo del rey blanco. Pero de pronto llegan en un aeroplano Enrique Ellis y su cómplice, y hieren al zulú Imchi. Amric abre la jaula de los leopardos para arrojar a Ellis y a Montgomery de su reino.

—Tilda, Tilda —clamaba Ciro.

El muchacho se cogió de la cola del avión y quedó en el aire. Sólo comprendió la locura de su acción, cuando chocó con algo muy duro y quedó sin sentido.

Horas después el muchacho volvió en sí. Abrió los ojos y se encontró en un lóbrego recinto. Con gran esfuerzo se incorporó y volvió la cabeza.

—Tilda —murmuró estupefacto.

La linda rubiecita se acercaba llorosa.

—Ciro, creí que te habían herido de muerte —dijo la niña.

—No temas —replicó Ciro—. ¿Qué ocurrió cuando yo caí del avión? —El aparato chocó en la torre del templo, pero sólo tú quedaste herido.

—Y ahora ¿estamos libres? —interrogó Ciro—. ¿Amric venció a Ellis?

—No —expresó Tilda—. Estamos prisioneros y encerrados en el cuarto de la torre. Ellis venció y se adueñó de la ciudad. Amric se puso de su parte y el zulú Imchi ha muerto.



Tilda estalló en llanto.

-No te desesperes -aconsejó Ciro-. Ambos estamos vivos y lucharemos hasta el final.

Ciro se puso de pie y se acercó a la puerta de la torre.

—Muy maciza para abrirla —suspiró el muchacho—, y la ventana demasiado alta. Mira hacia abajo, Tilda. Ellis y Montgomery ocupan ahora los dos tronos que Amric nos destinaba ayer. Los hombres-fantasmas desfilan ante ellos como reconociendo su soberanía. ¿Cómo ha podido ese par de facinerosos convertir a Amric en un esclavo?

La torre era elevadísima y una evasión por la ventana resultaba imposible.

-No hay escapatoria -dijo Tilda desesperada.

Ciro Manders cogió la mano de Tilda y así permanecieron varias horas sumidos en cruel desolación.

-Alguien viene -dijo de pronto Tilda.

Se abrió la maciza puerta y apareció Enrique Ellis con su larga fusta en la mano.

- —Espero que habrán tenido tiempo para reflexionar, jovencitos —expresó el bandido—. ¿Ustedes saben con qué objeto he venido a la "Ciudad de las Animas"?
- -Sí -respondió Tilda-; ha venido en busca de los diamantes.
- —Sí —asintió Ellis—, he venido en busca de la mina de brillantes que descubrió muchos años atrás el padre de Ciro Manders, También vino tras ella, hace poco tiempo, Juan Harvey, padre de Tilda. Tal vez usted señorita podría ayudarme.

-¿Cómo puedo hacerlo si yo ignoro donde está esa mina? -dijo

Tilda.

- —Amric conoce el secreto —insistió Ellis—, pero sólo se lo revelará a usted. Si desea su libertad y la de su amigo, usted debe comunicármelo y yo le facilitaré la salida del "Valle de los Misterios".
- —No lo haré porque usted es un mal hombre y un traidor —declaró Tilda—. Si Amric me comunica algún secreto, yo sabré guardarlo.
- -Bien, Tilda, así se responde a los forajidos -exclamó Ciro.

Ellis levantó el látigo para castigar a Ciro, pero de súbito otro pensamiento pasó por su mente y dominó su furia.

-Escuchen -expresó el malvado Ellis-, les dejo otro día para reflexionar, y si la señorita Tilda no accede a mi petición mañana

será azotada completamente desnuda en el pórtico del templo. Veremos entonces si el viejo pajarraco de Amric suelta la lengua.

Y al proferir esta amenaza Enrique Ellis cerró la puerta y bajó

de la torre.

Ambos prisioneros se rindieron al cansancio y durmieron parte de la noche.



-Tilda -murmuró de súbito Ciro- diviso una sombra en la ventana. ¿Quién será?

—KANG —gritó Tilda con alegría—, es el mono que me salvó la vida. Es Kang, el rey de los orangutanes. Viene a salvarnos. Kang, colgado de los barrotes, sonreía a la niña querida.

Tilda remeció uno de los fierros indicando a Kang que los arrancara del muro. En un instante quedaron tres barrotes arrancados. Mientras el mono trabajaba, Tilda le acariciaba la cabeza y le hablaba con cariño.

El rey de los monos no se había alejado del templo, como creyó Tilda. Oculto en el techo del templo, había seguido los dramáticos sucesos del día anterior, y al ver a Tilda en la torre decidió libertarla.

Una vez abierta la brecha, Kang cogió en sus brazos a Tilda para bajar con ella de la torre.

-Espera - díjole Tilda, colocando una de las manos del mono en la espalda de Ciro-. Tienes que llevarnos a los dos, Kang.

La idea pareció desagradar a Kang, pero en seguida obedeció al mandato de su adorada niña y dejó que Ciro se colgara de su cuello.

Afirmándose con las dos patas y con una sola mano en el muro, fue bajando los cuarenta metros de altura sin una vacilación y sin el menor tropiezo.

Cuando estaba a cinco metros del suelo, Tilda dejó escapar un grito. Una sombra se movía en el pórtico del templo.

—Hay un espía que se desliza por los claustros —dijo Tilda a su amigo—. Una lanza o un puñal brillaba en la oscuridad.

Kang también había visto al espía y lanzaba un furioso gruñido. Ya estaban al pie de la torre y vieron a un negro que avanzaba cautelosamente.

-El IMCHI -exclamó Tilda.

El zulú blandía su hacha "Relámpago", para defenderse de la embestida del mono.

—Imchi, detente —ordenó Tilda, corriendo a separar a los combatientes.

El gruñido de Kang se trocó en un suave gemido cuando Tilda le cogió la cabeza a dos manos.

—Ciro —suplicó Tilda—, comunica a Imchi lo ocurrido, mientras yo sujeto a Kang.

Poco después Imchi y Kang sellaban su amistad con un apretón de manos.

Con la resurrección de Imchi y la protección de Kang, Tilda y Ciro se sintieron fuertes.

Ciro caminó hasta un extremo del claustro y retornó diciendo:
—Se acercan los hombres-fantasmas. Vienen por docenas y Enrique Ellis les acompaña.

Tilda cogió a Kang de la mano y le indicó que debían huir. Fue una fuga vertiginosa. El mono cargaba a Tilda y a Ciro y el zulú seguía tras ellos.

Resonó el estampido de una bala, que se incrustó en el muro a un metro de distancia de los fugitivos. Por suerte ya llegaban a la muralla que circundaba la "Ciudad de las Animas".

¿Cómo vencerían esa barrera que parecía elevarse hasta las estrellas? Kang arrastraba como muñecos a Tilda y a Ciro.

Sonó otra vez un proyectil y el mono sintió que le chamuscaban la cola.

Enardecido y furioso Kang comenzó a trepar el muro y el zulú Imchi lo siguió con toda la agilidad de su raza.

Llegados a la cumbre de los baluartes, Kang se lanzó de un salto al foso acuático e indicó a los fugitivos que hicieran igual cosa. Tilda se estremeció de espanto, pero no podía detenerse. Juntando sus manitos se tiró de cabeza al agua. Igual cosa hicieron Imchi y Ciro.

Kang volvió a coger a Tilda en sus brazos y corrió con ella por la enmarañada selva.

—Ocúltense —dijo de pronto Ciro—. Los hombres-fantasmas nos buscan desde la cima del muro exterior.

Por suerte los gritos de los perseguidores fueron extinguiéndose y Tilda murmuró:

-Nos hemos salvado, Imchi; cuánto me alegro de que no hayas muerto.

—El chacal no puede matar al león, patroncita —dijo el zulú—. Ese mal hombre me creyó muerto, pero cuando subió al avión yo me escurrí entre los árboles y allí permanecí agazapado hasta que les vi prisioneros en la torre.

-Kang nos salvó -dijo Tilda acariciando tiernamente al celoso

rey de los monos.

De súbito pasó silbando muy cerca de los fugitivos una flecha, que fue a incrustarse en un árbol cercano.

—Hay un papel en esa flecha —exclamó Tilda—. Alguien nos envía un mensaje.

(CONTINUARA)

## Ponchilo











I OIGA AMIGO, ¿ PODRIA



### por nato









dían apoderarse de un te soro que Francisco Maine ocultaba en la isla.

Lisa Maine condujo a Alberto a presencia de su padre. El inválido, tendiendo al joven su enflaquecida mano, declaró:

-Debo disculparme, Brice. Marco Survil nos convenció de que usted era un forajido.

Brice dijo:

—Las sospechas de Dan resultaron ciertas, entonces. El suponía que Survil me indispuso con ustedes.

Por un instante guardaron silencio.



—¿Por qué no había venido antes, teniente? — preguntó Maine.

—Estaba prisionero a bordo.

Explicó en seguida cómo Dan y Sammy lo habían libertado, porque era el único capaz de conducir el barco.

—No desean quedarse aquí anclados para siempre o naufragar por una mala maniobra.

-Comprendo -asintió

Maine—. Bien, ya no hay un malentendido entre nosotros. Confío en usted y le agradezco su discreción respecto a las cajas que yo creía tan bien ocultas y que usted encontró. Me imagino que se sorprendería al ver su contenido.

No las he abierto.

Los azules ojos de Lisa se dilataron de asombro. Luego reveló con voz cautelosa:

-Las Ilenamos de . . .

—No me interesa, Lisa —interrumpió Brice—. Que yo sepa en qué consiste el tesoro, no cambia mis planes. Rigal y Survil están decididos a llevar a bordo esos cofres de oro, perlas o lo que sea.

-Cuando conozcan mi secreto, no vacilarán en eliminarme a mí

y a mi hija —indicó el anciano.

Ese és el peligro número dos. Cuando se presente, veremos en qué forma lo afrontaremos. Ahora tenemos que pensar en el peligro número uno.

-¿Cuál es?

—Que se vea obligado a confesar. Antes que llegue ese momento, es preciso retirar de su escondite una de las cajas.

La mirada de Francisco Maine se iluminó. Después, con expresión de abatimiento, señaló:

Es una buena idea, pero..., ¿cómo ejecutarla? No podemos abandonar la casa. ¿Olvida que estamos vigilados?

—Por cierto que no. Sé perfectamente que debo salir de esta casa cuando





mi amigo Dan distraiga a los centinelas con sus convincentes puños o con palabras capaces de hacer perder la paciencia de un santo.

-; Entonces?

-Esa faena está realizada ya, señor Maine. Dan y yo sacamos una caja, para esconderla entre las rocas.

—¡Magnífico! —aplaudió Lisa—. Alberto, nunca debí dudar de usted. No sé por qué creí en las insidiosas acusaciones de Marco Survil.

-Olvide a ese desagradable personaje.

Luego de dirigir una rápida mirada a su reloj, observó:

—Dan debe estar próximo a entrar en acción. No se alarme si oye maldiciones o rumor de batalla. Dan exagerará, a fin de que el tumulto sea bastante ruidoso.

—Tenga cuidado al salir, Alberto. Si lo llevaran prisionero otra

-Sammy y Dan me libertarían.

Sonreía, pero, al advertir la palidez de Lisa, prometió:

—Seré prudente. No por mí, sino por usted y su padre. Una vaga sonrisa pasó por los incoloros labios de Maine.

—Hijo mío —murmuró—, preocúpese más de mi hija que de mí. Lunga también necesita su protección.

En ese instante se oyeron en el exterior unas voces que subían de tono.

-Es Dan -susurró Brice-. Empezó a torear al guardia.





Lunga acudió corriendo:

—¡Señor! —dijo a Maine—. Los hombres malos del barco... Están ahí, furiosos.

—Vete a la cocina y quédate tranquila —dijo Francisco Maine—. Nada ocurrirá.

Lunga miró extrañada a Álberto Brice. La presencia del joven pareció tranquilizarla. Sin añadir otra palabra, desapareció.

Resonó un seco golpe y Dan vociferó:

-Este es un aletazo de tiburón. ¡Contéstalo! Defiéndete, cobarde.



(CONTINUARA)

### Correspondencia

ROSA ALCAYAGA.— Es una entusiasta lectora de esta gran revista, que cada día tiene más admiradores. Gracias por sus elogios. Se le enviarán sus cupones.

C. A. CORTES, de Coquimbo.— Envie su nombre completo y reclame al agente de Empresa Zig-Zag, en ese puerto, si no le reserva el "SIM-

BAD", porque se agota.

GRACIELA MARTINEZ, de Hualqui.— Lea las instrucciones sobre concursos y sorteos en la penúltima página de "SIMBAD", y si ve premiado el número que posee, lo envía a Casilla 84-D, Santiago, y se le remitirá el premio.

ANA LUISA ÂGUILERA, de Angol.— Envie todos los cupones que tiene en una sola carta y le enviaremos los boletos para el sorteo. La felicito por su constancia y amor a "SIMBAD".

JUAN VIELMA, Temuco.— Si obtiene algún premio, tiene que reclamarlo; en seguida se le enviará por correo.

JULIA MUÑOZ NAVARRETE, de Vicuña.— En todos los ejemplares de "SIMBAD" van las instrucciones para el canje de cupones. Léalas atentamente.

ROXANE.

Los colegiales prefieren LA
PARA SUS COMPRAS.



## CONCUIS CONCUIS



Todas las semanas, durante las vacaciones, sortearemos muchos y valiosos premios en dinero, libros, subscripciones trimestrales a "SIMBAD" y otros objetos entre los lectores que envien soluciones exactas al certamen CUAL ES EL LIBRO MAS LEIDO EN EL MUNDO?

¿El Quijote, La Biblia o Los Tres Mosqueteros?

Envía tu solución con el cupón respectivo a revista "SIMBAD", casilla 84-D, Santiago. SOLUCION A "SIMBAD" 378: MANUEL RO-

DRIGUEZ FUE CA DE TILTIL

### ASESINADO CER- ¿Cual es la respuesta?

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: CON CJEN PESOS: Margot Rubio Lobos, La Unión; Inge Maurer, Santiago; María Cristina Olivares O., Santiago; Alejandro Kraugmé, Santiago; Rosa Maria Quintrel, Santiago; Yolanda Arriagada G., Talcahuano; Jaime Mosciotti, Concepción: Elena Catalán, Santa Cruz; María Avalos, Collipulli; Juan Jorge Faúndez M., Temuco. SUBSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Patricio Roa Vera, Renaico; Bernarda Sánchez, Santiago; Mario Hugo Vera Ruiz, Victoria; Gladys Corvalán, San Bernardo; Lucía Irene Davis Urzúa, Santiago; Jorge Gatica, San Alfonso, UN LIBRO: Hugo Yáñez Avila, Putagán; Luz María Aravena, Santiago; Ricardo Benavente, Cauquenes; Lichita Ruiz de Loyzaga, Temuco; Patricio Pardo, Chimbarongo: Claudio Correa, Talca: Aristides Ibáñez, Linares; Carlos Godoy, Santiago; Carmen Larrondo, San Felipe; Laurita, Raab Ahumada, Valparaiso,



Los niños de Santiago pueden retirar sus premios diariamente de 10 a 13 horas, en Avenida Santa Maria N.º 076, 2.º piso. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

## las aventuras de 🖫 Tony





3. Al quedar solo, Romilio empezó a dudar. "—¿Habré soñado?—decía—. Juraría que lo oi. A ver, perrito, dime, ¿cuál es tu nombre?" El extraordinario can respondió: "—No estás muy bien de la mollera, ¿verdad? Olvidas que ya te dije que me llamo Tony". Romilio gimió: "—¿Y por qué hablas sólo conmigo?"





4. "—Porque soy como el mulo Francisquito. Sólo hablo con una persona y he decidido que esa persona seas tú", explicó Tony. "—Gracias —balbuceó Romilio—. Es un gran honor..., pero no me servirá para salvar el circo. ¿Por qué me sucederán estas desgracias a mí? Podías haber tenido éxito fantástico."

(CONTINUARA)

## pelusata

### POR NATO















## las aventuras de 🖫 Tony

CAPITULO III.—UN ARTISTA DIFICIL DE CONVENCER





1. Tony, el perro que habla, dijo al empresario del circo: "—Sólo hablo con usted, patrón. A los demás les ladraré, como debe hacerlo todo buen perro". Romilio Palma exclamó: "—¡Qué penal Yo pensaba ganar una fortuna contigo". Tony lo interrumpió: "—Basta de charlas, patrón. Tengo un hambre que ya me elevo".





2. "—¿Porque tienes hambre le mordiste la cola al león?" Tony contestó: "—Por supuesto. Y ya que me voy a quedar en el circo, ¿por qué no me invita a comer?" Palma lo guió entonces hacia su carromato, mientras pensaba: "Tal vez lo convenza para que hable en público. Le daré una buena comida".

(Continúa en la penúltima página.)



CAPITULO XXII —El solitario del Valle del Paraíso.

A pesar del radiante sol, había una tenebrosa obscuridad en la enmarañada selva.

-Por aquí, Bobbie -dijo el minero, apartando las ramas que cubrían la entrada a un túnel.

Caminaron en silencio algunos metros y llegaron a un claro, en cuyo centro había una especie de ascensor, sujeto por cables.

—¡Qué admirable, tío! —exclamó, entusiasmada, Bobbie—. Me muero de ganas de explorar aquella gruta encantada —agregó, mirando hacia abajo.

—Tiempo tendrás. Vamos ahora a traer las provisiones.

En el colmo de la exaltación, Bobbie ayudó a Daniel a descargar los caballos, y juntos hicieron varios viajes a través del obscuro pasaje. Daniel descendía por el ascensor, y Bobbie le mandaba los paquetes. Por último, bajó Bobbie.

Año VIII - 19-XII-1956 - N.º 381
Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).
Subscripción anual: \$ 1.480, Semestral: \$ 760.
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.
Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.
Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros
países: US\$ 5,20.



En el fondo se encontró la niña en una gruta natural; un túnel cruzaba la montaña. La obscuridad no le permitía ver más.

—Tengo buena provisión de velas —declaró Daniel—. He pasado muchas horas en esta cueva, y no creas que faltan comodidades. En efecto, había allí ponchos, pieles, armarios llenos de latas de conservas y útiles de cocina.

Lobito, después de husmear todo, resolvió echarse sobre un montón de pieles.

—Bien, Lobito —dijo el minero—. Eso es lo que nosotros también debemos hacer. Un buen descanso antes de continuar la exploración.

Bobbie preparó una frugal comida y se declaró, al poco rato, lista

para ir a ver el oro en bruto.

Los exploradores, seguidos de Lobito, recorrieron el largo túnel, torciendo ya a la derecha, ya a la izquierda, pero siempre ascendiendo.

Por fin, Daniel se detuvo en un recodo y mostró a Bobbie una abertura estrecha.

Pasaremos por aquí —dijo—. Este es mi descubrimiento. El nuevo túnel, más estrecho y de una gradiente superior al primero, terminó en un hacinamiento de roca.

—Ahí está, hijita. Ese es el oro en bruto —exclamó, jadeante, Da niel—. Aquí cada golpe de la picota echa abajo una fortuna. ¿Qué

te parece?

—Tío —exclamó, extasiada, la niña—. ¡Nunca soñé tal maravilla! —Todo es tuyo y mío, hijita —murmuró el minero—. Pero cuesta trabajo.

-Yo te ayudaré a cavar. ¿Cuándo principiamos? Yo estoy lista.

—Cuándo quieras —respondió, riendo, Daniel—. Déjame clavar los candelabros. Así verás lo que haces.

La esforzada hija de Joven Búfalo cogió la picota y empezó a golpear la roca cuajada de oro. Daniel la contemplaba extasiado. Tomó él otra herramienta y emprendió también el trabajo. Pero fue él quien hubo de dar la señal de descanso.

Al día siguiente, de mañana, volvieron a su tarea.

Bobbie trabajaba con mayores bríos. De pronto, al dar un fuerte golpe, cedió la roca y la niña cayó de bruces.

Un enorme foco de luz penetró en la caverna.

-Bobbie, ¿qué te has hecho? -gritó Daniel-. ¿Te has lastimado? La voz angustiada de Daniel hizo volver de su estupor a Bobbie,

y se levantó.

—¿Te has abierto paso hacia los antípodas, Bobbie? —exclamó Daniel, cegado por el res-

plandor.

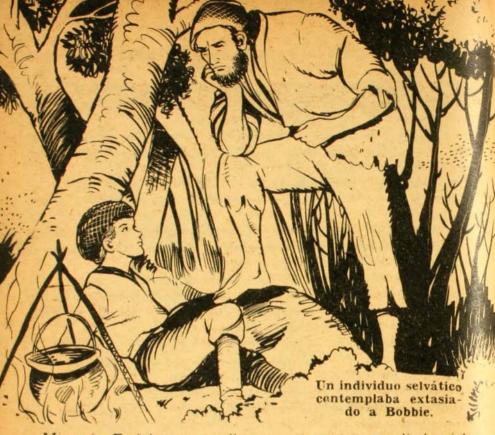
-Así parece, tío -re-

plicó la niña.

Ambos pasaron por el agujero y se encontraron en un sitio lleno de vegetación.

—Este descubrimiento cambiará nuestra existencia —declaró, entusiasmado, el minero.





-Mira, tío. Esté hermoso valle, con sus vertientes y lindos árboles, está encerrado. Observa los altos picachos que le rodean.

—El Valle del Paraíso —apoyó Daniel—. Podremos encender lumbre y vivir a nuestras anchas. Trasladaremos acá el campamento.

Felices de respirar aire puro, Daniel y Bobbie se acomodaron en el Valle del Paraíso, y envueltos en pieles, pasaron allí la noche. Al amanecer, Bobbie despertó sobresaltada; extraños sueños la habían puesto nerviosa. Abrió los ojos y contempló el cielo débilmente iluminado. Un ligero ruido la hizo volver el rostro, y se quedó petrificada.

Arrodillado, junto a ella, mirándola intensamente, estaba un hom-

bre de cabellos desgreñados y vestiduras harapientas. Bobbie se irguió y dejó escapar un grito. El hombre intentó escapar, pero Lobito le sujetó dando un gruñido.

- -¿Quién es usted? —balbuceó Bobbie, incorporándose a mirar la extraña aparición—. ¿Quién es usted? —repitió la niña, amonestando a Lobito—. No tema; acérquese al fuego. Parece que tiene frío.
- —¿Con quién hablas? —preguntó Daniel, despertando. —Y al ver al desconocido lanzó una exclamación de sorpresa—. Forastero dijo—. Disculpe. Me ha tomado de sorpresa. ¿De dónde es usted? —Hace 15 años que no escucho más voz que la mía —murmuró el aparecido—; pero esa voz creo conocerla, es una voz del pasado.

-Y a mí usted me recuerda a alguien. Acérquese al fuego.

A la luz de la llama, ambos se miraron.

-Inútil. Dígame usted quién es -rogó Daniel.

—No me vuelve la memoria, a pesar de que presiento en usted una persona amiga. Yo me llamo Toro. En un tiempo fui conocido con el nombre de Joven Búfalo...

Bobbie se puso de pie. Pero, a una señal de Daniel, contuvo su

emoción.

-¿Cómo se encuentra usted aquí?

- —Los indios asaltaron mi rancho y me robaron lo que más quería en el mundo: mi esposa y mi hija. ¡Mi hijita, a quien nunca volveré a ver!
- -¡Padre! -exclamó Bobbie, sin poder contenerse ya.

Joven Búfalo miró a Bobbie, sin atreverse a tocarla. Sus miradas se fijaron intensamente en Daniel; sus pupilas se dilataron, la emoción le impedía hablar.

-Tú eres Daniel Dracke -dijo por fin-. Nos encontramos muchas veces en las selvas, cuando tú eras cazador de fieras. Y este

muchacho. ¿es hijo tuyo?

-Es tu hija, Roberta, a quien robé a Aguila Negra. La he vestido de hombre a fin de ocultarla a su venganza.

(CONTINUARA)

PARA SUS COMPRAS los colegiales prefieren LA





# BUFALO BILL



1. Saco de Grasa se alejó del campamento para cazar un coyote. De pronto avistó una silenciosa caravana de kiowas. "-iPor Manitú! - pensó el explorador -. Son cazadores de cabelleras. Tengo que avisar a Búfalo Bill. Ellos lanzaron el aullido de coyote."





2. Una flecha pauni despertó por completo a Búfalo Bill y a sus hombres. "-Es la señal de Saco de Grasa -gritó Búfalo Bill-. Nos atacan. Allá veo a nuestro amigo pauní, batallando contra los asaltantes." Decididos, los guerreros blancos entraron en combate.

CAPITULO XIV. ERBAS MAGICAS



3. Una emplumada lanza de guerra surcó el aire en dirección a Búfalo Bill. Este, esquivándola, se lanzó a las piernas de su adversario. "-¿Creían sorprendernos dormidos? -sonrió el explorador-. Esta vez falló la caza de cabelleras. Y te daré una lección."



4. Haciendo girar el enorme cuerpo del indio, lo lanzó contra los kiowas cercanos. Se formó una espantosa confusión, en la cual se oían aullidos, gritos y voces temerosas, que susurraban: "-¡Es Pa-E-Has-Ka, el brujo blanco!" El profesor Myfin oyó esa frase.

# BUFALO BILL





5. "¿Brujo blanco? - repitió, mientras los demás hombres luchaban a brazo partido-. ¿Le habré dado, sin saber, alguna yerba mágica?" Palleti, Ray y Charlie repartían contundentes golpes. Mufin pensó: "A éstos no les hace falta ninguna brujería".





6. Mientras los kiowas huían, Saco de Grasa suspiró: "-Abandoné el campamento, pensando hallar un sabroso coyote, y sólo encontré a estos apestados kiowas. ¡Ay! No veo de hambre". Charlie gruñó: "-Daría mi reloj de oro por un pedazo de pan".





7. Tres días más tarde, Mufin miraba desanimado su ración de vegetales. Búfalo Bill observó: "-Este régimen no le conviene, profesor. Tampoco a mí. Saco de Grasa y los otros parecen satisfechos. ¿Por qué? Hasta un conejo estaría triste con estas yerbas".





8. Mufin y Búfalo Bill se veían pálidos y demacrados por el hambre. Al sexto día, el profesor cayó de la montura. Lo ayudaron a subir al caballo. Con voz desfallecida, reconoció: "-Mi experimento ha fracasado". Búfalo Bill repuso: "-Quizás no. Mire a ésos". (CONTINUARA)

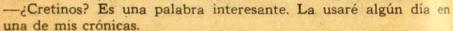
EL LADRON INVISIBLE

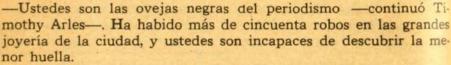
CAPITULO I. — ¿Un fantasma?

El director del diario "Los Tiempos" bramaba como un toro furioso:

-Esta no es una sala de redacción -gritaba-. Es un corral de cretinos.

Los reporteros no se turbaron. Camila dijo suavemente:





—La policía tampoco —indicó Martín, aspirando el humo de su pipa. Le llamaban "Tabaco", porque siempre estaba fumando pipa, fragantes cigarrillos o gruesos puros.

—A mí la policía me importa un rábano —contestó el iracundo Timothy—. No soy director de una comisaría, sino de un periódico. Nuestro deber es informar a los lectores. Ustedes deben saberlo todo.

—Pero, en este caso, ¿qué podemos hacer si no hay indicio alguno?
—dijo la rubia Mimí.

-¿Qué pueden hacer? - rugió el director -. ¿También quieren que yo les enseñe su oficio?

Alzó los brazos al cielo. Quizás por qué inexplicable razón, este gesto le devolvió la calma. Apoyando sus manos en la mesa, habló con voz tranquila y persuasiva:

—Muchachos y jovencitas, hagan guardia frente a las joyerías. Interroguen a los sospechosos. Aplanen las calles con sus pies, en largos paseos. En resumen..., ¡muévanse, por los mil diablos!



La parsimoniosa calma del director no había sido muy duradera. Los periodistas suspiraron, resignados.

El gordo Rogelio, estudiando unos recortes y notas, puntualizó:

—Todo cuanto intentemos ha sido ya probado inútilmente. Los investigadores sólo consiguieron darse de cabe-



zazos contra un muro infranqueable. Los sabuesos se han mellado los dientes. Conclusión: el delincuente que nos preocupa es un fantasma.

Mimí agregó, pensativa:

-Un fantasma o un hombre invisible.

—¿Y por qué no un marciano? —dijo Timothy, con expresión cansada—. Los obligué a pensar, y éste es el resultado: fatigaron tanto su cerebro, que sólo dicen tonterías. Hagamos un convenio: sea fantasma, hombre invisible, o marciano, salgan a cazarlo. O, por lo menos, traigan una fotografía de él. ¿Qué pasa con sus máquinas Leicas? ¿Tampoco funcionan, igual que sus vacías cabezas?

El reportero gráfico, Jaime Flash, dijo:



—Mi lente captará un fantasma y también un marciano, pero un hombre invisible... es problema.

—Basta de estupideces. Camila, Flash, háganse cargo de este asunto y presenten su informe en la próxima reunión. Les doy carta blanca para actuar.

—A su orden, jefe —respondió Camila, saludando con la rigidez de un militar.



### Mimi susurro:

-Estás en un apuro, Camilita. Si no consigues noticias del ladrón, tendrás que oir los aullidos de Timothy.

—Nos dio carta blanca y yo le traeré una foto en blanco —sonrió Flash—. Animo, Camila. Tal vez alguien de buena voluntad nos presente al ladrón y un golpe de mi magnesio grabará su imagen para la primera página de "Los Tiempos".

—Si antes un golpe de él no te graba en la cara un ojo negro —advirtió Rogelio.

Esa tarde, Camila y Jaime Flash recorrían las calles observando a los transeúntes.





—Nos conviene entrar a un restaurante y dar una ojeada a los parroquianos —indicó Flash.

-Hemos perdido la tarde -se lamentó Camila.

-No, señorita -repuso él-. Aquí cenaremos. He invitado a un amigo.

El invitado era el inspector Pipard. Hizo una entrada dramática. Deteniéndose ante los periodistas, exclamó:

-¡Ah, la tragedia me tiene en sus garras!

-¿Qué te sucedió, viejo? ¿Has pescado la fiebre alfombrilla?

-¡Peor que eso! Tendré que presentar mi renuncia si antes de ocho horas no arresto al tipo que roba diamantes.

Tendré que presentar mi renuncia —dijo Pipard, con voz
trágica.







1. Tim y Tam recibieron de regalo de Pascua una linda pelota. Jugaban felices, cuando el capitán Escotilla los despidió suavemente a patadas. "-Tengo sueño", gruñó el capitán. Los mellizos murmuraron: "-No durmió anoche esperando al Viejito Pascual."





2. "-El grandote creía que le iban a traer juguetes -dijo Tam-. Pero se portó mal. En cambio, nosotros somos buenitos. ¿Ayudemos al capitán a dormir? Dijo mamá que si contaba ovejas, se dormiría. Llevémosle un rebaño." Tim contestó: "-¡Yatá!"





3. Atrayéndolas con flores y sal, Tim y Tam llevaron las ovejas hasta el dormitorio. Con los ojos cerrados, Escotilla contaba: "-Una ovejita..., dos ovejitas..., tres ovejitas... Oh, son un poco pesadas y balan muy fuerte. Me van a despertar."





4. Abrió los ojos y vio que las ovejas eran demasiado reales. Saltaban sobre su cama y se dedicaban a comer trébol y a lamer sal. Los mellizos gritaron: "-El Viejito de Pascua le trajo ovejas, capitán. Si se porta bien, el próximo año le traerá vacas."

Esé río nos llevara hacia el mar





1. El Cormorán había recobrado sus fuerzas y su mente alerta. Dio la orden de continuar el viaje por el río. Cada cierto tiempo, los corsarios acampaban en una isla. "-¿Cuándo avistaremos el mar?", decían con nostalgia. Desconfiaban de la tierra.



2. La selva les parecía hostil. En ella se emboscaban indios y fieras. Soñaban con el mar abierto y el rumor de las olas. Sólo el Cormorán mostraba una expresión impasible. Estaba decidido a cruzar el continente y con su actitud inspiraba confianza y valor.

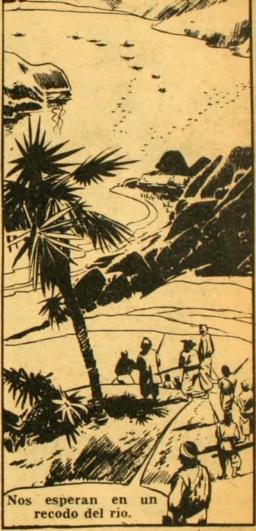
# LOS PIRATAS OEL CARIBE

CAPITULO IX EMBOSCADA



3. Un explorador de avanzada retrocedió un día para anunciar: "¡Los españoles! Están emboscados a dos millas de aqui. Les acompañan los indios oyampi."





4. El Cormorán se adelantó con cincuenta bucaneros, para situarse a la retaguardia del enemigo. Desde una colina avistaron el campamento. Por el río desembocaron las primeras embarcaciones corsarias, como si ignoraran el acecho.





5. Los españoles, que creían en una fácil victoria, lanzaron la primera andanada. Como un cercano eco, estalló una descarga a sus espaldas. Desde las canoas rugieron también los mosquetes. La selva se estremeció con el estallido de las armas.





6. Los corsarios desembarcaron y se libró entonces una lucha formidable. Estocadas y mandobles sembraban la confusión y la muerte. Los españoles, superiores en número, lograron sobreponerse al contraataque, obligando a los filibusteros a replegarse.

# LOS PIRATAS DEL CARIBE



7. Pero aún quedaba a los bucaneros una carta de triunfo. Bajando de las rocas altas, cual un incontenible alud, el Cormorán y sus cincuenta valientes cayeron sobre los españoles, que huyeron. Los corsarios podían cantar victoria y la celebraron ruidosamente,





8. El Cormorán había abatido con un magistral golpe de espada a un oficial de Su Católica Majestad. Temblando de ira, el vencido rugió: "-¡Maldito perro pirata! No tardarás en pender de una horca, con dos palmos de lengua afuera. Tú y tu ralea de sarnosos". (CONTINUARA)



La flecha incrustada en el árbol, donde se situaban los fugitivos, manifestaba que la persecución de Enrique Ellis no había terminado.

—Hay un papel en esa flecha —indicó Tilda.

Pero ya el rey de los monos había agarrado la flecha y la partía en varios trozos, disponiéndose a lanzarla a los cuatro vientos. Ciro se apresuró a recoger el destrozado mensaje que leyó a la luz de la luna.

-No lo entiendo -declaró Ciro-. Faltan algunas palabras.

Escuchen ustedes..., prisionero..., ayuda pronta..., desesperado...

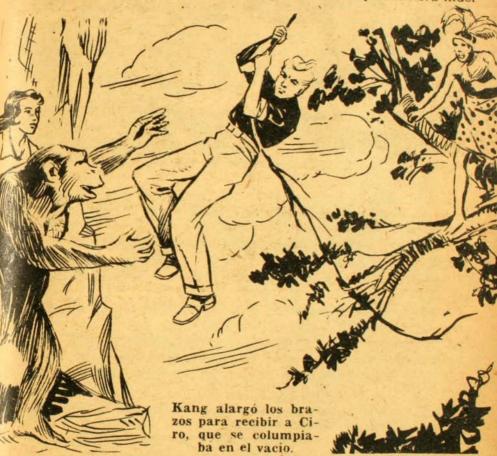
RESUMEN: Ciro Manders y Tilda Harvey, acompañados del fiel zulú Imchi, partieron hacia el valle de los misterios en busca de Juan Harvey, el padre de Tilda. Tras muchas aventuras y defendiéndose de su enemigo Enrique Ellis, logran llegar a Pueblo de las Animas. El gran sacerdote Amric, al ver el amuleto que Tilda le presenta, la declara reina, y a Ciro Manders, hijo del Rey Blanco. Pero de pronto llegan en un aeroplano Enrique Ellis y su cómplice, y hieren al zulú Imchi. Amric abre la jaula de los leopardos para arrojar a Ellis y a Montgómery de su reino. Ellis pretende huir en su avión, ilevándose prisionera a Tilda. Ciro se suspende de la cola del avión y cae herido. Cuando recobra los sentidos, se encuentra prisionero en un cuarto de la torre, y divisa a Tilda, también prisionera. El mono Kang liberta a ambos niños, y, al huir, se encuentran con el zulú Imchi resucitado. Ya en plena selva, una mano secreta lanza una flecha contra un árbol...

-Faltan pedazos -dijo Tilda-. Aquí dice: "enfermo y no pue-

—El señor Harvey está prisionero —indicó Ciro—, y solicita auxilio. No puede huir porque está enfermo. ¿No es así?

-Mi pobre papacito enfermo -murmuró Tilda.

-No te aflijas -indicó Ciro-, antes temíamos que hubiera muer-



to. Sabemos que vive y lo buscaremos. Ahora introduzcámonos en la selva y mañana intentaré volver allá.

—Voy en busca de Kang y él nos encontrará un refugio seguro —declaró Tilda.

El rey de los monos pareció comprender el mandato de la niña, a quien levantó y colocó sobre sus hombros, corriendo en seguida por entre los matorrales tan velozmente que Ciro e Imchi apenas podían alcanzarle.

Kang condujo a los fugitivos hacia la guarida de los orangutanes. Cuando apuntaba el alba se encontraron al pie de la alta montaña que días anteriores había bajado Kang con Tilda en sus brazos para entrar en la "Ciudad de las Animas".

-¿Cómo subiremos a la cumbre? - preguntó Ciro a Tilda.

-Kang nos señalará el camino -respondió la niña.

El gigantesco simio subió a la copa de un inmenso árbol y, siempre con Tilda sobre sus hombros, se colgó de una liana, le dió un poderoso vaivén y pasó al otro lado del precipicio, cual si hubiera saltado un vulgar columpio.

Afirmado en la roca, Kang indicó a Imchi y Ciro que le siguieran. Ciro se estremeció al pensar que debía colgarse de la liana con

peligro de caer al abismo.

-Vaya, amito -dijole Imchi-, y si no puede llegar al otro lado,

vo estaré aquí para recibirle.

Ciro comenzó a balancearse en el aire, pero cada vez que llegaba junto al grupo formado por Kang y Tilda, no se atrevía a soltarse v reanudaba el vaivén.

El inteligente mono optó por tender los brazos al muchacho y así pudo dejarlo junto a Tilda.

El zulú Imchi se colgó en seguida de la liana y también llegó a la госа.

-Estamos salvados -declaró Tilda-. Los monos son mis amigos

y estarán contentos con nuestra llegada.

En efecto, el enjambre de gorilas lanzó gritos de júbilo al divisar a la que ellos aclamaron como su reina. Trajéronle frutas, nueces y cocos, y Tilda entró en la caverna que le había servido de dormitorio en días anteriores.

-Ahora podremos conversar un rato y decidir qué haremos para salvar a mi padre -indicó Tilda.

-Durmamos primero -suplicó Ciro-; me rinde el cansancio.

Kang, que era muy celoso, señaló a Ciro y a Imchi, una caverna contigua a la de Tilda, y una vez que se hubieron acomodado en ella, el fiel rey de los monos montó guardia junto a su adorada reina.

Al mediodía los tres fugitivos se encontraban como en su casa en medio de los gorilas.

-Ciro -dijo Tilda-, aquí tengo los anteojos de larga vista de

papá. Con ellos podemos ver lo que ocurre en la "Ciudad de las Animas", pues fue desde aquí que te divisé cuando ibas prisionero de los hombres-fantasmas.

La ciudad parecía tranquila y nada importante observó Ciro. Por fin, al tercer día de observación con el catalejo, Ciro divisó una luz que era como un luminoso reflector que salía de la torre donde les tuvo encerrados el pérfido Enrique Ellis.



—Son señales —indico Ciro—. Están enviándonos un mensaje por el código Morse.

Los reflectores se encendían y apagaban rápidamente.

-S. O. S.

-Papá nos llama -murmuró Tilda.

El reflector señaló por segunda vez la llamada de auxilio.

—Sin duda es el señor Harvey quién nos llama —dijo Ciro.

-¿Qué podemos hacer? -inquirió Tilda.

—Podríamos ir a la "Ciudad de las Animas" esta noche —respondió Ciro—. El mensaje viene de la torre y es posible que tu padre esté prisionero allí.

-Iremos todos -declaró Tilda.

-No -dijo Ciro-; tú te quedarás aquí y el zulú Imchi te acompañará.

-No puedes ir solo -protestó Tilda.

—Me acompañará Kang —expresó Ciro—. ¿No es verdad que tú me acompañarás a la torre, amigo Kang?

El rey de los monos se aproximó a Ciro y colocó una de sus manos

en el hombro del joven.

—Kang irá conmigo al "Valle de los Misterios" —exclamó gozoso Ciro—. Tilda, te juro que volveré con tu padre. Esta noche será la gran batalla con el malvado Ellis.

Ciro trepó a la espalda de Kang y ambos partieron a la "ciudad de las Animas". Era entrada la noche cuando degaron al pie de los altos muros. Allí aguardaron agazapados hasta que dominó el silencio en la ciudad.

Con la inteligencia de un ser humano, Kang obedecía las indicaciones de Ciro y hasta se diría que comprendía su lenguaje.

-Ahora vamos a trepar hasta la torre, amigo Kang -ordenó Ci-

ro, cuando traspasaron los muros de la fortaleza.

—¿Me entiendes, Kang? —prosiguió Ciro Manders—. Iremos al mismo cuarto donde Tilda y yo estuvimos prisioneros. En ese cuarto que quedó con los barrotes destrozados.

-Brum, brum, brum -respondió el rey de los monos.

Kang tomó la mano de Ciro y corrió hasta el pie de la torre; allí enlazó al muchacho y trepó ágilmente la muralla hasta que llegó a la ventanilla de los barrotes destruidos.

Ciro se aproximó con sigilo y preguntó:

-¿Hay alguien ahí?

Un gemido respondió a su llamado.

Dejando a Kang colgado de la ventanilla, el muchacho saltó al interior del aposento, y al divisar una silueta en la obscuridad, preguntó:

-¿Dónde está ssted, señor Harvey?

Al punto se encendió una luz, que enfocó su rostro.

—Ha venido usted, lo felicito —dijo la antipática voz de Claudio Montgomery, el cómplice de Enrique Ellis—. No avance... Le tengo bajo mi revólver.

-¿Usted envió el mensaje? - preguntó despavorido Ciro.

—Sí, jovencito ingenuo —replicó el cínico Montgomery—. Le felicito por lo bien que comprendió el mensaje.

-Maldito gringo -vociferó Ciro.

—Cuando vi el reflejo de los anteojos de larga vista en la montaña, le dije a mi amigo Ellis: "Allá están los zorzalitos...", y les envié ese S.O.S. ¿Buena idea, verdad?

-Fue una trampa -protestó Ciro.

-Enrique Ellis deseaba conferenciar con ustedes -indicó Montgomery.

Y el malvado individuo señalaba la figura de Ellis tendido en el

suelo.

—Ha venido usted —dijo Ellis, incorporándoşe rápidamente—. ¡Qué éxito, Claudio!

De la ventana surgió un rugido. Kang reconoció a su enemigo Ellis y, ya se disponía a saltar a la estancia, cuando sonó un disparo. El rey de los monos lanzó un quejido y desapareció de la ven-

tana.

La furia de Ciro Manders fue inmensa. Sin medir el peligro dio una feroz bofetada al mentón de Montgomery, obligándose a soltar el revólver. Pero ya acudía Ellis en auxilio de su cómplice. Con saña diabólica golpeó a Ciro en la cabeza y le dejó aturdido.

Entretanto había llegado el día y Tilda esperaba ansiosamente el regreso de Ciro y Kang. Por cierto que ni ella ni Imchi habían dormido esa noche.

—Imchi —decía Tilda—, ¿qué habrá ocurrido en el "Valle de los Misterios"? ¿Crees tú que salvarán a mi papacito?

-Nada tema, patroncita -respondía Imchi-; pronto llegarán con el amo.

—Tengo una terrible angustia —balbuceó Tilda—. Ciro se ha expuesto a un peligro inmenso...

Sus palabras quedaron en suspenso con la llegada de Kang sangrante y con un brazo herido.

-¿Vienes solo, mi pobre Kang? -interrogó la niña.

El rey de los monos se tendió jadeante a sus pies y en sus ojos había lágrimas de dolor.

-Imchi, trae agua pronto; Kang se muere -murmuró aterrada

la hija de Juan Harvey.

(CONTINUARA)

## Ponchilo













### Por nato

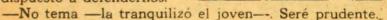






CAPITULO XIII. –
Desembarco al amane
cer.

El teniente Alberto Brice esperaba en el interior de la casa isleña que su amigo Dan distrajera a los centinelas. Lisa Maine repitió:
—Al salir, tenga cuidado, Alberto. Esos malvados no vacilarían en atacarlo, si sospechan que usted está dispuesto a defendernos.



—Afuera siguen discutiendo, cada vez con más furor —indicó Francisco Maine—. Su amigo Dan es muy intrépido.

Una tercera voz se unió al tumulto y resonaron golpes violentos.

-Esa es la señal para partir -dijo Brice-. Espero que Dan no resulte muy averiado.

-- Cree que los guardias no lo verán? -- murmuró Lisa, inquieta.





Están muy ocupados. Y de todas maneras, debo arriesgarme. Si no me decido pronto, quizás después sea imposible salir. Adiós, Lisa. Quede tranquila.

Saltó por la ventana. Ella lo vio alejarse, hasta que su ágil silueta se perdió en la selva.

Luego de dar un largo rodeo, Brice se reunió en la costa con los marineros del "Estrella Errante". Dan se adelantó y,

guiñándole un ojo, preguntó:

-¿Exploró las rocas del norte, teniente?



Ella vio alejarse a Brice,

—Sí, Dan. La excursión resultó inútil. En vez de tesoros ocultos, sólo descubrí mariscos. Probé algunos, para no morir de hambre. Espero que Sammy tenga una buena comida a bordo.

Los demás hombres oían el diálogo, sin sospechar que se trataba de un ardid.

Brice preguntó, distraido:

-¿Y tú, Dan? ¿Qué novedades cuentas?

—Nada. Mientras lo esperábamos, creo que bebí más ron del conveniente y tuve un altercado con los guardias de la casa. Pero la sangre no llegó al río.

Acompañó sus palabras con una sonora carcajada. Uno de los tripulantes observó:

—Tuvimos que intérvenir nosotros. Dan desafiaba a Pedro y a Gisbert. Les lanzaba golpes



diciendo que eran aletazos de tiburón. No nos faltaban deseos de ver la pelea, pero el capitán nos dió orden de estar en silencio para no revelar nuestra presencia en la isla. No quiere asustar al viejo.

-Teme que se muera de un colapso antes de confesar su secreto

-añadió otro aventurero.

—Rigal tiene una extraña manera de ser bondadoso con un anciano —dijo Brice, secamente.

-Quiere que duerma tranquilo, para darle mañana un disgusto

-añadió Dan con ironía.

—¿Están criticando al capitán Rigal? —interrogó Salvatore, un marinero adulador, que siempre daba la razón al más fuerte.

-No, estamos pensando proponerlo como santo -repuso Dan-.

¿Quieres soplarle al oído esta idea nuestra?

Con gesto amenazante, cogió el brazo de Salvatore.

-No..., no... -balbuceó éste-. No soy un soplón, como piensas.

- —Cuidado, Salvatore —añadió un muchacho que servía de grumete y vigía—. Dan te ofrecerá un aletazo de tiburón. No lo aceptes. Estallaron las risas.
- —Regresemos al barco —indicó Brice—. Me siento desfallecer por la falta de alimentos. Sammy solucionará mi problema.

—El capitán se disgustará porque no le llevamos noticias del tesoro.

- —¿Qué importa, si mañana él mismo interrogará a Maine? Regresemos sin temor. Yo no pienso pasar la noche en la playa como una foca soñolienta.
- —Y yo necesito comer —completó Brice—. Me interesa llegar a la cocina del "Estrella Errante". Vamos.

Con vigorosas remadas, el bote se alejó. Minutos después los hombres subían por la escala de cuerdas.

- —Apuesto que el teniente viene más hambriento que un lobo gritó Sammy, asomando por la borda su cabeza coronada por el gorro blanco.
- -Has ganado la apuesta, viejo Sammy -asintió Brice.

Rigal gruñó:

- -¿Descubrieron algún rastro?
- -Ninguno, capitán. Recorrí grutas marinas y cavernas en las cuales no había perlas, sino murciélagos.

Marco Survil observaba fijamente a Brice.

-¿Recorrió sólo cavernas? -dijo con voz agria-. ¿No se internó en la isla?

Era muy tarde para buscar sirenas, si a eso se refiere —contestó el rubio piloto.

Rigal estalló en una estruendosa carcajada, que fue coreada por los demás hombres.

Marco Survil palideció de ira.

A la mañana siguiente, la tripulación se presentó en la casa isleña.

Lisa Maine abrió la puerta. Con u na fugaz mirada advirtió que el



semblante de Brice expresaba indiferencia. Una despreocupada sonrisa vagaba por sus labios. Marco Survil fijó sus ojos en Lisa, esperando sorprender alguna emoción. Pero ella se había dominado ya y sostuvo con serenidad la aguda mirada de Survil.

-¿Y bien? -dijo el capitán Rigal, elevando su vozarrón-. Bue-

nos días a la familia solitaria.

Lisa inclinó la cabeza en un saludo silencioso. Francisco Maine contestó en voz alta. Lunga huyó hacia la cocina, como una escurridiza liebre asustada por la cercanía de los cazadores.

(CONTINUARA)

### **Correspondencia**

ELOISA MUÑOZ.— Agradecemos sus felicitaciones por el creciente éxito de esta pequeña gran revista "SIMBAD", y le enviamos nuestros saludos para Navidad y Año Nuevo, a usted y a todas las gentiles lectoras de Rancagua.

ras de Rancagua.

SONIA BERCOVICH.— Elena Poirier y Nato le agradecen sus elogios por los lindos dibujos de "SIMBAD". Preste usted la revista a sus amigas y compañeras que no han podido comprarla por no hallarse en los quioscos de periódicos.

CARLOS OLATER, DE VILLA ALEGRE.— Aumentaremos los premios y el valor de éstos durante las vacaciones, de manera que todos puedan recibir algún obsequio nuestro.

AMANDA PACHECO, DE VIÑA
DEL MAR.— Nos complace que haya recibido un lindo premio y que
usted sea una gran propagandista
de esta interesante revista, que ya
los niños de Chile prefieren a todas.
JULIA DIAZ, EDITH MATAMALA,
ROSA ALCAYAGA.— Agradecemos
sus felicitaciones y les deseamos Feliz Pascua y próspero Año Nuevo.
ROXANE

## GRAID CONCUISONAL

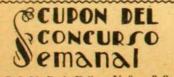


Todas las semanas, durante las vacaciones, sortearemos muchos y valiosos premios en dinero, libros, subscripciones trimestrales a "Simbad" y otros objetos entre lectores que envien soluciones exactas al certamen: Contesta, pues, a esta pregunta: ¿DE QUE ARBOL SE SACA EL CORCHO? ¿Del pino, del álamo o del alcornoque?

### ¿Cual es la respuesta?

SOLUCION AL SIMBAD N.º 379.— LA CIUDAD MAS GRANDE DEL MUNDO ES NUEVA YORK.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: CON CIEN PESOS: Guillermo Inostroza, Renaico; Alpha Worm, Melipilla; Celia Belmar, Stgo.; Maria Eugenia Acevedo, San Fernando; Darna Gaete, Concepción; Aida Suárez, Stgo.; Carlos Quiroga, Chillán; Tomás Ovalle, Talcahuano; Luzmira Muñoz, Oscar González, Valparaíso; SUBSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Irma González, Concepción; Ilse Netz, Angol; Mercedes Santander, Temuco; Raquel Morales, Lautaro; Sergio Piraino, La Calera; Ana González, La Calera. UN LIBRO: René Barrios, Talca; Juan Vial, Stgo.; Robinson Cabrera, Stgo.; Luisa Nieto, Stgo.; Gladys Guerrero, Talcahuano; Arodys Leppe, Villa Alegre; Laurita Raab, Valparaíso; Elena Millard, Stgo.; Víctor Reyes, Valparaíso; Guillermo Mardones, Stgo.; Saturnino Muñoz, Temuco.



Los niños de Santiago pueden retirar sus premios diariamente de 10 a 13 horas, en Avenida Santa María N.º 076, 2.º piso. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

### las aventuras de 🐒 Tony





3. "Guatita llena, corazón contento. Después de saborear una buena costilla asada, no se negará a mi petición", seguía pensando Romilio, mientras servía a Tony un apetitoso plato. "—¿Quieres más?—preguntó después—. Me gusta que mi personal esté satisfecho. Y tú puedes ser la estrella del circo."





4. "—No intente sobornarme", advirtió el perrito, con un gesto desdeñoso. Romilio Palma, de rodillas, suplicó: "—No seas malito. Con una sola función salvaría el circo. ¿Qué te impide actuar?" Tony confesó: "—Razones de familia. No insista, patrón. Si le digo que no se puede, es porque no se puede".

(CONTINUARA)

### PFLUSATA

### POR NATO







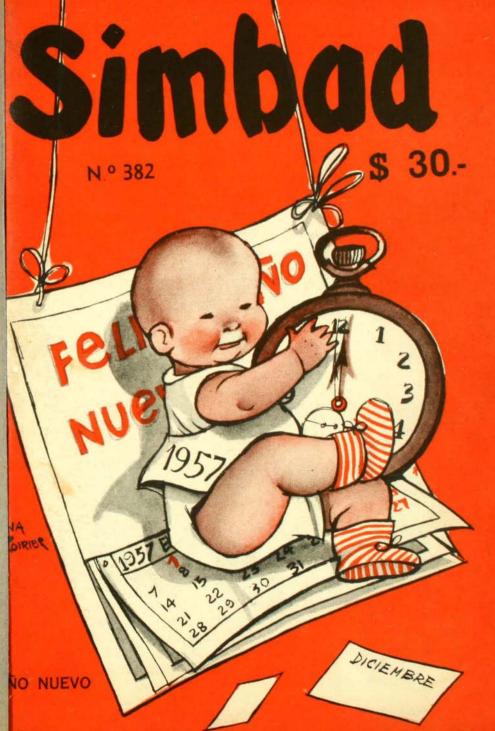




ViEJITO PASCUEPO.

The dejo mis fuguetes para que los repartas a los ripartas pobres,
yo solo me conformo con mi
Osito.

Pelusitas



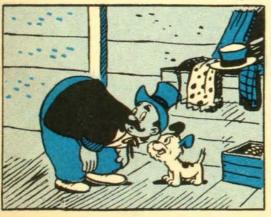
### las aventuras de 🐒 Tony

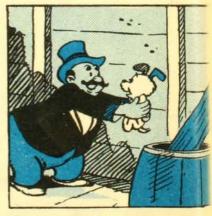
CAPITULO IV.—UNA IDEA SALVADORA





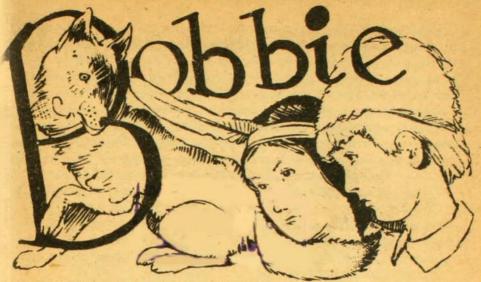
1. Romilio Palma decía a Tony con voz lastimera: "—Tú puedes salvar mi circo de la ruina. Eres el perro que habla, un fenómeno jamás visto. Por favor, déjame presentarte aunque sea en una sola función". Tony repuso: "—Mi familia es muy delicada y renegaría de mí si trabajo como saltimbanqui".





2. "—Pero sé cómo salvarlo, patrón. Tengo un plan estupendo, maravilloso." Don Romilio se inclinó para oir la idea del perrito. "—Se trata de un secreto que he descubierto", añadió Tony. El dueño del Gran Circo Palma exclamó: "—Dímelo pronto, querido quiltro". Tony contestó: "—No tan aprisa, patrón".

(Continúa en la penúltima página.)



CAPITULO XXIII y FINAL.—Pies de Venado y su princesa.

Padre e hija se estrecharon emocionados y en seguida Joven Búfalo narró su dramática historia:

—Hacía dos años que vivía feliz con mi amada esposa, Gracia Matheus; nuestra hijita completó nuestra dicha. En una ocasión tuve que ausentarme de San Antonio para comprar ganado y los pieles rojas, que me declararon renegado, asaltaron mi casa. Mataron a Seke y a Marcos Matheus y raptaron a Gracia y a la niña. A mi regreso encontré el rancho quemado. Un peón, que escapó por milagro, me indicó la ruta seguida por los indios. Comprendí que Aguila Negra era el autor del crimen. Desgraciadamente llegué tarde. Gracia fue acribillada a flechazos y los indios bailaron satánicas danzas alrededor de su víctima.

-Pobre madre mía -suspiró Bobbie.

Año VIII - -XII-1956 Dirección: Elvira Santa Cruz (Roxane).
Subscripción anual: \$ 1.480. Semestral: \$ 760.
Recargo por vía certificada: Anual: \$ 572. Semestral: \$ 286.
Subscripción en el extranjero: Un año: US\$ 2.
Recargo por vía certificada: América y España: US\$ 0,30. Otros
países: US\$ 5,20.

—Comencé por disparar todas las balas de mi carabina —prosiguió Joven Búfalo—. Varios indios cayeron y en el tumulto que sucedió a mi aparición, cogí a Gracia en mis brazos y huí con ella. Varias veces estuve a punto de ser sorprendido por Aguila Negra y sus secuaces. Por último me oculté en la ensenada de un río y les vi pasar junto a mí sin que me descubrieran. Gracia estaba aún con vida y murmuraba palabras sin sentido. Caminé toda la noche llevando a mi moribunda esposa tendida sobre el lomo del caballo. Llegué a este vallecito y la pobre Gracia expiró en mis brazos. Después de dos días me decidí a enterrarla bajo aquel roble.

-¿Y has permanecido junto a ella quince años? -preguntó Daniel Dracke.

—Prisionero contra mi voluntad —respondió Joven Búfalo—. Muerta Gracia, quedaba mi hija, que yo debería rescatar de manos de mis enemigos. Una catástrofe me lo impidió. No sé si fue obra



des... Dios me reservaba la dicha de volver a verte, hija mía. Déjame contemplarte. Eres el vivo retrato de tu madre, de mi linda Gracia.

—Padre mío, nunca más nos separaremos —murmuró Bobbie, besando el rostro macilento y envejecido del joven que un tiempo fue un guerrero invencible—. El tío Daniel ha sido un padre para mí —agregó Bobbie, con una tierna mirada a su fiel protector.

—Y ella ha sido para mí una dicha —murmuró Daniel Dracke, quien, a su vez, refirió a Joven Búfalo la historia de esos quince años y las terribles acechanzas de Aguila Negra.

-Vamos a visitar los yacimientos de oro -propuso el trapero.

-Antes quisiera afeitarme -bromeó Joven Búfalo.

—Bien —dijo Dracke—, vamos al arroyo. Seré tu peluquero. Puedo también proporcionarte ropa limpia.

Bobbie recogió los utensilios de la comida, sin dejar de observar

a su padre y a Daniel, que avanzaban por un bosquecillo hacia el arroyo. En aquel instante una mano de hierro le oprimió el brazo.

—Tú eres la niña blanca que yo buscaba —dijo la voz gutural de Aguila Negra—. Ahora te irás conmigo a compartir la vida de los pieles rojas.

—¡Auxilio, socorro! —clamó Bobbie a gritos.

Aguila Negra cogió de la cintura a la niña y corrió con ella hacia el orificio.

Pero ya Daniel y Joven Búfalo aparecían en la escena.

—¿De dónde ha surgido esta víbora? —exclamó Joven Búfalo, mientras Daniel arrancaba a Bobbie de manos del indio.

Aguila Negra enfrentó a su mortal enemigo y al punto le reconoció, diciendo:

—Joven Búfalo, el renegado. Ha llegado el momento de tu muerte.

-Se necesita más que un puerco, como tú, para matarme -repli-

có Joven Búfalo, con ojos relampagueantes de coraje.

Como fieras, arrojáronse el uno sobre el otro. Daniel no se atrevió a intervenir. Joven Búfalo estaba en su derecho de castigar al asesino de Gracia Matheus. Además, el valiente guerrero no necesitaba ayuda. Joven Búfalo apretaba ya el cuello de Aguila Negra como para estrangularle, cuando resonó una detonación.

A algunos metros de distancía apareció una llamarada y trozos de

roca volaron por el espacio.

Los luchadores se separaron y quedaron atónitos ante una nueva aparición.

El bandido Skeeter caminaba hacia ellos seguido de Pies de Venado, que le apuntaba a la espalda con su arco tendido.

-¿Qué haces ahí, hijo de los sioux? -preguntó furioso Aguila Negra-. ¿Y por qué amenazas a mi amigo y aliado Skeeter?

—No es tu aliado, padre. Es una serpiente —declaró Pies de Venado—. Yo les seguí a ustedes hasta el túnel. Cuando este hombre malo descubrió el oro de la mina y vio que el valle no tenía otra salida, resolvió encerrarlos a todos aquí.

-Mentira, jefe -protestó Skeeter.

- -Mi hijo no miente -dijo Aguila Negra-. Habla, Pies de Venado.
- —Traía esa cosa que usan los mineros para volar rocas —explicó el indiecito—, y la colocó en la boca del túnel. Yo tomé la mecha encendida y la arrojé allí donde estalló... Después le obligué a caminar para que tú castigues a este hombre malvado.

-Le castigaré como merece -exclamó furibundo Aguila Negra.

-Y yo también -intervino Daniel Dracke.

-¡Atrás todos! -voceó el jefe de los sioux-. El rostro pálido se entenderá conmigo.

Acto continuo el indio saltó sobre el bandido y se trabó la lucha más descomunal. En un momento de descuido se escapó Skeeter, pero Aguila Negra corrió tras él y le detuvo al borde del abismo. De nuevo comenzó el combate.

-¡Cuidado! -gritó Daniel.

Pero ya era tarde. El bandido, por defenderse del indio, se desequilibró y arrastró en su caida al jefe de los sioux. Los tres blancos dieron un grito de alarma. Pies de Venado no desplegó los labios, pero la mirada que dio al abismo quedó grabada en la memoria de Bobbie. No había medio de recoger los cadáveres. El abismo, cortado a pique por ambos lados, era infranqueable.

-Hermano Pies de Venado -balbuceó Bobbie, apretando la ma-

no de su amigo.

—El Gran Espíritu así lo dispuso, hermana —respondió el indiecito inclinando la cabeza para ocultar sus lágrimas.

\* \* \*

Semanas después, una familia dichosa se reunía en la cabaña de Daniel Dracke. La formaban Joven Búfalo, Daniel y Bobbie, quien vestía de mujer.

Durante aquel tiempo, mucho oro fue trasportado de la mina.

—Hay una persona a quien tenemos que agradecer nuestra dicha —insinuó Joven Búfalo.

-Sí; al joven jefe de los sioux -declaró Daniel.

—Advierto que él y Bobbie son muy buenos amigos —dijo Joven Búfalo—. Ojalá fuera blanco. Me gusta el muchacho por lo valiente y leal.

Entretanto, Bobbie había ido al bosque a despedirse del hijo de

Aguila Negra.

—Tengo que decir adiós a mi hermana —decía Pies de Venado—. Adiós a la niña de mis sueños.

—Volveremos —aseguró Bobbie, tan emocionada como su amigo.
—Pero tú vas a la ciudad y a tu tribu y yo a la mía —suspiró Pies

de Venado.

-Sí, pero yo volveré a verte -repitió la niña-, y algún día, cuan-

do estés casado, yo...

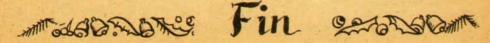
—Pies de Venado no se casará —interrumpió el indiecito con un profundo sollozo—. Bobbie no puede comprender... Pies de Ve-

nado no podrá olvidar a la niña blanca de sus sueños.

—Yo tampoco olvidaré a mi amigo y salvador —aseguró Bobbie—. ¿Qué importa la diferencia de razas si yo te amo? Algún día mi padre permitirá que se unan nuestras vidas. Pies de Venado, sé un buen jefe de los sioux... Edúcalos... Civilízalos... Yo sé que mi padre, Joven Búfalo, accederá a mi deseo. Adiós. Te juro que volveré...

Pies de Venado besó la mano de Bobbie, se encaminó al bosque y se perdió entre el follaje. Bobbie le vio desaparecer con intenso

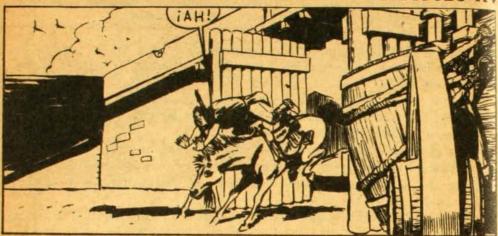
dolor.





## BUFALO

CAPITULO XV



1. Cuatro soldados del fuerte Lincoln, Búfalo Bill y el profesor Mufin acamparon una semana en los bosques para probar un sistema de alimentación vegetal. El explorador y Mufin se debilitaron en forma alarmante. El indio Saco de Grasa cayó de su caballo.



2. ¿También desfallecía de hambre? No. Simplemente su caballo tropezó, despidiéndolo de la montura. Y al caer, de su rasgada camisa saltaron los más diversos objetos: un reloj de oro, una cigarrera, dinero, un medallón. Búfalo Bill lo observó con sospecha.

# BILL TO

NDIOS COMANCHES



3. El explorador pauní confesó entonces: "—Cuando los kiowas nos atacaron, me apoderé de la provisión de carne que llevaban en sus mustangos (caballos). Después ofrecí ese alimento a mis compañeros a cambio de estas "cositas". Fue un negocio honrado".



4. "—Y no se murieron de hambre —completó Bill con una sonora carcajada—. Ahora me explico la expresión de felicidad que tenían, mientras yo y el profesor masticábamos pasto. ¡Ja, ja! ¿Se convence ahora, profesor, de que el ejército debe comer carne?"



## BUFALO





5. Cuando Búfalo Bill recuperó sus energías, luego de un régimen de jugosos asados, salió a explorar con Reno Silencioso. Al pasar por la hacienda de la señora Rogers, la hallaron sola, con sus dos hijos Bob y Jimmy. No se veia un solo vaquero.





6. "-Mi marido y los muchachos salieron a perseguir a unos cuatreros que nos robaron el ganado anoche", explicó Lila Rogers. Luego de examinar las huellas, Búfalo Bill dijo: "-Los ladrones son indios comanches. Y sospecho que volverán pronto".

# BILL





7. "-Acaba de terminar la caza del búfalo -continuó-. Tienen bastante carne y no hay razón para que roben reses. Querían alejar de aquí a los hombres, para asaltar la hacienda. Señora, necesito soga y muchos clavos. ¿Cuántos rifles tiene?"



8. Después que Reno Silencioso se alejó para cumplir una orden suya, Búfalo Bill ató varias cuerdas al gatillo de los rifles. Entregando los extremos a Lila Rogers, indicó: "-Su tarea es tirar de estas sogas cuando aparezcan los comanches".

(CONTINUARA)



Tiempos", Camila y Jaime Flash debían buscar a un ladrón que enloquecía a detectives y policías con sus misteriosos robos. No dejaba la menor huella de su paso y tras él desaparecían los más valiosos diamantes.

El inspector Pipard, reuniéndose con los jóvenes periodistas, dijo con trágico acento:

—Soy un hombre acorralado por el destino. Si no descubro quién es el ladrón, tendré que presentar mi renuncia.

—Su infortunio es también el nuestro, Pipard —dijo Flash—. Camila y yo seremos despedidos del diario si no logramos entrevistar a ese enigmático delincuente. ¿No puede darnos alguna noticia que

sea nuestra salvación?

—¡Ay! —suspiró el inspector—. Mis nociones sobre este asunto son las que posee todo el mundo: jamás este hombre ha forzado una cerradura o quebrado una vitrina. No opera de noche, sino a plena luz del día. Con este método, que nadie comprende y con el cual un ladrón vulgar hubiera caído ya a la cárcel, él ha robado más de cincuenta millones en joyas... sin dejar un solo rastro.

Vaciló un momento, antes de añadir:

-Hasta ahora...

Estas palabras causaron a Camila y a Flash el efecto de una descarga eléctrica. La joven retuvo el aliento, mientras Flash indagaba:

-¿Quiere decir que últimamente dejó una huella?

—Sí. Huellas digitales que no se parecen a ninguna otra. Son imprecisas, vagas, como las huellas de un fantasma.

-¿Qué? ¿También usted cree en ese cuento?



-¿Y a qué otra conclusión puedo llegar? Los robos parecen sobrenaturales.

En seguida, los tres guardaron silencio. Un clima de misterio flotaba sobre ellos. La camarera les sirvió el postre. Un instante después, anunciaba:

-Llaman por teléfono al señor Pipard.

El inspector se levantó, nervioso. En el fono, una voz severa le informó:

—De la joyería "Oriente" avisan que han sido víctimas de un robo. Preséntese allá y trate esta vez de conducirse con inteligencia.

—Sí, jefe —contestó Pipard, mientras su frente se cubría de sudor.

Recogió el abrigo y el sombrero. Para calmarse, encendió su pipa.

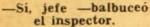
—¿Alguna novedad? — preguntó Flash.

—Sí... Nuestro hombre acaba de batir su récord. Diez millones de un solo golpe. ¿Vienen conmigo?

Un cuarto de hora más tarde el policía y los dos









—¿Alguna novedad? —preguntó Flash.

reporteros bajaban de un taxi, frente a la joyería "Oriente". El dueño, pálido y abatido, gimió:

-¡Ah, señores! ¡Mi "Azul del Ganges"!
-¿Qué demonios dice? -gruñó Pipard.

—Mi diamante "Azul del Ganges", una piedra única..., desaparecida, robada. ¡Qué desgracia! Hace media hora estaba aquí. Al cerrar a mediodía comprobamos que todo estaba en orden. Al abrir la tienda en la tarde, también. Y ahora...

—Casi al filo de la noche. Este sería el primer robo a favor de las

sombras -caviló Pipard-. ¿Vinieron muchos clientes?

—Desde unas dos horas antes del cierre, ninguno. Y en ese plazo el diamante estaba en su estuche.

-¿No sospecha de algún empleado?



-No. Son de mi absoluta confianza.

Miraba desolado el terciopelo negro sobre el cual relució la magnífica piedra.

—Inspector, ¿habrá alguna esperanza de recuperarla? —exhaló con desesperación—. Es una joya que vale diez millones. Una gema digna de reyes.

Camila reflexionó:



"¿Aunque sea de un rey entre los ladrones, un rey de la audacia y el misterio?"

Un hombre se detuvo en la calle, frente a la vitrina, que no bajaba aún sus cortinas metálicas. Encendió un cigarrillo, mientras una sonrisa crispaba sus labios.

-Busquen . . ., busquen bien -murmuró burlonamente.

Después se alejó ante la mirada sin recelos del policía que montaba guardia frente a la puerta de la joyería.

(CONTINUARA)



## छिण वामण





1. El capitán y el inspector se reían luego de dar un tirón a la trenza de Luisita. "—Los grandotes —dijeron Tim y Tam—. No llores, Luisita. Nosotros te vengaremos." "—¡Je, je! —rió el inspector—. Pasaremos todo el año alegres y risueños."





2. Pero su risa fue poquita y se acabó, al ver a un chivo. Llevaba un letrero que decía: "Yo soy el inspector patilludo". Furioso, persiguió a Tim. "—¿Tú eres el gracioso, eh? —gritaba—. Espera." Tim contestó: "—Ni tonto".

## DEL TID TOME





3. Por su parte, el otro mellizo, Tam, espolvoreaba con pimienta los bigotes del capitán. Este, que dormía la siesta para no perder la costumbre, despertó estornudando. "—¡Bandido! ¡At-chis! —rugió, persiguiendo a Tam—. ¡At-chum!"





4. Los mellizos fugitivos se cruzaron en una esquina y sus perseguidores se dieron un feroz estrellón. "—¡Este sí que es abrazo de Año Nuevo!", aplaudieron Tim y Tam, mientras el inspector y el capitán caían aturdidos.



## LOS PIRATAS OEL CARIBE

CAPITULO X .- SOBRE I HUELLA DEL JABALI



1. El Cormorán indicó a su derrotado enemigo: "-Os conviene hablar, señor oficial de Su Católica Majestad. Decidme cuántos puertos hay en el mar Pacífico... y a cuál de ellos arriban las naves con más cargamento de oro. Queremos aligerar su peso".

2. El español se irguió y repuso con fiero acento: "-Puedo deciros cuántas horcas hay en esos puertos. También colgamos piratas de los mástiles." La risa del Cormorán se apagó en sus labios. "-Tened prudencia, señor oficial. O alguien se impacientará."







### LOS PIRATAS



5. "-Habéis ganado, hienas -balbuceó por fin el español-. Doscientos hombres armados guardan el paso hacia el mar, en la desembocadura del río." El Cormorán indicó: "-Traza un plano en la arena indicándome la situación exacta del fuerte".





6. De acuerdo al mapa y a las indicaciones del capitán capturado, la distancia hasta la fortaleza no era grande. El Cormorán decidió que una merienda de carne fresca daría a sus hombres la fuerza que necesitaban para los próximos combates.

## OEL CARIBE

8. Un puma seguía al cerdo salvaje. Cuando avistó al hombre y al niño, se agazapó sobre la rama. Sus pupilas brillaban con ferocidad. Ignorantes de aquel peligro, el Cormorán y Oliverio avanzaban con rapidez para no perder el rastro del jabalí.

Silencio, Oliverio.

(CONTINUARA)



7. Llamando al pequeño Oliverio le dijo: "-Saldremos a cazar, muchacho". El niño lo siguió con orgullo, adentrándose en la densa jungla. No tardó el Cormorán en descubrir la huella de un jabalí, sin sospechar que otro cazador acechaba desde los árboles.



—¿Qué habrá ocurrido? —preguntaba Tilda al zulú Imchi—. Kang regresa solo y herido. ¡Quién pudiera comprender su lenguaie!

El rey de los monos gemía como un ni-

no mientras Imchi lavaba su herida.

-Una bala le atravesó el brazo -dijo el zulú a Tilda.

—Sólo Enrique Ellis tenía armas de fuego en el Valle de los Misterios —exclamó aterrada la niña—. Imchi, Ciro ha sido víctima de una celada y el mensaje de auxilio fue una trampa para cautivarle.

Tilda y su fiel zulú vendaron y entablillaron el brazo de Kang, quien gemía y se lamentaba de dolor.

RESUMEN. - Ciro Manders y Tilda Harvey, acompañados del fiel zulú Imchi, partieron hacia el valle de los misterios en busca de Juan Harvey, el padre de Tilda. Tras muchas aventuras y defendiéndose de su enemigo Enrique Ellis, logran llegar a Pueblo de las Animas. El gran sacerdote Amric, al ver el amuleto que Tilda le presenta, la declara reina, y a Ciro Manders, hijo del rey Blanco. Pero de pronto llegan en un aeroplano Enrique Ellis y su cómplice, y hieren al zulú Imchi. Amric abre la jaula de los leopardos para arrojar a Ellis y a Montgómery de su reino. Ellis pretende huir en su avión, llevándose prisionera a Tilda. Ciro se susgende de la cola del avión y cae herido. Cuando recobra los sentidos se encuentra prisionero en un cuarto de la torre, y divisa a Tilda también prisionera. El mono Kang liberta a ambos niños, y al huir se encuentran con el zulú Imchi resucitado. Ya en plena selva, una mano secreta lanza una flecha contra un árbol. El papel anuncia que Juan Harvey está enfermo y prisionero. Poco después los fugitivos reciben un mensaje luminoso en código Morse, con una llamada de auxilio. Ciro y Kang llegan a la torre del templo y son recibidos por Montgómery y Ellis. Los malvados hieren a Kang y aprisionan a Ciro ...

—También hay heridas con flechas —prosiguió Tilda—; esto quiere decir que Kang no sólo fue atacado por Ellis. Los hombres-fantasmas están contra nosotros.

Había llegado el día, los pájaros trinaban y los monos comenzaron a desperezarse. Uno de ellos divisó a Tilda y a Imchi inclinados sobre Kang.

Al ver a su rey postrado y moribundo, un joven orangután avanzó gruñendo y con los puños apretados. Su gruñido provocó igual sensación en los demás monos que se acercaban furiosos.



—Creen que hemos dado muerte a su rey —murmuró Tilda— y nos atacarán.

-Mi hacha "Relámpago" les castigará —dijo el zulú, enarbolando el arma.

—No, no —suplicó Tilda—. Si les amenazas, resultará peor. De súbito, Kang abrió los ojos y se incorporó a tiempo que el joven orangután iba a coger del cabello a Tilda Harvey.

-Brum, brum, brum -gritó el rey de los monos con gesto domi-

nador.

Cojeando y aún con sus heridas sangrando, el heroico Kang despe-

jó la caverna y arrojó fuera a todos los monos.

—De aquí no podremos salir —dijo Tilda a Imchi—, porque los monos ya están contra nosotros. Seremos prisioneros de ellos y sólo Kang nos defenderá.

Entretanto, Ciro Manders yacía sin conocimiento en el cuarto de la torre. Tras largas horas recobró los sentidos y, como en un sueño, recordó la triste odisea de su viaje a la "Ciudad de las Animas".

—¿Se siente mejor el jovencito? —preguntó la antipática voz de Enrique Ellis—. Un jarro de agua le hará bien.

Ciro, sediento y desfallecido, se dejó servir por su enemigo, quien, además, le ofreció frutas y pan.

-Coma sin apresurarse, jovencito -decía Ellis, con inusitada

amabilidad-; después conversaremos.

El joven Manders comprendió que Ellis deseaba obtener algo de él.

—Fue muy sensible lo que ocurrió anoche —prosiguió el pérfido Enrique—, pero el mono tuvo toda la culpa. Claudio y yo le convocamos para un negocio importante y no para maltratarle o herirle. Quiero hacerle una proposición.

-¿De qué se trata? -interrogó Ciro.

—De los brillantes del "Valle de los Misterios" —indicó Ellis—. Podríamos compartirlos amigablemente entre usted, Tilda, mi amigo Claudio y yo. Por desgracia ignoramos dónde los ocultan esos endiablados monjes y, para no perder tiempo...

-Usted desea que yo le indique dónde están -interrumpió Ci-

ro—. Ya le hemos dicho Tilda y yo que lo ignoramos.

—Su padre le dio a usted un paquete sellado —insistió Ellis—. ¿Qué contenía?

—Ese paquete nada tenía que ver con los brillantes —respondió

—Entonces hay otro plan —insinuó Ellis—. Ese viejo sacerdote Amric, a quien yo azoté anoche, hasta dejarle sin habla, sabe dónde están los brillantes, pero nunca lo dirá... Tal vez a usted o a Tilda... Vamos a ver.

Enrique Ellis llamó a tres hombres-fantasmas y les ordenó que ataran al prisionero y lo llevaran al templo.

El infeliz Ciro iba pensando en torturas, calabozos y cadenas.

¿A dónde lo llevaban? En los sótanos del templo había un foso o piscina lleno de cocodrilos sagrados.

-Escucha -dijo Enrique Ellis.

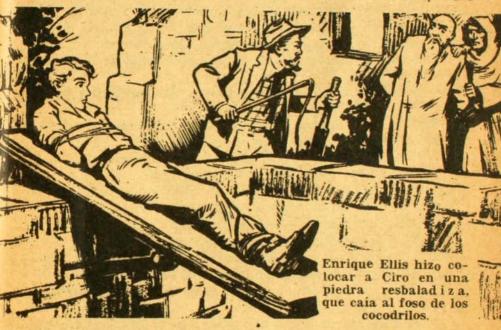
Ciro creyó que el malvado individuo se dirigía a él y volvió la cabeza.

El gran sacerdote Amric, con sus manos atadas a la espalda, miraba

con terror a su verdugo.

Escucha —repitió Ellis—, tú puedes salvar a este niño, hijo del Rey Blanco, si confiesas dónde ocultas los brillantes. Si no lo haces, colocaré a Ciro en la piedra movible y le dejaré caer al pozo de los cocodrilos.

Como Amric callara, Ellis ordenó a los hombres-fantasmas que des-



lizaran a Ciro sobre la piedra de los suplicios.

—Nunca te lo diré, chacal inmundo —respondió el anciano Amric—. Puedes asesinar al hijo del Rey Blanco, pero no obtendrás las piedras preciosas, porque así se lo juré al padre de la víctima. —Necio —vociferó Ellis—, el Rey Blanco ha muerto. Pregúntaselo a este muchacho.

—Vivo o muerto, el Rey Blanco no permitirá que su hijo sufra. Mandará fuego del cielo para exterminarte, pérfido chacal.

-Lo veremos -respondió Ellis, enfurecido.

Ciro cerró los ojos. La piedra iba inclinándose hacia el pozo, hasta que por fin le arrojó al agua. El supliciado se hundió en la ciénaga y, como estaba atado de pies y manos, no podría luchar contra los cocodrilos que aguardaban su presa.

Tocaba ya el fondo del pozo cuando una mano firme le arrastró a un lado del muro a tiempo que un caimán iba a cogerle una pierna.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio junto a él a un muchacho de su misma /edad, quien le cortaba las ligaduras de sus pies y de sus

manos.

El joven nativo murmuró a su oído:

-Corre, soy Pufy Billy. Mi conoce el camino. . . Sígueme.

Pufy Billy corría por los sótanos mirando siempre hacia atrás, a fin de convencerse de que Ciro le seguía. Corrieron así por obscuros túneles hasta llegar a una de las ruinosas casas de la "Ciudad de las Animas".

Desde allí Ciro escuchaba la voz airada de Enrique Ellis y las carcajadas irónicas del anciano Amric.

Pufy Billy le obligó a ocultarse tras un derruido muro mientras él cavaba un hoyo en el piso de baldosas.

Descubierto el orificio, el nativo indicó a Ciro que le siguiera a una caverna oculta enteramente por breñas y arbustos.

-Aquí nadie te encontrará -dijo Pufy Billy, sonriendo.

. - ¿Quién te envió en mi auxilio? - preguntó Ciro al nativo.

-El gran hombre blanco -respondió Billy.

Ciro examinó la caverna y vio un carcaj lleno de flechas.

-¿Son tuyas las flechas? -interrogó Ciro.

-Pufy las sabe tirar lejos, muy lejos -explicó el nativo.

-¿Tú lanzaste una flecha el día que huimos por los muros? -indagó Ciro.

—Sí; Pufy Billy tiró la flecha que le entregó el gran hombre blanco con un hechizo en la punta.

Pufy se refería al papel que iba en la punta de la flecha.

Al punto Ciro comprendió que el gran hombre blanco era el padre de Tilda Harvey. Poco a poco Pufy refirió a Ciro una dolorosa historia.

Juan Harvey había llegado dos meses atrás al Valle de los Misterios, y, por una casualidad muy afortunada, salvó a Pufy Billy de la mordedura de una cobra. El nativo, agradecido, introdujo a Harvey en la "Ciudad de las Animas" y lo presentó al sacerdote Amric; pero el anciano, temiendo que Harvey le robara los famosos brillantes, le aprisionó en un calabozo.

-Yo entro a ese calabozo por un hueco pequeñito -agregó Pufy-, y le llevo cada día agua y frutas. El gran hombre blanco está enfermo y mandó un mensaje con la flecha cuando supo que su hija estaba en la "Ciudad de las Animas".

-Por favor, Pufy -suplicó Ciro-, llévame junto al hombre

blanco.

-Cuando llegue la noche te llevaré -dijo Billy.

Como aún faltaban muchas horas, Ciro se tendió en la caverna y se durmió. Era ya entrada la noche cuando Billy le despertó. El fiel nativo traía un ánfora con agua y algunos víveres. Ambos salieron de la caverna y caminaron sigilosamente por solitarias calles. De pronto Pufy estrechó el brazo de Ciro y le arrastró hasta la sombra de un muro.

Enrique Ellis se acercaba. Le acompañaba su pérfido cómplice Claudio Montgomery. Ambos facinerosos pasaron a un metro de distancia, pero, por fortuna, no descubrieron a los muchachos.

-Me gustaría seguirles -insinuó Ciro a Billy-, pues es posible que hayan descubierto donde están los brillantes. Pero por el momento es más importante que visitemos al hombre blanco. Sigamos, Billy. No hay que perder tiempo.

Una vez más prosiguieron caminando por las desiertas calles hasta que llegaron a una ruinosa construcción que en una época re-

mota debió ser un gran templo.

Pufy comenzó a escarbar la tierra hasta que dejó en claro un orificio muy pequeño.

-Tú, angosto como yo -dijo el nativo-; tú puedes pasar y vol-

ver a salir, pero el hombre grande no.

-Temo que yo tampoco pueda pasar -dijo Ciro al observar una

tubería redonda y sumamente estrecha.

-Primero la cabeza -indicó Billy- y después juntas los brazos como una bola. Duele un poco, pero se pasa el dolor. Dobla las rodillas y yo te empujaré.

Ciro Manders temió por su vida o por lo menos creyó que se le

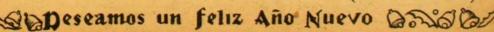
dislocarían los brazos.

Pufy Billy le obligaba a ejecutar movimientos sinuosos como los de las serpientes.

Así fueron introduciéndose por los muros macizos del templo hasta que Ciro escuchó una voz dolorida que preguntaba:

-¿Eres tú, mi buen Billy?

(CONTINUARA)



### Ponchilo













### Por nato







la insolencia de aquel rufián. Las lágrimas nublaron sus ojos. Sintió instintivamente que Alberto Brice la observaba y entonces la calma renació en su corazón.

-¿Dónde esconde las perlas, mi viejo?

-No son perlas, capitán -repuso Maine.

-¿Qué, entonces? ¿Arenques ahumados?

-Ambar gris, capitán. Lo enterré en el cauce del riacho.

La avaricia relampagueó en los ojos de Rigal.

-¿Qué es ámbar gris? -susurró uno de los aventureros.

-Es una substancia que se forma en el estómago de las ballenas, creo que causada por los moluscos que ellas se tragan -contestó



otro, vacilando—. Se halla en masas, sobrenadando en algunos mares. Creo que en las costas de Coromandel, Sumatra y Madagascar.

Al marinero no le interesaba el origen del ámbar, sino su valor.

—Es, sin duda, una basura. No se puede comparar con las perlas.

—Te equivocas. Es muy escaso y tiene un enorme precio en perfumería. Vale más que el oro y que las perlas. Así es que déjate de melindres.

Rigal dijo a Marco Survil:

-El ámbar es más fácil de negociar que las perlas.

Survil asintió en silencio. Desconfiaba. Su instinto le advertía que la rendición de Maine ocultaba una trampa. Sin embargo, no descubría la menor señal reveladora en la plácida sonrisa de Brice, ni en el inclinado semblante de Lisa.

"Sospecho que están de acuerdo para engañarnos, pensó con rabia. Si pudiera leer los pensamientos de este par de tórtolos."

Maine ordenó:

—Lunga, tráeme los bastones. Acompañaré a estos caballeros hasta el riachuelo.

—Papá, es una larga caminata —protestó Lisa, débilmente.

Patrón, debe cuidarse
 añadió Lunga.

—Si puede caminar, no debemos privarlo de tal ejercicio —terció Rigal con cinismo.







Minutos después el grupo avanzaba a través del bosque. Dos hombres del barco se habían provisto de pala y piqueta. Lisa y Lunga sostenían al anciano. Por fin llegaron a las riberas del afluente.

—Un buen escondite observó Rigal, con un gesto de aprobación.

—Yo vi a las muchachas cavar aquí, para derribar una barrera dijo Survil—. Aún no

comprendo por qué lo hicieron. ¿No será éste un ardid de Maine para ganar tiempo?

-No, señor Survil. Desviamos el riacho para que el agua cubriera el sitio donde enterré el ámbar.

—No puedo negar que es usted ingenioso, viejito —rió el capitán estruendosamente—. Vamos, muchachos, al trabajo.

Los marineros se internaron en el riacho, que no era muy profundo en ese lugar y, siguiendo las indicaciones de Maine, cavaron el lecho de arena.

-¡Aquí está la caja! La veo a través del agua.

Entre ambos alzaron el pesado cofre. Lo depositaron en la ribera, y las miradas de todos se fijaron en él.

De súbito, en el expectante silencio, la voz de Lunga se elevó con estridencia:

-¡Oh! Hay una sola caja. ¿Dónde está la otra, amo?

Lisa palideció. Alberto Brice contuvo un movimiento de impaciencia. Los hombros de Maine se curvaron aún más, como si soportaran un pesado fardo.

-¿Eran, entonces, dos cajas? - preguntó Marco Survil.

Rigal bramó:

PARA SUS COMPRAS los colegiales prefieren LA



-¿Pretendía engañarme, condenado viejo?

Lisa se interpuso entre él y su padre. Marco Survil avanzó hasta situarse junto a la niña y con voz calmada indicó:

-Un momento, capitán. Si no resultan las palabras, entonces em-

piece con los golpes. Déjeme hablar con el señor Maine.

Brice se había mantenido aparte y simulaba tranquilidad, pero su cuerpo estaba tenso. Dan, que lo observaba, temió que interviniera, malogrando así el plan secreto que habían convenido para salvar la segunda caja de ámbar.

—Señor Maine —dijo Survil, con melosa voz—, ¿comprende que es inútil resistirse? Se expone a ser maltratado, en presencia de su

hija.

Lunga, arrrepentida de su impulsiva exclamación, lloraba en silencio.

—Nada tengo que decir —contestó Maine, con expresión cansada. —Confiese —insistió Survil, inclinándose para recoger una sólida rama. La sacudió con fuerza y la vara vibró como un látigo—. Hable o me veré obligado a reconocer que los métodos persuasivos del capitán Rigal son más eficaces que los míos. No perdamos más tiempo, amigo.

Dan lanzó un ahogado juramento cuando vio avanzar a Brice.

"¡Aletas de tiburón! Ahora todo se echará a perder."

(CONTINUARA)

### DE NUESTRO SORTEO DE NAVIDAD



Parte de los numerosos lectores que siguieron expectantes el reparto de MEDIO MILLON DE PESOS que "SIMBAD" ofreció para NAVIDAD. EN NUESTRO PROXIMO NUMERO comenzaremos a publicar la lista completa de favorecidos.

## GRAID CONCUES NANAL

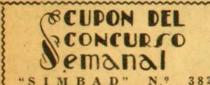


Todas las semanas, durante las vacaciones, sortearemos muchos y valiosos premios en dinero, libros, subscripciones trimestrales a "SIMBAD" y otros objetos entre los lectores que envíen soluciones exactas al certamen: Contesta a esta pregunta: ¿DE QUE PAIS ES ORIGINARIA LA POLVORA? ¿De China, de Italia o de Turquía?

### ¿Cual es la respuesta?

SOLUCION A "SIMBAD" N.º 380: EL LIBRO MAS LEIDO EN EL MUNDO ES LA BIBLIA.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes: PREMIO MAYOR: Una pluma fuente Evershap, Pedro Vera, Concepción. CON CIEN PESOS: Juan Mora, Los Angeles; Ricardo Chanes, Santiago; Ana Cifuentes, Penco; Ramón Frederick, Santiago; Elizabeth Pacheco, Santiago; Eduardo Cousiño, Santiago; Patricio Calderón, Linares, María de la Hoz, Santiago; José Donoso, Santiago; Camilo Carril, Santiago. SUBSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Vitalia Olivos, Quilpué; Sara Rodríguez, Valparaíso; Esther Garrido, Concepción; María Melania Guzmán, La Cisterna; Iris Cortez, Los Andes; Mónica Barahona, Rengo. UN LIBRO: Iris Osorio; Valdivia de Paine; Alfredo Elgueta, Santiago; Manuel Moreira, Santiago; Carlos Faúndez, Linares; Hernán Gatica, San Alfonso; Isabel Núñez, Santiago; Desnia Miranda, Copiapó; Mona Bravo, Collipulli; Manuel Quijada, Purén; Helia Burgos, Lota Bajo.



Los niños de Santiago pueden retirar sus premios diariamente de 10 a 13 horas, en Avenida Santa María N.º 076, 2.º piso. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

VISITE EL "PARAISO DE LOS JUGUETES" CASA GARCIA
ALAMEDA ESQUINA AV. ESPAÑA

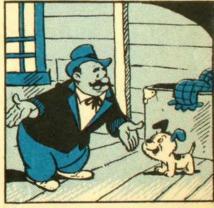
### las aventuras de 💯 Tony





3. "—Antes tenemos que llegar a un acuerdo —continuó el perro que habla—. Si yo lo salvo de vender su carpa, usted tiene que darme ciertas garantías." Romilio prometió: "—Lo que tú quieras, Tony: comida de primera y un carromato especial para ti. Además, te presentaré a las lindas perritas de la troupe".





4. Comprendiendo que dominaba la situación, Tony asintió: 
"—Me parece bien. Antes de exponerle mi idea, prométame que la aceptará sin protestas. Debe saber, patrón, que ocurrirán muchas cosas raras en el circo. Y todas se deberán a mi afortunada presencia. Y ahora, sígame".

(CONTINUARA)

### PELUSETA

### POR NATO











